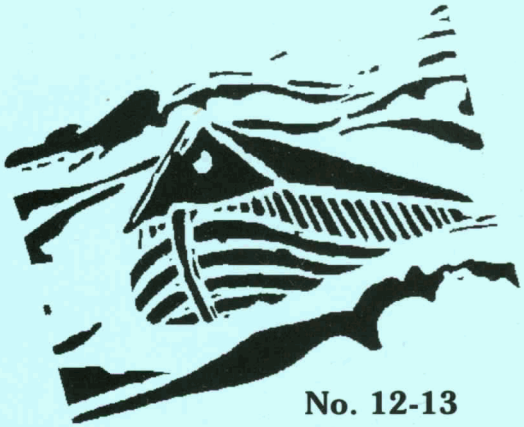
N O A J

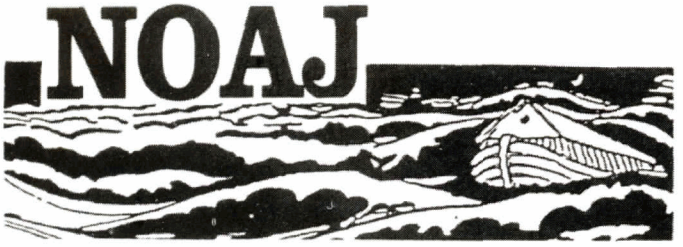
Revista Literaria

Homenaje a Salomón Resnick y a la revista *Judaica*



No. 12-13
Jerusalem
Diciembre de 1997

Asociación Internacional de Escritores Judíos en Lengua Hispana y Portuguesa



Revista Literaria

Nos. 12-13 – Diciembre de 1997

Director: **Leonardo Senkman**
Sub-Directora: **Florinda F. Goldberg**

Fundada en Jerusalem en 1987 por la

Asociación Internacional de Escritores Judíos en Lengua Hispana y Portuguesa

Secretario General: **José Luis Najenson**

Consejo Internacional de Redacción

Argentina: **Manuela Fingueret, Santiago Kovadloff, Eliahu Toker**
Brasil: **Moacyr Scliar**
EE.UU.: **Saúl Sosnowski**
España: **Arnoldo Liberman**
Francia: **Mario Goloboff**
México: **Esther Seligson**
Uruguay: **Teresa Porzecanski**
Venezuela: **Isaac Chocrón**

Miembros correspondientes de la Asociación Internacional

Héctor Yánover (Buenos Aires); **Mario Satz** (Barcelona); **Elisa Lerner** (Caracas); **Elina Wechsler** (Madrid); **Angelina Muñiz** (París); **Isaac Goldemberg, Mario Szichman** (Nueva York); **Celia Teitelbaum** (São Paulo); **Jacques Biteff Gattegno** (Sofía).

Suscripción anual:
Israel, NIS 40
América Latina, EE.UU., Canadá, Europa, $25
Instituciones y Bibliotecas, $35

Suscripciones y correspondencia a
NOAJ, P.O.B. 4658, 91042 Jerusalem, Israel.

Promoción y suscripciones en Argentina:
Dalila Senkman,
Austria 1998, Apt. 50, Buenos Aires, Tel. 825-6347

Copyright © by **NOAJ**

ISSN 0792-0318

NOAJ agradece a Rosa Perla Resnick Helfgot y Moisés Resnick Brenner la generosa ayuda para la edición de este número homenaje a la memoria de Salomón Resnick.

Producción, composición y diseño: ***ARLO Publicaciones,***
Moshé Gvirtzman 34/1, Pisgat Zeev Mizraj, Tel. / Fax. 02-6562569
97793 Jerusalem, Israel.

La construcción de un espacio de transculturación judeo-iberoamericano

Leonardo Senkman

¿POR qué, desde Jerusalem, NOAJ desea consagrar un número homenaje a la revista *Judaica*, editada por Salomón Resnick desde Buenos Aires durante los años 1933-1946?

judaica
publicación mensual
director: salomón resnick
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 201.202
Año XIII Buenos Aires, Abril de 1946 Nº 154

Judaica fue el proyecto más importante de transculturación judeo-iberoamericana que llevó a cargo este intelectual que inmigró de niño desde Rusia a Argentina, al proponerse franquear por primera vez las fronteras nacionales en el Nuevo Mundo. Antes que Resnick fundara la revista, hubo otros talentosos escritores judíos de origen ruso –Alberto Gerchunoff y César Tiempo– que contribuyeron con su obra a la configuración del campo cultural judeoargentino. Asimismo, varios periodistas y escritores inmigrantes y nativos fundaron los grandes diarios en ídish *Di Presse* e *Idishe Zaitung*, y propulsaron las revistas pioneras en castellano *Juventud* y *Vida Nuestra*, donde participó también Resnick. Sin embargo, *Judaica* fue el primer espacio cultural argentino que se interesó por trascender el ámbito de la comunidad local, y de operar más allá de micro-esferas públicas de círculos literarios e ideológicos, para reanudar en América el legado hispano-judío.

A más de medio siglo de su desaparición, los 156 números de la legendaria revista de Resnick nos legan abordajes fundamentales de la relación del intelectual judío moderno hacia el pasado y presente del mundo iberoamericano en su diálogo fecundo con la milenaria tradición judaica.

Precisamente NOAJ ofrece este homenaje a *Judaica* para que sus lectores conozcan cómo, en nuestra era posmoderna, aún siguen vigentes algunos de los dilemas con que se midieron Resnick y su generación, en un contexto de incompleta modernidad latinoamericana, y acuciados permanentemente por la demanda intolerante de la asimilación cultural por parte del estado-nación.

Llegado en 1902, generacionalmente Resnick pertenece a aquellos jóvenes inmigrantes que debido a la emancipación inconclusa de los judíos del este europeo intentarán completarla afanosamente en Argentina: primero, a través de la ciudadanía democrática y, luego, mediante la cultura hispanoamericana. No casualmente Resnick logró argentinizarse, en sus años de formación adolescente y temprana docencia juvenil, en las colonias agrícolas judías alrededor de Carlos Casares y Narcise Leven. A partir de su traslado a Buenos Aires en 1914, lentamente fue madurando su proyecto de transculturación mediante su oficio de traductor al español de la gran literatura ídish.

Zygmunt Bauman describió lúcidamente en *Modernity and Ambivalence* cómo el intelectual judío europeo había resistido –al modo de un ambivalente creador percibido como un Otro rebelde–, las exigencias asimilacionistas del estado-nación moderno. En un ámbito cultural muy diferente, Resnick comprendió las inmensas posibilidades, pero también los límites del Nuevo Mundo para completar el proyecto de la emancipación judía prometidos por la modernidad.

Durante los decisivos años '30 y '40, los intelectuales de *Judaica* aprendieron inequívocamente lo que significaba ser percibidos como Otros en un continente nacionalista y católico; pero también aprendieron en aquellos años aciagos las profundas diferencias entre las acechanzas a la otredad judía del nacionalismo de América Latina respecto al mortal asalto totalitario de los fascismos en Europa. A más de cincuenta años de la desaparición de *Judaica*, siguen aún sorprendiendo sus innovadoras propuestas de transculturación, precisamente escritas en una época en que muy pocos osaban "mezclar" las culturas nacionales con la civilización judía. Sin despertar sospechas, Borges pudo argüir en su polémica con el nacionalismo literario la necesidad de la mezcla cultural de lo criollo con lo europeo. En su célebre ensayo sugería que los sudamericanos estaban en una situación análoga a la de los judíos para manejar todos los temas europeos sin supersticiones y con una irreverencia que podía tener consecuencias afortunadas. Tal como se verá en algunas polémicas de *Judaica* reproducidas en este número homenaje, el intento americanista de Resnick despertó mucho más que sospechas supersticiosas. Pero también fue recibido con beneplácito por escritores nacionalistas como Manuel Gálvez, quien apoyó la obra de Resnick de difusión de la cultura ídish y de crear una sección local del IWO de Vilna.

Los textos traducidos por Resnick del legado espiritual ídish, así como los arcanos del tesoro hispano-sefardí, lejos de intentar la presentación de un exotismo a distancia para los lectores iberoamericanos, por el contrario, procuraban emparentarlos con el campo cultural del Nuevo Mundo. A diferencia de las distancias y transformaciones que Borges trazaba con su literatura de frontera entre América y Europa, la propuesta de *Judaica* fue convivir con más de **una**

tradición capaz de ser leída franqueando el territorio nacional, al cual muchos le conferían la custodia de una sola y exclusiva tradición cultural.

Resnick vivió la dialéctica de modernidad y tradición como una tensión entre el impulso a construir una cultura judía moderna en castellano, y los reclamos de la tradición cultural iluminista y laica del judaísmo asquenazí junto a la nostalgia por el multiculturalismo de Sefarad.

A diferencia de corrientes intelectuales que padecían la modernidad incompleta de la cultura de América Latina colocándose en el límite entre dos mundos, *Judaica* no buscó sustituir la cultura tradicional del este europeo por otra moderna americana, sino que se detuvo a hurgar antes que a cerrar la brecha con esa tradición. Porque para Resnick la tradición cultural no estaba atesorada en el pasado, como en la cultura rural de ciertos intelectuales letrados latinoamericanos, por la sencilla razón que seguía siendo contemporánea suya. De modo distinto a escritores que escribían atravesados por un profundo sentimiento de nostalgia hacia aquello que sentían perdido, real o ilusoriamente, hasta sus últimos años Resnick no experimentó nostalgia del *shtetl*, sino hacia un mundo cultural cuyo estilo de vida era radicalmente diferente al sudamericano. Por eso los textos de *Judaica* no fueron nostalgiosos respecto a esa creación cultural, ya que hasta el fin de la guerra aún no había desaparecido del todo de su horizonte intelectual. Resnick y sus colaboradores pudieron salir y entrar de ambos mundos, así como de sus distintas tradiciones, no en virtud de una radical separación respecto de ellos sino, al contrario, por el ímpetu de reinventar una nueva identidad colectiva que abrevara del suelo americano, nutriéndose de aquel otro espacio en el que perduraban ciertos valores necesarios a los que, simbólicamente, necesitaban recurrir. La originalidad intelectual de *Judaica* respecto a la tradición no fue el producto de una ruptura y tampoco de una continuidad trasplantada del viejo al nuevo mundo. Fue la elaboración creativa de puntos de embate y transformación del peso de un rico legado cultural e idiomático en la modernidad incompleta americana.

A medio siglo de su publicación, *Judaica* puede ser leída como una lograda retórica del muticulturalismo que, al reivindicar la "diferencia" judía en la heterogeneidad de América Latina, se negó disolverse en el nacionalismo y mestizaje cultural, así como resistió las tentaciones del europeísmo cosmopolita. Durante las décadas del '30 y '40, cuando se clausuró el ciclo inmigratorio judío y el nazismo desterritorializaba a los judíos de su centro cultural europeo, *Judaica* logró plantear con audacia creativa la necesidad cultural de reinsertarlos en todos los territorios imaginarios del legado judío. Precisamente en este espacio discursivo, Resnick logró hacer oír las voces civilizatorias del sefardismo junto a la literatura asquenazí, mezclar desde la periferia latinoamericana las genealogías de la historia, el folklore, el arte, la ciencia y las letras del pueblo judío. Y, como si eso fuera poco, además quiso desde *Judaica* ayudar a redefinir las representaciones de la nueva condición judía en los albores del nacimiento del Estado de Israel.

NOAJ se honra en presentar a sus lectores una selección de algunos textos representativos de la revista *Judaica*, fragmentos de la correspondencia inédita de Resnick y también artículos especialmente escritos para este número homenaje, que ha sido posible gracias a la colaboración inestimable de su hija Rosa Perla.

Salomón Resnick, pionero de la cultura judía en lengua castellana en Latinoamérica

Rosa Perla Resnick

EL 27 de julio de 1946 dejaba de existir en Buenos Aires don Salomón Resnick, en la ciudad en la que vivió toda su vida y que lo vio florecer desde su primera juventud; la ciudad que siguió sus pasos por el camino ascendente en el campo de la literatura judía y latinoamericana, y que lo vio morir repentinamente, un día sábado en el que, según la tradición judía, el desaparecido es más santificado por Dios.

Y así fue: sabio, luchador, virtuoso, pionero y decidido, durante su corta vida de 52 años, vida valiosa y productiva en que su labor intelectual difundió en el mundo de habla castellana la esencia misma de la contribución judía a la civilización.

Con el correr del tiempo su obra parece agrandarse, embellecerse, perpetuarse en las nuevas generaciones del continente sudamericano. Pero no me corresponde a mí, su hija, elogiar su obra, pues como dice la Biblia en Proverbios, 27-2: "Deja que sean otros los que te alaben, no está bien que te alabes tú mismo".

Doctora en Filosofía y Letras egresada de la Universidad Nacional de Buenos Aires; Master of Science de Columbia University de New York y Philosophy Doctor de Yeshiva University de dicha ciudad. Este trabajo se presentó en el V Congreso Internacional de Investigadores sobre Judaísmo Latinoamericano que se reunió en la capital argentina, 1989.

Por ello mismo, y para señalar los diferentes aspectos de su amplia, polifacética e intensa contribución a la cultura de la América Latina, mencionaré lo que destacadas figuras judías y no judías han dicho sobre D. Salomón Resnick y su obra, y lo haré de acuerdo a los siguientes aspectos: El judío cultural; el judaísta y el hispanista; el traductor; el escritor; el periodista; el conferenciante; el director de *Judaica*; el hombre de acción; el hombre y el amigo; el hombre de familia.[1]

Pero antes permítaseme dar algunos datos biográficos para ubicarlo en la perspectiva del tiempo y del espacio.

Salomón Resnick había nacido en 1894 en Rusia, en un hogar imbuido de sabiduría, cuya actividad espiritual databa de generaciones y constituía un acervo hereditario, adscripto o vinculado a la tradición familiar. En 1902, cuando no contaba sino ocho años de edad, padres e hijos inmigraron a la Argentina y se radicaron en la campiña bonaerense, allá por Carlos Casares. Su nueva lengua materna, el castellano, en vez de desplazar como en tantos otros a la originaria, el ídish, vino a sumarse, por el contrario, a ésta. Resnick hablaba, escribía y pensaba tanto en ídish como en español, y su bilingüismo quedará como el rasgo más distintivo de su vida, de su personalidad y de su obra.

El judío cultural

Y así continuó a lo largo de su vida la senda que había iniciado en su juventud a través de la cultura judía, como fue comentado por el poeta Carlos M. Grünberg:

> "El judaísmo es un sistema de valores, es una concepción del cosmos, es un estilo de vida, es una religión y una moral, un arte y una historia, una ciencia y una filosofía. Ser judío es hacerse, día tras día, más judío, asumiendo incesantemente nuestra cultura. Resnick fue un hombre así. Un judío cultural. Un judío, judío. Uno de los judíos más culturalmente judíos y más judaicamente judíos de su época y de su país".[2]

Y el mismo Resnick se autodefinió con las siguientes palabras:

> "Yo soy argentino. Pero no puedo desligarme de la simpatía moral e intelectual por una cultura milenaria, interesante y fecunda, como la judía. Por eso me ocupo de introducirla en América. No creo en los privilegios de ninguna sangre, pero sí en la convivencia con todos los seres humanos".

El judaísta y el hispanista

El Dr. Ricardo Latcham de la Universidad de Chile se refirió a Resnick en los siguientes términos:

> "Su vida cultural abarcó a todo el continente americano. Hay que recalcar especialmente la simbiosis que logró realizar entre las obras judías modernas y antiguas y los pensadores cristianos. Dio a conocer los escritores judíos bíblicos y también la literatura judeo-española...
>
> "El valor de Resnick era insuperable cuando se trataba de tocar nuestra sensibilidad con cuadros del aporte judío a la cultura ibérica... Al hacerlo, divulgaba un patrimonio común a toda la humanidad, demostrando la universalidad de la cultura. Simultáneamente, revelaba la luminosa huella del pueblo judío en la evolución ibérica por conducto de su literatura... Creó en nosotros la añoranza por un glorioso pasado en el cual se enlazaba el canto de las sinagogas españolas con el 'cante jondo'... Cuando Américo Castro estuvo en Chile y habló sobre cultura hebraica, me manifestó su gran admiración por Resnick".

En 1919, al dar a la estampa del libro *Los Cabalistas* de I. L. Peretz, inició Resnick la serie de los veinte libros clásicos y modernos en ídish, que durante más de un cuarto de siglo vertiría al español con entusiasmo siempre renovado y con exactitud siempre creciente, con cuya sustancia judía corroboraría y fertilizaría, respectivamente, al judaísmo y al gentilismo hispánicos, y con cuya ejemplar realización y fuerte sugestión abriría la senda y marcaría rumbos a una escuela de traductores de la que sería el maestro indisputado.

Muchos se han referido a su labor como traductor y nada mejor que citar lo que D. Alberto Gerchunoff dijera al respecto:

> "No debemos confundir a Salomón Resnick con el traductor mecánico, para el cual las literaturas foráneas no son más que un material que requiere su industria. Resnick se sentía antes que nada, en esa labor sistemática, animado por un soplo de escritor que siente la necesidad de mostrar a la gente la belleza cuya percepción ha de enriquecer su vida espiritual y ampliar su visión del mundo...
>
> "Leemos los cuentos y los relatos traducidos por Resnick, de Peretz, de Sholem Asch, de Sholem Aleijem, las páginas de Méndele Mojer Sforim, los ensayos filosóficos o los tratados históricos de pensadores e historiadores judíos, con la conciencia de que nos acercamos a su dominio sin que el paso del ídish al español los hayan despojado de su tono original o disminuido en algo de su esencia propia, su fuerte contenido intrínseco".

El escritor

En 1931 inició Resnick la serie de sus cuatro libros originales, que son modelo de seriedad informativa, de método expositivo, de independencia y madurez de juicio y de diafanidad idiomática.

> "Resnick no sólo fue un escritor virtuoso", escribió el rabino I.M. Maguenza, de Chile, "sino que logró, gracias a su viva emotividad, investigar la razón de su propia labor; presentaba los fenómenos históricos y literarios como entes infinitos y completos. Su labor consistía en penetrar en el interior de dichos fenómenos y estudiar sus elementos, en sus acciones y reacciones mutuas, es decir, en investigar las manifestaciones literarias e históricas de una época atendiendo a las condiciones especiales de su desarrollo. Sus monumentos de rica historia literaria como *Esquema de la literatura judía* y *Dos formas de nacionalismo espiritual judío* presentan una característica común a sus trabajos: la racionalización armónica en la cual el elemento histórico deviene de un curso lógico".

El profesor Cecil Roth escribió lo siguiente desde Oxford:

> "En mi opinión D. Salomón Resnick ocupó una posición única dentro de la historia de las letras judías. Durante los siglos XVI y XVII surgió en Holanda, en Inglaterra y en otros países de Europa, una valiosa y riquísima producción literaria, escrita por judíos en lengua castellana e íntimamente unida con la antigua tradición del viejo Sefarad. En el siglo XIX se quebró dicha tradición. Don Salomón Resnick entregó su vida entera a la tarea de hacerla revivir brillantemente en los países de Sudamérica, hoy herederos de las antiguas tradiciones de los judíos de habla española. Su nombre habrá de quedar en la historia como el de uno de los fundadores de la nueva tradición hispano-judía".

El periodista

Su pasión por el periodismo como una forma dinámica y más vívida de llegar a la juventud de su época, se reveló con sus primeras colaboraciones en la revista mensual *Juventud*, en la que se publicó artículos, ensayos y traducciones. En 1916 colaboró desde Buenos Aires en el diario anarquista en ídish *Arbeter Fraint*, que se editaba en Londres bajo la dirección del famoso dirigente no judío Rodolfo

Rocker. Escribió allí una serie, "Carta sobre la Argentina", bajo el seudónimo de "Feterl".

En 1917 empezó a publicar ensayos y traducciones en la inolvidable revista mensual *Vida Nuestra*. En 1918 fue uno de los fundadores, redactores y colaboradores del diario en ídish *Di Presse* de Buenos Aires. En 1923 fundó y hasta 1933 dirigió con D. León Kibrick el semanario *Mundo Israelita*, cuyas columnas nutrió de artículos y ensayos y cuya fisonomía y orientación contribuyó no poco a formar.

A los 30 años de su desaparición *Mundo Israelita* hizo el siguiente comentario:

> "Sin duda alguna, la obra cumbre más notable y ennoblecedora de este espíritu que vio en el periodismo una vocación de genuina docencia, se condensó en la revista *Judaica*, nombre que señala una significante fase de madurez de la prensa judeo-argentina".[3]

El conferenciante

Resnick no se conformaba solamente con la palabra escrita, sino que tenía la necesidad vital de comunicarse con el mundo judío y no judío a través de la expresión verbal, y por ello resonó su voz de elocuente expositor tanto en la Argentina como en todos los países de la América Latina.

> "Salomón Resnick", comenta D. Lázaro Liacho, "fue un entero varón judío. Sabía exponer con la dialéctica propia del hombre de Israel: sabía narrar como lo hacen los criados en un hogar hebreo; juzgaba a los hombres con la agudeza de los educados en la lectura del Viejo Testamento; además, y esto como resultado de la influencia de los profetas, en quienes encontró sus maestros de pueblo, sus maestros en el estudio de la humanística, sus profesores de democracia, era implacable al juzgar la propia obra... Escucharle era un grato espectáculo de fina y profunda individualidad".

Y Da. Ana Albala-Levy, de Chile, agrega:

> "Su oratoria, que era una fuente incontenible y profunda, se esparció por charlas y conferencias. Lo macizo de su caudalosa oratoria, tan rica de cultura general y del sentido universalista de la vida judía, grabó, en la mente de aquellos que no lo eran, una definida claridad para desentrañar el alma antigua y anhelante del pueblo del Libro y de la Tierra y de la Esperanza".

El director de *Judaica*

En 1933 fundó, y hasta su último día dirigió, la revista mensual *Judaica*. La llamó así por la voz latina "judaica", que significa "cosas judías". Alcanzó a preparar el No. 154, dedicado íntegramente al pintor brasileño Lasar Segall, que no alcanzó a ver publicado, y que apareció después de su muerte. La sostuvo durante trece años con tenacidad admirable, rayana en la abnegación y sólo explicable por la intensa pasión intelectual que lo ligaba a ella. No se limitó, ni mucho menos, a incorporarle artículos, ensayos y traducciones propias. La convirtió en la tribuna del pensamiento judío hispánico.

Efectivamente, en las páginas de *Judaica* los mejores escritores judíos y no judíos de todo el mundo y de todos los tiempos hallaron la más amplia tribuna para publicar sus trabajos, traducidos al español cuando éste no era su idioma nativo. Los ecos de los acontecimientos contemporáneos que hacían impacto en la vida judía, tanto de la América Latina como del Viejo Continente, quedaron refleja-

dos con singular intensidad en las páginas de *Judaica*, a veces en tono polémico, pero siempre amistoso.

Una rápida mirada a la colección de *Judaica* nos presenta artículos sobre temas tan diversos como sionismo, medicina judía, medicina en la Biblia y el Talmud, jasidismo, los falashas, literatura, filosofía, historia, filología, folclore, y muchos otros relacionados con el acervo judío a través de los siglos.

Asimismo, *Judaica* publicó más de veinte números especiales totalmente dedicados a un sólo tema, como ser: Los judíos de la América Latina, Historia judía, Colonización judía en la Argentina, La nueva cultura hebrea en Palestina, La cultura sefaradí, IWO de Wilno, Sholem Aleijem, Rashi, Bialik, Maimónides en su octavo centenario, Yehuda Halevi, *El Nazareno* de Sholem Asch, todos los cuales llegaron a ser las más valiosas fuentes de consulta especializada en lengua castellana.

Al celebrarse el décimo aniversario de *Judaica*, Resnick escribía:

> "Nuestra publicación, a pesar de su idiosincracia específica, no está destinada solamente a la colectividad israelita, sino a todos los hombres cultos. Y esto lo comprobamos con legítima satisfacción tanto por los lectores no judíos con que contamos, como por nuestros colaboradores no judíos. Vemos en esta conjunción de fuerzas un símbolo de colaboración espiritual promisorio, un acercamiento destinado a rendir con el tiempo muy buenos frutos. En la escala en que nos ha sido posible, hemos tratado de llegar a las esferas cultas no judías de América, no por medio del panegírico o de la hipérbole, sino valiéndonos de estudios imparciales, de cuadros literarios reales. Estas páginas han estado siempre abiertas al debate sereno, cuando era preciso, orientado por un espíritu de absoluta tolerancia".

Y don Alberto Gerchunoff comentaba:

> "En esa revista densa y varia hallaron la posibilidad de ahondar la vinculación judeo-continental escritores de todas las repúblicas de América. Durante trece años ha sido *Judaica* una tribuna prestigiosa y austera de la cultura judeo hispánica. En sus páginas se esclarecían obscuridades históricas, nociones curiosas de filología y ángulos remotos del antiguo pensamiento judío o hispano-judío. La obra que llevó a cabo Resnick en su revista, con su personal contribución, independiente de su tarea avasalladora de director, comporta un caudal enorme de inteligencia, de sabiduría, de insigne amor a las letras, de deseo valeroso de facilitar ese goce a la muchedumbre lectora".

El poeta Lázaro Liacho se refirió a *Judaica* en los siguientes términos:

> "*Judaica* fue la hija de su espíritu. Esa fue su preciada tarjeta de presentación en todos los países del continente. Con ella nos presentó ante Europa y desde allí ganó amigos y compañeros famosos, que se interesaron por conocer nuestro desenvolvimiento".

El escritor español Diego Abad de Santillán dijo:

> "Envidiábamos la obra realizada desde las páginas de *Judaica*, ese incomparable archivo castellano de la cultura judía. Era algo que en otros aspectos nos hubiese agradado realizar, consagrando a una obra similar toda la vida y todos los afanes".

Y el novelista argentino D. Manuel Gálvez opinó:

> "...No se imaginan ustedes con cuándo interés leí siempre *Judaica*. Esa revista y todas las publicaciones de Resnick han tenido un mérito que no es solamente cultural. Por ellas los argentinos hemos venido a enterarnos de lo que han sido y son los judíos y de cuánto este pueblo ha hecho. Conocer a los judíos en lo que valen es necesario, pues de otro modo se puede caer en la injusticia del antisemitismo".

El poeta cubano Fernando G. Campoamor escribió desde su país:

"La valija iba arracimándome los números de *Judaica*, cicerone que me paseó diez años por el espeso y sufrido peregrinaje del pueblo de Israel... A cuántos que no alcanzamos el ídish ni el hebreo nos llegó como un estado de gracia la semilla de *Judaica* en la fuerte lengua española. Si como antillano de esa isla debo a sus gentes judías el azúcar que nos trajeron de Madeira, a usted, bueno y laborioso Salomón Resnick, le debo el entendimiento cordial de su gran raza perseguida por las cruces de todas las inquisiciones".

Y desde Chile, el escritor José Santos González Vera señala:

"No se conoce en español otra publicación que la iguale o que siquiera se le aproxime. *Judaica* es un archivo riquísimo de documentos sobre la historia judía, el pensamiento de sus grandes valores y la repercusión que este pueblo tenaz, endurecido por la incomprensión, ha tenido en la mente de los gentiles. Considero que *Judaica* ha orientado a muchos intelectuales indígenas respecto al valor del pueblo perseguido".

Después de la muerte de Don Salomón Resnick su familia y sus amigos continuamos publicando *Judaica* por dos años más hasta fines de 1948, y en esos momentos fue cuando se estableció el Estado de Israel. La revista se hizo eco del gran milagro en la historia judía con artículos y notas de todos y de todas partes, elogiosos comentarios sobre la ineludible importancia de este magno acontecimiento y sobre la decisiva influencia del voto de los países latino-americanos en las Naciones Unidas, que llevó a la partición de Palestina en 1947. Al celebrarse este evento el poeta y jurista Grünberg pronunció un discurso en el Luna Park de Buenos Aires, que se publicó luego en *Judaica* bajo el título de "Israel, la Argentina, y el embajador Toff", en donde, además de entonar loas al nuevo estado, destaca con cálida emoción la importante intervención de nuestro distinguido compatriota en la histórica resolución de las Naciones Unidas.

En su página editorial *Judaica* comenta al respecto:

"El renacimiento de Eretz Israel se lleva a término sin la cruz y con el apoyo del mundo cristiano. Renace libre de culpa, para asegurar una justicia universal. En su renacer están en juego las posibilidades de la civilización, porque este intento de unidad judía demostrará si es posible la unidad espiritual del mundo".[4]

Con anterioridad y firme en su identificación con la Palestina de entonces, *Judaica* publicó un número especial dedicado a la "Moderna cultura hebrea en Palestina", en ocasión de la visita del poeta hebreo Natán Bistritzky a la Argentina. En su editorial, Salomón Resnick declara:

"Hemos restringido deliberadamente a nuestro siglo esta reseña, primero porque ese lapso corresponde al renacimiento de los anhelos nacionales judíos y con la obra de reconstrucción de Palestina, y, en segundo lugar, porque este período, precisamente, es el menos conocido por los lectores de habla española...

"La Universidad Hebrea en el campo científico y humanístico, la obra de escritores y artistas en el ámbito de la literatura, de la música y del teatro, el esfuerzo silencioso del magisterio en el campo de la enseñanza y, sobre todo, la acción del morador judío de Palestina, que va plasmando día a día el idioma hebreo, transformándolo en instrumento vivo y dúctil; todo eso está llamado a rendir con el tiempo resultados fecundos, en un pueblo que, en ningún momento de su vida histórica, por angustioso que haya sido, jamás ha olvidado el cultivo de su espíritu".[5]

Y para concluir con este tema, nada mejor que citar las palabras del Dr. Juan Marín, a la sazón embajador de Chile en China:

"Fui un voraz lector de esa revista de alto humanismo en la cual siempre encontré alimento espiritual y enriquecimiento intelectual. Resnick no necesita de homenajes materiales pues el mejor monumento a su memoria es *Judaica*, en cuyas páginas él puso lo mejor de su alma y de su inteligencia. Ese monumento vivo perdurará en la historia de las letras y la filosofía de Hispanoamérica".

El hombre de acción

En 1913 llegó a la colonia Narcisse Leven, de La Pampa, donde ejerció el cargo de maestro de castellano en una de las escuelas de la Jewish Colonization Association. Fue director de la biblioteca de la Colonia, donde bajo su guía se realizaban conferencias, veladas literarias y musicales, lecturas explicadas y debates.

En 1923, Salomón Resnick, junto con un grupo de las personalidades de aquel momento, entre quienes se encontraban las más destacadas figuras de la colectividad, fundó la "Asociación Hebraica", hoy "Sociedad Hebraica Argentina". Entre los propósitos de la nueva entidad figuraba el de fundar una biblioteca especializada en temas judíos. Salomón Resnick, como primer director de la misma, tomó a su cargo la tarea de incorporar a ella las mejores joyas de la literatura judía, para poder ofrecer a los estudiosos las más valiosas obras de consulta sobre esos temas.

En 1924 ocupó con el aplauso de la dirección nacional de Francia y de la Argentina, el cargo de director de la Oficina de Prensa de la Jewish Colonization Association, dependiente de la central de París desde su fundación, en aquel año, hasta su supresión en 1928.

En 1929 propició la fundación del Colegio Secundario Israelita, cuya presidencia ocupó y donde dictó en castellano las cátedras de Sociología, Literatura Judeo-Española y Literatura Idish. Al dar el nombre de Alberto Einstein a dicho Instituto dijo Resnick que se rendía así

"un homenaje justiciero al judío contemporáneo más ilustre que personifica un concepto integral del judaísmo, sin desviaciones ni exclusivismos sectarios".

En 1936, al celebrarse en Buenos Aires el XIV Congreso Internacional del Pen Club, Resnick fue el compañero inseparable del poeta H. Leivick, de quien tradujo al castellano sus ponencias en ídish, presentando de esta manera el gran aporte de la literatura judía a las letras universales.

A partir de 1936 y durante varios años hizo varias giras por los países latinoamericanos, en representación del Instituto Científico Judío (I.W.O.), primero cuando tenía su sede en Wilna, y luego cuando pasó a Nueva York. Esas giras constituyeron un éxito pleno, tanto moral como material, al punto que en el último año de su vida fue nuevamente invitado por el I.W.O. para realizar otros viajes similares. Desde 1938 hasta 1940 presidió la filial argentina del Instituto Científico Judío con sede en Buenos Aires. En 1938, cuando llegó al país el célebre escritor y poeta judío M. Ravitch, organizó con él la Primera Exposición del Libro y Prensa Judíos de la Argentina. Su intensa y fervorosa labor llevó al I.W.O. a la posición que hoy ocupa.

Desde 1944 y hasta el día de su muerte dirigió Resnick el Departamento de Publicidad de la Oficina Latinoamericana del American Jewish Joint Distribution Committee, y en tal carácter publicó el boletín "Hechos y Cifras" y realizó importantes viajes continentales de organización y de propaganda. Recorrió los países de América para esclarecer la labor del Joint y para unir a sus hermanos en la ardua tarea de salvar a los judíos de la Europa desgarrada por la guerra.

El hombre y el amigo

El respeto y el afecto que Resnick inspiraba en sus amigos están reflejados en el siguiente párrafo de Lázaro Liacho:

> "Salomón Resnick era un hombre hermoso. Me agradaba observar sus grandes y serenos ojos llenos de dulzura; seguir su mirada cálida; escrutar su pupila de asombro. Sus ojos irradiaban esa sugestiva belleza que se admira en las mujeres que están a la espera de un gran advenimiento: eran ojos inquisidores y a la vez ingenuos. Es que Resnick no dejó nunca de ser un espíritu a la espera de un advenimiento. Con esa tranquilidad de quien aguarda soluciones del mañana, él defendía su manera de ser ingenuo ante la vida, porque la experimentaba como una forma heroica en lo cotidiano. Me confortaba escucharlo en sus apartes íntimos, durante conversaciones amigables, por la fluyente cordialidad de su discurso; me acogía a la dulcedumbre de sus pausas expresivas; sentía el agudo y tibio acento de su tono didáctico; me dejaba llevar por su gráfico humorismo –que sus manos retrataban en vuelo evocador de sugestiones– y me reía con placentera satisfacción, debido al tierno encanto con que animaba la figura de sus muchos improvisados amigos, que le acogían en sus viajes y le confiaban los pequeños secretos y diferencias en que se debatían. Yo gustaba ese zumo de madurez que Resnick desbordaba en el relato de los diálogos y situaciones de que fuera testigo, parte, mediador y crítico, y que siempre refería con chispeante, sutil y benévola recreación".

A lo que el escritor y poeta chileno Luis Durand agrega:

> "Salomón Resnick tenía alma de apóstol. No era el fanático que reniega de todo lo que no se asimila a su credo y a su manera de ver, lo que es el derecho y la justicia a que es acreedor cada hombre. Era apóstol porque desde su pensamiento brotaba como un manantial cada vez más transparente el agua lustral de su sueño. De un sueño que era el de él, cada vez más fuerte, cada vez más joven, cada vez más bello. Bello y grande como son todas las ambiciones de los hombres cuando están destinados a servir a la humanidad, cuando tienden a crear la armonía total y luchan por hacer desaparecer los prejuicios de raza que rebajan la condición humana...
>
> "Recuerdo ahora la presencia de Salomón Resnick. Lo conocí una noche en una comida que se le ofrecía, aquí en este Santiago del Nuevo Extremo. Yo no le conocía y esa noche, cuando conversábamos, pude apreciar su simpatía humana, pude apreciar su mentalidad vigorosa que, al expresar su pensamiento, hacía más intensa la luz de sus ojos y más despejada su frente de soñador que no sabía de otras alegrías que las de persistir en su aspiración suprema".

El hombre de familia

Permítaseme agregar desde un punto de vista puramente personal que la devoción de Salomón Resnick a los suyos fue admirable y que junto a mi madre y a mi hermano Moisés formábamos una encantadora familia.

Muchos han recordado el profundo afecto y el inseparable compañerismo entre mis padres, así como la firme solidaridad y el apoyo inquebrantable de mi madre a su labor. Como dijo D. Máximo Yagupsky al despedir sus restos en el cementerio de Liniers, a principios de diciembre de 1981:

> "Sí, usted fue, en verdad una encarnación viva de la frase inolvidable del Cantar de los Cantares, del *Shir Hashirim*, cuando declara sin ambages ni timideces: 'Yo soy para mi amado y mi amado es para mí'. Y recuerdo, para jamás olvidarlo, que cuando agradecí personalmente a Resnick el habernos dado a conocer el relato de Asch titulado *Una hija de Israel*, él, sin titubeos ni circunloquios, me confesó: lo he traducido en homenaje a mi mujer, que es ejemplo excepcional de madre, esposa y amiga".

Mi hermano, que era apenas un niño cuando nuestro padre dejó de existir, siempre cautivado por las matemáticas y hoy prestigioso ingeniero, además de inspirarle el gran amor del hijo varón, lograba despertar en nuestro padre su interés por aquellos temas, y al pasear por los parques de Buenos Aires iban creando juntos todo tipo de nuevos proyectos.

Y en mi memoria perduran hoy con clara nitidez sus interesantes comentarios sobre los temas de mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, cuando analizábamos, por ejemplo, el aspecto judío del poema "Judith" de Lope de Vega, o del *Mercader de Venecia* de Shakespeare, o las luchas de los judíos en la España medieval, o la producción de Yehuda Halevi. Fue mi guía y mentor espiritual a lo largo de toda mi vida.

Y hoy, a los 42 años de su muerte al redactar estas líneas siento que su dedicación a *Judaica*, a las "cosas judías", se proyecta también a mis hijos, quienes al sentirse identificados con la tradición y los valores judaicos que su inolvidable abuelo tanto amó, están inmersos en ellos y en su continuidad.

Epílogo/Ultílogo

Como permanente homenaje a su memoria queda el legado de todos sus libros originales, traducciones y la colección de *Judaica*, que están alineados en muchas bibliotecas públicas y privadas, judías y no judías, de las tres Américas, de Europa y de Israel.

Su propia biblioteca, tan rica en tesoros judíos y universales, que donamos a la Universidad de Tel Aviv, es el más elocuente símbolo de su presencia vital en los anales de la cultura judía y en la Tierra de Israel.

Sirva este trabajo como humilde recordación filial a su memoria, recordación de la que seguramente también participa esta nueva generación de estudiosos judíos latinoamericanos, interesados en la temática judaica, que fue siempre la pasión de la vida de Resnick y de cuya labor esta conferencia es una hermosa y promisoria realidad.

Junto a Lee Friedmann, destacado jurista e historiador de la Universidad de Harvard, Cambridge, Massachusetts,

> "...devotamente, con el espíritu de nuestro antiguo *Kadish*, inclinemos nuestras cabezas agradecidas y roguemos al Todopoderoso que los seres de nuestra generación sean inspirados y guiados por el corazón y la acción de Salomón Resnick. Amén".

NOTAS

1 Todas las citas de este trabajo provienen de *Judaica* No. 156, julio 1947, publicado como homenaje a la memoria de Don Salomón Resnick en el primer aniversario de su desaparición, con excepción de las mencionadas en las notas siguientes.

2 Grünberg, Carlos M., *Judaica*, 167/168, junio-julio 1948.

3 *Mundo Israelita*, 24 de julio de 1976.

4 *Judaica*, 162/163, enero-febrero 1948.

5 *Judaica*, 116/117, febrero-marzo 1943.

(Ver Adolfo Dujovich, "Salomón Resnick, escritor idishista en español", *Coloquio*, 14, pág. 109).

En el destierro

José Opatoschu

ENDEREZOSE Wolkoff, dio unos pasos hacia atrás y contempló el árbol que acababa de plantar. Cerca de la ventana había un pino de Navidad, del que colgaban juguetes de colorinches, velas multicolores. Higos envueltos en papel platinado, dátiles enrollados en papel dorado asomaban, chillones, de entre las verdes yemas. Corderitos blancos, con cintas rojas en los cuellos, miraban sumisamente desde las ramas, que se hundían de tanto peso. El pino, engalanado, parecía pedir que prendieran las velitas, a fin de que los juguetes refulgieran en decenas de colores, se hundieran en la plata y el oro y llenaran de alegría la habitación.

Sentóse Wolkoff en una mecedora, miró el pino y no se extrañó de que se sintiera invadido por una gran pesadumbre, que crecía a medida que contemplaba el árbol. Fuera de Petia, su hijito de seis años, que estaba envolviendo nueces en papel plateado, no había nadie en la casa. Su mujer y el chico mayor habían salido a invitar a los amigos con sus niños para festejar el árbol de Navidad. Wolkoff explicaba su mal humor por la vulgaridad con que recibía la Noche Buena en Nueva York, por el hecho de que unos judíos estarían en su casa hasta altas horas de la noche jugando a los naipes, aun cuando su corazón le decía que él estaba engañándose a sí mismo, que había en su camino algo de que tenía que librarse. Y cada vez que se miraba por dentro, todo se desvanecía en torno suyo y la congoja se hacía mayor.

Wolkoff, antiguo presidente del Banco de Azov y del Don, había vivido con su mujer ocho años, sin pensar nunca que fuera judía. Su tío, un viejo terrateniente que lo visitó dos veces en el curso de esos ocho años, sacaba a relucir, después de una copita de más, su linaje hasta la cuarta y quinta generación, asegurando que los Wolkoff habían construido Zaritzin, se ponía a besar al sobrino y terminaba cada vez susurrándole al oído:

–Es tiempo, Iliuscha, de pensar en el alma... Gruschenka, tu mujer, es buena, muy buena, pero eso de no abrazar nuestra fe, de no hacerse ortodoxa...

Wolkoff, bien impresionado, prometía cada vez al tío que hablaría al respecto con Gruschenka, y apenas el viejo se iba, olvidábase de todo. Vivía dichoso con su mujer, con los dos hijos, Vania y Petia, que ella le había dado, y como él mismo tampoco iba a la iglesia, no veía diferencia alguna entre sí y Gruschenka.

*Polonia, 1886 – EE.UU., 1954. Novelista y periodista. Este cuento fue traducido del ídish por S. Resnick (**Judaica**, No. 82, abril de 1940).*

Al noveno año de su casamiento, los bolcheviques entraron en Zaritzin. Wolkoff, sabiendo que iban a confiscar los fondos del Banco, se apropió de todo el dinero que pudo, se llevó a su familia, huyó a Siberia y de allí pasó a los Estados Unidos.

Desde el primer día que vinieron a Nueva York, sintió Wolkoff que su mujer era judía. Inmediatamente aparecieron tíos y tías, que no dejaban de preocuparse por ellos, ni los dejaban un minuto solos. Al día siguiente se mostraron tan familiares que dejaron de prestarle atención a Wolkoff, cacareaban en ídish, y el cristiano tenía la sensación de que sólo hablaban de él.

El dueño de la casa donde alquilaron una habitación era un judío ruso, médico. Con éste, supuso Wolkoff, haría buenas migas. Pero pronto se dio cuenta que el médico tenía la mala costumbre de no tomar en consideración que él, Wolkoff, era un ruso, que no entendía su idioma, y cuando hablaba, pasaba al empleo del ídish.

Observó que Gruschenka cambiaba de día en día, entendía lo que le decían y ella misma se ponía a conversar en ídish, demostrando gran satisfacción, como si despertaran en ella antiguos recuerdos, largamente olvidados. Sólo él permanecía mudo, se cansaba de preguntar por qué se reía la gente, sentíase hecho un tonto y le parecía que sobraba allí.

Lo que más sentía era por los niños. La calle y sus compañeros judíos –de esto estaba seguro Wolkoff– alejaban del todo a sus hijos de él. Ellos se quejaban ante la madre por qué no eran circuncisos, como los chicos de tía Fanny. El padre, al oírlo, se ponía furioso, reprochaba a su mujer que echaba a perder a los niños, que no había que mandarlos a casa de las tías, pero al rato se arrepentía, quedábase sentado, impotente, y se consolaba que de un día u otro caerían los bolcheviques. Entonces volvería a Zaritzin, no se quedaría en el Nueva York judío, donde debía trabajar el día entero en una oficina de vapores por cien dólares al mes, y cuando venía a su casa, todo le parecía extraño: los amigos, la mujer y hasta los hijos.

Si alguna vez iba de visita a casas donde se hablaba el ruso, bastaba que los invitados probaran un poco de licor para ponerse a cantar canciones judías, que chillaban en sus oídos. Wolkoff tenía la impresión de que todos gritaban: "¡Ay-way, ay-way!" y no comprendía cómo Gruschenka, encendida, podía acompañarlos.

Notó que la familia lo mimaba a Vania, un niño pálido y delicado. Decían que tenía el aire de la familia. Wolkoff empezó a observar al chico, buscó algún parecido consigo y no lo encontró. Resolvió que Venia era un "judihuelo" y sintió más cariño por Petia. Regocijábase de que éste fuese travieso, que sus cabellos albinos le cayeran sobre los ojos, lo mismo que a él, Wolkoff; que remedara a sus tías cuando hablaban el ídish al unísono, y comenzó a dedicarse más a Petia.

Ahora, viendo cómo Petia envolvía las nueces, recordó Wolkoff que él también hacía lo mismo cuando ayudaba a engalanar el árbol de Navidad. Algo familiar despertó en él, lo llenó de calor, y exclamó:

–¡Petia, acércate!

El niño dejó las nueces y se tiró en brazos del padre:

–¡Papá! ¡Papá!

–¿Sabes, Petia, que eres ortodoxo?

El niño no comprendió lo que el padre le decía y abrió desmesuradamente sus ojos azules.

–Eres ortodoxo, Petia, ortodoxo. Tus bisabuelos construyeron Zaritzin, no vivían en una casa de vecindad en medio de judíos, y tu abuela, Nastasia, no corría, la noche de Navidad, a invitar a judíos a la fiesta, como lo hace tu madre. Propietarios, verdaderos propietarios acudían a ella, y no una chusma como aquí.

Wolkoff besaba a Petia, lo abrazaba. Por primera vez se puso a hablarle de Jesús, de su muerte, de cómo los judíos lo crucificaron, contándoselo con todos los pormenores, tal cual persistía en su memoria, y cuando notó lágrimas en los ojos de Petia olvidóse que debían llegar visitas, prendió las velas, arrodillóse con Petia delante del pino y se puso a cantar quedamente.

Las llamas se reflejaban en los juguetes, se hundían en el papel plateado y dorado, inundaron de suave rojez a los blancos corderitos y un cántico triste y pausado expandióse por la habitación.

Las letras judías después de la gran guerra

Salomón Resnick

LOS ciclos literarios, a semejanza de los períodos históricos, suelen ser vinculados a algún suceso descollante que los ha inspirado directa o lejanamente. Esta clasificación es harto relativa, así en literatura como en historia, y si se acude a ella no es tanto por su valor real, como por las comnodidades que ofrece para abarcar una época determinada. Ningún acontecimiento trascendental ha comenzado exactamente en la fecha que le marca la historia como punto de partida; siempre ha habido, antes de su estallido, movimientos de opinión o de hecho que han preparado el ambiente, que se han ido ajustando poco a poco a la nueva mentalidad o al nuevo estado de cosas que surge luego, como consecuencia de aquella fermentación social o psicológica, en una fecha determinada. Se dice por lo general que una revolución, un movimiento de ideas o la edad de oro de una literatura ha empezado en tal o cual año; mas conviene no olvidar que en la vida de los pueblos esos sucesos no se producen bruscamente; todos ellos vienen precedidos de una incubación previa, a veces dolorosa y sangrienta, que arranca en senderos al parecer insignificantes, pero que son, en el fondo, a la manera de los riachuelos que afluyen a engrosar la corriente caudalosa del río, los que forman la raigambre del nuevo movimiento.

Sin embargo, se acostumbra tomar para la fijación de las eras literarias un suceso histórico ligado en alguna forma con aquéllas y que sirve de pauta para el análisis de las vicisitudes experimentadas por una literatura, su ascensión o su regreso, su elevación o su decadencia, sus desviaciones, sus rumbos nuevos. En el caso que ahora nos interesa, en lo que atañe a la evolución de la literatura ídish en

Fragmento del ensayo *Esquema de la literatura judía* (Bs.As., 1933).

los últimos quince años, hemos elegido como punto de partida, como suceso histórico que inicia para ella un ciclo novedoso, la última guerra europea. Esta marca una etapa memorable y dolorosa en la vida del pueblo judío. Ella ha trastornado a tal punto su régimen de vida social, económico y moral, que no es posible hablar de un panorama espiritual del judaísmo contemporáneo sin tomar como eje de rotación a la gran guerra. Naturalmente, conforme a lo anotado más arriba, no nos ajustaremos, en este capítulo, al fatídico año 1914 en que se desencadenó la hecatombe fratricida; lo que a nosotros nos interesa no es la fecha de una batalla, sino el cambio operado en las letras judías por la conflagración con todas sus irradiaciones: la guerra civil, los pogroms, el hambre, el nacimiento de un nuevo régimen social, la transformación psicológica y económica del grueso de la población israelita de Europa, etc. Tampoco hemos de restringirnos únicamente a lo que ha ocurrido después de 1914; eso no sería exacto, puesto que los gérmenes de la transformación producida en la literatura ídish existían ya, como lo veremos luego, antes de que sobreviniera la triste matanza.

En los años anteriores a la guerra europea, Polonia concentraba las mejores fuerzas literarias judías y era, sobre todo, el punto céntrico de las editoriales israelitas. En torno de Peretz se agrupaban, respetuosos y anhelantes, los autores consagrados y noveles, y las prensas de Varsovia y Wilna inundaban el mercado con obras judías. Nueva York, donde se había formado asimismo un centro literario de importancia, con figuras tan destacadas como Iehoasch, Rosenfeld, Pinsky, Gordin, Kobrin y otros, entre los viejos, y Opatoschu, Mani Leib, Leivik y veinte más entre los jóvenes, competía en cierto modo con el grupo polonés, sin que esta competencia tuviese en ningún momento el más leve carácter de hostilidad. Por el contrario, notábase en el núcleo americano cierto respeto innato por el viejo ambiente literario de Polonia, del cual procedía, por otra parte, la mayoría de los componentes del grupo americano. Existían, sí, diferencias entre ambas corrientes, mas ellas no pasaban del terreno estético; eran maneras diversas de enfocar literariamente los aspectos de la vida judía, sin que estas divergencias llegaran a conflictos extremos, a disidencias incompatibles.

Salvo preferencias de orden personal o estético, no existían por aquel entonces desavenencias mayores dentro de la familia literaria. De vez en cuando aparecían grupos juveniles o "escuelas", como se les llama en la terminología literaria, con su natural alboroto sobre la necesidad de reformar la métrica, pero bien pronto estos jóvenes se aclimataban y al llegar a ciertas posiciones de responsabilidad, perdían sus ímpetus iconoclastas, conforme ocurre en otros órdenes de la vida.

La perturbación general nacida a consecuencia de la guerra europea puso término a ese plácido estado de cosas. En primer lugar, los países extra-europeos, especialmente los Estados Unidos, acostumbráronse a prestar mayor atención a sus propios elementos y a prescindir, por la fuerza de los hechos, de la tutela europea. La interrupción material de relaciones entre ambos grupos literarios dio lugar, con el andar del tiempo, a que se acentuara la independencia de los americanos. Mientras tanto, y antes aún de que se reanudaran los vínculos, las figuras más preclaras de la literatura judía, Peretz, Sholem Aleijem, Abramovich, Ans-ky, Dinesohn, Rosenfeld, Frug, etc., que encarnaban la vieja tradición literaria y eran objeto de general consideración, habían desaparecido, y otras no menos prestigiosas, como Asch, Reisen, Niguer, etc., se radicaron en los Estados Unidos; de manera que, después de la hecatombe memorable, las letras judías

de Europa dejaron de ejercer su antigua atracción sobre el núcleo americano, por haber adquirido vuelo éste, en tanto que aquél se había estancado. Sin embargo, este proceso centrífugo que se verificaba dentro del sector americano no habría causado mayores discrepancias, dada la concordia existente entre los dos centros literarios. A lo sumo se habrían complementado mutuamente, añadiendo así un nuevo aspecto y un colorido novedoso a las letras judías; por lo demás, este trasplantamiento de los centros no es un fenómeno novedoso en la historia judía, siendo, por el contrario, uno de los secretos de la conservación integral del pueblo hebreo. Como en el fondo la bifurcación no era sino geográfica, no había peligro alguno para el desenvolvimiento de la literatura judía considerada como unidad.

Pero sobrevino la revolución rusa, que arrasó el orden existente en todas sus fases: política, económica y espiritual. La rígida disciplina impuesta por los gobernantes moscovitas halló en sus adeptos judíos entusiastas y decididos partidarios. Y la transformación se produjo también en el orden literario. Nació una nueva doctrina estética, ajustada al dogma marxista: una literatura esencialmente proletaria, por su orientación y por sus temas. Esta teoría, junto con la formación de un grupo literario dentro de sus cánones, vino a ahondar más aún, y esta vez en forma categórica, la división operada en las filas de la literatura ídish. A los dos grupos definidos, Varsovia y Nueva York, agregóse otro, mucho más audaz y pretencioso, que negaba jactanciosamente a ambos: el de Moscú. Esta vez ya no se trataba de ser complemento de lo existente, sino de algo más atrevido: el núcleo ruso comenzó por menospreciar y negar el valor de la producción anterior a 1917 y no titubeó en declararse enemigo de los escritores judíos que no comulgaban con su credo literario, renegando así a toda continuidad y a toda perspectiva de unidad.

Este cisma marca la división más honda, la discrepancia más profunda que se haya notado jamás en la literatura ídish. Frente a los postulados y anhelos de la literatura proletaria resultan insignificantes las divergencias habidas entre un grupo literario y otro de un mismo país o bien entre los escritores radicados en Polonia y los establecidos en Nueva York; el conflicto que plantean los autores rusos es más fundamental, más categórico, y si bien su aporte literario no predomina en la orientación de las letras israelitas, no hay que olvidar, en cambio, que ese bagaje se va enriqueciendo de año en año, con toda la autoridad que le presta su carácter de producción oficial. No cabe duda que, pese a sus fallas, la literatura judía de Rusia, lo mismo que la vida de los israelitas en la URSS, se amoldará a sus cánones propios, bien distintos de los que predominan fuera de la Unión Soviética, con lo cual el ídish contará con una corriente separatista de importancia, casi con una literatura más.

Este fraccionamiento de la literatura ídish es sólo uno de sus rasgos característicos de la post-guerra. A las discrepancias estéticas o ideológicas se suman otros factores que quiebran su antigua línea homogénea. A los signos externos relacionados con los escritores, con su agrupación en capillas o escuelas, hay que añadir el cultivo de nuevos temas, el planteo de problemas y preocupaciones inquietantes, inspirados por el espíritu de nuestros días, y de un modo general, por la tendencia hacia la universalidad.

El renacimiento de la literatura ídish, emprendido en las postrimerías de la centuria pasada, se desarrolló en un período de relativa tranquilidad en la vida judía; los primeros escritores de esta edad de oro –Abramovich, Sholem Aleijem, Peretz, Dinesohn, Spector– se sintieron atraídos por el medio ambiente, cuya atmósfera social y psicológica trazaron en una serie de obras maestras. La vida rutinaria

del judío concentrado en los ghettos de Rusia y Polonia; sus conflictos inmediatos; la descripción de sus costumbres; en una palabra, todo aquello que constituía la vida patriarcal israelita, eso fue el tema preferido de aquel ciclo. Hasta los primeros años del siglo XX los escritores judíos giraban en torno de esa existencia limitada, escudriñándola, censurándola, pero sin salirse de su zona de influencia. El pueblecillo calmoso con sus habitantes separados física y mentalmente de Europea, era el escenario en que se desarrollaban los sucesos reflejados por los autores de la época; un mundo material y espiritualmente rezagado, extraño al resto de la humanidad.

El advenimiento de un núcleo de escritores jóvenes, en la primera década de este siglo, ensanchó el horizonte estrecho de esa literatura. Asch, Nomberg, Reisen, Unoiji y otros más marcan el paso del pueblecillo arcaico y adormecido a las urbes tumultuosas y cosmopolitas.

Ellos introdujeron nuevos tipos, tomados sobre todo entre la juventud, e inquietudes desconocidas hasta entonces. Esa pléyade, al mismo tiempo que pintaba la tradicional vida israelita, descubría al judío nuevo, el de la ciudad, con sus preocupaciones torturantes y su trágica desesperanza. La atmósfera en que se mueven estos tipos ya no tiene la apacible seguridad que caracterizaba a la generación anterior, concentrada en el pueblecillo de tipo vetusto; ahora se mueven en medio de un mundo enorme y hostil. A sus decepciones causadas por la vida moderna unióse el dolor provocado por un mal especial: los pogroms, que inspiraron a algunos jóvenes escritores, tales como Schapiro, Schneur, Bercovich, páginas de honda pesadumbre y de vigoroso colorido. Nótase en la producción de este período que la vida judía va perdiendo su base histórica, su refugio salvador, y esta sensación flota en casi todos los autores de este ciclo de un modo imperceptible, confuso, diluido.

Poco tiempo antes de la gran guerra surge un notable novelista que resume admirablemente este estado caótico, agonizante, de una vida idílica que se va extinguiendo sin remedio. Es David Bergelsohn, cuya obra clausura ese período e inaugura uno nuevo, el de la post-guerra, no sólo por la razón apuntada, sino porque él representa un lazo de unión entre ambas épocas, habiendo sido, de los autores consagrados, el que con más entusiasmo ha abrazado las nuevas modalidades literarias. Bergelsohn, es, en efecto, el prosista de mayor enjundia que la literatura proletaria puede ostentar; pero conviene advertir que su obra más valiosa es anterior a la revolución rusa y enteramente contraria, por su espíritu, a la ideología que los paladines de aquélla pretenden imponer. Bergelsohn, pintor de un ambiente en decadencia, fino y aristocrático, renegó de pronto de su anterior manera literaria, y adoptó, a igual de varios otros escritores de menor cuantía, la orientación estética dictada por los críticos marxistas. Ahora sus novelas, en lugar de describir el desmoronamiento de las antiguas normas de la vida judía, pintan, en recios colores, los tipos surgidos al amparo del nuevo régimen: el agricultor, el artesano, el jornalero, el obrero de la nueva restauración económica. A Bergelsohn y a su doble fisonomía hemos de referirnos más adelante. Por ahora dejemos sentado que él encarna el punto de separación entre ambas épocas, y veamos qué otros síntomas, fuera de las disidencias ideológicas y del cambio de temática caracterizan al período de que hablamos.

La decadencia del viejo mundo judío y las amarguras experimentadas por el nuevo régimen de vida despertaron el ansia de olvidar la realidad y el anhelo de hallar un contenido superior para la existencia vulgar. Así nació el romanticismo de Peretz, quien buscó en la tradición jasídica y en la leyenda popular nuevas formas de vida elevada. La historia y el folklore, antes menospreciados por las letras

israelitas, se convirtieron, en los años precedentes y sucesivos a la gran contienda, en una fuente de inspiración. Primeramente empezaron a cundir las Memorias, en las que se resucitaron, en forma sencilla y testimonial, los episodios salientes de las generaciones poco distantes de la nuestra. Este género, que desde el libro de Glückel von Hameln, escrito a fines del siglo XVII, no había sido cultivado en ídish, adquirió de pronto un desenvolvimiento notable. En vísperas de la guerra mundial, Ezequiel Kotik publicaba sus dos densos volúmenes de recuerdos sobre la vida judía en Rusia en el siglo XIX, reflejando diestramente las costumbres, los tipos característicos y los conflictos ideológicos. Otros autores, entre ellos Katzovich, Kopilov, Mijalevich, Kahan, Wigodsky, revivieron también en páginas de diverso valor épocas distintas de la vida israelita. A este retorno al pasado inmediato siguió la evocación, no personal sino histórica, del pasado mediato, en forma de épocas o de personajes reales o simbólicos. Un escritor de recias líneas, José Opatoschu, abordó la novela histórica con una trilogía de alto vuelo. Algunos poetas, por su parte, acudieron al drama simbólico para revivir figuras hondamente arraigadas en el alma popular; citemos de entre ellos a Leivik con su *Golem*, los dramas mesiánicos de Schwarzman, Kulbak, Leieles, Zeitlin y otros. También Sholem Asch cultivó con éxito este género, produciendo novelas y dramas de carácter histórico.

Estas obras, además de constituir una novedad en la literatura ídish, que hasta entonces no pasaba de la descripción de la realidad tangible, introdujeron en ella un elemento que antes le faltaba: la novela orgánica. Casi todos los escritores israelitas de la pre-guerra cultivaron con preferencia el relato breve, esquemático, episódico. No contaban las letras judías con novelas de gran extensión; diríase que la pobreza de la vida circundante no inspiraba concepciones de mayor alcance. En cambio, el ciclo siguiente, que nace de hecho con Bergelsohn, ha producido una serie de novelistas de amplios contornos; con el ensanchamiento del horizonte de la vida judía abriéronse también nuevas perspectivas para sus escritores. En lugar del pueblecillo minúsculo apareció en la escena literaria la gran ciudad y el mundo todo; al hombre sumido en el Bet Hamidrash sucedió el judío moderno, vinculado a los problemas de su tiempo; al intelectual enfermizo que en la primera década del siglo buscaba desesperadamente una explicación metafísica de Dios y del universo, siguió el judío actual, forjado por las calamidades múltiples de la guerra y por la despiadada lucha social. Nuevos tipos, preocupaciones desconocidas hasta entonces, un sentido novedoso de la realidad surgieron a la vida y hallaron su expresión no ya en el cuento corto, sino en la novela densa y en el poema completo.

Y lo que ocurre con la prosa acaece también, si no en mayor escala, en el terreno de la poesía. Los bardos de la post-guerra ya no cultivan con preferencia el tema y la atmósfera judíos. Tienden a lo general, así en lo que respecta a la naturaleza como en lo que atañe a motivos de otro orden. La actual poesía, en la que resuenan acentos e inquietudes novedosos, ha abandonado sus antiguas huellas de tristeza nacional para abordar abiertamente la lírica subjetiva y los problemas actuales, enfocados con un elevado sentido de arte; dentro de esta pléyade de poetas se distinguen algunas mujeres, cuyo acento personal se trasluce en la ternura femenina que respiran sus poemas.

La nueva orientación literaria que ha comenzado poco antes de la gran guerra ha nacido como reflejo de un estado de apatía general, de desilusión, de un estado de ánimo que anunciaba la extinción del vetusto régimen de vida judía. El paso del pueblecillo a la urbe, el contacto con las normas de vidas occidentales trastornó por comple-

to la mentalidad de la nueva generación israelita, que se entregó al pesimismo y al desencanto. La literatura, en la medida en que es espejo de su tiempo, ha tenido que reflejar este estado de ánimo, este cambio esencial en la vida del pueblo. Y lo ha hecho, en efecto, comenzando por describir el caos moral en que vivía la juventud en las grandes ciudades, por un lado, y el período de decadencia del tradicional ambiente judío, representado por el villorio típico, con sus maneras, hábitos y tipos peculiares, por el otro.

En los albores de este siglo, la aparición de Sholem Asch marca la introducción, como tema preferido, de ese pueblecillo, enfocado con un criterio romántico. Antes de él, los escritores más antiguos, tales como Abramovich, Linetzky, Sholem Aleijem, Peretz, se movían, es verdad, dentro de esa órbita. Pero la actitud de esos autores frente al pueblecillo tradicional era crítica, demoledora. Animados por un deseo de remover la vida judía, dichos autores, al describir las costumbres vetustas, emplearon la nota acre, el tono irónico, sarcástico. Asch siguió otro derrotero. Se sobrepuso a la realidad miserable y descubrió el aspecto risueño, sabático, de la vida judía. Por eso su primera gran obra, "Un pueblecillo", es, en suma, un poema, un himno, antes que una descripción de la realidad concreta. Verdad es que al lado de esta visión romántica Asch ha descubierto también el sector prosaico del pueblecillo, las callejuelas apartadas en que vivían los hombres de baja estofa, de sentimientos rudimentarios y de pasiones violentas; mas este mundo aislado sólo le sirvió de contrapeso, de tinte para acrecentar la luz de su magistral evocación romántica del judío tradicional y acaudalado.

Asch, que encabeza un ciclo literario, es el escritor más notable de la pléyade que ha surgido al comienzo de esta centuria. En vísperas de la gran guerra aparecen nuevas corrientes literarias, y el escritor que se coloca al frente de este movimiento y que es, a su vez, el más descollante del grupo, se inspira también en el pueblecillo, pinta asimismo al judío tradicional y acaudalado. Este escritor es David Bergelsohn; pero, a la inversa de Asch, ya no entona loas a la vida apacible y reconcentrada del pueblecillo judío; lo que vislumbra es el ocaso de ese mundo, su extinción lenta, magnífica, dolorosa, análoga a la de esas familias de linaje glorioso que se extinguen, solitarias y soberbias, en el silencio de sus mansiones repletas de recuerdos familiares y de insignias ilustres.

En los quince años transcurridos entre la aparición de Asch y la de Berguelsohn, la vida judía sufrió una honda transformación. El experimento de la primera revolución rusa, de la que tan desencantada quedó la juventud israelita; la ola de pogroms que ella acarreó como consecuencia; el traslado de esa juventud a las grandes ciudades y su participación en los movimientos sociales e ideológicos; la emigración a América; en una palabra, el acercamiento físico e intelectual con el Occidente que todos esos hechos involucran, ha modificado fundamentalmente la psicología del judío moderno. La paz del alma que aquél encontraba antes en la sinagoga arcaica o las leves inquietudes espirituales que provocaba en él la lectura de los ingenuos escritores hebreos de corte moderno, perdió su equilibrio y su significación apenas se puso en contacto con la compleja civilización europea. Bergelsohn, que es uno de los más robustos escritores que produjera la literatura ídish en los últimos quince años, ha sorprendido este proceso de descomposición y lo ha reflejado en una serie de obras maestras.

El proceso de humanización de las letras judías, su universalización, no se produjo únicamente por dentro. Junto con la generalización de sus temas y con su traslado del ghetto al mundo populoso, la literatura

ídish abandonó también su lugar apartado para incorporarse al concierto de las literaturas europeas. El signo más evidente de este hecho lo constituye su admisión oficial en la organización internacional de los Clubs de poetas, ensayistas y novelistas (Pen-Clubs).

No fue tarea fácil obtener esta inclusión. Primaba en la organización de los Pen-Clubs un criterio geográfico. Los escritores de un país determinado, cualesquiera que fuesen los idiomas que cultivasen, no podían congregarse más que en un solo club. Esta determinación excluía la posibilidad de que hubiese un núcleo especial de escritores en ídish, pues estando diseminados éstos por todo el orbe, lo único que cabía era adherirse a los clubs de sus respectivos países.

...Gracias a las gestiones de un grupo de autores en ídish, un congreso de los Pen-clubs les acordó la personería solicitada. La cuestión fue debatida en el quinto congreso internacional de los Pen-clubs, celebrado en Bruselas, en 1927. Un memorial explicativo de los escritores israelitas, que señalaba la evolución de su literatura y las condiciones especiales en que les toca desenvolverse, dio margen a un prolongado cambio de ideas, en medio de una atmósfera de evidente simpatía hacia las letras judías, resolviéndose finalmente admitirlas como entidad independiente y equiparar su lengua a la categoría de un territorio, de manera que representara al "país ídish", eufemismo que no violaba aparentemente el principio en vigencia y que en el fondo lo ampliaba radicalmente.

En el congreso del año siguiente, el Pen-Club judío estuvo ya representado oficialmente por un delegado especial, el novelista José Opatoschu, merced a cuyas gestiones el ídish y su literatura llegaron a ser conocidos en esferas que antes les estaban vedadas. En el de 1929, segundo en que intervino en forma directa la literatura ídish, ésta estuvo representada por una de sus figuras más eminentes: Sholem Asch. En virtud de esta incorporación, la literatura judía, antes ignorada, adquirió personería ante los escritores de todo el mundo, entró en contacto con las literaturas de los demás pueblos, con el consiguiente beneficio que semejante reconocimiento implica para ella.

.....

También la Argentina, donde el florecimiento del ídish apenas si pasa de un cuarto de siglo, cuenta ya con su pequeño contingente de prosistas no desprovistos de valor. Citemos de entre ellos a B. Bendersky, que ha descrito la vida campestre, particularizándose con el mundo animal: I. Helfman, cuentista de estados de ánimo escépticos; A. Brodsky, ya fallecido, narrador y dramaturgo; M. Alperson, que se ha hecho renombre con sus Memorias sobre la colonización judía en la Argentina; S. Glaserman, que cultiva con preferencia el género dramático; Z. Schneider, autor de relatos sobre las colonias israelitas; P. Wald, que ha evocado tipos y momentos de la vida colectiva urbana; I. Flapan, I. Rabinovich y A. Goldberg, cuentistas que pretenden amoldarse a las nuevas normas izquierdistas; Z. Waserzug, autor de narraciones infantiles; S. I. Hurwitz, publicista que ha reflejado en un libro la historia de la colonización judía en Entre Ríos; N. Zucker, que cultiva la narración humorística. Incluyamos asimismo a dos publicistas destacados, P. Katz, brillante traductor y autor de una historia del periodismo judío en la Argentina, y J. Mendelson, periodista fecundo, ensayista y traductor feliz, cuya labor dispersa no ha sido recogida en volumen. A estos autores, surgidos en nuestro medio, deben agregarse los que actúan aquí pero que han llegado de Europa con cierto bagaje literario, tales como I. Botaschansky, hábil escritor que se desperdicia por cultivar demasiados géneros; L. Zhitnitzky, publicista, y varios otros.

La literatura ídish en el Congreso de los Pen Clubs (1936)

Salomón Resnick

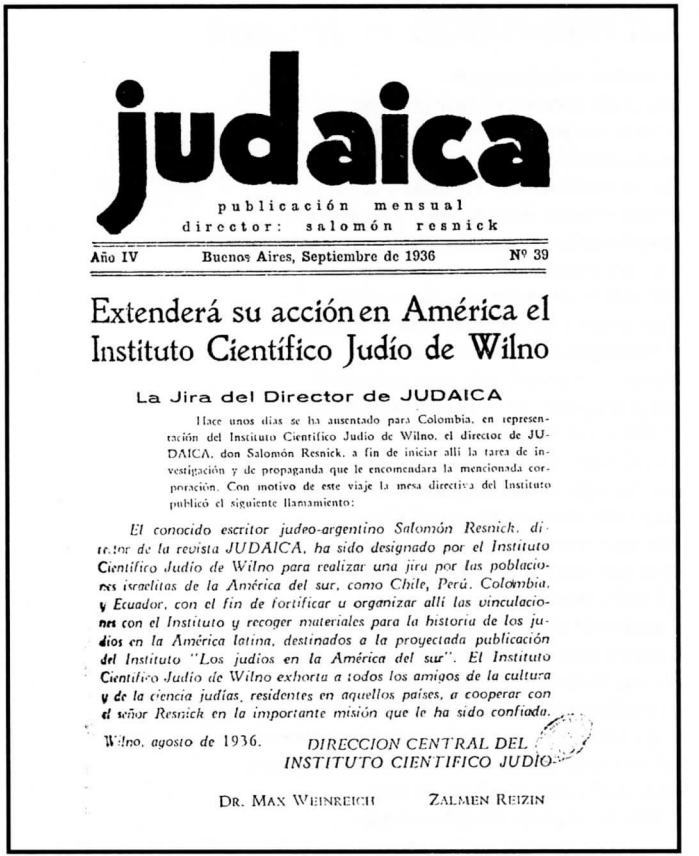
ENTRE el 5 y el 15 de setiembre [1936] tendrá lugar en Buenos Aires el 14o. congreso mundial de los Pen-Clubs, creados con el objeto de estrechar los vínculos espirituales entre los escritores de diversos países. A este congreso asistirán dos delegados judíos, uno por la literatura hebrea y otro por la literatura ídish, siendo ambos, por rara coincidencia, los representantes más caracterizados de la poesía en sus respectivos idiomas: Saúl Chernijovsky y H. Leivick. En realidad, se trata de dos clubes diferentes, como son distintas las lenguas que emplean.

Bueno es recordar aquí que el Pen-Club argentino ha nombrado miembro honorario suyo a Shalom Asch, a raíz de la recepción que ofreciera a Zalmen Reisen, durante su estada entre nosotros, hace unos cuatro años.

El representante de la literatura ídish en el congreso de Buenos Aires es H. Leivick, pseudónimo de Leivick Halperin, nacido en Uhman, gobernación de Minsk, antigua Rusia, en el año 1888. Habiendo cursado, como todos los niños judíos, el tradicional colegio primario, el *jéder*, siguió luego, en las academias talmúdicas, la carrera

***Judaica**, No. 38, 1936. Sobre la incorporación de escritores hebreos e ídish al Pen-Club, véase el artículo de Resnick "Las letras judías después de la Gran Guerra" en esta misma revista, p. 21.*

de rabino. Pero su contacto, a la edad de 16 años, con la literatura de orientación liberal, motivó su expulsión, por hereje, de la academia talmúdica. Al calor de aquellas lecturas, plegóse Leivick al movimiento revolucionario judío, militando en las filas de la Agrupación socialista judía conocida bajo el nombre de "Bund". Si bien su iniciación literaria, consistente en poesías en lengua hebrea, data de su mocedad, su verdadera labor poética principió al abandonar el hebreo y al empezar a cultivar, en cambio, el idioma popular, el ídish; de aquella época datan sus primeros poemas en ídish. Su adhesión al Bund le valió, en 1906, una condena a cuatro años de trabajos forzados, pena que cumplió en la carcel de Moscú. En 1912 fue desterrado a perpetuidad a Siberia, donde pasó un año en una aldea de la gobernación de Irkutsk. A fines de 1913 se evadió de Siberia y llegó a Nueva York, donde trabajó largos años, incluso cuando ya era famoso por sus trabajos literarios, como empapelador y pintor. Allí colaboró Leivick en diversos diarios y revistas, llamando la atención especialmente su ciclo de poesías inspiradas en la vida siberiana. Su primer libro, *Canciones*, consolidó su reputación de representante conspicuo de la nueva poesía judía. Gran impresión causó su segundo libro, *Der Golem*, poema dramático en ocho cuadros, en verso, basado en una leyenda judía de la Edad Media. Su drama *Trapos*, estrenado en 1922 por Maurice Schwartz, obtuvo un éxito rotundo. A partir de entonces, su fama fue extendiéndose, y en 1925, al realizar una gira por Europa, fue recibido con señalado entusiasmo en todas las comunidades judías. Escribió posteriormente gran número de poesías y varios dramas, entre los cuales se destaca por su intensidad filosófica *La comedia de la redención*, así como abundantes artículos sobre temas literarios. Hombre enfermizo, Leivick tuvo que pasar largo tiempo en un sanatorio, donde su quebrantada salud



judaica

publicación mensual
director: salomón resnick

Año IV — Buenos Aires, Septiembre de 1936 — Nº 39

Extenderá su acción en América el Instituto Científico Judío de Wilno

La Jira del Director de JUDAICA

Hace unos días se ha ausentado para Colombia, en representación del Instituto Científico Judío de Wilno, el director de JUDAICA, don Salomón Resnick, a fin de iniciar allí la tarea de investigación y de propaganda que le encomendara la mencionada corporación. Con motivo de este viaje la mesa directiva del Instituto publicó el siguiente llamamiento:

El conocido escritor judeo-argentino Salomón Resnick, director de la revista JUDAICA, ha sido designado por el Instituto Científico Judío de Wilno para realizar una jira por las poblaciones israelitas de la América del sur, como Chile, Perú, Colombia, y Ecuador, con el fin de fortificar u organizar allí las vinculaciones con el Instituto y recoger materiales para la historia de los judíos en la América latina, destinados a la proyectada publicación del Instituto "Los judíos en la América del sur". El Instituto Científico Judío de Wilno exhorta a todos los amigos de la cultura y de la ciencia judías, residentes en aquellos países, a cooperar con el señor Resnick en la importante misión que le ha sido confiada.

Wilno, agosto de 1936. *DIRECCION CENTRAL DEL INSTITUTO CIENTIFICO JUDIO*

DR. MAX WEINREICH — ZALMEN REIZIN

La naturaleza — *H. Leivick*

Yo tomaría a la Naturaleza
y la quebrantaría para verle la pepita
y ver si siempre su pepita se adereza
según el canon de una forma ya prescrita.
Por mi ventana miro. Yérguese una torre;
la torre empina un pararrayos; y en su cama
se está muriendo un joven, y la fiebre lo recorta
y le hace arder los ojos con su llama.
Sobre el cristal una mariposilla ondula.
Entre cristal y torre hay un madero erecto.
Y me pregunto: ¿Qué ilación vincula
el poste y el doncel, la fiebre y el insecto?
Langostas saltarinas por la hierba danzan;
el mar se extiende allá a lo lejos todo zarco;
y se diría de los dedos que a la almohada avanzan
que están pintados y dispuestos en un marco.
De pronto cruza un automóvil. Corre.
¿Por qué no salta el mástil igualmente?
¿Por qué también no saltará la torre?
¿Y así las blancas manos del muriente?
Cuestión sin duda vana para nuestra gran flaqueza
y que no tiene solución ni la tendrá otro día.
Por eso tomaría a la Naturaleza
y con el corazón arriba la pondría.
Y al mismo Dios, que no hay quien lo aprehenda y borre,
tomáralo y mudárale la lengua en coche huyente,
los pies en poste, la cabeza en torre
y cada mano en un doncel muriente.

(Versión rítmica del ídish, especial para *Judaica*, por Carlos M. Grünberg)

le inspiró una serie de poesías en que campea, en forma original, el hálito de la muerte y la impotencia del hombre ante el misterio ineludible.

H. Leivick es un lírico reconcentrado de intensa vida interior, con una marcada inclinación al simbolismo, a la contemplación filosófica, a los problemas complejos del alma humana. Sus poesías, de construcción sencilla, de intención siempre concreta, giran en torno del hombre, de sus anhelos más íntimos, de sus conflictos morales, de su postura frente a los enigmas de la vida. La afición introspectiva de Leivick, el carácter meditativo de sus versos, se debe quizás a los años de encierro que sufriera en los presidios de Rusia y de Siberia. Su ciclo de poemas inspirados en la vida de la prisión respiran tal angustia, tal soledad, tal dolor contenido, tal bondad y perdón, como sólo se observan en los grandes maestros rusos, particularmente en Dostoiewsky puesto en igual trance. Preocupado por los misterios eternos del universo, por los problemas insolubles de la vida humana, Leivick gusta aislarse del mundo, como en su antigua celda, y observar sus peripecias a través de sus luchas dolorosas. Sueña con la redención del hombre, con su definitiva liberación moral y social. El primer aspecto de este problema lo ha encarnado magníficamente en su obra maestra, *El Golem*, que encierra multitud de cuestiones de carácter filosófico-místico relacionados con las inquietudes de nuestro tiempo. En cuanto a la faz social, Leivick ha producido últimamente una serie de poesías revolucionarias y hasta se había plegado, llevado de sus simpatías por los desheredados, a la orientación proletaria en la literatura. Pero la intolerancia de los dirigentes comunistas le ha obligado, junto con otros compañeros, a separarse de ellos y a retornar a su antigua postura de artista libre.

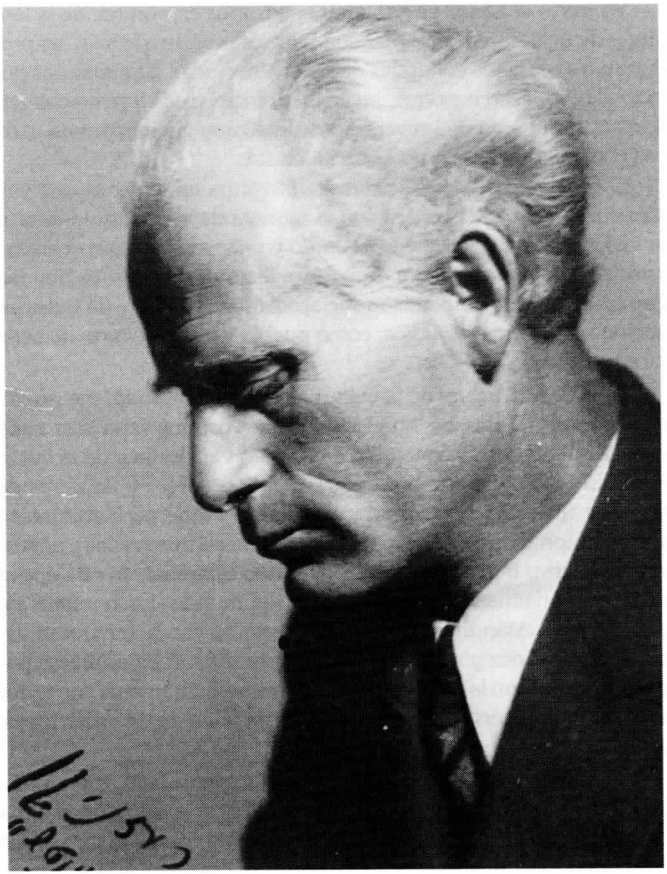
Por la dignidad de la literatura

Discurso pronunciado por H. Leivick en el Congreso de los Pen-Clubs, Buenos Aires, 1936

YO quisiera pronunciar mi discurso enteramente en ídish, aun cuando sé que ninguno de vosotros lo entiende. Tengo grandes deseos de hacerlo, no porque quiera realizar un capricho o demostrar ante vosotros una arrogancia reprimida, sino para demostrar de un modo natural el objeto básico de los Pen-Clubs. Porque la finalidad esencial de los Pen-Clubs, tal cual yo la endiendo, es la solidaridad y el reconocimiento profundo de todas las culturas, y, más que todo, el reconocimiento de las lenguas y culturas de las minorías.

Aquí, en este congreso, todas las lenguas debieran sentirse cómodas, familiares, y respirar en una atmósfera de respeto y de calor. Nuestros oídos debieran percibir en esta sala los sonidos de todos los idiomas oprimidos y perseguidos, escucharlos y regocijarnos por haber alcanzado tan elevada solidaridad. El sueño de la cultura humana es la paz y el amor entre el hombre y su prójimo, entre un pueblo y otro pueblo.

¿Ha alcanzado ya el Pen-Club esta altura? Por desventura, debo decirlo abiertamente, no todavía.



H. Leivick, foto dedicada a S. Resnick

Yo tengo el honor de hablar ante vosotros en nombre de la lengua y de la literatura ídish, lengua y literatura que abarcan las producciones y valores culturales de los centros judíos diseminados por todo el orbe. Para nosotros, en consecuencia, el ídish se ha convertido en un símbolo de universalidad, ideal que va penetrando cada vez más hondamente en nuestra literatura.

El problema esencial de nuestra literatura en los años que van corridos del siglo XX consiste en la manera de encontrar la síntesis entre lo nacional y lo universal. Judío y universo, he aquí el drama principal de nuestra vida y de nuestra literatura. Sentimos hoy día que en la verdadera liberación social del mundo entero, de todas las naciones, nosotros los judíos, como pueblo y como cultura, no seremos redimidos.

En el estado actual de la cultura general del mundo, me resulta muy penosa la idea de que ninguno de vosotros sepa casi nada acerca del verdadero contenido de nuestra vida judía y de la literatura ídish. No conocéis, por desgracia, los nombres y las obras de aquellos que edifican y producen nuestra moderna literatura en ídish: los nombres de aquellos que encarnan las búsquedas y angustias de nuestro trágico pero intenso mundo espiritual, en esta época de desmoronamiento y de alteración del mundo; los nombres de aquellos que están íntimamente ligados tanto con la grandiosa experiencia histórica y martirológica de nuestras sufrientes masas populares, como con la lucha que ellas libran, conjuntamente con todos los oprimidos y perseguidos del mundo, en favor de un orden mejor y más justiciero.

Hasta los mejores artistas de las literaturas europeas, los novelistas de amplios contornos que miran bien hacia adentro en el alma humana, que buscan el misterio, el último misterio de la vida, ¿qué es lo que ven cuando se asoman hacia nosotros? Ven en nosotros algo de exótico. Nada más.

Pero la vida de un pueblo y su literatura no es lo exótico. Es algo profundamente trágico y su literatura es el gran deseo de modelar la vida del pueblo en sus formas más íntimas, una honda nostalgia de redención, de liberación, de completa convivencia pacífica con los pueblos del mundo.

Tal es la esencia y la nostalgia del arte en general. El arte verdadero no soporta el snobismo, ni la soberbia del poder, ni el descrédito. Respetamos y apreciamos profundamente los grandes logros artísticos de la literaturas europeas; mas no las respetamos ni apreciamos si se adjudican privilegios para cosas que nada tienen que ver con el arte, y mucho menos aún apreciamos el snobismo que algunas literaturas demuestran hacia las literaturas de las pequeñas nacionalidades; despreciamos los rasgos del odio racial, de la sangre y del odio snobista que llaga el rostro de la literatura universal de hoy en día.

En presencia de lo que acabo de decir ¿cómo es posible hablar ahora de logros literarios? Cada uno de nosotros debería bajar la vista, avergonzado, al pensar en el grado de decadencia a que ha llegado la palabra en la actualidad. En vez de ser la encarnación de la conciencia, la protectora de los humillados y ofendidos, en lugar de ayudar a aquellos que libran una lucha por un mundo nuevo, la palabra se ha convertido, en muchos países de Europa, en un manto que cubre las bajezas, los derramamientos de sangre, las guerras, las abstrusas y desvariadas teorías de chauvinismo racial, de incitaciones raciales y de complejos raciales.

La literatura contempla cómo se masacra a la cultura y a los hombres, y calla.

La literatura contempla cómo el hitlerismo incinera en la hoguera los mejores libros, y calla.

La literatura pinta su rostro con colores de palabras embusteras. La conciencia de la literatura, en la época actual, está enferma, se halla en agonía.

En la época de los pogroms zaristas, en la Rusia antigua, alzó su voz de protesta un Korolenko, un Gorki. En tiempos del "affaire" Dreyfus se hizo oír Zola. En los días en que Polonia estuvo esclavizada, la conciencia de su literatura alborotó al mundo por intermedio de Mickiewicz y Slovacki. ¿Dónde está, ahora, la conciencia de la literatura universal y, principalmente, dónde se encuentra ahora la conciencia de la literatura polaca? ¿Por qué silencian los escritores polacos, miembros del Pen-Club, los pogroms contra los judíos que se vienen realizando en Polonia? Los masacrados son condenados, y los homicidas son puestos en libertad. ¿No parece esto cosa de Sodoma? Sí, Sodoma.

Uno de nuestros novelistas más destacados, José Opatoschu, dirigióse a los escritores polacos, miembros del Pen-Club, en una carta abierta acerca de los pogroms en Polonia. ¿Cuál ha sido la respuesta de la prensa polaca? Injurias y mugre, y los miembros del Pen-Club guardaron silencio.

Uno de nuestros poetas más descollantes, A. Liesin, director de la revista mensual *Zukunft*, habló en un editorial a los escritores de Polonia. ¿Cuál ha sido la réplica de los escritores polacos? Silencio y labios cerrados.

El presidente del Pen-Club judío de Nueva York, uno de nuestros ensayistas más brillantes, el doctor A. Koralnik, publicó en nombre de todos los miembros del Pen-Club judío una carta dirigida al Pen-Club polaco, motivada por los pogroms contra los judíos de Polonia. ¿Cuál ha sido la respuesta del Pen-Club polaco? Silencio e indiferencia.

Y ahora quiero preguntaros, amigos y colegas de este congreso: ¿Cómo podéis tolerar los pogroms? ¿Cómo podéis silenciar estos crímenes que convierten en una burla la idea misma de los Pen-Clubs? Yo acuso delante de todos vosotros a los miembros del Pen-Clubs polaco. ¡Yo los acuso! Incito al congreso de los Pen-Clubs a cumplir con su deber, a devolver a la literatura del mundo, siquiera en parte, su dignidad y su conciencia.

La polémica en torno a Scholem Asch (1944)

Salomón Resnick

NUNCA una obra literaria judía ha suscitado tanto alboroto, dentro y fuera de nuestras filas, como la novela de Scholem Asch *El Nazareno*. Y no sólo por el tema en sí, abierto a la disidencia desde hace dos mil años; ni por la tesis del autor, que no es novedosa del todo; ni por los méritos intrínsecos de la obra, que son, como es de imaginarse, tratándose de un escritor de tanto vuelo, de altura considerable; ni por la significación religiosa o los alcances políticos que la novela plantea en forma directa o indirecta; ni por las dificultades que tuvo el autor, en un principio, para dar a conocer su trabajo en su idioma original, el ídish. Todos estos factores, y otros más, visibles e invisibles a primera vista, han creado en torno de esta novela singular, cuya versión aparece ahora en castellano, una atmósfera de pasión y de curiosidad, una divergencia de opiniones y un abanderamiento de sectores, en favor y en contra de la obra.

.....

La postura de Asch en esta materia, su anhelo de echar un puente entre el judaísmo y el cristianismo, su afán de incorporar a Jesús al círculo de los profetas hebreos –motivo básico de su novela–, no es novedoso en él. Desde hace muchos años, desde la época en que era todavía el mimado sin objeciones en las letras judías, dio forma a este anhelo en algunos relatos breves. Ahora, empero, no se trata de un sentimiento pasajero, de una modalidad caprichosa, sino de una tendencia que, al parecer, ha echado hondas raíces en su espíritu. Lo atestigua así no sólo la novela en cuestión, sino otra más, que es su prolongación –*El Apóstol*–, así como una serie de narraciones breves y varios artículos, entrevistas y cartas abiertas en que Asch defiende celosamente su punto de vista. Estamos, pues, en presencia no de un hecho fortuito, sino de una línea que el autor, notoriamente preocupado en los últimos años por el misticismo religioso, ha escogido conscientemente y que se propone seguir, según lo afirma, hasta su último aliento.

Abstracción hecha de las interpretaciones torcidas, de las tergiversaciones, deliberadas o involuntarias, a que ha dado lugar la polémica en torno a esta faceta de la obra de Asch, ella no tiene por qué atemorizar a nadie. Desde luego, es un poco ingenuo suponer que la masa judía o la masa cristiana, separadas por dos mil años de prédica unilateral, en uno y otro lado, se decida a cambiar de posición a raíz de una novela. Lo cierto es que si la separación sentimental entre ambos sectores obedece a muchos siglos de malentendidos,

Judaica, No. 135, septiembre de 1944.

harán falta no pocos siglos para disiparlos. Pero, por encima de eso está lo que todos los espíritus nobles, cristianos o judíos, deben reconocer sin ambages: la libertad que tiene el artista de plasmar su obra con entera independencia, dentro de un molde de dignidad y sinceridad. Podrá la tesis de Asch gustar o no, mas lo que indudablemente no ha de agradar a ningún hombre desprejuiciado es que se le cierre el camino en nombre de una religiosidad malentendida, de un nacionalismo exaltado o de una tendencia política sectaria.

Carta abierta de Scholem Asch

YO no soy político, no soy abogado, para que pese y mida cada una de mis palabras. Cuando hablo con una persona, tengo confianza en ella o no. Si le tengo confianza, me abriré ante ella como un libro abierto. No afirmo que Mr. Meed, del *Christian Herald*, me ha citado erróneamente; no me ha comprendido, tal vez por culpa de mi inexperiencia en la lengua inglesa. Otra cosa sucede cuando uno se sienta ante una mesa con la pluma en la mano. Entonces tiene toda la responsabilidad por la palabra escrita. Yo modelo esa palabra para que se ajuste a mi pensamiento.

Cuando recibí el primer telegrama acerca del reportaje, contesté que sólo soy responsable por mis obras escritas, y a esto me atengo. Rechazo toda palabra que otros me atribuyen. Sólo me considero responsable por las expresiones que yo mismo escribo con mi pluma.

De todas maneras, mis "amigos" podían haber tenido a lo menos un poco de consideración conmigo. Mis 43 años de actividad entre los judíos, mis libros, mi vida entera, deberían haber venido a pedir clemencia para mí, y no que se me arroje al antro de los conversos, en el cual mis enemigos quisieran verme. No pudiendo matarme físicamente, quieren hacerlo moralmente, y son muchos los "compañeros" que les ayudan en esta delicada tarea...

Tengo hoy 63 años. Mi salud está quebrantada. Estoy ya en las postrimerías. Mi mundo se halla detrás de mí. Mi vida es un libro abierto para todos. Nada tengo que ocultar ante nadie. Tengo, gracias a Dios, valor para aferrarme a mis opiniones. Esto lo he puesto en evidencia durante toda mi vida. Se puede inculparme de todo, pero no afirmar que me falta valor. Y si yo abrigara ideas y opiniones diferentes, ¿a quién temería yo, idemonios!, para expresarlas? ¿Ante quién tendría que ocultarlas?

Vivimos en la libre América, a Dios gracias, y no tenemos que actuar aquí como marranos; no sólo como marranos frente a los cristianos, sino tampoco como marranos frente a los judíos. Estamos asegurados por la Constitución americana con el derecho de poseer y expresar nuestras propias convicciones, sean religiosas o políticas. No hay fundamento para renunciar a la opinión propia, ni a ocultarla.

Sí, a una sola cosa puedo renunciar: a mi talento.

Muchas veces han pretendido despojarme de mi talento, sin resultado. Todo han podido quitarme, menos el talento.

Mi talento no lo he recibido de nadie, sino de Dios. Sólo a El pertenece, y sólo a El serviré, utilizándolo para ensalzar Su gloria, Su grandeza y Su amor hacia todos los hombres, y esto lo haré hasta mi último aliento.

Mi ruta hacia Dios

Scholem Asch

ARRAIGADO profundamente en la tierra judía con todas mis raíces, enmurado en los conceptos éticos que mis propios fundadores religiosos, los profetas, han elaborado para mí, no puedo dejar de ver la mano de Dios en la influencia del espíritu judaico en la formación de la religión para el gran mundo, en el hecho de que el judío, no sólo en espíritu, sino también en su carne, ha sido partícipe en la fundamentación y difusión de la religión cristiana entre los pueblos del orbe. A pesar de que el cristianismo nos ha hecho beber la copa más amarga en nuestra historia de mártires, su valor religioso positivo, su esencia moral, su papel en la creación de la cultura y la civilización modenas –y no hay nada que hacerle: con todos sus defectos es la única civilización que tenemos; la otra es la que pretende implantar Hitler–, su papel en la historia universal es de tan alta significación, de tal alcance, que más bien tenemos motivos para sentirnos orgullosos de nuestro aporte a la civilización humana por conducto del cristianismo, antes que avergonzarnos de ello, más fundamento para jactarnos de eso que de negarlo. Yo sé también que hay entre nosotros sabios especulativos que creen hacernos un señalado favor al desvivirse por demostrar que una personalidad como Jesús no ha existido jamás. Quiero recordarles que también nuestros enemigos más encarnizados, los sabios antisemitas, que se resisten a reconocer nuestro aporte a la civilización universal por conducto de los fundamentos del cristianismo y nos niegan toda actividad creadora, todo mérito en la historia, se han valido del mismo método. Hasta han llegado a convertir a Jesús en un hindú, con tal de que no fuera judío. A todos esos sabios especulativos les mandaría leer el admirable ensayo de Ajad Haam sobre Moisés, sobre la existencia de Moisés. Y diré con las palabras de Bergson: "Todos aquellos que niegan la existencia de Jesús no pueden borrar el Sermón de la Montaña y otros rastros de su existencia. Su autor ha sido Jesús". Yo sé que la gran mayoría de los judíos, los mejores, los más cultos, no se avergüenzan de que el judaísmo haya engendrado al cristianismo, sino que, antes por el contrario, se sienten orgullosos de ello. Y aun cuando no hemos podido adoptar el cristianismo, el cual ha venido no para nosostros, sino para los pueblos del mundo, sin embargo creemos que el cristianismo no es un inconveniente para el judaísmo, sino una gran ventaja. Yo sé tan bien como otros que, debido a la amargura de la lucha, debido a los dolores de parto del cristianismo, se han infiltrado en el Nuevo Testamento, por desventura, pasajes que hablan acerbamente de nosotros. Sin embargo, a pesar de estas palabras amargas, hay también pasajes que hablan del papel de los judíos y del judaísmo, de los méritos, de la elevada posición que los fundadores del cristianismo fijaron para los judíos en su credo, del principio sobre el cual basan su credo, el principio judaico del Dios único y viviente, herencia de los patriarcas, de las bendiciones y promesas a los judíos formuladas por los profetas, del Decálogo. Por el papel que el cristianismo ha desempeñado y sigue desempeñando en la historia universal y por nuestra posición actual, considero, junto con otros judíos sensatos, que el cristianismo, no obstante el "temperamento judío" que San Pablo demuestra con frecuencia en contra nuestra, constituye una de las mayores bendiciones para nosotros. Hoy día no libramos una

guerra contra los fundadores del cristianismo. Aceptamos con la conciencia tranquila el crédito que se atribuye a judaísmo en la creación de una religión para el mundo. Veo que no puedo dejar de reconocer en el cristianismo una fuerza eficiente del espíritu judío.

En nada me siento por ello culpable contra los judíos o el judaísmo. Yo produzco en consonancia con la grandiosa tradición judaica de los profetas. Veo el espíritu judío no dentro del estrecho marco en que algunos de nosotros quisieran encerrarlo, dentro de los cuatro codos de la sinagoga. Soy un escritor de espíritu judío, no sólo tal como se manifiesta en nuestra pobre vida, sino tal como predomina como voluntad de Dios, en los acontecimientos supremos de la historia universal. ¿Y quién puede cerrarme mis ojos?

.....

He dicho y vuelvo a declarar nuevamente que no tengo otras ambiciones que las puramente artísticas. No soy un reformador de la religión (me siento cómodo en el marco de los profetas de todos los espíritus santos judíos hasta los fundadores del "jasidismo", que satisfacen mi sed religiosa).

.....

Mis inspiraciones no dependen de mí. No soy yo quien las crea, sino que son ellas las que me dominan. Ayer me sentí inspirado para escribir *El judío de los Salmos*; hoy lo hago sobre la vida de Jesús Nazareno. No soy yo quien busca mis inspiraciones, sino que son ellas las que me buscan a mí. Si queréis esto es espíritu divino. No es la primera ni la última vez que a causa de una inspiración artística me veo perseguido por tal o cual bando. Cuando escribía y publicaba en el *Forwerts* mi novela *Kidush Hashem*, más de una vez fui llamado por el director, quien me preguntaba: "¿A quién le hacen falta esos viejos trastos?". Y si no hubiera abandonado los Estados Unidos y buscado refugio en Europa, después de la guerra pasada, yo no habría ido mucho más allá de Motke el Ladrón. Todo el odio contra mí brota del hecho de haberme salido yo del marco en el cual el director me había encajado, del marco de un escritor reducido a rendir líneas. Las inspiraciones artísticas son mis guías, no porque yo lo quiera así, sino porque me veo obligado a ello. Cuando me siento posesionado por alguna idea, no puedo librarme de ella. Debo dar expresión a la imagen que se teje en mi fantasía. Ella me persigue y no encuentro paz hasta tanto no escribo la obra.

Valor artístico de El Nazareno

Samuel Niguer

Las páginas que siguen fueron traducidas por S. Resnick de un trabajo de este crítico de la literatura ídish que vio la luz en la revista mensual que aparecía en Nueva York, Di Zukunft, *cuya dirección compartía Niguer con otros dos conocidos escritores judíos, David Pinsky e Hilel Rogoff.*

El método narrativo y descriptivo empleado esta vez por Asch es más original y curioso que en sus demás novelas. Bastará con

señalar el hecho de que en medio de todos los personajes históricos y legendarios de este relato histórico-legendario se encuentran dos personas de hoy en día: a) Pan Wiadomski, el semidesequilibrado y semisabio antisemita polaco, entregado en cuerpo y alma a la historia judía y bajo cuyo odio enfermizo hacia los hebreos se oculta igual interés patológico por nosotros y b) el joven judío polaco que le enseña el hebreo, le ayuda a descifrar manuscritos hebreo-arameos auténticos o adulterados, y cuyo nombre, en los tiempos pretéritos en que llega a parecerse a Pan Wiadomski, bajo el hechizo de que ha experimentado personalmente todo lo que pasó entonces, era Iojanán.

Pero estas figuras individuales, incluso la más elevada y la más admirable de todas, el Nazareno, cuyo nombre lleva el libro, no constituyen, a mi modo de ver, lo esencial de la obra. Lo esencial lo representa el protagonista colectivo, el pueblo judío y el país hebreo de aquellos días.

.....

La cuestión que Asch ha resuelto artísticamente no es la pregunta: "¿Quién es él?", sino: ¿Quién y qué era él para las distintas clases de judíos? ¿Cómo lo miraban éstos, qué pensaban y sentían a su respecto? ¿Cómo reaccionaron frente a su conducta, a su doctrina, al maravilloso espectáculo de su vida? ¿Y qué relación tuvieron con el juicio que condujo al postrero, al trágico acto de su drama? (entonces histórico-judío todavía, no histórico-universal).

A estas interrogantes encontramos en *El Nazareno* una respuesta artística multifacial y, a mi modo de ver, profundamente nacional judía, respuesta que nos ofrece una clave, una clave artística, si no para la personalidad individual del Nazareno, para la individualidad del segundo protagonista del libro, el colectivo: la atmósfera histórica, espiritual y material en que el Rabí de Galilea, conforme a la leyenda, ha vivido y tratado de difundir sus ideas ético-religiosas.

En conexión con esta respuesta que nos ofrece, Asch pinta un cuadro, un cuadro pletórico de color y de matices, de aquel ambiente histórico judío nacional (y en cierto modo también internacional). Pinta un cuadro romántico-realista que por su magnitud y su significación no tiene su igual en la literatura israelita.

Según esa respuesta, diversas clases de hebreos, sobre todo mujeres judías, pero también varones, en su mayoría pobres, humillados y ofendidos, entre ellos muchos enfermos, creían en el Rabí de Galilea. Creían porque los consolaba, los confortaba, los animaba y ayudaba, en parte porque ellos o muchos de ellos estaban seguros de que él era el Redentor de Israel, el que libraría a los judíos de manos de Edom y de Roma. Mas no solamente los débiles, los pobres de peculio o de espíritu, veían en él a su maestro, a su consolador y redentor. También entre las clases superiores, entre los sabios, los fariseos (sin hablar de los esenios, discípulos de Juan Bautista) había quienes esperaban y creían que él era destinado a traer la redención para el pueblo judío. Uno de ellos se hizo discípulo suyo, uno de sus doce discípulos, más tarde conocidos como apóstoles; era Judas Iscariote, figura que Asch ha iluminado en forma novedosa, sumamente original, desde un punto de vista mucho más nacional judío que al Nazareno.

Asch, al parecer, se propuso justificar a Judas Iscariote (y en lo tocante a la crucifixión, a los judíos en general) a los ojos del mundo cristiano, del mismo modo como al maestro de Judas, al Rabí de Galilea, lo quiso rehabilitar ante los ojos judíos, retrotrayéndolo

a la mitología, ya que no a la historia, del pueblo hebreo... *El Nazareno* es en el fondo una obra apologética. Una apología de Jesús ben José en vida y una apología de los judíos, sobre todo de los fariseos, tan denigrados en el Nuevo Testamento. Es ésta la segunda obra apologética en la literatura ídish (la primera, *Der ídisher theriak*, de Aufenhausen, publicóse en el siglo XVII). La de Asch, empero, es la única obra apologética que al mismo tiempo es una obra de arte... Y en este libro de justificación aparece ante nosotros Judas Iscariote, como aparecen los fariseos en general, bajo una faz totalmente novedosa, no en la que lo conocemos a través de los Evangelios. En éstos Judas termina por ser un vulgar traidor; de allí pasó a la conciencia, a la imaginación (y a las lenguas nacionales) del mundo cristiano como la encarnación de la traición, de la felonía, de la hipocresía, de la delincuencia y de la más baja degradación. Este proceso de los Evangelios cristianos contra un judío palestiniano ha sido revisado por Asch. Según él, lo que los cristianos consideran como la más indigna traición por parte del discípulo de Jesús, ha sido, por sus intenciones más profundas, no un acto de felonía, sino algo completamente opuesto: una tentativa, tantativa trágica, de ayudar al Rabí de Galilea a llegar a ser lo que él, Judas Iscariote, se desvivía que fuera: el Mesías, el redentor del pueblo judío. Judas Iscariote, tal como lo pinta Asch, sintióse enteramente absorbido por la febril esperanza de la redención, y el Rabí de Galilea fue para él no más, pero tampoco no menos, que el redentor ungido del pueblo hebreo.

.....

Resumiendo, diré que si el artista no ha logrado del todo infundir vida al protagonista individual de su libro, a Jesús ben José (y no lo ha logrado, conforme ya se ha dicho más arriba, porque quiso crear una figura mesiánica judía con la materia no judía de Cristo), ha conseguido, en cambio, en grado supremo, hacer una descripción artística del primitivo pueblo hebreo y de sus diversas clases sociales, de sus tendencias religiosas, de los tipos culturales internos, y de sus vecinos no judíos, su dominadores y opresores, en el orden exterior. Esta descripción es a ratos épica, otras dramática; por lo general es lírica. El lirismo, como ocurre con frecuencia en Asch, es oculto, contenido, suave, pero muy a menudo se siente, particularmente en la tercera parte, cómo tiembla y se estremece, palpitante, entre las líneas. La narración no es de un solo corte, como en *El judío de los Salmos* y en otras novelas de Asch; su hilo se corta con frecuencia y torna a ser captado, a veces parece que ciertos episodios se repiten. En verdad, empero, el mosaico de la fábula está compuesto en forma tan hábil por infinidad de episodios evangélicos sueltos y de otra especie, que es de admirar la paciencia y la maestría del artista...

Asch ha trabajado sobre *El Nazareno* más y con mayor entusiasmo que sobre otros libros suyos. A pesar de algunos errores en que ha incurrido, se ve, si no se tienen prejuicios, que ha sentido la responsabilidad especial que le impuso esa formidable época histórica y ese grandioso capítulo del folklore que se atrevió a utilizar como materia para una narración artística. Sus extraordinarias fuerzas artísticas intuitivas e intelectuales se mantuvieron alertas mientras escribía, con reprimido entusiasmo, esta variante ampliada y profundizada de su *El judío de los Salmos*, y aun cuando su lenguaje ídish, sobre todo en la primera parte, continúa siendo descuidado, poco pulido, *El Nazareno* constituye uno de los logros más elevados, si no el mayor de todos, de la literatura judía en los últimos tiempos.

El Nazareno *de Scholem Asch*

Enrique Espinoza

LA intolerancia clerical –común en todas las iglesias– y que tantas víctimas gloriosas provocara, en todos los tiempos, entre los escritores libres, condenándolos, según el estado de su poderío, al ostracismo, la excomunión o el Index, ha impedido hasta ahora la publicación de esta novela extraordinaria en su idioma original. Sin embargo, su autor es quizá el más grande y seguramente el más leído de los novelistas judíos contemporáneos. La traducción inglesa de *El Nazareno* editada por Putnam, en Nueva York, constituyó uno de los mayores éxitos literarios de los últimos años. Con todo, la prensa israelita de aquella ciudad y de Buenos Aires –tan liberal en otros aspectos–, se ha negado a insertar *El Nazareno* en su páginas como había hecho con algunas de las anteriores novelas de Scholem Asch. ¿Por qué? Sin duda, por razones de ortodoxia. Porque esta novela de Scholem Asch que actualmente recorre el mundo en la versión inglesa de Maurice Samuel es, cuando menos, heterodoxa.

Naturalmente, los escritores judíos de Nueva York no han dejado de protestar contra la poderosa prensa israelita que se ha permitido poner mordaza al más universal de sus colegas; pero entre nosotros, que yo sepa al menos, el hecho apenas si fue comentado ligeramente como algo sin importancia.

El caso de Scholem Asch y *El Nazareno*, merece en verdad una consideración más detenida. Porque revela que hoy no sólo el clero de la Iglesia y de la Bolsa están imbuidos de intolerancia dogmática en homenaje a Dios o Mammón, sino también los sedicentes defensores de la cultura y la libertad. (*Forwerts* se llama el diario retrógrado de Nueva York que se negó a editar el original del libro en cuestión).

Como ciudadano polaco, al tanto de lo que han hecho con sus propios paisanos oprimidos los famosos coroneles de la llorada patria de Mickiewicz, Scholem Asch está seguramente curado de espanto. Por eso calla y sonríe en su afortunado destierro neoyorquino. La historia es vieja... Y sólo los pobres de espíritu creen en la diferencia de tal o cual raza cuando se trata de imponer la voluntad divina...

Hace alrededor de trescientos años decía ya el solitario filósofo de Amsterdam en el único libro que alcanzara a publicar en vida, sin su nombre, el *Tratado teológico-político*:

> Las cosas han llegado a tal punto que no se puede ya distinguir a un cristiano de un turco, de un judío o de un pagano, sino por la forma exterior del traje, por la iglesia que frecuenta o sabiendo qué sentimientos le dominan, y sobre los libros de qué maestro jura. En cuanto a la práctica de la vida, no veo entre ellos ninguna diferencia.

Por su parte, en nuestro tiempo, Martín Buber recuerda en el prefacio de su libro *El Rabí de la Buena Fama*, a qué extremos llegaban los propios judíos en sus luchas sectarias:

"Los ortodoxos declararon una guerra santa a los herejes. Todos los medios fueron buenos para exterminarlos; la excomunión, la denuncia a las autoridades, la clausura de sinagogas, la quema de libros, el encarcelamiento, los atentados contra los prohombres".

La familia Bonaparte, Rosas, Hitler, Mussolini y tutti quantti... han perfeccionado sin duda el método en el que el antiguo seminarista de Tiflis les disputa el título de Sumo Sacerdote. Como que cuenta en su haber el récord de altas ejecuciones: casi todos los compañeros de Lenin.

El propio Jesucristo, con cuya leyenda parece haberse identificado Stalin, según el relato de uno de sus sicofantes más notorios, Lion Feuchtwanger, había asegurado a sus discípulos que venía a traer la espada y no la paz. Y otro escritor de nuestros días, el norteamericano Vincent Sheean, de vuelta del stalinismo, llama a su libro de la guerra en España, muy evangélicamente *Not Peace but a Sword*, epígrafe al que nosotros también recurrimos en 1925 para comentar una famosa salida de Leopoldo Lugones en Lima (véase *Trinchera*, pág. 168).

Claro que Scholem Asch no hace mayor hincapié en este pasaje inequívoco. Su monumental novela es una visión de conjunto que presenta al lector desde distintos ángulos el desarrollo de la vida judía y romana en la época de la llegada del Nazareno por excelencia a Jerusalén. Si por nuestra parte destacamos al principio el rasgo beligerante que a través de los siglos continúa despertando el rencor de los mercaderes del Templo, es porque hoy mismo la novela encuentra resistencia entre ellos; y también porque el propio novelista no deja de fustigarnos simbólicamente en los grandes jerarcas israelitas romanizados, más afectos a la letra que el espíritu de la ley.

Carácter realista de El Nazareno

Mariano Antonio Barrenechea

El Nazareno, libro singular que he traducido del inglés para el público de mi país, es calificado por el mismo autor de "novela". Pero la obra de Scholem Asch es en realidad una Vida más de Jesús. Que el autor la llame "novela" débese evidentemente a la forma extraña que ha adoptado para presentar su narración, y a la necesidad en que se ha visto de suplir con descripciones, incidentes, escenas, personajes y palabras imaginados, los claros, lagunas, interrupciones, contradicciones y deficiencias del relato evangélico, para hacerlo coherente y lógico como historia acttual y verdadera. No es mi deber juzgar aquí de lo que podría calificar de interpolaciones del texto evangélico, pues ese delicado punto toca a cuestiones que no están al alcance de mi juicio y que, por lo demás, no serían procedentes desde que se trata de una "novela" por voluntad expresa del autor, que se ha puesto así a salvo de que se hiciera a su libro blanco de críticas teológicas o doctrinarias.

Con todo, es evidente que *El Nazareno* no es una "novela", como lo es la celebrada obra de Petrucelli della Gattina. Scholem Asch ha seguido con fidelidad de creyente el texto clásico casi al pie de la letra, tomando de cada evangelista (principalmente de Mateo y de Juan) las palabras y los hechos que contribuían mejor al desen-

volvimiento lógico, dramático y humano de la vida relatada, dentro siempre de las tradiciones aceptadas por las iglesias cristianas. Su libro, en lo que atañe al respeto de las fuentes canónicas, podría ser firmado por un cristiano católico, griego o protestante.

Esta obra, ya célebre en el mundo, es de carácter realista sumamente vigoroso, de poderosos efectos. Sus descripciones de las miserias físicas del pueblo judío, de su exasperación fanática, de su monomanía mesiánica, de sus anhelos de redención, y de su extraño y desgraciado destino (que es uno de los misterios históricos que más conturba la mente del estudioso libre de prejuicios religiosos y raciales); su pintura del materialismo, de la sordidez y de la avaricia rapaz del sacerdocio jerosolimitano (ideal de todos los sacerdocios del mundo), dan motivos al señor Scholem Asch para multiplicar las pruebas del vigor y de la penetración de su pluma y de la virilidad y erudición de su ingenio.

El Nazareno, a más de su finalidad estética y evocativa, parece tener el propósito de aclarar el plurisecular y desconcertante malentendido entre judíos y cristianos, abordando varios aspectos de esta controversia. Debatir aquí, sin embargo, a propósito de esta "novela", el problema de saber por qué Jesús, "salvador del mundo y luz de los gentiles", nació en el seno del pueblo judío, y por qué, a despecho de ello, el pueblo de Israel repudió su enseñanza, es algo que está por encima de los méritos literarios de esta obra tan excepcional por varios conceptos. Y son los méritos literarios de esta "novela" histórica, lo que me movió a traducirla, y lo que interesa en primer término a los lectores argentinos a quienes ofrezco mi traducción.

Aquel problema religioso ha sido posteriormente ahondado por el autor en su obra que hace continuación, en cierto modo, a *El Nazareno*, titulada *El apóstol*, sobre la vida de Pablo de Tarso. Acepto de modo general la tesis sobreentendida, de verdad incontrovertible, de que el cristianismo es parte y derivación de la corriente principal del pensamiento religioso judío; pero repito que al emprender la traducción de esta obra, no me movió a ello el interés de esos problemas religiosos e históricos, por interesantes que ellos puedan ser, sino sus condiciones de obra de arte que, más que las otras obras del autor, ha conquistado al señor Scholem Asch el eminente renombre de que goza actualmente en el mundo literario.

***Judaica**, setiembre de 1944.*

Posición de sefardíes y asquenazíes en la cultura judía

*(A propósito de **Adán y Eva**, de I. L. Peretz, traducido por S. Resnick)*

Rafael Cansinos Assens

Nueve años después de haber aparecido en Buenos Aires el segundo volumen de Peretz vertido al castellano, hacíase eco de él, Cansinos Assens en Madrid, el gran exponente del Ultraísmo, uno de los más grandes colaboradores de ***Judaica*** años más tarde (1934-1940). El artículo de Cansinos, gran sefardita, pone en evidencia la viva simpatía con que la obra de Peretz fue acogida en España; fechado en 1931, vio luz en el importante diario madrileño *La Libertad*. Se reprodujo en ***Judaica,*** 80-81 (1940).

RECIENTEMENTE se habló del proyecto de nombrar una comisión de sabios sefardíes que catalogasen los manuscritos hebraicos existentes en la Península, y con este motivo sonaron algunos nombres, entre ellos los de los Sres. Coriat, Bauer (D. Ignacio) y Ortega. Un asquenazí, el doctor A. A. Perl, que dirige la revista *Renacimiento de Israel* –que se publica en Tánger–, redactó una carta al presidente de la República negando competencia no sólo a los señores aludidos, sino en general a todos los sefardíes de Marruecos para llevar a cabo la labor proyectada. Según el doctor Perl, en todo el mundo sefardí sólo existen cuatro personalidades capacitadas para tamaña obra: el doctor A. Yahuda, cuya ciencia hemos podido admirar en España y está refrendada por nuestros orientalistas: el docto escritor, filólogo e historiógrafo de Jerusalén, Abraham Elmaleh; el profesor Haim Nahum, gran rabino de El Cairo; el doctor Ariel Bensión, hierosolimitano, "gran hebraísta y arabista, autor y poeta". En todo el cielo sefardí sólo encontraba el doctor Perl esos cuatro soles.

Las palabras de nuestro culto amigo produjeron entre los sefardíes de Marruecos una indignación comprensible. La prensa judía las comentó escandalizada. ¡Negar de ese modo un asque-

nazí toda la ciencia sefardí! Pero en ninguno de esos comentarios leímos que se adujeran nombres que añadir a los que el doctor Perl citaba. En cambio, se rectificaba la noticia base de la osada epístola.

La referida comisión no iba a encargarse de catalogar y traducir los manuscritos hebraicos, sino sólo de elegir las personas competentes que hubieran de hacerlo. Esto no era ciertamente defenderla, sino más bien negarla. Desde luego, prescindiendo del señor Coriat, cuya ciencia de hebraísta no ha tenido aún ocasión de manifestarse, los otros dos señores no sólo carecen de toda competencia para investigar por sí mismos esos documentos, sino también para elegir personas capacitadas para su estudio. El señor Ortega es autor de una *Historia de los hebreos en Marruecos*, en que se atribuyen a Heine versículos de la Biblia, y el señor Bauer plagió de la *Gramática hebrea* del padre García Blanco (la única que hasta ahora nos ha dado) el estudio sobre la cábala, que incluyó en su librito *Mis primeros artículos*. Nombres como éstos no son los más propios para auspiciar una empresa cultural hebraica. Pero, en fin, es lo cierto y lo triste que nadie ha rebatido de un modo categórico las afirmaciones del doctor Perl. Y esas afirmaciones siguen todavía sin arriar, bandera de luto para los sefardíes.

★ ★ ★

Los más lamentable es que, descartando algún valor relativo para los valores absolutos, las aseveraciones del doctor Perl son tan tristes como exactas. El "record" cultural ha pasado en Israel de la rama sefardí a la asquenazí. Si en los siglos medios y hasta el XVII pueden citar los sefardíes como suyos miríadas de nombres gloriosos –desde Maimónides a Spinoza–, a partir del siglo XVIII son los asquenazíes quienes pueden reivindicar tal privilegio. De origen germano o eslavo son esos grandes hombres judíos, de fama universal, que se llaman Freud, Bergson, Trotski. El príncipe de los poetas judíos, el viril anatematizador de sus propios hermanos, víctimas pasivas de los "pogroms", en quien se unen Jeremías y Ezequiel, Bialik, es un asquenazí. Y asquenazíes son también esos geniales creadores de la literatura ídish que han renovado la literatura del mundo: los Peretz, los Asch, los Sholem Aleijem... Junto a estos nombres próceres acaso sólo puedan poner los sefardíes el de Israel Querido, el novelista de la vida holandesa, de los horticultores y los orfebres. El genio sefardí ha tiempo que descansa.

★ ★ ★

Hace poco, a su paso por Madrid, un sefardí ilustre, el gran rabino de Rumania, Sabetay J. Djaen, que lo tiene todo de poeta y mucho de sabio, reconocía y lamentaba conmigo esta triste verdad. Los sefardíes perdieron hace siglos el interés por la cultura. Quizá el éxodo de España que los lanzó en su mayoría a países bárbaros, como la Turquía y el Marruecos del siglo XV, les impidió reconstruir el hogar cultural que habían logrado crear en la Península. En un ambiente poco propicio al estudio, los nietos de los grandes filósofos y los grandes poetas se convirtieron en mercaderes obscuros. A la vuelta de unas cuantas generaciones ya el genio sefardí había perdido su fuerza de creación y sólo vivía aún de la glosa y el comentario, constelando de notas marginales las grandes páginas de los viejos maestros. Y hoy apenas si se puede encontrar entre ellos más que algún erudito, como Abraham Danon, o algún estimable hebraísta, como Isaac Navon, de Estambul. Quisimos recordar un poeta y saltó de nuestros labios en sonrisa el nombre de Abraham Capon, ese

Carulla sefardí de Sarajevo, recientemente fallecido, y que fue prototipo del mal poeta y del hombre bonísimo. Pero en todo el mundo sefardí ni un solo poeta como Bialik, ni un solo novelista como Isaac León Peretz. Y Sabetay J. Djaen y yo nos despedimos con la tristeza de esa comprobación, cual si nos diéramos las manos sobre las ruinas del genio sefardí.

★ ★ ★

Sí: el éxodo, la convivencia con pueblos relativamente bárbaros y pobres, que no pueden permitirse el lujo de una literatura, explican parcialmente ese eclipse. El mismo Sabetay J. Djaen, que ha pasado su juventud en Sarajevo y ha escrito dramas, comedias y versos –muchos versos en español y en un metro y un estilo arcaicos– tiene aún su obra casi totalmente inédita. Pero todo esto no explica plenamente ese silencio del genio sefardí, esa apatía espiritual. En ambientes más hostiles aún; encerrados en las juderías de Rusia y de Polonia, siempre amenazados por los "pogroms", los asquenazíes produjeron el movimiento místico-filosófico de los *jasidim*; crearon un lenguaje especial –el ídish– y alzaron, finalmente, ante el mundo atónito una literatura. Quizá lo que les faltó a los sefardíes en Marruecos, en Turquía, haya sido el dolor, pues es en los grandes momentos de angustia cuando Israel obra el prodigio. Quizá por esto dijeron los rabíes: "El dolor sienta tan bien a Israel como el color rojo a un corcel blanco".

A su llegada a Bucarest, mi ilustre amigo, al que yo quiero llamar aquí con todo respeto monseñor Djaen, cual corresponde a su alta categoría en la Iglesia judaica, ha tenido la gentileza de enviarme un librito –*Adán y Eva*– recopilación de narraciones breves de Isaac León Peretz, traducidas por Salomón Resnick e impreso en Buenos Aires. Pensaba acaso mi amigo que yo no conocería estos cuentos de Peretz y por eso me envió el volumen que puede ser una buena iniciación en la literatura ídish. Mi agradecimiento no es menor, aunque ya conociera la mayoría de los cuentos que Resnick nos ofrece ahora, por haberlos leído en los tres tomos de la versión alemana, que llevan el epígrafe común de "Aus dieser und jener Welt" ("De este y del otro mundo"). A esa versión alemana me referí ya en los artículos dedicados en estas columnas al movimiento jasidista de Polonia, cuyo espíritu inspira toda esta literatura del "ghetto". Conocía también a Resnick por sus interesantes trabajos en las revistas judías de Hispanoamérica, y le guardo gratitud por las líneas que hubo de consagrarle a mi antología –*Cuentistas judíos contemporáneos*– que introdujo por primera vez entre nosotros los más preclaros nombres de esa pléyade de escritores hebraicos. La versión que Salomón Resnick ha hecho de esos cuentos de Peretz es bastante discreta y amorosa, y sólo se le puede reprochar que esté escrita en el español de América; pero ese es un hecho que hemos de aceptar fatalmente, pues es el precio de la Pentecostés del castellano, y, en cambio, debemos alegrarnos de que, aun en ese español no del todo correcto y cuyo dominio representa un esfuerzo para quien, como Resnick, no procede del sector sefardí, haya habido alguien que incorpore a nuestra literatura esas obras maestras del genio asquenazí. En este logro hay que conceder su parte a los editores americanos, animosos e inteligentes. Yo sólo encontré editor para esa literatura hebraica cuando Blanco Fombona –es decir, un poeta– dirigía la Editorial América. Luego toda tentativa ha sido inútil. ¿A quién podía interesar esa literatura? Y, sin embargo, en América había un público judío y no judío que hubiera recibido con gusto por nuestra mediación

esos libros reveladores. Pero, en fin, América se ha bastado a sí misma, y Resnick y su editor merecen nuestra gratitud. El meridiano de Madrid es un meridiano local.

★ ★ ★

Pero volvamos a Peretz, no para estudiarlo a fondo, sino para insistir sobre sus rasgos esenciales, que ya señalé al hablar de los *jasidim* y de las leyendas de ese ciclo, recontadas por Buber. Sin estar penetrado del espíritu de los *jasidim* polacos no es posible comprender bien a Peretz ni a ninguno de estos escritores que han salido de las juderías, después de haber respirado largamente en su infancia su atmósfera de fervor y de dolor –una atmósfera que ya se iba extinguiendo. Cronológicamente se sitúan en el momento en que ya los *jasidim* son tan sólo un recuerdo y su misticismo exaltado cede al embate del racionalismo europeo que abre brecha en las juderías; cuando empieza la desbandada de los asquenazíes, diezmados por los pogroms y esquilmados por el régimen feudal de los señores, hacia Inglaterra, primero, y hacia las dos Américas después, mediado el siglo XIX. Esta literatura del ghetto evoca, más bien que describe; está llena del influjo de la tradición, pero se insurge contra ella; mira hacia el pasado, pero camina con rumbo al porvenir. Precisamente la obra de Peretz puede ilustrar lo que decimos. Si en ocasiones, como en "Los cabalistas", se complace en revivir escenas y tipos pretéritos, y si en general se nutre de un fondo místico y recoge el patetismo de la vida mísera y devota del ghetto, más de una vez se insurge contra la Torá y rectifica sus inhumanas rigideces. Fenómeno análogo al que se observa en la obra revolucionaria y reaccionaria al mismo tiempo de Fedor Dostoievski, cuyo pathos es en cierto modo afín al de estos escritores. Descontemos, sin embargo, la parte que en Dostoievski tienen los gestos histéricos. El patetismo de Peretz es enteramente natural y surge sin exageración del fondo mismo de la vida, como expresión de una simpatía total con los que sufren. Y su patetismo está aliviado por los rayos solares de un humor que rasga las negruras de la judería. El sábado es un sol periódico en las tristezas de esa vida.

★ ★ ★

Peretz se caracteriza por un don especial de ternura. Nadie como él acaricia las almas que sufren, las almas humildes, alojadas en cuerpos sin belleza o sin energía. ¡Las almas, porque él sabe que son las almas las que sufren, que las almas son las que nos duelen! Gusta de inclinarse sobre estas almas tristes de mujeres y niños, y hasta de locos, para ungirlas con amor nazareno. El sabe que las almas viven sólo de amor, y así nos lo dice en un lindo cuento, que es de lo mejor del volumen: "¿Qué es el alma?". Cierto niño de la judería, curioso e inquieto por el misterio de las almas, interroga inútilmente a los profesores, que no aciertan a explicarle qué sea esa esencia sutil. Guítele, la hija de su último profesor, una huerfanita linda y delicada, le descifra ingenuamente el enigma. Cuando vivía su madre oyó más de una vez a su padre llamarle su alma. "¡Se querían tanto!". Y el niño, caviloso, al oírla se llena de claridad y atrevimiento y grita: "Guítele, ¿quieres tú ser mi alma?" (en su esencia lírica este cuento parece un *lied* heiniano, ¿no es verdad?) El alma, para Peretz, es el amor, y en nombre de ese amor se rebela más de una vez, como Jesús, contra la ley. En otro de sus relatos, un rabí explica a un hombre humilde el modo seguro de conquistar el cielo. "¿Y mi mujer?", pregunta el ignorante: "¿No sabes que

la mujer del justo le servirá en el paraíso de banquillo para los pies?" Y el buen hombre, afligido, exclama: "No, no quiero que mi mujer me sirva de banquillo; o estará sentada a mi lado o renuncio al paraíso".

★ ★ ★

Todo el libro traducido por Resnick está constelado de estos rebeldes, que son, naturalmente, los más estimables. Rebeldía contra las absurdas prescripciones talmúdicas referentes a la purificación de la mujer en sus lunas –que pueden verse en el capítulo "Niddoth"–; rebeldía contra la ley, que mantiene a la mujer separada del hombre en el templo y en todos los actos de la vida civil y religiosa, reducida a la condición de simple servidora en el hogar; rebeldía contra ese modo de concertar los matrimonios sin tener en cuenta para nada el amor, y en que los viejos sacrifican corazones de jóvenes y sólo desposan guarismos; rebeldía contra todas esas prescripciones crueles y anticuadas, cada una de las cuales da lugar a un drama íntimo y a una obra maestra de belleza y ternura en el libro de Peretz. (Véanse los cuentos titulados "Casada", "La hija repudiada", "La hija viciosa", "Paz doméstica").

El escritor da siempre su simpatía y su absolución a los transgresores de la ley, que son también sus víctimas, y sabe explicarse y comprender sus gestos de protesta. Obra romántica la suya y evangélica en el mejor sentido. Pero también sabe sentir toda la solemne y triste belleza del rito hebraico y emocionarse de místico fervor en el ambiente de tradicionalismo ortodoxo, de resignación y mesiánica esperanza, de la judería.

Amigo Sabetay: Perdone usted si exalto, sobre todo por el lado de su heterodoxia, el valor de la obra de Peretz. Ya sé que todo eso va contra el templo; pero también iban contra el templo los profetas. Israel es grande por haber creado el templo y por destruirlo. Usted, que es poeta además de rabino, no excomulga a Peretz y sabe apreciar su alto valor, puesto que me envía el volumen de Resnick. Por lo demás, el espíritu de Peretz es el del Talmud y el de los *jasidim*, y usted está lleno de ese espíritu. Recuerdo cómo me hablaba usted de las almas, con qué ardorosa convicción; donde uno de nosotros habría puesto "un hombre, una mujer", usted, con su gracioso arcaísmo sefardí, ponía "un alma". Los personajes de sus obras eran "almas". Para usted, por lo tanto, el espíritu ha de estar sobre la letra, y el amor sobre la ley.

Mi ilustre amigo: He leído el libro de Peretz una noche de plenilunio de este mes de Tisri, en que comienza el año judío de 5692, y después, con el corazón henchido de su triste belleza, me he ido a pasear bajo la luna por esas calles estrechas y tortuosas de este barrio antiguo, que tiene también el aire melancólico de una judería. Sugestionado, evocaba llantos de Kippur, cantos pascuales, guirnaldas de Succoth –aun había en algunas ventanas flores de papel de las últimas verbenas– y me sentía enternecido por todo el amor y toda la pobreza que guardan estos barrios humildes. Pero al mismo tiempo me acordaba del ghetto, y me asaltaba el ansia de acabar con todo ese dolor antiguo, de abrirle amplias a Israel las puertas del mundo y de la vida y redimirle de ese aislamiento a que le condena su condición de pueblo elegido ("Am hasegolá"). Revivía la angustia de Jane en el trágico cuento. Claro que más allá de las puertas de la judería, en el mundo de los nazarenos, tampoco aguarda a los fugitivos el amor. Todo esto ponía mi alma en agonía. Y en este trance de congoja me parecía comprender como nunca la obra de Peretz. ("Ve schalom").

Las polémicas culturales en las páginas literarias de ***Judaica***

Naomi Lindstrom

DESDE su lanzamiento en 1933, *Judaica* llevó siempre la fuerte impronta que le impuso su fundador Salomón Resnick (1895-1945). Este intelectual argentino, conocido por su labor editorial, sus traducciones del ídish y su ensayística sobre temas judíos, sobre todo la literatura escrita en ídish, refleja en su revista sus preocupaciones fundamentales. Por ejemplo, las variantes del pensamiento sionista de las primeras décadas del siglo y el concepto más amplio del nacionalismo judío forman uno de los ejes de la temática de *Judaica*. A través de una lectura asidua de la revista, un lector podría adquirir un conocimiento básico de los fundamentos de las muchas variantes del pensamiento sionista que abundaban en aquel entonces y del pensamiento progresista de los intelectuales judíos más prominentes de la Europa Oriental.

Los textos de creación literaria y los ensayos de crítica literaria también reflejan la orientación de la revista y su director. Como traductor y estudioso de la literatura ídish y, más ampliamente, de la expresión cultural e intelectual judía de Europa Oriental, Resnick incluía muchísimas muestras de este acervo cultural en *Judaica*. Hasta cierto punto, la misión fundamental de la inclusión de textos literarios en *Judaica*, en sus primeros años de publicación, es la difusión de la cultura literaria ídish mediante traducciones castellanas (*Judaica* tenía la capacidad tipográfica de imprimir textos en letra hebrea, pero pocas veces la empleó). Pini Katz resume este aspecto de la revista en su ensayo "Judaica e ídish" (Nos. 59-61 [mayo-julio de 1938], 251-252) al aludir a "la obra de Salomón Resnick por hacer conocer la literatura ídish entre la juventud judía argentina de habla

Profesora de Español y Portugués y directora de Publicaciones en el Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Texas (Austin). Su libro más reciente es ***The Social Conscience of Latin American Writing*** *(1998).*

española" (252) a través de *Judaica*. En su caracterización del programa cultural que hay detrás de la revista, Katz llama la atención sobre el enfoque geográfico de la revista, al referirse a "los países de densa población judía" (252).

El artículo de Katz, escrito en tono amistoso y positivo y con la mayor diplomacia, cuestiona sin embargo ciertos aspectos de *Judaica*. Observa, en el primer párrafo, que la revista tiene un título que no corresponde a su contenido: "los dos conceptos, Judaica e Idish, [los] considero incompatibles y excluyentes entre sí y que no deben ser confundidos el uno con el otro" (251). Más adelante, insinúa que la vida cultural ídish será más difícil de mantener en el futuro, dado el "hecho de que la juventud israelita de la Argentina hable con preferencia y también con mayor fluidez el castellano antes que el ídish", y señala "una tendencia contraria al ídish" en la Argentina contemporánea. En estas observaciones se podría vislumbrar un futuro problemático para una revista como *Judaica*, debido a la dificultad de seguir atrayendo a un público lector cada vez más alejado de la experiencia de la primera generación de inmigrantes.

Para hacerle justicia a la revista y su director, *Judaica* nunca se había limitado a la literatura en ídish. En primer lugar, la revista publicó una buena muestra de las nuevas letras hebreas; Resnick había reconocido siempre la importancia que tendría el renacimiento del hebreo como un idioma literario.

Aun más notable que la publicación de escritores provenientes en gran parte de la Europa oriental y que empleaban un idioma específicamente judío, sea el ídish o el hebreo, es la inclusión de escritores argentinos que escriben directamente en el idioma del país. Desde sus primeros años, *Judaica* señalaba a veces una preocupación por la literatura que escribirían o ya escribían en español los autores judíos hispanoamericanos. Un ejemplo claro de dicha preocupación es "Misión del escritor judío en la literatura argentina", de Luis Karduner, publicado en el No. 16 (octubre de 1934), 145-149, que tiene que ver específicamente con la literatura judeoargentina que entonces se escribía y que en el futuro se escribiría en castellano. También desde los primeros números se nota una preocupación, aunque sea esporádica, por la producción cultural sefardí. Ya en el No. 2 (agosto de 1933) aparece una larga lista de "Proverbios judeoespañoles" (70-74).

También hay que notar que desde sus primeros números, *Judaica* incluye por lo menos algunos artículos sobre la vida de otras comunidades judías además de las de los países eslavos. En su presentación de, por ejemplo, las comunidades sefaradíes, se percibe un empeño consciente por expandir el panorama más allá de las áreas de la experiencia judía con que los lectores están familiarizados. En el cuarto número de la revista (octubre de 1933), 167-171, aparece un artículo de Harold Franklin sobre "La vida judía en Italia"; la nota introductoria empieza: "Conocemos tan poco de la vida real de los judíos italianos que cualquier reflejo de ella, hecho imparcialmente, debe suscitar nuestro interés" (167). Esta preocupación por explorar las comunidades judías aisladas y escasamente conocidas, se manifiesta esporádicamente en los primeros años de *Judaica*, pero tendrá más importancia en años posteriores. Durante los últimos años de la década de los treinta y los cuarenta, la revista incluirá reportajes sobre comunidades judías casi desconocidas: "Los judíos montañeses del Cáucaso" de J. Brutkus (Nos. 68-69 [febrero-marzo de 1939], 78-86; y 70 [abril de 1939], 143-154); "Judíos en China", de Juan Marín (No. 101-102 [noviembre-diciembre de 1941), 131-137; "Los falasches, judíos de Etiopía" de Lea Sestieri de Scazzocchio (No. 103

[enero de 1942], 3-14); y el más sorprendente de todos, "Los judíos negros de Harlem", de Roi Ottley (No. 145 [julio de 1945], 292-296). Aun se abordó la problemática existencia de judíos entre los grupos indígenas de América, inclusive antes de la Conquista, y se sostuvo en las páginas de *Judaica* una polémica en torno a las comunidades de indios judíos en México.

A pesar de dar indicios de una búsqueda de la diversidad, durante sus primeros años la revista sigue siendo fundamentalmente un órgano para la difusión de la cultura y la vida intelectual judías en la Argentina, tal y como se habían desarrollado en los círculos avanzados de la Europa oriental. Pero, al mismo tiempo, las páginas de *Judaica* casi forzosamente reflejan las "guerras culturales" de su época. Hay una tensión que se manifiesta desde los primeros números entre la tendencia natural del director, que es de dar un lugar central a la cultura que refleja su propia formación y especialización profesional, y un esfuerzo por reconocer todas las expresiones literarias de las diversas poblaciones judías del mundo. En algunos momentos, las opciones editoriales de Resnick parecen estar basadas en una determinada visión: que la experiencia de las poblaciones judías de los países eslavos constituye la quintaesencia de la experiencia judía en la modernidad. Sin embargo, como se verá, esta visión no se expresa de una manera monolítica.

Los conflictos y tensiones entre los idishistas y los que abogan por una visión multilingüe de la literatura judía se manifiestan abiertamente en *Judaica* No. 31 (enero de 1936), 47-48. Bajo el titular "Sobre el concepto de la literatura judía" se reproduce una carta de H. R. Forst, dirigida en tono polémico a Resnick, y una "Nota de la redacción", que parece ser la respuesta de Resnick, pero sin su firma. Las quejas de Forst no se refieren directamente a *Judaica* sino a un manual de la historia literaria ídish que acaba de publicar Resnick bajo el título *Esquema de la literatura judía*. Sin embargo, su polémica podría aplicarse casi de igual manera a toda la revista y a la visión de las letras judías que encarna el proyecto de Resnick.

La queja principal que se expresa en la carta va dirigida hacia la vinculación tan estrecha que se está forjando entre la expresión literaria en ídish y el fenómeno de la literatura judía. Forst empieza con una crítica del título del manual literario por inexacto, pero muy pronto va más allá de una simple cuestión de opciones léxicas. En su carta propone un concepto muy amplio de la categoría **literatura judía**: "todos los autores judíos, sea cualquiera el idioma en que hubiesen escrito y contengan o no temas judíos" (47).

Resnick, en defensa propia, alega que en el controvertido título de su manual se quería referir no a toda la literatura judía sino a la "formulada en ídish", pero sustituyó la palabra **ídish** por **judío** "para evitar un barbarismo en el título" (48). (Sin embargo, Resnick emplea el término **ídish** en su carta de respuesta.)

Más allá de la polémica sobre el título de su libro, Resnick defiende el concepto de que tanto la literatura escrita en ídish, como la que se produce en el hebreo moderno, ocupan un lugar privilegiado como literaturas marcadamente judías. Su argumento principal es que los autores que escriben en lenguas judías, tanto el hebreo moderno como el ídish, son los exponentes más fieles y fundamentales de la literatura judía: "Bajo la denominación de literatura judía no es posible abarcar, a nuestro modo de ver, sino las producciones expresadas en los idiomas empleados por el pueblo como instrumento nacional, y no en forma individual" (48).

Un aspecto notable de la carta de respuesta es la omisión de cualquier reconocimiento del ladino como uno de los idiomas cuyo uso es privativo de las comunidades judías (sin embargo, Resnick había escrito sobre "El judeo-español" en el *Judaica* No. 4 [octubre de 1933], 155-58). Resnick escribe, por ejemplo, "en la edad contemporánea usan los israelitas dos de estos idiomas, el ídish y el hebreo" (48). Forst alude al empleo del español entre los judíos, pero no a una variante particular. Su resumen algo confuso e impreciso de la historia lingüística del pueblo judío omite el ladino: "antes de hablar el ídish, el idioma peculiar de [los judíos] era el español, el árabe, además del hebreo" (47). Tanto Forst como Resnick parecen tan absortos en la fogosa polémica sobre la importancia que se debe atribuir al ídish y sus asociadas manifestaciones culturales, que se les escapa cualquier otra consideración.

Otra laguna se puede destacar en la carta de respuesta. Resnick defiende con vigor su posición idishista, pero no su predilección editorial por los textos de tema judío. Esta omisión llama la atención, puesto que uno de los postulados fundamentales de la carta inicial es la necesidad de tener en cuenta toda la gama de escritores judíos, "sea cualquiera el idioma en que hubiesen escrito" (47) y como se reitera más adelante "que hayan escrito sobre temas de cualquier naturaleza" (47). La necesidad de aumentar el acopio de literatura escrita en torno a temas judíos es un principio casi incuestionable de *Judaica*. Por ejemplo, en la "Misión del escritor judío en la literatura argentina", ya mencionada, Luis Karduner se preocupa por los jóvenes escritores judeoargentinos que escriben en español. Según Karduner, los escritores judeoargentinos hacen mal si "consagran su pluma y su talento a los trillados motivos de carácter universal, con lo cual rara vez se destacan del montón" (146). Los insta a un enfoque en el "ambiente judío, de modalidades exóticas, de afanes, de luchas, de aspiraciones, todo ello impregnado de un emocionante lirismo" (146).

A pesar del tono cáustico de la réplica de Resnick, típico de toda polémica, el hecho de publicar la carta de Forst en una revista donde rara vez aparecen cartas de lectores, ya indica que Resnick estaba por lo menos considerando en aquel entonces la interrogativa de qué constituía la literatura judía. Sin duda, uno de los problemas de la revista debió ser cómo seguir interesando a un público lector argentino, y sobre todo cómo atraer a los lectores más jóvenes, que no tendrían tan fuerte apego al idioma ídish y a la cultura y vida intelectual judías de la Europa oriental. Después de la ventilación de estas tensiones en "Sobre el concepto de la literatura ídish", *Judaica* empezó a aumentar su publicación de autores judíos cuya creación se había realizado en otros idiomas más allá del ídish y del hebreo. El ladino y las comunidades sefardíes, que en la polémica sobre la literatura judía parecen ser un tema poco menos que ausente, aparecen muchas veces bajo diversos aspectos. El No. 73-75 (julio-setiembre de 1939) es un "Número dedicado a la vida y cultura sefaradíes".

Las colaboraciones del singular y carismático intelectual español Rafael Cansinos Assens, que a veces rodean todo lo sefaradí con una aureola de dramatismo, despiertan un creciente interés por el tema entre el público argentino y sirven para diluir el intenso enfoque idishista que a veces caracterizaba *Judaica*. Cansinos Assens había llegado tarde al judaísmo; formado en el catolicismo, emprendió una recuperación de su judaísmo como una herencia cultural rescatada del olvido. Su vigoroso redescubrimiento de la cultura judía abarca tanto sus aspectos religiosos como los seculares, tanto sus tradiciones como sus variantes actuales. Cansinos Assens también había sido

uno de los máximos exponentes del ultraísmo español, pero su vanguardismo no se percibe en sus colaboraciones en *Judaica*.

Cansinos Assens nunca llegó a dominar un vasto acopio de conocimientos especializados sobre las tradiciones o las actuales culturas judías, sobre todo en comparación con otros colaboradores que se destacan por su pericia dentro de su área de especialización. Sin embargo, en sus reportajes este infatigable divulgador de la cultura judía abarca con mucho entusiasmo y energía un vasto panorama de textos, tanto de autores judíos como de escritores no judíos, en busca de temas que pudieran interesar a los lectores de *Judaica*. Los autores que analiza Cansinos Assens incluyen algunos de los nombres más conocidos de la literatura universal, como Dostoievsky y Pérez Galdós, pero también le interesan la expresión folklórica y los fenómenos culturales casi desconocidos. La literatura escrita en ídish no parece haberle llamado la atención.

La participación de Cansinos Assens modifica el carácter de *Judaica*. Su método es de divulgación más que de erudición. No intenta lograr el tono objetivo de un investigador: demuestra su propia emoción ante los fenómenos que describe y muchas veces la proyecta en sus temas para aumentar el interés.

La tensión más evidente en las selecciones literarias de *Judaica* se produce en torno a la cuestión lingüística, o sea, si los autores que escriben en lenguas marcadas como judías tienen mayor derecho a ser considerados como representantes de la expresión literaria judía que los que emplean los idiomas de la diáspora. También hay otra cuestión que nunca se articula con claridad pero que se hace presente en diversos momentos: si la vida intelectual y literaria de los pensadores y creadores judíos provenientes de la Europa oriental debe ocupar un lugar privilegiado. Con el tiempo la revista llega a incluir textos de y reportajes sobre autores provenientes de muchas regiones y países. Además de los intelectuales centroeuropeos como Stefan Zweig, cuyo suicidio se considera como un acontecimiento importante para los lectores de *Judaica*, figuran en la revista los representantes de literaturas judías menos conocidas. Un ejemplo de esta expansión de sus preocupaciones literarias en sus últimos años de publicación es el reportaje de Samuel Dinin, "Actividades literarias judías en los Estados Judíos", que aparece en el No. 147 (set. de 1945), 390-394. Por supuesto, cuando las letras hebreas modernas empiezan a establecerse en la región palestina, *Judaica* se interesa por el tema.

Sin embargo, *Judaica* no se interesa por toda la amplia gama de la literatura escrita por creadores judíos. Más bien demuestra unas preferencias notables. La presencia de una temática judía bien marcada, que se anuncia como tal desde los primeros párrafos, parece ser un requisito fundamental para que un texto literario se publique en *Judaica*. Si el problema que trataba una narrativa no era privativo a la vida judía, los personajes debían ser reconocibles como judíos (en cambio, ser judío no fue nunca un requisito para publicar en la revista, si bien la mayoría de los autores lo eran. Se considerará más adelante la selección de textos sobre temas judíos pero de autoría aparentemente no judía).

Una temática y un mensaje fáciles de identificar son características que tipifican los textos literarios publicados en *Judaica*. Sin excepción, el tema llama mucho más la atención que cualquier aspecto de la elaboración textual, que siempre queda supeditada al mensaje. Tanto es así, que algunos de los poemas y narraciones que se publicaron resultan excesivamente obvios en la exposición de sus temas para lograr satisfacer a un crítico literario.

Las corrientes esteticistas y la experimentación formal encuentran poca cabida en las páginas de *Judaica*. Las grandes innovaciones en la construcción de la narrativa y en la estructura y el lenguaje poéticos que tanto afectaron la creación literaria en Argentina en las décadas de los '20 y '30, parecen haber hecho escaso impacto en los colaboradores de la revista. Tanto es así, que de leer sólo *Judaica*, un lector nunca se daría cuenta de que el programa estético vanguardista había sido importante en la evolución de la literatura argentina, aunque de vez en cuando se alude a los martinfierristas como un grupo de colegas y amigos. Tampoco se reconoce plenamente que varios creadores y editores judíos habían participado en el experimento vanguardista o aún seguían incorporando elementos de la estética de vanguardia en su escritura.

Este poco o nulo interés por los conceptos y prácticas de la vanguardia se hace evidente en dos artículos dedicados a la presentación de Carlos M. Grünberg: "Carlos M. Grünberg, poeta lúcido", de Alvaro Guillot Muñoz (num. 96 [junio de 1941], 261-267) y "Un intérprete del alma judía", de Antonio Portnoy (No. 91 [enero de 1941], 25-29). Guillot Muñoz empieza su artículo vinculando a Grünberg con un célebre grupo de vanguardia: "En el local de *Martín Fierro*, allá en el invierno de 1927, por primera vez oí hablar de Carlos M. Grünberg" (261). Pero aunque identifica a Grünberg con los martinfierristas, no identifica a los martinfierristas con un programa de renovación literaria. Constituyen más bien un "cenáculo" donde los martinfierristas disfrutan de "horas de esparcimiento o de vagabundeo literario, a través de las conversaciones cruzadas, salpicadas de paradojas" (261).

En su artículo, Portnoy hace caso omiso tanto del paso de Grünberg por la vanguardia porteña como del vanguardismo que sigue siendo, en forma disminuida, un constituyente de su poesía. Portnoy reconoce "la amplia cultura judía de Grünberg, confirmada por sus traducciones del hebreo" (28) y reflejada en su poesía. Cuando este crítico alude al lenguaje poético de Grünberg, el aspecto que le interesa es su búsqueda, como poeta de habla castellana, de palabras adecuadas para referirse a fenómenos judíos (28). Estos dos artículos tipifican el enfoque de la crítica literaria en *Judaica*: poca importancia se da a los rasgos formales o técnicos y en cambio mucha a los aspectos que vinculan un texto literario con la vida intelectual judía.

★ ★ ★

Los escritores judeoargentinos cuya creación aparece con mayor frecuencia en las páginas de *Judaica* son Carlos M. Grünberg y Lázaro Liacho. También Enrique Espinoza (seudónimo de Samuel Glusberg) publicó en *Judaica*. Alberto Gerchunoff colaboró en la revista, pero más como ensayista que como creador. Un solo texto suyo de índole puramente literaria, "Salutación de enero" (No. 91 [enero de 1941], 22-24), ofrece la mezcla de culturas judía y cristiana que caracteriza a varios textos de Gerchunoff. El yo poético, que parece ser simplemente el mismo Gerchunoff, se encuentra en una fiesta del nuevo año cristiano, celebrada en el hogar judío del Dr. Nicolás Rapoport. En sus comentarios sobre la ocasión, llama la atención a la fusión de culturas. Por ejemplo, al dedicar unos versos a su anfitriona, la identifica como "la del griego nombre de Sofía" y vuelve a mencionar su "helenísimo nombre de judía" (23). Este poema demuestra muy claramente una de las corrientes más controvertidas en el pensamiento y la obra de Gerchunoff; celebra la tendencia de los judíos argentinos (o de cualquier otro país diaspórico), si no

a asimilarse por completo, por lo menos a adoptar costumbres provenientes de la cultura dominante.

Aparecen también cuentos y poemas de otros autores argentinos, algunos de ellos jóvenes o escasamente conocidos como Rebeca Mactas [Alpersohn], Rubén Sinay y Ana Podolsky. Como sería de esperar, la mayoría de los escritores argentinos que se publican en *Judaica* son judíos.

César Tiempo (seudónimo de Israel Zeitlin), gozaba durante las décadas de los '30 y '40 de un renombre muy amplio, inclusive entre un público no judío. Sin embargo, no era una figura respetada en las páginas de *Judaica*. La obra de Tiempo se representa muy escasamente en la revista. En el cuarto número (oct. de 1933), 145-146, se publica una elegía, "Para otra muerte joven", que Tiempo había compuesto para conmemorar a Bernardo Escliar. Tiempo aparece presentado en tono respetuoso como "el consagrado poeta judeo-argentino" (145). Pero un lector que leyera sólo este poema ocasional, no tendría un concepto muy claro de las innovaciones que había introducido en la poesía argentina. La elegía está dedicada a la conmemoración de Escliar y no tienen cabida en ella las invenciones verbales o el tono juguetón que distinguían sus poemas más notables.

En su primer año de publicación, *Judaica* ya ha ofrecido (No. 6 [dic. de 1933], 275-283) una reseña muy poco elogiosa de uno de los libros de Tiempo, *Sabatión argentino*, que forma parte de su ciclo de poesía en torno al tema del sábado. En su formato, parece ser simplemente otra de las tantas reseñas que Antonio Portnoy publicó en *Judaica*, pero su enfoque es más amplio. Portnoy se queja de muchos aspectos de Tiempo: sus estrategias para promover su carrera literaria, los "versos obscenos" (275) que publicó bajo el seudónimo de Clara Béter como *Versos de una...*, la publicación de sus propios libros con una editorial en donde él es uno de los directores. De todos los defectos que señala en la obra de Tiempo, el más grave para él parece ser su apego a una estética vanguardista. Portnoy nota con aprobación los versos en que Tiempo manifiesta un "acento natural, sin empaque, sin contorsionismos de lenguaje" (280) y anhela: "¡Ah, si César Tiempo apagara su lámpara votiva en el altar donde ofician los Marechal, Girondo, González Tuñón, Olivari, González Lanuza y otros, qué digno poeta tendría el alma judía!" (280).

Karduner critica duramente a Tiempo en su antes citada "Misión del escritor judío" de 1934 y en su "Carta abierta a César Tiempo (con motivo del estreno de *Pan criollo*)" (No. 45 [marzo de 1937], 99-104). En el ensayo de 1934, Karduner señala algunos de los logros del autor, pero lamenta que no haya mantenido siempre su enfoque sobre temas judíos: "En *Sabatión argentino*... muchos poemas revelan ya la ausencia de inspiración judía" (147). Una crítica más grave es que Tiempo haya recurrido a ciertos estereotipos físicos del judío: "Se ha hecho hincapié en las 'barbas talmúdicas' (que no son precisamente la característica del judío 'standard' argentino) y en la 'nariz aduncа', cuando el mismo César Tiempo posee un apéndice nasal que nada tiene de semita clásico" (147).

En la "Carta abierta a César Tiempo", Karduner le reprocha la representación de estereotipos negativos de personajes judíos ante un público teatral compuesto en gran parte de espectadores no judíos. Como en el ensayo anterior, señala la manera en que Tiempo marca a los personajes judíos atribuyéndoles rasgos físicos y costumbres que corresponden a un estereotipo. Fundamental en esta polémica es la generalización de la fama de Tiempo, que goza de "la oportunidad de llegar al gran público desde un teatro y con una

compañía que aseguran el éxito de cualquier obra" (99) y la manera en que aprovecha esta oportunidad.

Una de las preocupaciones fundamentales de *Judaica* era su empeño por establecer un vínculo y una continuidad entre los intelectuales judíos progresistas de Europa y los de la Argentina y otros países hispanoamericanos, sobre todo los que colaboraban en la revista. Un ejemplo de esta búsqueda de puntos en común entre los pensadores avanzados de ambos continentes es el No. 135 (setiembre de 1944), dedicado en gran parte a la consideración de la controvertida novela de Scholem Asch, *El Nazareno*. Aquí se presentan tanto los juicios y apreciaciones de intelectuales europeos como los de sus colegas argentinos. Una nota de la redacción llama la atención al rol de *Judaica* en la difusión de la novela y la controversia que ha suscitado: "Fue Enrique Espinoza, distinguido colaborador de *Judaica*, quien se ocupó por primera vez, hace cuatro años, en nuestras páginas, de la novela de Asch, en un breve artículo completado entonces con un capítulo de la obra, traducida por él y por su esposa" (115).

A continuación se publican las reflexiones posteriores de Espinoza sobre la novela y la controversia en torno a ella. El artículo de Espinoza enfatiza el carácter progresista de *Judaica* por haber publicado un anticipo de la novela y una muestra de la discusión en torno a ésta. Espinoza señala que otras publicaciones parecidas, pero al parecer no tan avanzadas que *Judaica*, no han seguido su ejemplo: "la prensa israelita de aquella ciudad [Nueva York] y de Buenos Aires –tan liberal en otros aspectos–, se ha negado a insertar *El Nazareno* en sus páginas..." (115); "*Forwerts* se llama el diario retrógrado de Nueva York que se negó a editar el original del libro en cuestión" (115-116).

La inclusión de autores hispanoamericanos y brasileños que (por lo menos al parecer) no eran judíos, pero que habían empleado en su obra temas y motivos provenientes de la tradición judía, es una de las características distintivas de *Judaica*. Algunos de estos escritores demuestran una fascinación por los temas judíos tratándolos como una materia prima exótica y todavía poco explorada en la poesía hispanoamericana. Por ejemplo, Xavier Bóveda, un poeta cuya obra revela una fuerte influencia de Cansinos Assens, colaboró con poemas como "Moisés", que precisamente se dedica a Cansinos Assens. Una atracción por lo judío como una temática novedosa parece ser también el motivo detrás de "Balada de los buenos días" (No. 4 [octubre de 1933], 160-161), de Hernán Gómez.

En cambio, otros colaboradores no judíos son escritores de aguda conciencia social que manifiestan una solidaridad con el pueblo judío. Un ejemplo es Alvaro Yunque (seudónimo de Arístides Gandolfi Herrero), conocido exponente de la literatura políticamente comprometida, quien en el No. 166 (mayo de 1948), 102, colabora con el poema "La sangre de Israel". En su apoyo de la fundación del estado judío en Palestina, el poema es abiertamente político: "El árabe, sabueso de la inglesa perfidia, / encarnación el árabe del hermano de Abel, / lanza sus locas huestes, sus cohortes sedientas / de sangre, de la sangre, la sangre de Israel". Luis Vidales, que colaboró con Salomón Brainski en la traducción de sus cuentos, apunta que uno de sus motivos era "hacer con ello un homenaje, en uno de sus escritores, a un pueblo que, como el judío, forma parte de mis simpatías políticas" (No. 139 [enero de 1945], 27). Jorge Luis Borges aparece en *Judaica*, pero su colaboración no es literaria. Su ensayo "Una pedagogía del odio" (No. 47 [mayo de 1937], 200-201) es un texto escrito contra el prejuicio racial y religioso; revela muy poco de

la intricada visión imaginativa que elaboraba Borges en torno a la cultura judía.

Los intelectuales reunidos en torno a *Judaica* parecen haber hurgado en la historia de la literatura latinoamericana en busca de textos de temas pertinentes y efectivamente descubrieron algunos de autores muy conocidos. En el No. 42 (diciembre de 1936), 273-76, aparece una de las tradiciones del conocidísimo escritor peruano Ricardo Palma, "La casa de Pilatos"; en el No. 92 (febrero de 1941), 68-75, "El conejito de lana" del brasileño Monteiro Lobato, una inversión positiva del estereotipo de Shylock. Uno de los reportajes más originales y sorprendentes de *Judaica* es "Las *Melodías Hebraicas* de Rivera Indarte (un cantor de las glorias de Israel en la época de Rosas)," de Portnoy (Nos. 59-61 [mayo-julio de 1938]), 247-250. Se trata de un joven poeta unitario que además de sus versos antirrosistas compuso *Melodías Hebraicas*, "varias composiciones sencillas, de correcta versificación y que comentan episodios bíblicos bien conocidos" (248).

La obra de escritores judíos provenientes de otros países latinoamericanos aparece en *Judaica*, con mayor frecuencia con el paso de los años. El número extraordinario (julio-diciembre de 1943) que conmemora los diez años de publicación de *Judaica* incluye reportajes como "Escritores judíos de Chile", de Efraín Szmulewicz (224-229) y "Escritores judíos del Brasil" de Meyer Kutchinsky (198-205).

En los últimos años de su existencia, *Judaica* publica varios relatos breves de uno de sus descubrimientos literarios, Salomón Brainski. Lo presenta su traductor Luis Vidales, en "Un cuentista judío de Bogotá: Salomón Brainski" (No. 139 [enero de 1945], 27). La publicación de la narrativa de Brainski aumenta la proporción de autores hispanoamericanos representados en *Judaica*, sin disminuir su énfasis en la literatura ídish. Radicado en Colombia, Brainski escribe cuentos en ídish; sin embargo, colabora en la elaboración de las versiones castellanas, puesto que el traductor confiesa: "ignoro el idioma ídish en el cual han sido originalmente escritos" (27). Este narrador forma un puente entre los diversos aspectos literarios re-presentados en *Judaica*; representa de manera simultánea la literatura ídish y la nueva literatura que se está creando en castellano y en los países hispanoamericanos sobre temas de la vida judía.

En resumen, a lo largo de su existencia *Judaica* demostró cierto grado de flexibilidad en sus criterios de selección para las colaboraciones literarias. La modificación más notable fue en la estrechez con que se enfocaba la literatura escrita en ídish.

Aunque la revista nunca fue única y exclusivamente idishista en su carácter, a lo largo de los años llegó a incluir una gama cada vez más amplia de escritores provenientes de otras regiones más allá de la Europa Oriental. El aspecto en que mostró el menor grado de flexibilidad fue en la temática, que tenía que ser marcadamente judía. La innovación estructural y el vanguardismo casi no aparecen en las selecciones literarias y hay pocas referencias a estos fenómenos. Sin duda alguna: *Judaica* fue la creación de Salomón Resnick y reflejó su visión personal; efectivamente, la revista sobrevivió relativamente poco tiempo a su fundador. A pesar de su estrecha vinculación con los juicios y preferencias de Resnick, la revista tuvo una capacidad de adaptación que le permitió seguir evolucionando y atrayendo un público lector.

Austin, Texas, 1997

La figura del judío en la literatura mexicana

Eduardo Weinfeld

EL popular escritor Lin Yu Tang nos hace ver, en uno de sus libros, que el público americano y europeo no conoce para nada al pueblo chino. No ignora totalmente lo que tiene de exótico –pues desde Marco Polo, los viajeros y escritores europeos se han afanado por pintarnos una China fantástica, que le parecería no menos fabulosa a uno de sus habitantes que a nosotros mismos–, pero desconoce precisamente la vida diaria del chino, so modo de pensar, su esencia íntima.

Existe una situación muy parecida con respecto al judío en la literatura mexicana. A fuerza de subrayar lo peculiar y lo raro, el escritor pierde de vista, en nuestro caso, que es de mucho más peso lo que los hombres tenemos en común, que no lo que nos distingue a unos de otros, y que las diferencias sólo son verídicas como índices de bases iguales.

El judío, visto a través de los ojos del escritor mexicano, no es menos estrambótico que el chino. Aun conociendo los prejuicios populares, somos incapaces de reconocernos en el espejo de la literatura mexicana que, por otra parte, tampoco se ha propuesto hacer nuestro retrato. De vez en cuando tropezamos con unos personajes extraños que hacen ademanes incomprensibles y que visten un disfraz de ropajes judíos. Sus máscaras no los transforman en judíos; sólo los hacen más grotescos.

Que esto sea la situación del judío en la literatura mexicana no deja de ser sorprendente, ya que México tiene tanta tradición judía,

Publicista y escritor. Fue director de la ***Enciclopedia Judaica Castellana****, en diez tomos, que empezó a editar en México desde 1948.*

El artículo fue publicado en ***Judaica,*** No. 127, enero de 1944.

o más, como cualquier otro país de habla castellana. En el panorama de las letras hispanoamericanas, México ocupa un lugar destacado y tiene una influencia positiva en el pensamiento continental. Lo que escribe de los judíos el historiador Carlos Pereyra o el filósofo popular José Vasconcelos, es leído con atención por miles de estudiantes y de personas cultas no sólo en México sino en toda la América latina. México es uno de los centros intelectuales del continente y a este título también, su reacción frente al judío no debe despreciarse.

Podría argüirse que, si es perdonable cuando un escritor inglés se equivoca con respecto al chino, no hay motivo para echarle en cara al mexicano su ignorancia con respecto a nosotros. Efectivamente, no perderíamos muchas palabras si sólo se tratase de lo que piensan o dicen algunos autores mexicanos de cierto grupo de individuos que les son más o menos extraños. Pero el caso del judío es diferente por dos razones.

La primera de ellas es que la literatura mexicana resuena con motivos hebreos, bíblicos. Para bien o para mal, la figura del judío de la tradición católica está ligada con los descendientes vivos de los antiguos hebreos. Muchas de sus manifestaciones son bíblicas no sólo por su textura, sino también por su forma y su espíritu. Los autores de los primeros tres siglos después de la Conquista eran religiosos en su mayoría y, a veces, tenían mejores conocimientos del hebreo de los que encontramos comúnmente entre nuestros correligionarios de México hoy en día. El mexicano Fray Martín del Castillo publicó en el siglo XVII su *Arte Hebraispano*, una gramática hebrea bastante buena y en la que se hacen frecuentes alusiones a la grandeza y excelencia de la sagrada literatura hebrea, aunque se da como principal motivo de la obra "para que con mejores armas, puedan en ocasiones (los cristianos) resistir al Hereje, y convencer al Hebreo rebelde". Otra gramática hebrea se publicó en 1867 por Arango y Escandón.

Personajes judíos aparecen en la literatura mexicana desde sus albores. Los autos, especialmente los que se destinaban a los indígenas y de los que se conservan algunos en lengua náhuatl, traducidos por Del Paso y Troncoso, representan tipos judíos de una manera peculiar y contradictoria. En algunos, como en el *Sacrificio de Isaac*, aparecen altamente respetables. Allí se trata de figuras bíblicas que debían convencer a los aztecas para que abandonaran los sacrificios humanos. En cambio, en una *Destrucción de Jerusalem* sus modales se parecen tanto a los de los clérigos de la época que casi diríamos que se trata de sátiras de los santos varones. En todo caso, los autos mexicanos destinados al pueblo son muy distintos de los de Lope de Vega o Calderón de la Barca, no sólo por la calidad literaria, cuyo examen no es de nuestra incumbencia, sino por su intención. Los autos mexicanos eran piezas de propaganda religiosa y política y como tales exteriorizaban, en su trato de judíos y herejes, los puntos de vista del gobierno.

En la literatura mexicana propiamente dicha, los personajes judíos son raros y poco originales. Aunque la distancia entre el judaísmo bíblico o mitológico y los judíos de la Edad Moderna es sin duda mayor que entre judíos y mexicanos de la misma época, el autor mexicano salva este abismo sin que le cueste mayor esfuerzo imaginativo. Así, Vito Alessio Robles nos describe una fiesta de la Pascua del Cordero en tiempos coloniales más o menos como podría haberse celebrado hace 2.500 años en Palestina. Es evidente que no ha tenido noticia del *Shulján Aruj*.

Aun cuando se trata de judíos vivos, el escritor mexicano los ve a través de un cristal religioso deformante. Al mismo tiempo se halla

muy frecuentemente bajo la influencia espiritual de aquellos elementos que tan poderosamente han contribuido a la formación de la cultura judía y que se consideran por muchos como la esencia misma del judaísmo.

El autor que mejor refleja el espíritu bíblico en el siglo XVI es Hernán González de Eslava, considerado por Francisco Pimentel *(Historia Crítica de la Poesía Mexicana)*, como el mejor dramaturgo sagrado del país. Entre los poetas de parentesco espiritual judío del siglo XVII sobresale Diego José Abad, poeta inspirado en los Salmos, a quien se le ha reprochado de "presentar sus odas al Dios de los hebreos y no al Dios de la ciencia". Rodríguez Galván, uno de los primeros románticos mexicanos, revela asimismo un profundo espíritu religioso y se inspira con frecuencia en las letras hebreas.

No queremos citar aquí más que nombres que se consideran importantes en la literatura mexicana. Entre éstos figuran dos poetas bíblicos por excelencia, Carpio (1791-1860) y José Joaquín Pesado (1801-1861). Algunas de las poesías más conocidas de Carpio llevan títulos como estos: "La Pitonisa de Endor", "La Destrucción de Sodoma", "Castigo del Faraón", "El Monte Sinaí", "La Cautividad de los Judíos en Babilonia", etc. Pesado adquirió fama por su poema épico "Moisés", su "Jerusalem" y sus traducciones del Cantar de los Cantares y de los Salmos.

La inspiración bíblica le ha dado mayor profundidad a la poesía mexicana, que es esencialmente lírica. La vena hebrea está lejos de estar agotada, puesto que la hallamos en uno de los poetas contemporáneos más notables de México, en Enrique González Martínez. Su poema profético-mesiánico "El Diluvio del Fuego" (1938) puede considerarse como una joya de la literatura castellana. Su espíritu es netamente hebreo. La inefable belleza de los cantos "Conminación" y "La Tribu Inocente" no tienen par, en su género, en toda la poesía mexicana.

Cuando una cultura penetra a tal grado en la savia espiritual de una nación, no es aceptable considerar a sus representantes vivos como a un fenómeno exótico cualquiera.

Nuestra segunda razón para atribuir a la figura del judío un significado especial en la literatura mexicana, es que el judío constituye, hoy como ayer, un problema mundial, una verdadera piedra de toque para aquilatar la conciencia humana del escritor. Que este modo de ver el problema es justo, nos lo demuestra el hecho de que la reacción del escritor mexicano contemporáneo emana de la misma fuente que la de su predecesor del siglo pasado. Si se opone a la persecución antisemita, esto no se debe a ningún interés especial por los judíos. Le importa el trato que se le da al judío, su aceptación o su persecución, en calidad de símbolo y de *test* de sus propios principios que abarcan un campo mucho más vasto. Escritores de tendencias liberales, socialistas y católicas se han pronunciado en contra de la opresion del judío con timbres de gran resonancia y evidente sinceridad, no porque simpaticen con los judíos o, en rigor, para defenderlos, sino para defender a través de ellos sus propios principios amenazados.

Autores liberales del siglo pasado, como Riva Palacios o González Obregón, que han condenado la Inquisición, no lo han hecho por simpatía hacia nosotros, sino por su aversión a los sistemas clericales y por sus propios principios humanistas. Luis González Obregón no parece creer que se le hace una injusticia al judío en su caracterización absurda, sino en la persecución justificada por ella. Comparando esto con una situación moderna, diríamos que el escritor no tiene objeción contra la semblanza del judío pintada por la

mano del nazi, sino únicamente contra su persecución y su exterminio que se pretenden justificar con ella.

Una muestra típica de esta actitud la encontramos en una novela de tema judío, *El Alumbrado*, de Pablo Martínez del Río (1937). Martínez del Río trata a sus personajes judíos con simpatía. En el prólogo de su libro recomienda la tolerancia. Dice que es necesario abrir las puertas a los judíos en vez de perseguirlos y fomentar por todos los medios posibles la mezcla de sangre con la del resto del pueblo. ¿Será que el doctor Martínez del Río, antropólogo, profesor de la Universidad de México y autor de un libro de tema judío, nos considera como un elemento étnicamente valioso? No hay que precipitarse con tal juicio, pues nos explica: "Cosa curiosa: alejados de la guerra, de la vida del campo y de la vida del campo y de las faenas que desarrollan la parte física del hombre, han degenerado bastante desde el punto de vista fisiológico (!) y su estatura suele ser más baja que la normal". El profesor Martínez del Río observa que tales tendencias son destacadas por los mismos judíos y que se crea un círculo vicioso. En este caso su tolerancia es evidentemente pura bondad de corazón.

El hermanaje de la defensa de los judíos con la defensa de principios propios de distinta índole. aparece claramente en la siguiente cita de un artículo de Mauricio Magdaleno ("¿Qué es lo judío?"):

"En México, esta casta de nazis identifica con el judío a la Revolución de Independencia y a sus caudillos, a la Reforma y a sus apóstoles, Juárez a la cabeza, a la Revolución y sus líderes. Vale decir: todo lo que entraña el impulso hacia adelante, la energía creadora del país. Fue la 'judería' la que nos hizo, en la primera mitad del siglo pasado, olvidar lo propio para entregarnos a la imitación de los Estados Unidos; fue la 'judería' quien, por mano de Juárez, sacrificó a Maximiliano, que no cumplía otra misión que la de salvar de la barbarie a México; fue la 'judería', por fin, la que nos alineó codo con codo con las democracias en esta guerra que decidirá –en esto está en lo justo el nazi– los próximos mil años de la historia...".

A Mauricio Magdaleno no le interesa realmente saber qué es lo judío, sino lo que que no es. Rechaza –y con razón– la aseveración de que el movimiento progresista mexicano sea obra de judíos o de "la judería". Pero su curiosidad de novelista no lo impulsa a investigar lo que es "lo judío" en la vida real.

Tanto nuestros amigos como nuestros enemigos discuten al judío más bien a base de literatura, que no a base de realidades. No hablaremos de las lucubraciones de antisemitas profesionales o aficionados. Pero aun los escritores respetables que defienden la Inquisición o, en general, la intolerancia, como por ejemplo el historiador Icazbalceta o ciertos escritores católicos modernos, como Alfonso Junco y su círculo, son en realidad antisemitas de segunda fila. Combatiendo a los liberales e izquierdistas, a los que suponen aliados y defensores de los judíos, llegan a los ataques contra los judíos mismos.

Nuestros amigos, por otra parte, no encuentran elementos de defensa suficientes en el panadero, sastre o tendero judío con quien tropiezan a diario, pero cuya vida –y allí está la clave– es para ellos un libro cerrado. La existencia de un Einstein no desvirtúa las acusaciones que se nos hacen, ni anula la caricatura que pasa por nuestro retrato. ¿Y cuál sería nuestra "defensa" si no tuviésemos a ningún Einstein, Freud o Bergson? Probablemente estaríamos perdidos. Las obras de autores judíos como Zangwill, I. L. Peretz, Asch, Sholem Aleijem y otros, serían un sucedáneo útil, cuando un estudio directo no es posible. Pero aun este sucedáneo está casi fuera del alcance del público mexicano.

El conocido líder obrero e intelectual Vicente Lombardo Toledano resume la situación admirablemente, cuando dice (en su discurso "Judíos y Mexicanos – ¿Razas Inferiores?"):

"Particularmente en nuestra patria y en todas las demás naciones de la América Latina, las grandes masas del pueblo conciben a la raza hebrea a través de los mismos prejuicios tradicionales que el viejo Imperio Español hizo circular durante tres siglos por sus colonias de América, a los que últimamente se han añadido las calumnias y las injurias de la propaganda antisemita de los órganos de la 'quinta columna' en el Nuevo Mundo."

Aquí haremos bien en agregar que no son solamente "las grandes masas del pueblo" en México las que conciben a la raza hebrea con prejuicios heredados, sino también la gran mayoría de la flor y nata de la intelectualidad mexicana.

La literatura mexicana y, en general, la latinoamericana, es pobre en caracterizaciones individuales. Se conforma con un reducido número de tipos psicológicos. Al tratarse de judíos, estos tipos se cuajan en simples clichés, literarios, heredados en su mayoría del romanticismo francés y español. Tanto en la novela como en el drama mexicanos, la tensión no se origina en la psicología de los personajes, sino en el ambiente, en circunstancias exteriores. El motor de la acción está afuera y no adentro. De esta manera, lo accesorio y accidental se convierten en el corazón del problema.

Unas cuantas ilustraciones prácticas nos demostrarán que las fugaces apariencias del judío en la literatura mexicana se deberán a cualquier cosa, menos a la observación directa. El don de observación cesa en sus funciones cuando se trata de judíos.

Tomaremos como primer ejemplo algunas referencias de José Vasconcelos. Aunque no goza de gran prestigio en los sectores progresistas mexicanos, que lo recuerdan como jefe de los "cristeros" y, últimamente, como director de la hoja nazi *El Timón*, suprimida por el gobierno después del segundo o tercer número, Vasconcelos ocupa sin embargo un lugar destacado en la literatura mexicana y su nombre es conocido en toda la América Latina. Fue secretario de Educación, rector de la universidad y es ahora director de la Biblioteca Nacional. En todo caso, es más típicamente representativo que los extremos filo y antisemitas.

Cuéntanos Vasconcelos en *La Tormenta* que, al llegar a París, fue a la casa de un pintor judío mexicano, nacido en Tepic, de apellido Freyman. Este gozaba de la confianza de Vasconcelos, puesto que recibía en su casa la correspondencia de nuestro escritor. Una de las cartas que llegaron a la dirección de Freyman contenía una invitación de la Universidad de Puerto Rico para que Vasconcelos dictara allí, contra muy buena paga, una serie de conferencias. Sin embargo, nos cuenta Vasconcelos, él no quería interrumpir el viaje emprendido y pidió el consejo de Freyman. El pintor le aconsejó aceptar la invitación y "volver a París con dos talegas de oro".

No fue el amigo bien intencionado, sino "el judío Freyman" quien convenció a Vasconcelos a este acto sórdidamente interesado.

Para Vasconcelos, encontrarse con un judío no es lo mismo que encontrarse con cualquier otro individuo. Cuando vuelve a Europa con sus dos talegas de oro, se encuentra, en Barcelona, con "su amigo" Hardman de la Universidad de Texas. Es "judío de origen" y autonomista catalán. El movimiento catalán se le hace sospechoso por atraer a un judío.

En *Ulises Criollo*, Vasconcelos nos cuenta que, estando de aprendiz relojero en un lugar de los Estados Unidos y siendo un muchacho joven todavía, sintió el despertar de su erotismo al ver la

pierna de su patrona. Era "una pierna judía". No sabemos si la patrona era judía también, ni si esta pierna que hacía palpitar el corazón de Vasconcelos hacía juego con una "nariz judía".

En los tres ejemplos –podríamos citar muchos más– se encuentran los motivos clásicos de la caracterización judía: el interés por el dinero; la tendencia subversiva del judío y el atractivo erótico de la mujer judía. Vasconcelos está visiblemente satisfecho de poder anotar rasgos tan fieles al tipo judío universalmente reconocido. La obsesión de estos tipos es tan poderosa que Vasconcelos reconoce a Shylock en su propio compañero de estudios, Luciano Wicchers, "hijo de veracruzana y de banquero judío".

Para semejantes hallazgos no se necesita del talento de Vasconcelos. El autor de *Ulises Criollo* hubiera podido entererse en otro Ulises, de más fama –el de James Joyce–, de que existe otra técnica descriptiva para algunos tipos judíos. Sin embargo, no nos interesa particularmente Vasconcelos. También el pensamiento de Luis G. Urbina, para dar otro ejemplo, va por los rieles tradicionales. Nos cuenta en su *Estampas de Viaje* que, al caminar por Wall Street, tuvo una pueril alucinación: vio salir de una de las puertas a un judío encorvado y temblón, de barba luenga y cana, ojos de nictálope, nariz de pico de halcón. Lo reconoció inmediatamente. Era el amigo Shylock, el judío. "Iba, como siempre, en busca de la libra de carne del deudor".

Pascal, Ibsen, Alexander von Humboldt, Romain Rolland y otros autores venerados por los literatos hispanoamericanos no parecen haber hecho escuela en lo tocante a sus opiniones sobre los judíos. "Lo judío" es un tema repugnante a todas luces, hasta para los filósofos. El profesor Antonio Caso, "el Sócrates" de México, habla en su libro *La persona humana y el Estado totalitario* de varias nacionalidades, de muchos aspectos del nazismo, incluso se expresa con admiración sobre Martín Buber, pero evita con un esfuerzo casi visible el problema judío.

La tendencia pro-sefardí española, ejemplificada por Castelar, Ramón y Cajal, Ruiz Zorrilla y otros, sin duda hubiera tenido su contrapartida en México, si la literatura mexicana –y la hispanoamericana en general–, no hubiese caído bajo la influencia del esteticismo dulzón de Rubén Darío que le tenía horror a la vida real, a todo lo que no fuera azul y seda, fuente cristalina y aristocrático corcel. Con asco invencible versificaba sobre "millones de circuncisos – y idolor, dolor, dolor!" en Nueva York. Los "modernistas" mexicanos Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo y los demás casi no mencionan al judío, que no tiene nada de azul y seda, a pesar de que estos poetas han tenido contactos con judíos no sólo en la literatura, sino ocasionalmente también en la vida real.

La figura del judío, tal como se reproduce en la retina mexicana, se reconstruye mejor con las referencias fugaces en obras de carácter general. Si desdeñamos el recoger las producciones de Castro, doctor Atl, doctor Theyssier y congéneres del basurero literario, encontraremos muy pocos libros de tema judío. Leer los pocos que existen es, sin embargo, instructivo.

Un ejemplo clásico de la reacción del liberalismo mexicano del siglo XIX frente al problema judío, lo constituye la novela *La hija del judío* de Justo Sierra, padre (1814-1861). Por tratarse de una obra que se considera como una joya de la literatura mexicana, haremos una breve reseña y examinaremos el concepto que merece el judío en ella.

La novela nos pinta las terribles condiciones en que se hallaba la provincia de Yucatán durante el siglo XVII, cuando el país estaba

explotado por voraces gobernadores españoles y los no menos voraces clérigos de la Inquisición. Las corporaciones de las tres principales ciudades de la provincia formaron una secreta "Hermandad" con objeto de combatir la tiranía de los gobernadores. Cuando el conde de Peñalva fue nombrado gobernador de Yucatán, la "Hermandad" envió al caballero portugués Felipe Alvarez de Monsreal para protestar, en nombre de las corporaciones, ante el virrey contra tal nombramiento. Peñalva trata de asesinar al enviado y éste, herido, regresa antes de poder cumplir con su misión. En Mérida lo acusan de judío y lo encierran en las cárceles de la Inquisición, mientras que su mujer muere en la miseria al dar la vida a una hija. La persecución de la niña es la intriga central de esta novela de 700 páginas.

El hijo de uno de los jefes de la "Hermandad", Luis de Zubirria, se enamora de la muchacha, sin saber que es hija de Felipe de Monsreal. Los jesuitas que educan al joven Luis tratan de aprovecharse de la pasión del muchacho para sus propios fines y, en una conversación interesante para nosotros, tratan de hacerle saber la verdad. El profesor jesuita cuenta la historia de don Felipe a su discípulo y éste comenta:

"–¿Sabe Vd., padre mío, que el tal D. Felipe va granjeándose todas mis simpatía? –murmuró don Luis.

–Y ¿por qué no? –replicó el jesuita–. Era un caballero muy leal y cumplido... Sólo sí, que era judío, según dicen.

–¡Ah! Me pesa en el alma. ¡Cuánto mejor hubiera sido que fuese un cristiano viejo y sin tacha!

–Nadie ciertamente pensó en ello, sino más tarde.

–¡Que desgracia!

–Sí, hijo mío; es una estupenda desgracia, porque... ya ves... un judío, al fin es un judío.

–¡Ya!

–Y un judío es la peste de sociedad.

–Ciertamente.

–Y no tiene perdón de nadie.

–Es verdad.

–Y debe ser odiado y rechazado por todos.

–Así me lo han enseñado.

–Y con él no hay indulgencia no conmiseración.

–Sin duda.

–Y aunque sea un honesto ciudadano, de costumbres rígidas, celoso del cumplimiento de sus deberes públicos y privados, útil a sus semejantes... En suma, aunque sea un hombre cabal y cumplido... debe rechazársele, evitarse su contacto y andar de él tan lejos como sea posible.

–Tal es la doctrina que he recibido en la casa profesa de San Javier –repuso con cierto acento de ironía don Luis.

–Y tal es –observó el jesuita– la doctrina ortodoxa".

El jesuita del diálogo es un carácter simpático y le quiere enseñar a Luis que la manera común de juzgar a los judíos es absurda. Sin embargo, Luis no saca estas conclusiones para su propio caso y, cuando se entera de que su novia es la hija de un judío, se desmaya. La actitud de su padre es todavía más patética cuando recibe la noticia tremebunda:

"–¡Oh, qué horror! –exclamó el caballero con un acento de ira tan reconcentrada, que habría sobrecogido a otro que no fuese el prepósito, tan dueño siempre de sí mismo.

–Como quiera –continuó éste–; así ha pasado el suceso, y la pasión, lejos de haber disminuido, hoy está más viva que nunca. Es preciso realizar cuanto antes este matrimonio.

–¡Imposible! Prefiero ver a mi hijo pendiente de la horca".

El final de la novela es de una ironía perfecta. La "hija del judío", después de todas las tribulaciones, resulta ser cristiana vieja. En cambio, Luis mismo tiene sangre judía.

En esta novela, como en todo lo demás escrito en la época por los correligionarios de Justo Sierra, no se trata de entender y reflejar al judío, sino de utilizarlo como medio artístico para que de relieve o sirva de fondo a la tendencia del escritor. La lucha contra el prejuicio antisemita es incidental.

Debido al interés por los judíos, despertado con el estudio de los Archivos de la Inquisición de México, especialmente el caso de los Carvajal, podríamos suponer que el judaísmo no debería ser totalmente desconocido por los autores mexicanos modernos que se han especializado precisamente en este aspecto de la historia de la Nueva España. Sin embargo; difícilmente se encontrará una descripción de costumbres judías más fantástica en la literatura universal que la bien intencionada novela de Julio Jiménez Rueda, *Moisés*, publicada en 1924.

En esta novela, cuya trama se desarrolla en tiempos de la Inquisición, aparecen los personajes tradicionales judíos de la literatura española. Empieza con la descripción del consabido viejo mercader judío, el Maese Rodrigo, hombre rico, avaro y fanáticamente religioso, que no cederá un ápice de su fe bajo los más terribles tormentos. Maese Rodrigo es viudo. Pese a su ortodoxia, y sin que esto suscite ningún conflicto interno o externo en la novela, este judío piadoso tiene amores con la prostituta Mencía, "amiga del alma del maese Rodrigo", judía también. Maese Rodrigo tiene, claro está, una bella hija que no tarda en tener amores con un joven cristiano. (Sería de una originalidad refrescante que la bella judía quedase enamorada, por improbable que esto sea, de un judío. Pero esta idea no parece habérsele ocurrido a ningún autor).

Los judíos se reunen en la sinagoga oculta y juegan a los naipes. Cuando llega la víspera de los grandes ayunos, "el de la reina Esther o el del Perdón" (confusión de Purim y de Yom Kipur), los judíos rezan frente a "un Moisés bordado en guadamecí" (¡una imagen en la sinagoga!). En la Pascua, "día de penitencia y de ayuno", los judíos "desgarrábanse las carnes con cilicios y disciplinas".

La historia empieza a complicarse cuando la abuela sueña que el Mesías nacerá en México, por supuesto como hijo de una doncella, y la buena nueva viaja rápidamente hasta los confines de la Nueva España. Entonces suceden cosas curiosas. Para averiguar qué doncella será la madre del Mesías (los judíos que esperan desde tanto tiempo su llegada, tienen una curiosidad comprensible de enterarse de esto lo más pronto posible) es necesario "circuncidar" a las muchachas de la congregación. Esta operación se lleva a cabo arrancándole un trocito de carne al hombro derecho de todas las jóvenes judías y a la que no le sangre la herida, será la madre del Mesías. Las muchachas son desnudadas ante los ojos de la congregación, incluso azotadas y corren los chorros de sangre...

¡Que nos baste con esto! El Dr. Julio Jiménez Rueda, autor de esta novela, actualmente director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México, profesor de la Universidad de Texas, ilustre académico y director del Archivo Nacional, no es un antisemita. Y aunque el hombre que escribió la novela no es el personaje de hoy, tampoco es permitida la suposición de que se trata de un ignorante. Preguntéle pues al Dr. Jiménez Rueda: "Doctor, ¿de dónde sacó usted las costumbres que describe en su *Moisés*?". Me contestó que todo lo que había descrito se basaba en los testimonios de

judíos acusados por la Inquisición y en las obras de Zangwill y de Fleg.

¿Y cuál era la impresión que produjo esta novela en el culto público mexicano? Séanos permitido citar un párrafo del prólogo a *Moisés* escrito por el Lic. Antonio Caso, profesor de la Univesidad de México al que ya habíamos mencionado anteriormente:

"Don Julio Jiménez Rueda, autor dramático ventajosamente estimado en nuestra exigua república literaria, acaba de enriquecer su ya brillante producción, con un nuevo drama novelístico o novela dramática rotulada *Moisés*, que es el primer ensayo de este linaje que aparece en México. Novela rápida, pintoresca, conmovedora, escrita con ingenio y donaire; tan digna de acatamiento por su intención humanísima como acreedora al aplauso por su cuidadosa y ceñida expresión. Obra de arte, en suma, que tanto triunfa en lo moral como en lo estético, y que, al calor de los sentimientos cristianos exhibe con desenfado y gallardía, aspectos esotéricos de nuestro coloniaje, perdidos en rancios procesos, que duermen el apacible sueño de las crónicas en los anaqueles de los archivos nacionales. ¡Crónicas más verídicas en la intuición y fantasía de los artistas que en la descarnada realidad difunta, ha siglos, deshecha con el implacable y vertiginoso correr de los años!".

Si esta es la opinión de los profesores, ¿cuál no será la de los alumnos y de los que se confiesan ignorantes de la materia? Las patrañas y estupideces acerca de los judíos tienen la vida tan dura que penetran, a veces, hasta en la historiografía judía. ¿Y qué mejor prueba se requiere, cuando los mismos judíos lo cuentan? González Obregón refiere en su libro *Las calles de México*, la historia del judío Tomás Treviño y Sobremonte. Este judío no desea ser "reconciliado" y prefiere morir por su religión como mártir auténtico. La leyenda, odiosa hasta para el mártir, lo convierte sin embargo en farsante. Cuando lo amarran al poste de la hoguera, exclama, según González Obregón: "Echen más leña, que mi dinero me cuesta". El chiste no sería malo, si no fuera tan estúpido. Sin embargo, parece tan acorde con la obsesión del dinero del judío que no sólo Jiménez Rueda no puede resistir a la tentación de poner estas palabras en boca del Maese Rodrigo, sino que el historiador judío Cecil Roth lo refiere en su libro *Historia de los Marranos* como un hecho auténtico.

Si queremos sacar una conclusión práctica de nuestro breve examen de la literatura mexicana, tendremos que convencernos de que es mucho menos urgente el invitar a intelectuales mexicanos con el obvio deseo de oírlos cantar nuestras alabanzas y regalarnos con piadosas mentiras, que el hacer lo que esté en nuestro poder para que los intelectuales mexicanos nos conozcan realmente. Los documentos de su propia literatura son más fehacientes para el pueblo mexicano que todo lo que digamos nosotros mismos y lo que nos cuenten en círculos íntimos. Por esto es necesario y útil para todos que se desvanezcan las ideas absurdas acerca de los judíos, que tienen la tendencia de eternizarse por medio de la literatura.

judaica

publicación mensual

director: salomón resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 034.065

Año VII Buenos Aires, Abril de 1940 Nº 82

El Deber del Momento

Día a día se torna más trágica la situación de Europa en general y de los judíos en particular. Ante el empuje de la fuerza bruta van cayendo los últimos baluartes de la democracia y una atmósfera de impotencia y de barbarie empieza a regir allí donde antes flameaba el estandarte de la libertad. No sabemos cuánto tiempo durará este estado retrógrado, que esperamos sea transitorio. Entretanto, empero, junto con la ayuda material y moral que debemos otorgar con mano generosa a nuestros desdichados hermanos del viejo continente, es hora ya que empecemos a preocuparnos seriamente de nuestra propia situación en los países americanos. También aquí las cosas no andan como debieran andar. La ponzoña nazi se ha infiltrado profundamente y amenaza por igual a todos los pueblos americanos. Por suerte, los tentáculos del mal han quedado al descubierto y han inducido a nuestros gobernantes a tomar medidas para destruirlo antes de que sea demasiado tarde. Lo que se ha revelado en Brasil, primeramente, y en el Uruguay, luego, y lo que no ha sido revelado en otros países, pero que es voz corriente que existe, ha servido para sacar de su modorra a los confiados habitantes de este continente. Y junto con ellos, los judíos de América deben preocuparse también seriamente de la amenaza que se cierne sobre estas latitudes.

Como miembros de la colectividad americana, como demócratas fervientes, como hombres apegados definitivamente a los respectivos suelos americanos en que moran, los judíos están, naturalmente, dispuestos a defender por todos los medios las instituciones liberales en cuyo seno se desenvuelven. Estas instituciones, al amparo de las cuales han hallado paz y libertad, son la garantía de su existencia, y esta garantía habrá que defenderla valientemente contra todas las agresiones exteriores.

Pero al lado de esta obra común a todos los habitantes del continente americano, tienen los núcleos judíos un deber más que cumplir.

Ellos están obligados, además de sus deberes ciudadanos, a preocuparse también por la conservación o desarrollo de los valores culturales judíos que han desaparecido ahora del escenario de Europa, ante el ataque brutal de la violencia desenfrenada. Antes, cuando existía en Europa un poderoso contingente judío que iba desenvolviendo, en veinte formas distintas, el arcaico caudal de la cultura judía, el aporte americano a este proceso histórico era secundario. Hoy, sucumbido momentáneamente aquel floreciente centro, recae sobre los judíos americanos el deber sagrado de continuar aquella obra secular. No estamos en condiciones aun, es verdad, de equipararnos, en este terreno, con lo hecho en Europa hasta ahora; aquello fué un proceso de milenios, y la vida judía americana apenas pasa de medio siglo, en el sentido colectivo. Pero si no estamos preparados para proseguir aquella labor, empeñémonos, por lo menos, en conservar sus rastros, en mantener su brillo en medio de estos días sombríos. Acostumbrémonos a la idea de que el judaísmo americano está llamado a recibir una heredad espiritual grandiosa, aunque más no fuera que para resguardarla físicamente de la extinción. Tal vez lleguen algún día elementos capaces de continuarla en estas tierras; tal vez Europa misma vuelva a retomar algún día cercano el hilo de su tejido magnífico. Mientras tanto, empero, plantémonos la obligación de velar celosamente por la conservación de la cultura judía, en la medida en que nuestros medios nos lo permitan.

Este deber es, en los momentos actuales, un deber sagrado. Debe ocupar el sitio de otras actividades, menos fundamentales, que insumen grandes energías colectivas. No basta con ayudar a los judíos europeos con un mendrugo de pan. Hay que salvaguardar al mismo tiempo los valores espirituales que ellos han producido; es menester conservar vivo ese espíritu, que es la fuerza esencial que alienta a nuestro pueblo a través de su dolorosa historia.

judaica

publicación mensual

director: salomón resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 034.065

Año VIII | Buenos Aires, Julio de 1940 | Nº 85

El deber de los judíos argentinos

LA extensión cada vez mayor de la guerra plantea un serio problema para los judíos de América en lo que respecta a la persistencia de los valores básicos del judaísmo. En el momento actual, desgraciadamente, el núcleo de Europa se encuentra en una situación tan catastrófica que equivale a la ruina. Esta situación afecta a más de la tercera parte del judaísmo mundial. De los grupos judíos importantes que están fuera de la órbita nefasta del nazismo puede contarse, en estos momentos, a los de los E. Unidos, Palestina, América del Sur, Rusia, Australia y alguno que otro país europeo. En todo el resto de Europa, la garra nazi los tiene metidos en un puño, directamente o por reflejo.

Si se ha de juzgar al hitlerismo por su obra destructiva, no hay duda que uno de sus grandes éxitos ha sido el de arruinar a los judíos de Europa. Ese fué uno de sus propósitos, y por tratarse de una presa fácil, inerme, su derrumbe no tardó en producirse; otros pueblos, más preparados para la defensa, han sucumbido en un plazo menos largo. Antes, los judíos eran los únicos que vagaban por el mundo, ante el silencio vergonzoso de las naciones. Nadie intentó siquiera alzar su voz contra las persecuciones de que eran objeto desde que el nazismo tomó el poder en sus manos. Fueron desplazados lentamente de sus posiciones económicas, sociales e intelectuales, privados de sus bienes, de sus derechos, de su libertad, sin que el mundo se diera por enterado de este saqueo sin precedentes. Ahora, buena parte de la humanidad va sintiendo en carne propia los horrores del hitlerismo, y otra parte, atemorizada ante el azote infernal, se va preparando para hacerle frente.

La suerte de los judíos europeos ya no queda aislada; está íntimamente ligada a la de otros núcleos humanos que tienen fe en la libertad.

El porvenir inmediato del pueblo judío depende, por lo tanto, del destino de las naciones que son o quieren ser libres. "Mal de muchos, medio consuelo", dice un refrán hebreo. Y este es, por el momento, el consuelo que le queda a Israel en uno de los trances más trágicos de su historia.

Tal como están ahora las cosas, la responsabilidad mayor de la conservación del judaísmo recae sobre las colectividades diseminadas por los diversos países americanos. Porque descartando a Palestina, cuyo centro judío se está plasmando de acuerdo con su ritmo propio, y a Rusia, que está aislada del resto del mundo, son los Estados Unidos, principalmente, y los países de la América del Sur, en segundo término, los que deben afrontar aquella responsabilidad. Naturalmente, los Estados Unidos se hallan mucho más capacitados que las repúblicas sudamericanas para tal obra. No sólo por su densa población judía y por sus vastas posibilidades económicas, sino también porque allí se han concentrado los más altos valores de nuestra intelectualidad. Los núcleos judíos de los países sudamericanos, más jóvenes, dotados de menos recursos, ocupan, en el terreno de la cultura, un lugar secundario. Pero esto no es un motivo para que se muestren indiferentes. No se improvisan los valores espirituales, ni se forma de la noche a la mañana una atmósfera adecuada. Es menester cultivarlos pacientemente, preparar el terreno para su fecundación.

En lo que a la Argentina se refiere, la colonia israelita tiene ya una existencia de medio siglo. Este arraigo debe empezar a producir sus frutos. No basta con las obras sociales de todo orden que hemos creado; al lado de ellas hay que afianzar la cultura judía, sin la cual todas las instituciones que poseemos carecerán de valor. Los judíos americanos, en vez de sentirse invadidos por el desánimo ante lo que ocurre en el Viejo Mundo y en lugar de cultivar únicamente la filantropía, están obligados a emprender trabajos efectivos de índole cultural. Tenemos ya, es verdad, numerosas instituciones de este tipo, pero la mayoría de ellas, si no todas, llevan una vida lánguida, sin mayores alcances. Nuestras entidades culturales de la capital, por ejemplo, que son las más activas, se reducen a organizar actos aislados, lecturas o comentarios matizados con un vaso de té, o viceversa. Es decir, se limitan al esparcimiento. Y por añadidura, no faltan las discordias estériles. Falta, empero, la labor fecunda, estimulante, el acicate que oriente los valores que ya tenemos y que haga surgir otros nuevos.

Tengamos presente, además, que dentro del cuadro de los países americanos, excepción hecha de los Estados Unidos, es la Argentina la que marcha a la vanguardia. Si nosotros trabajamos, los correligionarios del resto de América se sentirán inducidos a imitarnos; si somos negligentes, ellos caerán en la modorra. De ahí que a los judíos argentinos les incumbe un papel preponderante, superior tal vez a sus fuerzas del momento, pero un papel honroso, irrenunciable. La historia nos impone este deber, el de intensificar nuestra cultura, en bien nuestro y de las colectividades que nos rodean.

Judeoamérica

Aarón Spivak

Los años de aparición de la revista ***Judaica*** *(1933-1946) coincidieron exactamente con el ascenso, triunfo y derrota del nazismo en Europa y su repercusión en América Latina. Reproducimos fragmentos de una provocativa réplica apologética de Aarón Spivak para responder al integrismo nacionalista hispano-americano de aquellos años, y publicado en* ***Judaica*** *51-53 (1937) dedicado a "Los judíos de la América Latina".*

¿POR qué Judeoamérica? Con decir América basta, o sí se quiere, América Latina o Iberoamérica o América Católica, Apostólica, Romana. Todas son uno y el mismo continente, poblado por una y la misma raza. ¿Qué exageramos? ¿Que en nuestro afán de "épater le bourgeois" no se nos ha ocurrido paradoja mejor? Nada de eso. Judeoamérica es un ripio, un pleonasmo. Proposición ésta clara, sencilla, evidente. A explicar lo evidente tienden las presentes líneas. Deseamos explicar lo meridiano, revelar lo que los ojos conocen en sus menores detalles, decir a los hombres –como quien descubre América–: tenéis nariz, orejas, manos.

Nada nos es más desconocido que lo familiar. Un viaje por el propio cuarto puede ser una aventura cargada de sorpresas que no ofrece una cacería de leones en el Congo. Nuestro deber de americanos es hoy redescubrir América. El ripio, que se ha vuelto necesario, tiene que retornar a su condición de ripio. El pleonasmo, más lleno ya de metáforas inesperadas que una estrofa de Mallarmé, pide a gritos se le restituya su impersonal personalidad.

Mas para ir de América a América hay que pasar por Judea. No decimos que América debe ser forzosamente de los judíos. No sabemos si lo será. Decimos tan sólo que América es judía, que Judeo-américa es el término exacto, el verdadero nombre del continente.

.....

Inquisición

El proceso de historificación es siempre el mismo: un tres por ciento de judíos opera sobre un noventa y siete por ciento de gentiles,[1] los modifica, es absorbido por ellos, y cuando está por desaparecer, sustitúyelo un nuevo aflujo de judíos, que se produce con la fatalidad de un fenómeno cósmico. En España el proceso fue radicalmente diverso.[2] Lo judío no podía operar sobre lo no judío que,

Ensayista argentino y colaborador permanente de ***Judaica*** *desde el primer número, autor de textos polémicos y provocadores en los años de ascenso del nazismo europeo y del nacionalismo antisemita en América Latina: "Abraham Hitler, el gorrero" (****Judaica*** *41, 1936); "Una vieja y peligrosa reacción" (****Judaica*** *48, 1937); "La patricia" (****Judaica*** *50, 1937).*

o no existía o era deleznable. Tenía, pues, que operar sobre sí mismo e historificarse por autosugestión. La unidad nacional-religiosa española no fue, al igual que la unidad nacional-religiosa del rey David, más que un caso de autosugestión colectiva. La vasta España judía cubrióse, como el encantador del cuento, con una capa mágica sobre la cual estaba escrito: "Iglesia", y se creyó desjudaizada; pero las capas mágicas existen sólo en las narraciones para niños. Las capas reales dejan pasar la cabeza y las extremidades, y cuando se apolillan al cabo de algunos años, *cáense hechas pedazos y dejan todo el* cuerpo al descubierto.

Al publicarse el edicto de expulsión, una minoría de judíos tomó el camino del destierro, pero la mayoría prefirió convertirse.[3] Muchedumbres de judíos agolpáronse a las puertas de las iglesias, para recibir el bautismo.[4] Hubo curas, faltos de suficiente agua bendita, que convertían "en serie" a las multitudes aglomeradas frente a los atrios, echando al azar algunas gotas, que caían sobre una que otra cabeza privilegiada. Los judíos así convertidos retornaban a sus hogares tan en ayunas acerca de las verdades del cristianismo cual lo estuvieran antes. Seguían viviendo como judíos, cumpliendo las tradiciones judías –no conocían otras– y trasmitiéndolas a sus hijos. No alcanzaban eclesiásticos para catequizar a los dos millones de judíos de que habla Llorente, a menos de que se hubiera recurrido a los buenos oficios de rabinos y muftíes.[5] Era más probable que su judaísmo fresco, vivo, exacerbado por las persecuciones influyese sobre el millón de neocristianos de conversión dudosa o forzada o –por la ley del mayor número– sobre los cristianos viejos con quienes tenían relaciones de parentesco, que a la inversa.[6] La unidad étnica de España realizada por Fernando e Isabel no pasaba, pues, de ser un mito. Era una de las tantas mentiras de la historia, falsificada en provecho de minorías hambrientas de poder (en este caso la orden de los domínicos, concesionaria de la Inquisición, uno de los negocios más brillantes de la Iglesia romana).

El Santo Oficio fue creado a fin de mantener la ficción de una unidad inexistente.[7] La Inquisición tuvo un doble cometido: defender a los conversos sinceros de los falsos conversos –con lo que se construía la unidad nacional española–, y defender al marrano perfecto del marrano que no sabía fingir con arte, con lo que se destruía la unidad nacional y se creaban conciencias de doble fondo, desdoblamientos armoniosos de la personalidad, que escapaban al ojo más avizor. La pretendida unidad étnico-religiosa se basaba, por un lado, en el fuego y el tormento y, por el otro, en el arte de fingir perfeccionado hasta el absurdo. El terror formó una población mojigata, farisaica, incapaz de una iniciativa, de un acto de arrojo o de heroísmo; el fingimiento, una población anticlerical, atea, anárquica, motinera.

Judeoespaña y Santo Oficio explican la antinomia del carácter español y la rápida decadencia y apolillamiento del país. Antinomia y decadencia que han llevado a la guerra civil de estos días y a la intervención de las huestes romanas y bárbaras realizada al amparo de la bandera de Franco, el semita traidor a su raza. ¿Será España una colonia del fascio? En ese caso correrá la suerte de Tierra Santa después de la destrucción del Segundo Templo. Conocerá quizá una prosperidad material, un orden y una limpieza que ha ignorado hasta hoy, pero no sería extraño que se despoblara lentamente de españoles –o sea de semitas–, los cuales se desparramarían por el mundo como nuevos judíos errantes. Con ellos iríase Cristo a deambular por los ghettos, expulsado por la cruz gamada de Hitler.

La Inquisición en América

¿Por qué no creó el choque de las masas aborígenes con los conquistadores y colonos judeoespañoles y judeoportugueses una nueva civilización americana? Echemos una ojeada al mapa de la Latinoamérica de hoy, cuatrocientos cuarenta y cinco años después del descubrimiento, y veremos países en que la cultura europea ha sido trasplantada con más o menos éxito, como la Argentina; algunos en que el trasplante ha sido feliz sólo en ciertas ciudades o regiones del litoral, como el Brasil; otros en que el árbol raquítico de un europeísmo sin savia se agosta en medio de una profunda vegetación indígena chata, encogida, como las repúblicas del Pacífico. Los países europeos de América sufren en plena juventud todos los males seniles de las culturas del Viejo Continente, mientras que en las repúblicas indo y afroamericanas adivínase que al primer viento de fronda que enderece la aplastada vegetación aborigen, desaparecerá sin dejar rastros la enclenque planta de la civilización europea. De un lado historia descentrada; del otro, infrahistoria que aguarda su hora.

El desarrollo histórico de América (y el de España) exigía que se constituyese un imperio político-militar bajo la hegemonía ibérica, lo que habría resuelto a la vez dos problemas: dado al fermento judeoespañol una materia histórica sobre la cual obrar, poniendo fin al peligroso espejismo de la seudohistorificación, y hecho posible el libre juego de fuerzas históricas en el continente americano y la fecundación de las culturas aborígenes.

El error fue constituir, no un imperio político-militar, como habría hecho Cartago la hebrea, sino un imperio teocrático, como hubiese hecho la Judea salomónica. La colonización española se propuso formar islas religiosas en un mar pagano, al igual que las migraciones y colonizaciones palestinenses en el desierto de Africa, Abisinia y sur de Arabia. En Méjico, Perú, Colombia y el Plata debían constituirse ghettos judeocatólicos, como los ghettos judeomosaicos del Yemen y Etiopía. La autosugestión era tan poderosa que absorbió a la realidad. La seudohistoria se tragó a la historia.

Santo Oficio llamóse el instrumento de la autosugestión que consumó la ruina de los países ibéricos y sofocó el proceso histórico americano. El Santo Oficio quiso crear en España y Portugal una ilusión de historia, encadenando el fermento judío a la Iglesia, y matar –al mismo tiempo– en germen la historia de América, impidiendo el contacto vivo, de cultura, entre las poblaciones aborígenes y los colonos y conquistadores. La Inquisición de América perseguía a los judaizantes y la Iglesia catequizaba indios. El imperio jesuítico del Paraguay y Corrientes comprobó la ineficacia de la catequización. Suprimidas las misiones y desaparecida la presión de la Iglesia, los guaraníes retornaron a las selvas. Siglo y medio de experimento religioso no había logrado historificarlos. El catolicismo de las órdenes monásticas y del Santo Oficio convirtióse, al ser trasplantado a territorio americano, en fuerza antihistórica.

Dos Iglesias

Dos formas de catolicismo trabáronse en lucha en América: el catolicismo históricamente fecundo de los marranos, que quería convertir a la Iglesia en una prolongación de la sinagoga, "sinagoguizarla" infiltrándole su espíritu, y trataba de comprender al indio

y civilizarlo por el contacto vivo y la existencia en común, y el catolicismo antimarránico, antihistórico, intolerante, de las misiones y autos de fe.

El conquistador Hernando Alonso, compañero de Cortés y herrero de profesión, que remachó los clavos de los bergantines con que se reconquistara a México después de la Noche Triste –judío que hizo, pues, historia–, fue la primera víctima del Santo Oficio mexicano – con lo que tornó a hacer historia. Quemáronlo vivo en 1528 porque había prohibido a su mujer –de acuerdo a la costumbre judía– concurrir a misa estando impura. La hoguera de Alonso señala el comienzo de la lucha entre los dos catolicismos. El anciano conquistador consideraba a la iglesia tan santa como la sinagoga y exigía de su mujer que la respetase como toda judía devota respeta la casa de Jehová. La presión imponderable de miles de Alonsos anónimos que no terminaron en la hoguera y el hecho de que buena parte de los eclesiásticos eran marranos imprimió a la Iglesia un tinte netamente judío.[8] Las parroquias encarnaban el seudo catolicismo de los "cristianos nuevos", el Santo Oficio y las órdenes el catolicismo internacional de los Papas y los concilios.

Lucas Ayarragaray relata en *La Iglesia en América y la dominación española* muchas costumbres que a él, falto tal vez de conocimientos del judaísmo, le parecen raras o curiosas, pero que para el lector judío han de constituir una verdadera revelación.

"Los maestros de escuela" dice "debían ser cristianos viejos... El método del canturreo, vale decir, el recitado en coro, en boga en la didáctica de Roma imperial, y si bien recuerdo, criticado por Juvenal, debía suprimirse, 'pues alborotan e incomodan la vecindad'". Verdaderamente, no hay que remontarse a Roma, para buscar el origen del método. El canturreo, que se emplea aún en todas las academias talmúdicas, era practicado en las escuelas judías de España. Nada más natural que los maestros de América, cristianos nuevos en su mayoría, lo utilizasen en las clases de catecismo. No conocían otro sistema de enseñanza.

Ayarragaray escribe: "Naturalmente, en la iglesia existía un lugar circundado por balaustradas, para las mujeres, mientras el resto de las naves estaba ocupado por bancos destinados a los hombres. Esta separación de sexos perdura aún en muchas iglesias de América". La "balaustrada" y la "separación de sexos" son característicos de la sinagoga. ¿Quién los introdujo en América? ¿Los curas judaizantes o los devotos marranos? Quizá lo hayan introducido laicos y eclesiásticos de común acuerdo.

"En medio de esas costumbres bíblicas" continúa Ayarragaray, "la hospitalidad casi constituía un rito... Mi tía abuela materna, doña Luisa Basavilbaso, oriunda de Santa Fe,[9] de antigua familia criolla... se sentaba en el templo, de piernas cruzadas, como las mujeres árabes. Generalmente, los viernes, en recordación de la muerte de Jesucristo, hacía servir comida a los pordioseros". La costumbre de repartir comida a los pordioseros los viernes es judía y la practican los judíos devotos en todos los países del mundo. Es lógico que, para disimular, los marranos fingiesen hacerlo en recuerdo de la muerte de Cristo.

La irreligiosidad actual de las poblaciones latinoamericanas tiene su origen en la colonia. Marrano que concurría a la iglesia esforzábase por convertirla en sinagoga, pero era mayor la cantidad de criptojudíos que trataba de librarse de la obligación de oír misa. "Los más mundanos y presuntuosos" refiere Ayarragaray "...elegían, precisamente, los días de fiesta para afeitarse,

impidiendo de tal manera que los barberos pudieran asistir a las ceremonias religiosas". La medicina es una vieja profesión judía. No es de extrañar, pues, que médicos y barberos –o sangradores– de la colonia fuesen judíos. Judío era el cirujano Marcos que acompañó a Colón en su primer viaje. Judío el primer médico de Cartagena. Judíos portugueses los primeros médicos de Buenos Aires.[10] Nada más propio que el barbero –un marrano– afeitase en días de fiesta, para no ir a misa, y que su clientela marrana se acordara de embellecerse precisamente los domingos. Un judío ayudaba a otro judío a engañar a la Iglesia. "Entonces" continúa Ayarragaray "algunos concilios provinciales de América tomaron sobre sí la grave tarea de extirpar tales abusos y, en consecuencia, se dictaron disposiciones para que esos detalles del tocado personal se ejercitaran en los días ordinarios o en vísperas de fiesta. Y semejantes disposiciones alcanzaron también a los médicos, a quienes se prevenía que no condesciendan con sus enfermos en que no oigan misa en los días de precepto, porque los hacen pecar mortalmente y si eso ordenan, que sea sólo por causa grave, y que no den tampoco medicina que impida la misma, y que eso lo dejen para los días ordinarios". Los judíos de la colonia habían descubierto para el aceite de ricino un uso que Mussolini no ha sospechado: ¡se hacían purgar los sábados, para no tener que concurrir los domingos a la Iglesia! No dejaba de ser un heroísmo, tratándose de gente que era dueña a lo mejor de excelente estómago. Los médicos –judíos como ellos– los ayudaban a engañar a los curas – que, probablemente, eran también judíos. Cirujanos, barberos y curas han sido, pues, beneméritos del judaísmo en América. Nuestros fascistas criollos –descendientes de sefardíes conversos– deben renunciar, aunque tanto lo estimen, al aceite de ricino, que tiene desde la colonia marcado olor a sinagoga.

La obligación de no trabajar en los días de precepto está incluida en la Ley mosaica. El domingo cristiano se diferencia del sábado hebreo –entre otras cosas– en que no comporta descanso. El descanso dominical forzoso ha sido impuesto en los estados cristianos del mundo, en tiempos recientes, por la ley civil, a consecuencia de prolongadas agitaciones sociales. En cambio en América, dice Ayarragaray, "se permitía trabajar en algunas (fiestas), pero sólo después de oír misa", lo que quere decir que en las más no se trabajaba, de acuerdo a la costumbre judía.

La influencia del judaísmo dejábase sentir en todos los aspectos de la vida de la colonia, inclusive en la vida eclesiástica. Las iglesias judaizaban, y si no hubiese sido por el Santo Oficio, toda la América Latina sería hoy "cristiana nueva". Frente a la Iglesia popular, criolla, de manifiestas inclinaciones sinagogales, alzábase la Iglesia romana, extranjera, codiciosa de dinero y de poder. En los primeros veinte años después de su establecimiento en Lima, la Inquisición condenó a no menos de 342 judíos.[11] La historia de la América colonial es, si se mira bien, la historia de la lucha entre judaísmo y antijudaísmo.

Los mártires de la historificación de América

La Iglesia criolla, o sea la Sinagoga, y el Santo Oficio, o sea la Iglesia católica romana, dispútanse desde hace cuatro siglos el alma de América. Son dos fuerzas, una histórica, que quiere adueñarse del alma continental para su bien, y otra antihistórica, que desea poseerla para su mal. La primera víctima de la Inquisición en el

Nuevo Mundo fue, en realidad, el primer mártir de la causa americana. La lucha por la independencia de estos países, o sea la lucha por su desarrollo histórico libre de trabas, empezó el día en que el primer inquisidor pisó nuestras playas. La realización completa de los destinos americanos dependía, no sólo del contacto inmediato entre el fermento judeoespañol o judeoportugués y las poblaciones aborígenes, sino de la creación de reservas permanentes de judaísmo, en forma de congregaciones judías públicas o secretas, que mantuviesen viva y pura la llama de la inquietud espiritual, de la tolerancia, del liberalismo y de la sed de justicia judíos.

Congregaciones hebreas constituyéronse en los virreinatos de México y Perú, las capitanías generales de Nueva Granada y Chile y la gobernación del Río de la Plata. Se mantenían en estrecho contacto mutuo, a pesar de las grandes distancias, y sostenían relaciones epistorales continuas con las juderías europeas. Sendos incidentes y procesos incoados por la Inquisición pusieron de manifiesto algunos puntos sueltos de la espesa red de comunidades judías secretas extendida desde el Río Colorado hasta el Cabo de Hornos. A diferencia de España, el Santo Oficio no perseguía sólo a curas judaizantes, que eran casi todos los curas, y a cristianos nuevos olvidados del catequismo, que eran casi todos los cristianos nuevos, sino a los judíos. Y con razón. Sin el constante aporte de judaísmo de las congregaciones secretas, hubiérase podido sofocar, a la larga, las inclinaciones judaicas de los marranos. Las congregaciones constituían para la Iglesia romana un peligro mayor que los mismos judaizantes. Por eso las perseguían con tanta saña.

El proceso de los Carvajal y Rodríguez Matos demostró que México se había vuelto un centro de pensamiento judío intenso. "En esta ciudad", informaba el Santo Oficio al Consejo de Indias, "los judíos tienen tan poco miedo y vergüenza, que poseen sociedades y sinagogas, como si se encontrasen en un país donde su presencia fuera permitida y autorizada". Cristianos viejos y mulatos pasábanse a la fe de Moisés, prueba del poco arraigo que el catolicismo tenía en aquel virreinato, cuyo conquistador pidiera a su soberano "no enviara a la nueva colonia obispos u otros clérigos porque malgastarían las riquezas del país y tratarían de conseguir latifundios para sus hijos y sobrinos".

D. Francisco G. de Cosio trasmitió a Mr. Oscar S. Strauss, en 1904, el texto de dos poesías populares que habían sido corrientes en México durante centenares de años. En ellas menciónanse las carabelas de Colón y los nombres de Rodrigo de Triana y de un marinero de "La Pinta", un cierto Hanniel, quien gritara "Uaana Hen", que significaría en hebreo "aquí están", de donde habría venido el nombre de la isla Guahanani. Los versos 14 y 15 del segundo poema suenan:

Haleluiah haanusim
e alhamdo lillah muslim.

y al final dice:

Quexoso del almirante
Este español judaizante.[12]

Una canción marrana que se cantaba en México durante siglos, prueba que el judaísmo era parte integrante de la vida del país, y, en efecto, en 1889, hace menos de cinco décadas, publicábase aún en la ciudad capital de aquella república un periódico

marrano titulado *El Sábado Secreto*, y quince años después, en 1904, el citado Sr. Cosio ¡anotaba una canción marrana del folklore nacional, para comunicársela a un estudioso judío de Estados Unidos!

El marranismo fue activo en América hasta que se inició a fines del siglo XIX la inmigración de judíos askenazíes del antiguo imperio ruso. Un vigoroso aflujo de judíos del ghetto recogió en sus manos la antorcha que se apagaba –la historia no deja nunca que la reserva judía se agote– y la reanimó en el manantial de su judaísmo borbotante y fresco.

El proceso de la "Casa de Pilatos" de Lima, reveló idéntica penetración judía en el Perú: el proceso del médico argentino Francisco Maldonado de Silva, la penetración judía en Tucumán; la lucha entre inquisidores y gobernadores en Buenos Aires, la penetración judía en el Plata.

D. Diego de León no fue el único fraile "mosaico" en la futura "capital fenicia y heterogénea",[13] "patria de herejes y judaizantes", de la que venía (a Lima) un "venticello acentuado de libertad espiritual".[14]

.....

Sangre judía fecundó de libertad el suelo americano dos siglos antes de la lucha por la independencia. Judíos murieron en las hogueras de la Inquisición como héroes y santos, sirviendo una causa que superaba los límites estrechos de la congregación religiosa y de la fidelidad a rígidos preceptos rituales. Fueron mártires del proceso de historificación del continente, que se proponía crear una civilización genuinamente americana. De otro modo no se explican semejantes pruebas de heroísmo en el medio provinciano de las ciudades coloniales, heroísmo no superado ni repetido en América y que tiene parangón sólo con el de los primeros cristianos de la Roma augusta. Ellos servían una causa histórica, continental, más que los intereses limitados de la sinagoga.

Los santos y mártires de Judeoamérica se llamaron D. Luis de Carvajal, cristiano viejo convertido a la verdadera fe –fue quemado conjuntamente con su madre y sus hermanos–, a quien el rey Salomón se le aparecía en sueños y le hacía beber un filtro que le permitía soportar los tormentos del Santo Oficio; el rabino –cristiano viejo converso– Bermejo; el célebre rabino Francisco Rodríguez Matos, su esposa, hijos e hijas, entre ellas la menor, de 17 años de edad, que se sabía los Salmos de memoria y podía repetir numerosos himnos hebreos en sentido directo e inverso; doña Ana Carbajal y Rodríguez –hija de Matos–, quemada a los sesenta y seis años de edad y venerada por sus correligionarios como una santa; la anciana Ana Gómez, que no quiso renegar en la hoguera, aunque sus parientes se lo pedían de rodillas, para salvarla de las llamas; Clara de Rivera, que revelara en el tormento haberse burlado ella y su madre de un crucifijo; Gabriel de Granada, niño de trece años de edad; y el más santo de todos, el "gran capitán judío" don Tomás Treviño, a quien condujeron a la hoguera amordazado, para que no pudiera arengar a la multitud, ¡tan temible era su elocuencia! A fin de humillar su arrogancia judía, quisieron llevarlo al auto de fe montado en un mulo; pero ocho bestias se resistieron a que las montara. Hasta los mulos sentían lo que no sentían los inquisidores: que era un santo. Un indio fornido lo condujo, finalmente, al suplicio sobre sus hombros. En la hoguera le quemaron la cara y la barba, mostrándole cristianamente un crucifijo, mientras él escarbaba con los pies los carbones encendidos, para indicar su deseo de morir en la fe de sus antepasados.

Los países de América aman las fiestas, consagradas algunas a nociones tan abstractas como "la raza". ¿Por qué no dar al Día de la Raza un contenido concreto, americano, y dedicarlo a la memoria de los mártires del Santo Oficio, los Treviño, Carvajal, Rodríguez Matos y Maldonado de Silva, que alzaron el pendón de la libertad en los tiempos tenebrosos de la Inquisición, cuando la idea de independencia no había empezado a germinar aún en el alma criolla? Los santos de Judeoamérica merecen tener su día. Sería un acto de justicia y, sobre todo, un ejemplo para las nuevas generaciones amenazadas hoy por el Santo Oficio de una flamante reacción político-religiosa.

La independencia hispanoamericana

La sociedad colonial formaba, pues, un ghetto, en lo económico, lo étnico y lo religioso. El Santo Oficio constituía sus muros. Los judeoamericanos que osaban mirar por encima de las murallas veían extenderse ante sus ojos vastas perspectivas históricas. El camino hacia los lejanos horizontes tenía en el Nuevo Mundo y en el ghetto europeo el mismo nombre: emancipación. Judeoamérica y la Europa judía emancipáronse al mismo tiempo, como resultado de idéntica sacudida histórica: la Revolución Francesa. Los primeros santos y mártires de la emancipación llamaronse aquí Rodríguez Matos y Treviño, allá Spinoza y Uriel Acosta.

José María Ramos Mejía[15] ha estudiado en *Las multitudes argentinas* el proceso de la emancipación, que hizo posible, a su modo de ver, el "hombre carbono" o sea, lo que nosotros hemos denominado fermento histórico. Nadie ha analizado tan hondamente como él la psicología de las masas criollas y el proceso varias veces secular que hizo posible el estallido de la Revolución de Mayo. ¿Qué falta de "las multitudes argentinas" a "Judeoamérica?". Un paso, que Ramos Mejía no dio, por temor, tal vez, a la reacción clerical. ¿Cómo podía ignorar, habiendo estudiado tan a fondo las influencias semíticas en el Plata, el substrato étnico de las multitudes rioplatenses? Pero la amarga experiencia recogida con su primer trabajo sobre el tema, que los jesuitas hicieron retirar de la circulación y es hoy inhallable, le obligó a ser prudente. En muchos párrafos de sus libros siéntese latir una idea oculta, una palabra que le quema los labios: "¡judío!", pero el miedo ancestral del marrano a la Iglesia lo contiene.

La fermentación judaica que condujo a la independencia está admirablemente descrita en *Las multitudes argentinas*:

La idea de la independencia no nació en la mente como una inspiración o una sorpresa. De cuando en cuando estalla y un levantamiento aislado interrumpe el silencio del virreinato. Comienza a manifestarse bajo una forma, por cierto digna de estudio: el hombre de la multitud. En su estado primitivo es brujo, adivino, embaucador, fraile apóstata y libre pensador. Individuos aislados pululan en los pueblecitos miserables. Los embaucadores e iluminados, que abundan allí donde el candor y la credulidad proverbial de las masas primitivas les sirve de limo fecundo, irritan la imaginación, aguzan el temperamento impresionable y dan a los nervios de aquellos hombres coloniales una susceptibilidad que favorece la recíproca sugestión. A pesar de la menaza del tormento y de la hoguera, los rebeldes aumentaban, y en ciertas épocas la herejía queda reducida a las prácticas de esta extraña resistencia al poder religioso y temporal establecido. Y lo sugestivo que tiene este hecho es que era el arriero el héroe de tan bizarras aventuras, el

soldado, el vecino obscuro, el humilde fraile, que encarnaba eso que podríamos llamar espíritu de rebeldía. Sorprende el desparpajo y la incredulidad con que ese hombre anónimo y obscuro trata las cosas más graves del dogma. A las barbas del Inquisidor se le dice a un vendedor ambulante de imágenes "mostradme acá esas bellaquerías", y se coloca alrededor de una carta de excomunión una sarta de estiércol, a la puerta misma de la catedral. Pedro Ferreyra, un vil arriero anónimo, dice y lo sostiene en el tormento, "que el estado de los casados es el más perfecto, y que se limpiaría el c... con las excomuniones". Luis Fragoso, "impedía a sus dependientes que fueran a misa". Otro desconocido dice de un fraile enfermo: "mas que se muera y que se lo lleve el diablo a él y a cuanto fraile hay en el mundo: para qué son frailes que no son menester". En forma tan extravagante se manifiesta el espíritu de rebelión, tan audaz, que desafía los horrores de la hoguera y los dolores del tormento. El hecho sólo de mirar frente a frente al Santo Oficio, constituye un acto de altiva independencia, será un limo lleno de gérmenes, que irá aumentando con el dolor, y que infiltrándose en el alma adolescente de la multitud despertará fuerzas y virtudes, concurriendo a formarla.[16]

Ramos Mejía no dice, seguramente porque no se atreve, que la Revolución de Mayo fue obra de judíos. Moreno, el ideólogo, era judío y padecía, como la mayoría de los cristianos nuevos, de la manía de las persecuciones. Lo era Rodríguez Peña. ¿Y no lo era, acaso, el ateo Castelli, de neto apellido ítalojudío?[17] ¿O el aristocrático sefardí Saavedra? ¿O el "vasco" Larrea? La Revolución de Mayo fue, como todas las revoluciones libertadoras de Judeoamérica, el estallido de una juventud de ghetto, que quería vivir vida propia, amplia y fecunda.

Los fascistas criollos de apellidos sinagogales y narices más largas que el obelisco, que hacen hoy "buenas nigocios", como ellos dicen, con el "oro ario" del semita renegado Abraham (a) Adolfo Hitler, no son, por cierto, los únicos judeoamericanos que saben esas cosas, pero sí los únicos que las dicen.

El caso Rosas

La emancipación provocó en los ghettos una reacción tradicionalista antieuropea. La generación siguiente a la que se emancipara con un gesto de rebeldía audaz tuvo que enfrentar un neotradicionalismo modernizado, antiintelectualista y de hondas raíces populares. Beneficiáronse con los vientos de libertad la alta burguesía, la juventud intelectual y, en general el judaísmo de la periferia, pero quedó sin resolver el problema social-económico de la baja clase media y el artesanado. La lucha entre tradicionalistas –pequeños mercaderes y trabajadores manuales– y asimiladores o europeizantes –profesionales y plutocracia– prolongóse en el ghetto hasta la segunda mitad del siglo pasado. Idéntico fenómeno se produjo en la misma época en Judeoamérica. En el Río de la Plata tradújose en la guerra entre federales y unitarios. Rosas –un perseguido perseguidor, como tantos marranos– encarnó el espíritu de la tradición popular; sus enemigos, el de la asimilación a ultranza a la cultura europea. "Civilización o barbarie" significaba, en realidad, "ghetto o no ghetto", criptojudaísmo o historificación inmediata, sin trámites.

Lucio V. Mansilla, sobrino carnal del "Restaurador de las Leyes", insistía empeñosamente, guardándose de aclarar el por qué –como si lo impulsara alguna idea secreta a la que quería dar forma a toda costa– sobre el origen y la raza de Rosas: "Que Rosas, fueren cuales

fueren sus antecedentes de origen, de raza, de nacimiento, era un representante genuino del gaucho". Y en otro lugar: "Distinguimos así entre sangre de origen español y lo que después ha dado el producto criollo mestizo. Y distinguimos ex profeso; porque, valga lo que valiere nuestra teoría científica, asignamos suma importancia a los antecedentes etnológicos".

En términos más claros, Mansilla se precia de que su tío y, por lo tanto, su propia madre eran de sangre española pura, o lo que es lo mismo, cristianos nuevos puros, sin mezcla de sangre aborigen. No cita nunca la palabra "judío", pero da en su libro *Rosas* suficientes datos, que demuestran, indubitablemente, la persistencia de tradiciones judaicas –y hasta de conciencia judaica– en la familia del tirano.

Los unitarios eran marranos vergonzantes, que querían acabar lo más pronto posible con el ghetto judeoamericano. Fracasaron en su tentativa, como fracasaron los asimiladores rusos y alemanes, al querer resolver de parejo modo el problema judío de la Europa oriental. El problema judío –del cual el de Judeoamérica es sólo un caso particular– requiere una solución más radical que la de la europeización a todo trance. Rosas lo comprendió. Europeización significaba entregar el país a imperialismos voraces, que se adueñarían de él, so pretexto de "civilizarlo". Preguntaba Mansilla: "¿Creía Rosas, al llamarse 'Defensor de la santa causa americana', o no creía que esa causa estaba en peligro? Los mismos hombres de 1810, ¿no la habían ya amenazado pensando en monarquizar el país?".[18] El tirano y los mercaderes judíos que lo sostenían eran americanistas, como lo fueran los mártires de Lima y México. Querían crear una civilización autóctona, para lo cual enaltecían al mestizo y el negro, el gauchaje y el pobrerío. Los hombres de color no tuvieron en toda América amigo más sincero que el sefardí Rosas. Fiel a la tradición de su raza, fue el fermento histórico más eficaz de la Argentina independiente, el continuador y mejor intérprete del espíritu de la Revolución de Mayo, de aquella rebelión contra la madre patria, que "resultaba una fatalidad étnica", según Lucas Ayarragaray.[19]

Son ridículas las pretensiones de los fascistas criollos por adueñarse de Rosas, el criptojudío tradicionalista, y convertirlo en el prototipo del antisemita ultramontano. Nadie humilló tanto a la Iglesia como don Juan Manuel. El estado de la religión en su tiempo es descripto por Mansilla del siguiente modo: "Verdad que el padre Camargo, un ex capitán carlista franciscano, jineteaba yendo a Palermo; que el padre Fernando, familiar del obispo Medrano, casi ciego, le ayudaba a misa en camisa; y que el padre Casas, un franciscano pantagruélico, se estaba toda la tarde en la botica de Torres, frente a la iglesia, requebrando a las mujeres de medio pelo que pasaban, llegando en su lubricidad hasta emplear este piropo sarcástico cuanto sacrílego: 'Adiós p... seráfica'. Cómo sorprenderse entonces, si ese era el rumbo de las cosas... que el retrato de Rozas fuera puesto en los altares, excepto en los de San Ignacio, que fue la cuádruple razón suficiente para disolverlos (a los jesuitas) y cerrarles el colegio".[20]

En sus relaciones con la Iglesia, Rosas fue un continuador de la política de los "ministros ateístas don Bernardino Rivadavia y don Manuel García", cuyo gobierno –dice un impreso de la época– "establece el cisma en esta virtuosa provincia, (e) invita a establecerse en (ella)... a todas las sectas, a todas las religiones del globo, y reserva la miseria, el oprobio, las penas infamatorias, los destierros, las prisiones y persecuciones de todo género, a los sacerdotes y fieles de la comunidad romana... Las inmunidades, las prerroga-

tivas, exenciones, el privilegio del fuero, no condecoran ya a los ministros del santuario, y un estúpido pulpero, un oscuro artista los obliga a comparecer a su tribunal para administrar justicia, bajo la garantía de su tenebrosa jurisprudencia y educación... Este grupo de masones iluminados... ha trastornado de un solo golpe... nuestra religión".[21]

Lo más sintomático de la política religiosa de Rosas fue el haber reducido, paulatinamente, las fiestas del culto a cuatro, coincidiendo con las cuatro fiestas de precepto de la Ley de Moisés. No cabía protesta más viva de judaísmo.

En el sermón predicado por el fraile marrano Antonio Homem, el Praeceptor Infelix, durante el servicio secreto oficiado en Coimbra el Día del Perdón, de 1615, explicó que, para los criptojudíos, la diferencia esencial entre judaísmo y cristianismo residía en los dos problemas de la observancia del sábado y del culto de las imágenes. Hemos visto que en la casa de Rosas se observaba el sábado, y nadie se burló más atrozmente del culto de las imágenes que el tirano; pues la orden de colocar la suya en los altares era nada más que la sangrienta burla de un cristiano nuevo. Rosas fue el brazo de la historia que vengó a los mártires de la Inquisición. La sombra torturada de Treviño debió encontrar solaz en su obra. ¡El Defensor de la Santa Causa Americana pertenece a Judeoamérica y no a los marranos fascistas!

Por algo apoyaban a Rosas los judeoportugueses de Buenos Aires, aquellos a quienes Vicente Fidel López apostrofara en histórica sesión de la Legislatura, en 1852, gritándoles desde su sitial: "¡Barra de tenderos!".[22] Rivadaria los llamaba más amablemente: "Buenos Aires, pueblo italiano, pueblo gritón". Cecil Roth refiere que los sefardíes detestaban a los tudescos, judíos alemanes, a los italianos, judíos de la península, y a los berberiscos, judíos del Norte de Africa.[23] La comunidad portuguesa de Londres excluía, por ejemplo, a los italianos de toda participación en el gobierno de la sinagoga.[24] Es sabido, por lo demás, cuán gritones eran los ghettos italianos. Nada más propio de un judeoespañol o galaico que hablar con desprecio de los italianos y reprocharles la bulla que meten.

Facundo Quiroga, aliado de Rosas, gritaba: "¡Religión o muerte!", aunque no se confesó ni asistió nunca a misa. Probablemente, empleaba la palabra religión en el mismo sentido que Rosas la frase "santa causa americana". Eran vocablos mágicos, que expresaban la misma orientación antieuropea. Cuentan asimismo que el general Aráoz de La Madrid escribía cartas hebreas, lo que demostraría que el hebreo se seguía enseñando en Tucumán a principios del siglo pasado. Tucumán, la tierra del azúcar –industria introducida en América por judíos, cuyos descendientes son hoy los dueños de los grandes ingenios–[25] ha sido siempre provincia judaizante. Tuvo obispos judíos y dio a la Inquisición de Lima un mártir, que espera aún se le eleve un monumento en su ciudad natal.

Un episodio ilustrativo señaló el final de la tiranía. Dice Mansilla: "La influencia de Urquiza en sus dominios fue más personal, más directa que la de Rosas, a punto de que cuando después de Caseros regularizó su estado civil, casándose católicamente, más de setecientos casamientos se siguieron, de familias bien constituidas socialmente, aunque sin intervención de la iglesia... de esa Iglesia, que todos los caudillos, mandaran o no fusilar sacerdotes, sólo respetaban hasta por ahí, jurando y rejurando, sin embargo, que eran los más fieles sostenedores de la religión... Estos setecientos casamientos dan margen para un estudio social grave".[26]

No creemos que el "amor libre" practicado por la mejor sociedad argentina en tiempos de Rosas haya sido una prueba de inmoralidad. Debió tener causas más hondas, cuya explicación nos ofrece Roth.

"Como hemos visto, los judíos no fueron autorizados, oficialmente, a vivir en Francia. Tenían que fingir, pues, que eran marranos. Poseían sus propios sacerdotes y confesores portugueses (posiblemente tan poco sinceros como ellos mismos), que les administraban los sacramentos católicos por forma. Se casaban por la Iglesia, de acuerdo a los ritos católicos, a pesar de que el matrimonio judío era celebrado en privado con todos los detalles. En 1705 la práctica de casarse por la Iglesia fue abandonado".[27] No habría sido, pues, extraño que con el relajamiento de la presión de la Iglesia desde el tiempo de Rivadavia, nuestros marranos se hubiesen abstenido de casarse según el rito católico. Esta es la única explicación que puede conciliar el alto grado de moralidad de la familia argentina con el matrimonio sin intervención de la Iglesia.

La caída de Rosas significó la derrota del espíritu criptojudío tradicional y el triunfo de la reacción europeizante de los unitarios. Los setecientos matrimonios marcaron el final del marranismo rosista.

Es incomprensible cómo pueden los antisemitas ver en Rosas a su prototipo, cuyos manes invocan con alaridos de pogrom. Urquiza, a quien desprecian, debería estar más cerca de su espíritu. Los que quieren entregar el país a los alemanes e italianos son herederos y continuadores de los europeizantes, que lo enajenaron a su tiempo a los ingleses.

La historia de las dos Iberias –la de Europa y la de América– es incomprensible, si se prescinde de la corriente subterránea criptojudía, que está en la raíz de muchas reacciones psicológicas típicas y de la particular estructura de la sociedad española e hispanoamericana. Judeoamérica no sabe aún que es Judeoamérica. El deber de la hora es despertar en ella la conciencia de su judeoamericanismo, pues es el único modo de que se libre de su complejo de inferioridad y salga del ghetto estrecho en que vive a los amplios caminos del mundo. La historia exige que América sepa quién es, para que el fermento que contiene empiece a actuar sobre su materia étnica inerte. Judeoamérica tiene que volver a ser Judeoamérica, a fin de dejar de serlo de inmediato y tornarse íntegramente Indo y Afroamérica, es decir: América, como realidad histórica en acción. Judeoamérica es un puente. La América autóctona el destino.

Buenos Aires, noviembre de 1937

NOTAS

1 Estas cifras no tienen valor absoluto. Polonia posee un diez por ciento de judíos. Italia un uno por mil, pero en la mayoría de los países civilizados –como Estados Unidos, Rusia, Inglaterra, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Argentina, etc.–, los judíos forman del dos al tres por ciento de la población. Los 600.000 judíos de Alemania no son todos los judíos que viven allí, pues en el Reich ha habido muchos matrimonios mixtos, cuya prole puede considerarse –a los efectos de su función histórica– tan judía como la de los matrimonios endogámicos.

2 Igual que en la Palestina de los Jueces y los Primeros Profetas.

3 Llorente eleva el número de los fugitivos a 800.000, o sea, los dos quintos del total de judíos "puros", según su propio cálculo. ¿Quiénes fueron los 800.000 desterrados? Un sefardí de Esmirna, D. José M. Estru

go, refiere en su libro *El retorno a Sefarad* una experiencia curiosa. En su ciudad nativa no había tenido nunca la impresión de estar entre judíos, a pesar de que los preceptos religiosos eran allí observados con el máximo rigor. Los sefardíes de Esmirna no tienen, decididamente, aspecto judío. Son españoles. En cambio, lo primero que le impresionó cuando puso el pie en España, fue la gran cantidad de fisonomías judías que le salieron al encuentro. En Esmirna sentíase en España; en España creía estar en Judea, y como no le era desconocido el secreto de la constitución étnica de la península en tiempos de la expulsión, que historiadores y sociólogos suelen ocultar cuidadosamente, concluyó que de España habían sido expulsados sólo los "goim". Las conversiones al judaísmo eran frecuentes en la Edad Media, y, al crearse la unidad nacional española, los judíos habrían expulsado a los neojudíos, para mantener la pureza de sangre de la raza. Esta hipótesis, que encierra tal vez un grano de verdad –no hubiese sido extraño que algunos prosélitos muy devotos prefiriesen el destierro al retorno a la Iglesia– muestra a qué exageraciones puede llevar la constante falsificación de la historia de España (y Portugal) realizada por los historiadores profesionales. El origen judío de la mayor parte de la población de la península y la persistencia de costumbres y hábitos mentales judíos han sido silenciados en modo tan absoluto, bajo la presión de los intereses religiosos, que cuando se empieza a analizar algún periodo de la historia ibérica, surgen de inmediato problemas e interrogantes que dejan al estudioso desaprensivo sumido en un mar de dudas. La historia de España, Portugal e Iberoamérica tiene que ser reescrita por hombres que se hayan librado del temor secular –y casi animal– al fantasma del Santo Oficio.

4 "Entonces veníanse a las iglesias ellos mismos a bautizar y así fueron bautizados y tornados cristianos en toda Castilla muy muchos, y después de bautizados se iban algunos a Portugal y a otros reinos a ser judíos, y otros pasando algún tiempo, se volvían a hacer judíos donde no los conocían; y quedaron todavía muchos judíos en Castilla y muchas sinagogas, y los guarecieron los señores y los reyes siempre por los grandes provechos que de ellos habían". Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*, capítulo XLIII.

5 "Pero para mayor demostración de que la nación castellana en general estaba descontenta con la Inquisición, dividamos la totalidad de sus habitantes en clases y recorramos cada una. Supongo siete millones de personas castellanas. Dos eran de familias hebreas, el uno, de judíos, y el otro, de cristianos nuevos, hijos, nietos y biznietos de los convertidos en diferentes épocas; había otro millón de familias moriscas, las tres cuartas partes sin bautizar y las demás bautizadas... De los cuatro millones restantes, un millón por lo menos tenía parentesco de consanguinidad o afinidad con familias hebreas". Llorente, *Anales secretos de la Inquisición*, pp. 98-99. Tres millones o sea el 43% de la población, tenía, pues, sangre judía, el 14% morisca y el otro 43% "aria". En total, el 57% de los castellanos eran semitas.

6 "De donde se siguió que no solamente muchos de los convertidos nuevamente a nuestra santa fe católica, más algunos de los que eran de su naturaleza cristianos, se desviaban del verdadero camino de su salvación, y mucha parte de los pueblos se iban con la comunicación de los judíos y moros pervirtiendo y contaminando, de donde resultó mucho estrago generalmente por la comunicación de los nuevamente convertidos, siguiendo sectas muy reprobadas y judaizando algunos públicamente sin respeto a las censuras y castigo de la Iglesia". Zurita. *Anales de Aragón*, tomo IV, libro XX, capítulo XLIX, citado por Llorente.

7 "La Inquisición nació, naturalmente, a consecuencia de un estado social de anarquía que amenazaba destruir los cimientos de una nueva Jerusalén, creada al amparo de los privilegios de la nobleza y de la supremacía lograda por la Iglesia, que fomentó la indisciplina dentro de su mismo campo". M.F.N., *Prólogo a Anales Secretos de la Inquisición*, de J.A. Llorente, pág. 6.

8 Ricardo Rojas refiere que curas porteños se opusieron a que se abriera un teatro en Buenos Aires, frente a la casa que guardaba el Arca del Testamento. Podría creerse que esa casa era una sinagoga, pero no:

era una iglesia. El fraile judaizante Diego de León, que castigaba una imagen de Cristo cuando se creía a cubierto de miradas curiosas, y aquel obispo de Tucumán cuya alta investidura ssalvó a su hermano de la suerte de otros marranos descubiertos por la Inquisición, no fueron, pues, casos aislados. Recuérdese a los frailes apóstatas de que habla Ramos Mejía. La primera tarea del Santo Oficio en el Nuevo Mundo fue perseguir a los curas herejes.

9 De donde es oriundo el antisemita criollo D. Gustavo Martínez Zuviría, portador, mal que le pese, de sendos apellidos sefardíes.

10 Eran médicos de los barcos de ultramar invitados a ejercer su profesión en la ciudad, a pesar de la "impureza" de su sangre. Parece que los porteños de aquel entonces no practicaban el antisemitismo, quizá porque eran judíos en su mayoría.

11 "En 1754 un jesuita celoso propuso el establecimiento de un tribunal inquisitorial independiente en Buenos Aires, donde –según sostenía– había de cuatro a seis mil judíos portugueses". Roth, op. cit. p. 323. ¡Seis mil "portugueses" en Buenos Aires medio siglo antes de la independencia! ¡Y la ciudad tenía apenas diez mil habitantes! ¿Qué porteño del virreinato no era, pues, judío?

12 Georges Alexander Kohut. *The Contributions of Cyrus Adler to Americana Jewish History*, en "Publications of the American Jewish Historical Society", N. 33, pp. 33-34.

13 J. M. Ramos Mejía. *Las multitudes argentinas*. Edición "La Cultura Popular", p. 19.

14 Id., p. 50.

15 Ramos Mejía es apellido sefaradí. Mejía viene de Mexías o Mesías.

16 Hemos resumido en estas líneas el cap. II de *Las multitudes argentinas*, de J. M. Ramos Mejía.

17 V. Samuele Schaerf, *I Cognomi degli Ebrei d'Italia*, p. 18.

18 Lucio V. Mans: Ila, *Rosas*, p. 153.

19 Lucas Ayarragaray, *La Iglesia en América y la dominación española*, p. 140.

20 Op. cit., pp. 124-125.

21 Ayarragaray, op. cit., pp. 251-254.

22 Op. cit., p. 246.

23 Op. cit., p. 234.

24 Id., p. 269.

25 La industria del azúcar fue introducida por los judíos en todo el continente, incluso el Brasil.

26 Mansilla, *Rosas*, pp. 218-219.

27 Cecil Roth, *History of the Morranos*, Philadelphia, 1932, pp. 224-225.

Mi convivencia con Djaen en Bucarest

(Especial para JUDAICA)

Por *MIGUEL A. RIVERA*
ex-Encargado de Negocios de Chile en Rumania

Este trabajo representa además de un sentido homenaje a la memoria de un recordado jefe espiritual del sefaradismo, una página vivida de la historia del judaismo rumano en el periodo 1940/43. Fué escrito por un distinguido periodista chileno, que tuvo entonces a su cargo la representación diplomática y consular de Chile en Buraest, y logró salvar la vida de miles de refugiados judíos de Polonia, arrojados a tierra rumana por la furia nazista.

La noticia del fallecimiento del ilustre y Gran Rabino Doctor Sabetay J. Djaen, me ha afectado profundamente y es una desgracia que ha producido un sentimiento de general pesadumbre.

Tuve ocasión de conocerlo en Bucarest, capital de Rumania, el año 1940, época aciaga en que ese país fué ocupado por fuerzas militares del nazismo alemán, época de la abdicación del rey Carol y, de la ascensión al trono del rey Miguel, suceso este último que coincidió con la toma del Poder hecha por el general Antonescu, quien entregó el gobierno al nazismo rumano inspirado, dirigido y manejado por Berlín, ciudad que era la sede de la furia antirracista predicada por Hitler, quien soñó con sojuzgar al mundo mediante el exterminio previo de judíos y masones.

El general Antonescu, militar audaz, sin concepciones de estadista, fué un simple instrumento al servicio de Hitler. Para iniciar su gobierno obtuvo del rey Miguel que le otorgara facultades de dictador absoluto.

Armado con estas facultades entregó el gobierno del país a las hordas descontroladas, sanguinarias de los nazistas criollos, quienes habían logrado colocar en el gabinete a su jefe como Vicepremier y a cuatro de sus secuaces en otras tantas carteras ministeriales entre ellas las del Interior desde la cual entraron a manejar las policías de toda la Nación, y, por lo tanto, a disponer de la honra, de los bienes y de la vida de todos los habitantes del país.

Desde las trincheras del poder, la bestia nazi desarrolló sus furores contra los judíos tocando la trompeta del odio, del degüello y del exterminio.

Y las víctimas propiciatorias tuvieron, a su vez, que prepararse para sufrir todas las abominaciones, para afrontar todos los sacrificios, con estoicismo, de mártires.

Me tocó presenciar aquella gran tragedia. Se despojó a las víctimas de sus casas, de sus haciendas, de su dinero, de sus joyas, de sus muebles, de los objetos de uso personal y hasta de las provisiones para su alimentación.

El hambre, la miseria y la desesperación de toda aquella masa perseguida y acorralada clamaba justicia; pero la justicia no era posible encontrarla porque la fuerza bruta imperaba en el país y operaba a ciegas, con furia demoníaca, en nombre de un antisemitismo que justificaba todos los crímenes.

Como los judíos habían sido privados de sus hogares, se veían obligados a salir por las calles en donde eran asesinados públicamente a la vista de una población que contemplaba inerme, atónita y amedrentada la obra de los vándalos del nazismo.

Los establecimientos comerciales de los judíos, eran saqueados en pleno día; y en el mismo local caían asesinados el jefe, la mujer, los hijos, los empleados y todos sus familiares. El edificio era empapado con petróleo y el fuego reducía a cenizas lo que pocos momentos antes había sido un establecimiento comercial y el hogar de una familia.

Las calles eran patrulladas por las bandas armadas de los camisas pardas del nazismo, la ciudad fué privada hasta del alumbrado. Durante todo el día y la noche, no se oían sino los disparos y ametralladoras que ejecutaban el asesinato individual y colectivo de los israelitas. Por la ciudad sólo transitaban los autos y camiones de aquellos desalmados que desarrollaban la inhumana matanza.

En estos momentos trágicos yo, que ejercía la representación diplomática y consular de Chile en Rumania, que presté asilo para varios de estos perseguidos, ordené alistar un auto con placa diplomática, le hice colocar dos banderas chilenas, atravesé la zona peligrosa después de haber sido detenido varias veces en el trayecto por los legionarios nazis que respetaron mi persona y mi coche, y llegué hasta la morada del ilustre y Gran Rabino, Dr. Sabetay J. Djaen, cuya vida estaba amenazada.

Iba yo a invitarlo a pasar a mi Legación y a llevarlo a ella en mi propio automóvil resguardado por la bandera de mi patria.

Fueron grandes e indescriptibles su sorpresa y su alegría cuando me vió en su morada y cuando supo la misión que me llevaba.

Entre sorbo y sorbo de café y fumando cigarrillos, conversamos durante más de una hora. Nuestra charla no sólo consideró la tragedia que estábamos presenciando, sino que en el terreno de las ideas, explayamos nuestro pensamiento hacia el campo de los

neo palpitantes problemas de actualidad que tenían relación con la guerra desencadenada en Europa y que luego envolvería al resto del mundo. La libertad desconocida, la democracia en peligro, el derecho a la convivencia humana era privilegio en favor de unos pocos y negado a los demás. Y por momentos nos preguntábamos ¿a dónde va la humanidad?, ¿triunfará la bestia nazi? Y llegábamos por un conducto de lógicas deducciones a la única conclusión posible: era preciso la unión de todas las fuerzas espirituales y de todos los elementos materiales para crear una maquinaria bélica que aplastara a los agresores y terminara la abominable tragedia que estaba sufriendo el mundo.

Y mientras hablaba aquel hombre, yo lo miraba y lo examinaba profundamente. Era de la pasta de los Patriarcas. A pesar de sus años y de sus cabellos blancos, expresaba su sabiduría con contaminación de imaginación al mismo tiempo que con un acento suave, moderado, insinuante, propios del hombre que está seguro de una gran convicción, que la sostiene aún con el sacrificio de su vida. Identificaba su existencia con su convicción misma, es decir, vivía por servir sus ideales y si la muerte era necesaria para asegurar el triunfo de ellos, la afrontaba sonriente, con toda valentía, sin quejas ni reproches.

La contextura de aquel hombre eminente, le hizo agradecerme de todo corazón el ofrecimiento de salvarle la vida llevándole a la Legación de Chile y me pidió que le permitiera continuar en el Consejo de Israelitas Españoles de Rumania, porque ese era su deber.

Le demostré que perder la vida por sostener una buena causa era una decisión respetable y digna de admiración sobre todo cuando se combatía con armas a lo menos equivalentes; pero que no había combate posible entre hombres que levantaban como bandera un principio, un ideal, el ideal de la libertad de conciencia, contra masacradores brutales que no raciocinaban sino que obraban con la fuerza ciega y salvaje.

Recuerdo como si fuera hoy y como si lo estuviera viendo, cuando, a pesar de mis protestas, quiso acompañarme hasta mi auto, a cabeza descubierta, en aquella noche en que caía copiosa nieve con una temperatura de veinte grados bajo cero.

Dos días después de esta entrevista, un mensajero secreto llegó hasta mi Legación para anunciarme que el Gran Rabino vendría con el objeto de corresponder a mi visita.

Le mandé un recado diciéndole que no era prudente que se aventurara en llegar a mi Legación en esos días de terror y de masacres, pero que si él insistía, lo recibiría a la hora indicada por él. Cuando llegó a la Legación lo recibí con respeto y afecto y le dije alegremente: Desde este momento, os declaro mi prisionero de guerra y os doy como cárcel los tres pisos del edificio de la Legación. Y él me contestó con una sonrisa, mezcla de alegría y de amargura: Excelencia acepto ser prisionero en la casa de la Legación de vuestro hermoso país, que es Chile, en donde tengo tantos amigos.

Todos mis esfuerzos para que se quedara en la Legación fueron estériles. Su negativa fué firme y terminante.

El único servicio que me fué dado concederle fué el de recibir de sus manos, un precioso y valiosísimo álbum que las comunidades israelitas de diversos países de Europa dedicaban al Presidente de Estados Unidos de América, Franklin Roosevelt, en él había escrito un mensaje de saludo, al jefe de la democracia norteamericana y en que también se pedía su protección y amparo contra las persecusiones del nazismo.

Por petición suya ese álbum lo remití a la Legación de Chile en Turquía en donde quedaría depositado hasta que lo reclamara el ilustre Dr. Djaen, quien se proponía recogerlo después y hacerlo llegar a las manos del destinatario.

Una semana duró la persecusión y la matanza de israelitas, en el territorio de Rumania, la semana comprendida entre el 18 y el 24 de enero de 1941 y durante ese período de terror y de abominación, no dejé un solo día de estar en contacto con mi ilustre amigo, Dr. Djaen, quien sabía que las puertas de mi Legación estaban abiertas para él en toda hora y para todos los israelitas que desearan. Y muchos de ellos recibieron asilo, alimentos y atenciones en aquellos días de peligro.

De uno de estos asilados recibí algunos meses ha, una carta en la que me da la noticia de que, gracias a mi salvó su vida y la de su hija, y que ahora vive en París en donde trabaja con todo éxito.

Me han complacido estos homenajes que son hijos de la gratitud hacia un hombre como yo que procedió solo a impulso de los sentimientos de su alma, sin poner precio a su actitud. Hago esta aclaración y la formulo en nombre de mi corrección y en recuerdo y homenaje a la pureza de la amistad inmaculada que me unió a mi ilustre amigo, doctor Djaen.

En aquella semana roja, no sólo cayeron israelitas. Fueron también martirizados y asesinados con ensañamiento y furia satánicas, personalidades rumanas que no eran israelitas pero que tuvieron gran figuración en el gobierno caído del rey Carol. La muerte horrorosa de estas personalidades, hirió el corazón de la alta sociedad rumana y obligó al general Antonescu a reemplazar el gabinete de legionarios criollos, por un Ministerio netamente militar que puso término a la matanza, aunque no a la persecusión y expulsión de los judíos.

Una noche, noche fatal, una banda clandestina de nazistas disfrazados con trajes de soldados del ejército rumano, amparada por la obscuridad de las calles cuyo alumbrado fué suprimido, armada de fusiles, pistolas y ametralladoras, asaltó la casa del ilustre Rabino Sabetay Djaen, le destruyó sus muebles y le destrozó su biblioteca, junto con todos los objetos acumulados allí. El doctor Djaen alcanzó a escapar por el techo de su casa y se asiló en un escondite que tenia preparado. Felizmente la lluvia de balas no le alcanzó.

La Gran Sinagoga, la más hermosa iglesia de los israelitas españoles (Sefaraditas) en Bucarest, fué asaltada y saqueada por los legionarios. Muchos objetos fueron amontonados y quemados. Las bandas de saqueadores bailaban y vociferaban alrededor del fuego, celebrando su vandalismo. Ahí sucumbió la biblioteca que me habia obsequiado el Gran Rabino y que no alcanzó a ser llevada a la Legación. Cuando al dia siguiente supe la noticia del atentado, me fuí a casa del Dr. Djaen. La casa estaba vacia y custodiada por fuerzas del Ejército. Esa misma tarde tuve informaciones de que el Dr. Djaen estaba en lugar seguro y que habia escapado sin ser herido.

Y así entre persecusiones, asaltos, incendios, saqueos, asesinatos, pasamos de enero a abril, época en que yo renuncié a mi cargo diplomático y me dispuse para marchar a Chile.

Muchas veces pudimos reunirnos con el Dr. Djaen y lamentar la impotencia de nuestros esfuerzos para contener la ola de sangre que iba ahogando a los judíos.

Un dia recibí su visita en mi Legación, venía acompañado del Presidente del Consejo de la Comunidad Israelita Española y del Secretario General del mismo Consejo.

Me preguntó si yo podría traerle personalmente al Presidente de Chile, mi amigo Pedro Aguirre Cerda, el siguiente mensaje cuyo original con las firmas de los tres personajes nombrados, conservo en mi archivo particular, del cual lo he extraído expresamente para leerlo y exhibirlo en este homenaje:

COMUNITATEA
ISRAELITILOR DE RIT SPANIOL
DIN BUCURESTI

Strada Negru-Voda Nr. 3
Telefon 3-32.04

Bucarest, a 30 de abril de 1941.

Al Exmo. y distinguidísimo
Representante de la República
de Chile en Rumania
Señor Don MIGUEL A. RIVERA
Bucarest

Excelentísimo Señor y de nuestra alta consideración y estima:

Nosotros, los infrascritos miembros del Consejo de Representantes de la Comunidad de los Israelitas Españoles de esta capital, a la cabeza con nuestro Jefe espiritual S. E. el Gran Rabino de los Israelitas Españoles (Sefaraditas) de Rumania, Sabetay I. Djaen, nos presentamos con esta solicitud ante V. E. en nombre nuestro, así como también en el de los Israelitas Españoles de los paises balcánicos: Bulgaria, Yugoeslavia, Grecia y Rumania, suplicando con todo el respeto y la alta consideración debida, de hacerse portador de esta voz desesperada de sus hermanos, los Israelitas Españoles, ante el alto Gobierno de su gloriosa Patria, la noble y democrática República de Chile.

Los acontecimientos tristes que cayeron sobre nosotros, nos hacen tender nuestros brazos por clemencia y piedad hacia Chile, este noble pais, la perla de las América latinas, la nación con alma grande, que ha acogido como sus propios hijos a muchos de nuestros hermanos hebreos, los cuales gozan allá de tanto amor y bienestar.

Somos españoles. Se ha escrito tanto sobre nosotros en la literatura Ibero-Americana por eminentes hombres de la pluma y del pensamiento, como españoles sin patria: de escritores ilustres como Dr. Angle Pulido, Castelar, Mendes Bejarano, Manrique de Lara y tantas otras eminentes personalidades de lengua castellana y otras también. Somos un elemento sano y activo; aun la madre España había abierto sus puertas y nos llamó a su seno.

Informados de su próxima partida para su noble país, solicitámosle en nuestro nombre y en el de nuestros hermanos desesperados y caídos en desgracia, de pedir la hospitalidad para los Israelitas Españoles de los países balcánicos, en su amada Patria, tan hospitalaria y generosa.

Nuestro elemento se compone de industriales, de profesionales, como médicos, ingenieros, arquitectos, artesanos, agricultores, comerciantes e intelectuales de valor, cuales abrazarán sus nueva Patria con todo el cariño y amor, contribuyendo así por su desarrollo y grandeza ibero-americana.

Recogednos bajo vuestra bandera, como verdaderos hermanos: habiendo conservado durante siglos enteros el dulce idioma castellano, hemos vivido con la nostalgia hacia nuestra madre España, considerando siempre con santidad las costumbres y el carácter del hispanismo.

Esperamos que, por su distinguida intervención personal ante los altos dignatarios de la noble República de Chile, nuestra solicitud será coronada con el mayor éxito, reservándosele la atención merecida por ser pedida de españoles sin Patria, deseadores de ingresar a Chile, el país del progreso y de la libertad.

En la impaciente espera de una contestación favorable y siempre reconocidos a V. E. por su digna y noble intervención en pro

de la causa de los Sefaraditas balcánicos, rogámosle se digne aceptar el testimonio de nuestra más alta y distinguida consideración y estima.

El Gran Rabino de los Israelitas Españoles en Rumania:
S. J. DJAEN

El Presidente del Consejo de la Comunidad Israelita Española:
MARCO PRESENTE

El Secretario General:

Esta petición la puse en manos del Presidente de la República a fines de setiembre de 1941, última vez que me fué posible verlo. Pedro Aguirre Cerda estaba ya enfermo, me devolvió la nota y me pidió que se la presentara cuando volviera de Viña del Mar a donde se dirigiría al día siguiente. En octubre el Presidente suspendió las audiencias y en noviembre falleció.

Pero la petición del Dr. Djaen fué acogida con simpatía por el Presidente de la República, quien quedó nuevamente impresionado ante el relato que yo le hiciera de las persecusiones de que *eran víctimas los judíos en Europa, especialmente en* Rumania.

Le escribí al Dr. Djaen palabras de esperanza y le anuncié la buena disposición de ánimo del Presidente de Chile para aceptar una resolución favorable a su petición.

Aún más, le hablé al Presidente de la conveniencia de promover un acuerdo entre varios países de América comenzando por Argentina y Brasil para traer a los perseguidos de Europa y darles hospitalidad en este Continente, y el Presidente me declaró que mi idea era digna de estudio y que a primera vista él la aceptaba en principio.

Además, yo mismo envié desde Bucarest una nota bastante explícita en la que le propuse al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, la idea de buscar ese acuerdo con otros países americanos.

Todas estas ideas y proyectos, derivaban de mis conversaciones con el ilustre y Gran Rabino Dr. Djaen.

La muerte del Presidente de Chile, que tenía una visión amplia y elevada de los problemas del mundo, puso fin a mis esperanzas de que América hubiera abierto de par en par sus puertas para salvar la vida de miles y miles de personas, que habrían podido escapar del veneno de los gases de los campos de concentración, del asesinato en masa y de todas las torturas, infamias y deshonras de que fueron víctimas en el civilizado continente europeo.

Quiero pasar por alto los años de 1942, 43 y 44 hasta el término de la guerra para llegar a la consideración del problema del

Hogar Judío en Palestina. ¡Cuántas veces el tema principal de mis conversaciones con el Dr. Djaen fué el de la Declaración Balfour y los procedimientos para hacer práctica la idea contenida en ella de la constitución en Palestina de un Hogar Judío! En 1944 escribí un artículo que fué publicado en "La Nación" de Santiago, titulado: "Palestina, Estado Judío", en el que di antecedentes históricos acerca de esta materia y sostuve que una vez terminada la guerra, todos los países tendrían que resolver el problema de devolver Palestina para dar una patria a más de quince millones de hombres que fueron expulsados de su legítimos lares.

Y la solución del problema se ha producido no en su integridad, sino a medias mediante el acuerdo de hacer de Palestina dos estados: uno Judío y otro Arabe.

Doctor Djaen, espíritu del doctor Djaen, tu sueño, tus deseos, *tus desvelos, han sido realizados: los israelitas dejan de ser elementos apátridas y pasan a constituir una Patria que llegará a ser grande, floreciente, con sus colores nacionales, y con todos los atributos de soberanía e independencia inherentes a una nación con destinos propios.*

Tu muerte ha coincidido con este gran suceso de resonancia internacional como es la constitución de este nuevo país que como el ave fénix, surge del fondo de la Historia, en la cual dormía el sueño de las injusticias y en la que se escribirá el gran capítulo de la resurrección, crecimiento y grandeza de la nación israelita.

Este resultado se deberá al esfuerzo de los israelitas mismos combinado con el de los hombres que han ayudado con su grano de arena a la resolución de este gran problema.

Y entre aquéllos, se encuentra el ilustre y Gran Rabino doctor Sabetay Djaen a cuya memoria dedicamos estos recuerdos como cálido y sentido homenaje a su espíritu superior, esclarecido, *amoleado por su vasta sabiduría y por la energía y firmeza que* puso al servicio de su elevada misión apostólica.

A él podrían aplicarse las palabras de Isaías: "Cantad a Jehová, aclamad su nombre, haced célebres sus obras en los pueblos, recordad que su nombre es engrandecido. Cantad salmos a Jehová porque ha hecho cosas magníficas. Regocíjate y canta, oh moradora de Sión, porque grande es en medio de ti el Santo de Israel".

Santiago de Chile, Abril de 1948.

El ascenso del fascismo: recuerdos de mis años mozos

Ismael Viñas

RECUERDO a mi padre, mostrándonos en un mapamundi a mi hermano David y a mí el avance del fascismo: Alemania, Italia, Japón, las primeras conquistas (parte de China, Corea, Europa Oriental, Austria, Checoslovaquia), y en Latinoamérica a Brasil, con el golpe de Vargas y la instauración del Estado Novo. En mi memoria, quizás falsa en esto, esas zonas estaban sombreadas de gris, una mancha gris amenazante que se extendía por el mundo. La visión de mi padre era convencional, el fascismo era totalitario y lo que estaba en riesgo era la democracia. No aparecía el antisemitismo nazi, a pesar de que mamá era judía; y en la Argentina, que estaba gobernada por el fraude nacido del golpe anti-radical de 1930, sólo había democracia suspendida, aunque los jefes del golpe habían sido fascistas a la criolla y mi padre fuese yrigoyenista, funcionario político echado por los golpistas de su cargo.

El agrupamiento de Brasil entre los países "fascistas" y enemigos nos llamó sobre todo la atención. Le preguntamos a papá: "¿Pero no nos contaste que Yrigoyen había mandado dinero a Vargas para su campaña electoral, y que vos mismo habías sido el encargado de llevárselo?". ¿Cómo se explicaba eso? ¿Y que el Partido Nacional uruguayo (los Blancos) fueran aliados de la Unión Cívica Radical, y a la vez acusados de simpatizantes del Eje? "Los enemigos de mis enemigos son mis amigos", nos contestó, aludiendo a los británicos y a su papel de poder económico en la zona. El era antibritánico y sin embargo demócrata. "Sí, pero no todos los radicales son antibritánicos, y no todos son demócratas. Algunos simpatizan con Mussolini", nos replicó.

No entendimos mucho, salvo que el fascismo era "malo". Tardé años en reconocer las diferencias entre los fascistas criollos, desde los que eran simplemente reaccionarios hasta los que trataban de tomar íntegras las formas de Mussolini (desprecio por la democracia, odio al comunismo y variados intentos de atraer y controlar a la clase obrera). Entre éstos, los grupos y movimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que adoptaron diversos nombres según los momentos de su aparición, y que a su vez había que distinguir de los diversos golpes militares, que intentaron moldear a la Argentina según sus puntos de vista. Pero, mucho antes, nos llegaron las primeras noticias de las medidas antijudías de Hitler contadas por las hermanas de mi madre; más tarde los nombres de los campos de exterminio y las primeras historias siniestras, finalmente las fotos... Nunca supe de ningún pariente que hubiera muerto en el Holocaus-

Escritor, ensayista y periodista argentino. Residió en Israel entre 1976-1992 y 1994-95. Esta colaboración es un fragmento de su autobiografía en preparación, que el autor eligió para el presente homenaje a ***Judaica****, como testimonio personal de los años del nazismo.*

to, por lo que mi horror no fue personal. Horror, piedad, horror; odio por los perpetradores. Me veo, de joven, mirando ensimismado las fotografías y pensando: "¿Cómo puede un ser humano tratar así a otros?". Después aprendí que esa inhumanidad era común en la historia, también en la historia argentina: los indios, las guerras civiles, las huelgas bajo conservadores y radicales de 1910-12 y de 1919-22. Lo viviría como niño: el golpe del '30, la Década Infame, el primer peronismo (¿no se suicidó un alemán, probablemente judío, en el baño del Departamento de Sumarios, donde yo trabajaba, por miedo a que se repitieran las torturas sufridas a manos de sus interrogadores en el Ministerio de Hacienda?). El golpe del '55. El segundo peronismo y la Triple A, la dictadura militar del '76. En mayor o menor escala por el número de víctimas, en todos esos casos se manifestaría el desprecio por la vida humana.

Mi familia: judíos y católicos

De algún modo mi familia extensa, dividida y conflictiva (y no sólo políticamente, sino también desde el punto de vista étnico y cultural) me preparó para comprender algo mejor las particularidades de la complejidad de los años que van desde los '30 a los '50, con sus líneas que se entrecruzan y mezclan hasta hacer imposible señalar: "aquí están los buenos – allá los malos", salvo los fenómenos netamente nazifascistas. Y aun eso está por verse, por lo menos desde las perspectivas de su conducta y de sus afectos personales, pues no es imposible pensar que un decidido demócrata sea un corrupto o se comporte como un monstruo en sus relaciones personales, y que un nazi sea austero y un excelente esposo y padre. Pero no es necesario colocarse en esos extremos, como se verá a lo largo de estos recuerdos, en los que se combina lo familar y lo político.

Comenzaré por la familia, pues así lo dispone el orden de mis recuerdos. Pero antes es necesario, creo, aclarar qué quiere decir eso de "las particularidades de la complejidad de los años que van desde los '30 a los '50", pues todas las épocas son complejas y tienen sus particularidades. Las de esos años y unos pocos anteriores (que pueden fecharse desde 1917, con el triunfo de la revolución rusa) y los decenios siguientes se caracterizan por una fuerte ideologización de los movimientos sociales, lo que supondría, en principio, líneas ininterrumpidas de conducta y la posibilidad de explicarlas coherentemente de acuerdo con las ideologías asumidas. Pero, como todos sabemos, no fue así, y basten unos pocos ejemplos de envergadura mundial para evocarlo como marco, pues se trata de hechos muy conocidos.

¿Cuántos partidos comunistas y "compañeros de ruta" iban a prever la firma del pacto entre Stalin y Adolfo Hitler, en el momento en que comenzaban a olvidarse las matanzas de líderes bolcheviques en la Unión Soviética y las prisiones de Alemania estaban llenas de militantes de izquierda? Hasta ese momento los comunistas habían liderado la lucha antifascista en el mundo, y mi prima Sara (la comunista más prominente que conocíamos) se esforzaba por explicar que "los imperialismos anglosajones" estaban dispuestos a esperar que la URSS se desangrara. Otro caso: Churchill es hoy recordado como el hombre que condujo a su país a la victoria contra el nazifascismo; pero también es posible recordarlo como a un admirador de Mussolini y como un obseso anticomunista que veía en Hitler al encargado de aplastar a los soviéticos. Y en cuanto a las matanzas llevadas a cabo por unos y por otros –y sin remontarnos hasta las realizadas en las colonias o en las cacerías de esclavos– las de Stalin son comparadas con las de Hitler, pero en "Occidente" solemos ol-

vidar las bombas atómicas lanzadas por orden de Truman, que terminaron con dos ciudades japonesas.

Me crié y crecí en Argentina bajo los gobiernos de Uriburu, Justo, Ortiz y Castillo, apoyados en la fuerza y sostenidos por el fraude, y con los resplandores de la guerra civil española y la guerra mundial como horizonte. No dudaba dónde estaban los "malos", pero quién era el héroe, si los comunistas habían servido para "limpiar la retaguardia", asesinando anarquistas y trotzkistas, según me contaron los amigos de Pedro Milessi (un fundador del Partido Comunista argentino, expulsado por "superizquierdista" en 1923), que me dieron la primera perspectiva marxista cuando yo tenía 18 años, más allá de los sentimientos, prestándome libros.

Basta con lo anterior, supongo, para advertir lo que quiero decir: un mundo enmarañado, en el que desde todos los ángulos podían lanzarse acusaciones contra el adversario. Había que ubicarse en él, con la desventaja de pertenecer a un país marginal y de ser judío, pues esto lo asumí desde muy niño, aunque mi padre pertenecía a una familia católica, con capilla instalada en la casa del abuelo. Y aquí aparece la familia, con sus dos ramas: judía por mi madre, española e italiana por mi padre, en un mundo en el que avanzaban a la vez el comunismo y el fascismo, y en la Argentina particularmente éste, aunque con una cobertura por esos años de nacionalismo. Ya aparecerían los tiempos en que sería reemplazado por una especie de liberalismo fascistoide, por reacción contra el populismo obrerista del peronismo y en defensa del "orden", así como éste se había propuesto como respuesta al "desorden" liberal, que dejaba los votos populares a merced de la izquierda (puro fantasma, pues ese deslizamiento nunca había ocurrido en la Argentina). Los "nacionalistas" argentinos, que no habían aprendido la lección de sus maestros Mussolini e Hitler, sirvieron a los intereses del golpe miltar pro-oligárquico oponiéndose a la Unión Cívica Radical, se unieron al golpe peronista por soñar que éste encarnaba su ideal, y luego al golpismo antiperonista. Pero también en el radicalismo había fascistas o protofascistas, muchos de los cuales confluyeron en la alianza que llevó a Perón al poder por elecciones, con el nombre de Unión Cívica Radical (Junta Reorganizadora).

Mi familia no judía era muy numerosa y heterogénea: ocho tíos y tías, con una única soltera, que variaban desde la seriedad de un gerente de banco hasta el aventurerismo total del tío menor Antonio, que ayudó a crear el cuerpo de ambulancias en Francia durante la guerra del '14, desembocó en la Patagonia y contaba con dos muertes en su haber, por cuestiones personales. El abuelo, católico y monárquico, vivió casi toda su larga vida en Monte, un pueblo del sur de la provincia de Buenos Aires, donde emparentó por su mujer, nieta de italianos, con otras familias tan extensas como la suya. Mi padre, el tercero entre los hijos vivos, encabezaba el ala radical (por la UCR) de la familia, que contaba con una tía (Soledad) casada con uno de los caudillos del partido en Lobos, y con los hermanos menores. La mayor (María Antonia) y el gerente de banco (Armando) formaban el ala conservadora, admiradora de Mussolini y de Hitler. Tan admiradores eran, que la hija mayor de María Antonia inscribió a sus dos hijos en la asociación de los "requetés", el ala más derechista del franquismo, partidarios de la monarquía absoluta, con pretendiente al trono español. La tía María Antonia estaba casada con Enrique Petracchi, que llegó a Procurador del Tesoro bajo Perón, y daba conferencias sobre literatura española; uno de sus hijos (Enrique) es hoy miembro de la Corte Suprema de Argentina. Sí: uno de los que llevaba desde niño la cruz de los "requetés" en el pecho.

No acababa allí la familia, pues había tíos, tías y primos segundos, desde dueños de almacenes generales en mi pueblo hasta descendientes de generales de la independencia, y un tío político cuyo linaje llegaba hasta el caudillo Facundo Quiroga.

Mi familia judía era más simple: tres hermanas de mi madre, bastante mayores que ella, casadas con ucranianos conocidos de la familia desde Europa, menos una cuyo marido era rumano, pero con un apellido, Schwarz (con variadas grafías), que nada tenía de latino. Esta tía no tenía hijos, las otras dos sí: dos cada una, entre diez y quince años mayores que yo. Todos eran comunistas o compañeros de ruta. El *zeide* (el "abuelito yeide", como le decíamos David y yo, para distinguirlo del abuelo Viñas) no sé qué era, pero iba a la sinagoga los sábados, sin gran fanatismo, pues pasaba dos o tres meses con nosotros en el campo, donde no había ninguna posibilidad de rezar en un *minián* (había por allí muchos familias españolas, italianas y aun irlandesas, con alguna que otra gota de sangre india o negra, pero ninguna judía).

Ser judío I

Durante esos años mis tías judías fueron muy importantes para nosotros: las visitábamos a menudo cuando mi madre vivía, y después de su muerte vivimos durante un tiempo con ellas. Venían al campo a pasar las vacaciones con nosotros, que quedamos solos a cargo de Antonio, el hermano de papá, y pasamos un largo y extraño verano en casa de la mayor, Ana, en Bahía Blanca. Fuimos a nadar a las lagunas cerca de la ciudad, donde nos mordieron los cangrejos, comimos por primera vez como judíos europeos, y despertó nuestra afición literaria: editamos un periódico que se llamaba *El tambor*, en la máquina de escribir de mi tío Aarón, donde contábamos, para papá, las experiencias de cada día. Leímos nuestras primeras poesías más allá de los programas del colegio: Neruda nos gustaba, pero nos parecían abominables algunos de sus poemas de militante, como su "Canto a los bigotes de Stalin". Al tiempo, no sé cuánto, lo discutimos con mi primo Israel, a quien le parecían bien, y allí apuntaron nuestras primeras disidencias con los comunistas.

Las relaciones con los hermanos y hermanas de mi padre fueron más complicadas. Cuando mis padres se fueron a vivir juntos (calculo que mi madre tenía unos 18 años), el escándalo levantado en las dos familias fue, según me contaron, sensacional: ¡con una judía, y sin casarse!, ¡con un *goi*, y sin casarse! La familia judía, empero, perdonó cuando nací yo y mis padres se casaron. Mi abuela paterna, Dominga, no perdonó nunca. El abuelo Antonio sólo nos recibió en su casa cuando cumplimos siete años yo y cinco mi hermano David. Los hermanos menores de papá nos aceptaron prontamente, así como la mayor, María Antonia, y Rañó, su marido. Pero perduraron detrás de las buenas maneras de algunos y del sincero cariño de otros, las historias malévolas: la "Rusa" habría sido cabaretera y papá la rescató para casarse con ella. Eso me lo dijo mi prima Bibí, cuando yo era muy niño, y le di un cachetazo que se volvió folclórico entre los parientes.

De tal modo, supe que era judío desde que tengo uso de razón, aunque el término no tuvo connotaciones (ni positivas ni negativas) hasta que cumplí unos ocho años. Y fueron negativas, ya que se lo usó como burla contra un amigo en el colegio. Acostumbrados desde niños a responder a las burlas a puñetazos, el hecho dio lugar a la más homérica pelea que recuerdan los anales del colegio Mariano Acosta: todos contra todos, pues los judíos teníamos aliados, nadie sabrá nunca por qué. A puñetazos, patadas y algún mordisco, hasta que fuimos interrumpidos por los celadores.

En realidad, las peleas fueron más frecuentes que las veces en que me sentí agredido por judío. Me atacaron por ser hijo de radical en un pueblo de mayoría conservadora, y más tarde por la barba de mi padre en una época en que casi nadie la usaba (salvo Lisandro de la Torre y los judíos ortodoxos, pero éstos sólo en su barrio-gueto de Buenos Aires). La barba y la agresividad de mi padre, que no perdonaba que nadie se metiera con su pelambre. Más tarde aún, en algún episodio junto a David; por ejemplo, cuando lo agredieron en la revista nacionalista *Mayoría*, lo que nos llevó a asaltar la redacción. El director, Jacovella, y dos redactores que intentaron defenderlo, recibieron algunos golpes a manos de nosotros dos. *Mayoría* era una revista nacionalista, y tal vez la inspiración del artículo en cuestión haya sido el antisemitismo de su autor; pero eso apenas se notaba, pues más bien la intención de atacarnos era anti-izquierdista. En general debo confesar que ni en la época de *Contorno*, ni más tarde en mi actuación política, recibí ataques por ser judío. Aun en enfrentamientos como el que tuvimos con *Azul y Blanco*: nos acusaron de todo, usaron despectivamente adjetivos ("esos inteligentones de *Contorno*"), pero nunca aludieron a nuestra judeidad, a pesar de que hubiera sido fácil dado que había al menos cuatro judíos entre los redactores permanentes de la revista (Noé Jitrik, León Rozitchner, David y yo).

No sé qué dirían a mis espaldas, por supuesto, pero debió pasar mucho tiempo, hasta después del '83, para que los nacionalistas de entonces señalaran la judeidad de David y la mía, incluso en carteles fijados en las paredes de Buenos Aires. Hasta ese momento, los accidentes antisemitas que tuve fueron más bien en la vida privada, de parte de algún idiota que ignoraba que yo era judío, y, creyendo estar hablando "entre hombres blancos", se permitió decir algo desagradable o hacer algún chiste de mal gusto, como que él "reconocía a los judíos por el olor", que "las mujeres judías están buenas, pero los hombres son todos cobardes" y cosas similares, para poner cara de asustada sorpresa cuando yo le decía, con la mayor frialdad y desafío posible, que era, precisamente, judío.

Asistí, de muchacho, a una escena que se me grabó indeleblemente: un joyero ambulante visitó la que ya en ese entonces era la casa de mis tías, en Monte, y se habían reunido algunas amigas para ver alhajas y precios. En eso llegó Girado, dueño y editor del periódico *La Voz de Monte*, conocido por "El Pato" por las muecas que hacía con la boca al hablar. El joyero era rubión, de unos treinta años, y grandote; El Pato Girado charlatán, y, según resultó, antisemita, pues comenzó de pronto, sin que pueda recordar por qué, a decir necedades contra los judíos. Entre otras, resaltó lo de la atribuida cobardía. El joyero, que estaba sentado detrás del escritorio, frente a él, se levantó como desdoblándose, y sólo le dijo: "¿Le parece que todo eso que dice es cierto?". El Pato comenzó a balbucear, la cara desfigurada, y se fue sin contestar nada. El joyero, que no se había descompuesto ni un ápice, dijo: "Prosigamos", y siguió tratando de vender su mercancía.

Pero cada tanto, en algunas épocas con más frecuencia que en otras, se registraban incidentes: cementerios judíos profanados, negocios atacados con bombas de alquitrán o pintados con leyendas antijudías, sinagogas atacadas con bombas de alquitrán. Los muchachos de la juventud que impedían asaltos. Hasta que llegaron las tragedias: Graciela Sirota, herida y tatuada con una svástica en el pecho; Raúl Alterman, muerto. La primera, un ataque en banda, me llegó de lejos, por la prensa. Pero Alterman era mi amigo. Cuando entré en la UCRI, Raúl ya pertenecía a su movimiento juvenil. Cuan-

do nos fuimos para poner las bases del Movimiento de Liberación Nacional, nos acompañó. En ese momento de transición, el Partido Comunista ejercía gran presión sobre nosotros y otros grupos de jóvenes que dejaban la Intransigencia asqueados o molestos por la política de Frondizi. El se acercó al comunismo, por admiración al castrismo, y por la hegemonía, puramente hablada, que el PC tenía sobre las relaciones con Cuba. Seguimos siendo amigos, sin embargo. Lo mataron fríamente, al estilo de la mafia, dos nacionalistas que tocaron el timbre de su departamento y le dispararon a través del cristal de la puerta. Lo mataron, como escribieron en una carta, "por ser un cerdo judío comunista"; sin alguna de esas condiciones no lo hubieran asesinado en esa época.

La política y mi padre

Mi padre y la familia judía influyeron en mis ideas políticas de niño y adolescente, no de un modo sistemático o induciéndome a lecturas (pues unos y otros se limitaron a regalarme desde los libros de Constancio Vigil hasta los de Tarzán, Emilio Salgari, Julio Verne o Alejandro Dumas hijo, sin advertirme siquiera sobre las ideas políticas, tan dispares, presentes en las obras). Fue por conversaciones casuales o formales, por frases oídas a los visitantes (Rodolfo Ghioldi en la casa de mi tío Pablo Zeid; Ricardo Rojas, Nerio, Alfredo Palacios, Tamborini, Arturo Jauretche en la de mi padre), que fui aprendiendo historia y política; o en los actos del Socorro Rojo y en los mitines radicales. También por sufrir la represión policial: cuando eran disueltas las manifestaciones en las que hablaba mi padre (durante gobiernos de los conservadores o de Perón); cuando se lo llevaron detenido en las calles de mi pueblo, Monte, ante mis ojos, y yo reaccioné con todos mis siete años, echándole mi petiso encima al comisario (Calderón se llamaba). Después mi padre fue llevado a La Plata, pero para nosotros estuvo desaparecido durante diez días ("desaparecido", ¡que siniestro resultó ya entonces!). Cuando la policía invadió el campo en busca de armas. Cuando detuvieron a mi tío Egisto Ratti, y lo tuvieron de pie en el mingitorio de la comisaría, donde un sargento le meó las piernas durante dos días (en libertad, después de un mes, fue a buscar un revólver, y baleó al sargento en las piernas. También aprendí eso: a no admitir humillaciones, o a vengarlas). Acompañé a mi padre en una gira por Santa Fe para las elecciones de gobernador, en la que asesinaron al candidato radical y al caudillo de un pueblo en el Chaco santafecino. Esto lo vi: no había hospital en ese pueblo, y lo llevamos en auto a otro más provisto. Murió en el camino, desangrado, ante mis ojos espantados.

Durante esa gira, en Rosario, un grupo de nacionalistas asaltó el mitín radical al grito de: "¡Patria sí – Chade no!", por alusión a la compañía de electricidad de Buenos Aires, cuya concesión había sido prolongada por el Concejo Deliberante en una votación en la que los radicales dieron la mayoría, con la oposición del entonces joven Arturo Frondizi.

Pregunté a mi padre más tarde por qué los concejales de su partido habían votado de esa manera, y me contó que cuando él a su vez lo interrogó a Alvear, éste le había dicho: "Mire, Viñas, es que las campañas electorales se han vuelto demasiado caras para costearlas de nuestros bolsillos".

No sólo personajes visitaban la casa de mi padre. Cuando murió mamá, llegó una delegación de obreros y pequeños empresarios que habían vivido en la Patagonia, que traían una lápida con la leyenda: "A la compañera Esther...", y con la firma de varios sindicatos anar-

quistas. Así, comencé a enterarme de lo que había ocurrido en las huelgas de la Patagonia en los años '21 y '22, que llevaron a los fusilamientos de más de mil obreros por el ejército, y de cómo el entonces presidente Yrigoyen le había contestado a mi padre, cuando fue a plantearle que debía tomarse medidas: "Doctor, usted no entiende: no se puede tocar las instituciones que son pilares de la patria".

Hay que tener en cuenta la perspectiva de un niño y de un adolescente para comprender el modo como se grabaron esos y otros episodios en mí, cómo arraigaron y qué visión del mundo me dieron, mezcla de idealismo y de realismo: la visión de la policía y del ejército como instrumentos de los dueños del país; la idealización del pueblo pobre, de esos hombres y mujeres que venían, años después de los hechos, con una placa en la que estaba grabado: "A la compañera Esther...".

Los nacionalistas

También hay que tener en cuenta cómo se grabó en mí la violencia de la derecha nacionalista: ese puñado de hombres atacando con cachiporras una manifestación. Lo volvería a vivir: cuando los estudiantes de Derecho organizamos un mitín en la facultad para protestar contra las medidas del peronismo en la enseñanza, y un grupito del Sindicato de Estudiantes lo atacó, sólo para ser arrollado por la multitud; cuando, años después, atacaron un acto en el que hablé junto a Silvio Frondizi; otro (ya fundado el MLN) en el que hablé junto a Celia Guevara, la madre del Che; otro más, cuando hablaba en la Facultad de Arquitectura de Córdoba, y los atacantes eran los llamados Integristas Católicos, encabezados por Firmenich...

La ostentosa actitud de los nacionalistas cuando creyeron haber alcanzado el poder: cuando Manuel Fresco fue gobernador, fraude mediante, de la provincia de Buenos Aires, y organizaban marchas uniformados con camisas de colores a imitación de los fascistas europeos, y desfilaban desafiantes, sabiendo que contaban con el respaldo de la policía. Yo, niño, los miraba desde un automóvil, propiedad de mi tío Pablo Zeid, quien mascullaba: "Todos reciben sueldo", o algo parecido. Su fastuosidad: el Congreso Eucarístico Internacional, puesto en marcha por una Iglesia Católica que era en su mayoría fascista o profascista y el resto, liberal, como monseñor de Andrea, que había dado su bendición, sin embargo, en décadas anteriores, a organizaciones de ultraderecha, dirigidas a luchar contra el avance comunista y anarquista entre los obreros. Centenares de miles de personas fueron a las misas, se confesaron y comulgaron, y mi padre paseó a su familia entre la multitud, como nos llevaba a los desfiles, a presenciar un espectáculo. Nunca supe qué pensaba, pues nunca hablamos de esa presencia masiva de fieles.

Marcelo Sánchez Sorondo escribió, desde su posición pro-peronista de los primeros años, que muchos como él se hicieron fascistas por ser católicos. No dice que muchos más volvieron al catolicismo porque ya eran fascistas, pues mi tío Zeid estaba equivocado: nadie pagaba a los nacionalistas que desfilaban. La "oligarquía" argentina, que había sido anticatólica (y antiespañola) entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX, estaba volviendo a sus orígenes ante la amenaza de perder poder ante la clase obrera y la nueva burguesía hija de inmigrantes.

La "oligarquía", sus hijos pobres y su clientela. Porque Sánchez Sorondo (mi medio pariente político, en un tiempo) era, como él mismo me explicó una tarde acaloradamente, "honesto y pobre,

pobre con decoro". Y ello a pesar de ser hijo de un ex-ministro del Interior de Uriburu, Matías, que no se enriqueció en su cargo. Ya se ve: también hubo fascistas que no se corrompieron por dinero. Ni, digámoslo por Marcelo, por apetencias de poder.

Ser judío II

Aprendí temprano que la sociedad argentina (después sabría que casi todas las de "Occidente") estaba empapada de antisemitismo. Había no-judíos de buena fe, que no sólo se cuidaban de no hacer chistes antisemitas sino que no permitían que se hicieran en su presencia. Los demás iban desde el liberal, que se cuidaba de no aparecer como antisemita en público y de no parecerlo cuando había algún judío presente, hasta el neonazi descarnado. Y eso en todas las clases sociales sin distinción. ¿No se hicieron famosos los cánticos hirientes de las hinchadas de fútbol cuando su club jugaba contra Atlanta: "Ahí viene Hitler por el callejón/matando judíos/para hacer jabón"? ¿Y no llegó a la fama Divito, el dibujante humorista, sin que nadie se escandalizara porque en su historieta sobre Isidoro, el ahijado de Patoruzú, figurara el sastre Popof, su acreedor, con todos los rasgos estereotipados de las caricaturas antisemitas?

Los judíos en Argentina reaccionaban de diversas maneras también. Desde los que aceptaban esa realidad y procuraban luchar contra ella; los que la vivían de modo paranoico; los que se sentían incómodos con el hecho de ser judíos, y trataban de no asumirlo y de hacer como si no existiera el antisemitismo; hasta los que cambiaban de nombre, y vivían como no judíos y, en casos extremos, se convertían al catolicismo y hasta llegaban a actuar como antisemitas.

No conocí personalmente a nadie que se convirtiera, sí a multitud de los otros. Desde León Rozitchner, que llevaba orgullosamente el apellido y el recuerdo de su padre, hasta (en Israel) a Eliahu Sorek, que negaba haber sufrido nunca experiencias antisemitas. Jitrik, que casó con Tununa Mercado, hija de un prominente abogado y político cordobés y con sangre india en sus venas, se sentía algo incómodo con su judaísmo, aunque pudiera ser que fuera más bien con su pasado de niño judío pobre, pero nunca llegó al extremo de negar su origen. Otros, en cambio, me provocaron curiosidad, como el novelista que escribe con el seudónimo de Andrés Rivera, hasta que lo conocí y lo traté: sin que yo sospechara que era judío, sacó a relucir el nombre de su padre, orgulloso del papel que había jugado en el sindicalismo argentino (recuerdo su expresión: "Desembarcó, y antes de iniciar ningún trámite, fue al local del Partido Comunista"). Mucho más tarde, le rendiría homenaje en una novela excelente, *Todo es memoria*.

Pero nunca me atreví a preguntar a Rivera porqué firmaba sus novelas con ese nombre, de modo que me he quedado con la duda. Tal vez, sólo tal vez, sintiera que era difícil llegar a ser un escritor argentino con un apellido como el suyo, le diera un poco de incomodidad, y hasta de vergüenza.

Y a la afirmación de Sorek, la respuesta la dio la madre de éste, en una larga conversación que sostuvimos una noche en Jerusalén. Contó cómo se vio obligada a mudarse de barrio en Buenos Aires ("A un barrio no judío", dijo), porque los muchachones le orinaban el umbral de su casa...

No fue porque sí que el "yeide" cambió su apellido en el Hotel de Inmigrantes.

Se llamaba Polinsky; se inscribió como Porter.

judaica
publicación mensual
director: salomón resnick
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 201.202
Año XIII Buenos Aires, Abril de 1946 Nº 154

Adopción de niños europeos

La situación alimenticia en Europa ha llegado ya a un extremo tan agudo, que muchos gobiernos se han visto obligados a emprender colectas de ayuda para mitigar el hambre que azota al Viejo Continente. En la Argentina, además, el gobierno ha decidido concentrar en sus manos las iniciativas privadas de socorro. La palabra de orden es: enviar, cuánto antes, productos alimenticios, de vestuario, medicamentos, a fin de sustraer a la extinción el mayor número de habitantes europeos, expuestos poco menos que a la inanición. Frente a este estado, la UNRRA se ha visto obligada no sólo a impetrar la contribución urgente de los gobiernos, sino que ha tenido que enviar un emisario especial a los países sudamericanos, al expresidente Hoover, para lograr una cooperación inmediata y efectiva en esta lucha titánica contra el hambre.

Para nosotros, los judíos, esta lucha no es novedosa, desde luego. Hace años que venimos practicándola. Poseemos entidades especiales encargadas de esta tarea, entre ellas el JOINT, que se dedica exclusivamente a ella y que en los 31 años de su existencia de invertido en esta obra de salvamento doscientos millones de dólares. Hasta hace pocos años éramos los únicos en este campo; hoy casi todos los pueblos europeos se ven obligados a acudir a la ayuda extraña para poder sobrevivir.

Ahora, dentro de esta lucha contra el hambre, nos toca afrontar nuevos problemas, entre ellos el de la emigración, sobre todo debido al recrudecimiento del antisemitismo en varios países europeos, especialmente en Polonia. Y dentro de este problema agudo, surge, con caracteres especiales, el de la masa de huérfanos judíos, desamparados y hambrientos, sin hogar y sin perspectiva. Existen en la actualidad varias iniciativas para salvar a esos pequeños sobrevivientes, trasladándolos a otros países, particularmente a Palestina y las repúblicas americanas.

Por suerte, varios gobiernos americanos han expresado su buena disposición para permitir la entrada de huérfanos judíos, y sabemos que las grandes organizaciones de ayuda judías, en primer término el JOINT, están dispuestas a facilitar este traslado, tomando a su cargo los gastos correspondientes. Pero naturalmente es preciso que las colectividades israelitas americanas tomen luego a su cargo el sostenimiento adecuado de esos pequeños inmigrantes, ya sea en institutos especiales, ya en casas de familia. Sabemos que existen muchísimas familias que adoptarían con mucho gusto a niños traídos de Europa, de tal modo que su subsistencia no acarrearía dificultad alguna ni para el país que los albergue ni para las sociedades judías del mismo. Lo menos que pueden hacer los correligionarios de estas repúblicas es tomar a su cargo el cuidado de un huérfano judío. Y lo harán muchísimas familias, como decimos. Pero con todo, no basta la buena voluntad. Es menester que se organice una entidad responsable que vigile la estada de los huérfanos en sus nuevos hogares, que vigile su bienestar material y moral, su subsistencia física y espiritual. Porque es grande el compromiso que una colectividad contrae al traer a su medio una cantidad de huérfanos judíos. Es necesario rodearlos no sólo de cuidados materiales, sino también de un ambiente cariñoso y de una atmósfera judía elevada. No basta con la responsabilidad material de los que decidan adoptar a un niño traído de Europa; al mismo tiempo que solvencia material para sostenerlo, deberán acreditar también solvencia moral para guiarlo en la vida e imbuirlo de dignidad judaica, de apego a su pueblo. De lo contrario sería un menoscabo entregarle esos niños salvados del infierno.

Nos parece, por consiguiente, que en la tarea de salvar a la niñez judía de Europa no bastará con la buena voluntad de los gobiernos que permitirán su ingreso a sus respectivos países, ni con la buena disposición de las grandes organizaciones judías para sufragar el traslado de los huérfanos. Será menester, como complemento de esas posibilidades, un riguroso sistema de ubicación de los niños en buenas manos y un cuerpo capacitado para vigilar su permanencia, su instrucción, su desarrollo, en sus nuevos hogares. Esta tarea, naturalmente, les incumbe a las comunidades locales, las que deben encarar el problema con criterio amplio, a la par que generoso. Será una tarea nada fácil, pues la responsabilidad que se ha de asumir es grande y significativa. De ahí que sea preciso encarar el problema con antelación, para estar preparados en el momento en que empiecen a llegar los niños. Adoptarlos significará en este caso adquirir su paternidad espiritual frente a todo el pueblo judío. Confiemos en que así lo harán quienes tengan en sus manos esta delicada cuestión.

(Ultimo editorial escrito por Salomón Resnick).

¿Indios o judíos?

A propósito de la Historia de la ciudad de Buenos Aires, *de Enrique de Gandía*

Boleslao Lewin

Introducción de B.L. (1941): *La obra que motiva las líneas que siguen más abajo apareció en los años 1936 y 1937. Si la presente controversia se publica ahora, no se debe esto a una demora del que suscribe, sino a las condiciones imperantes en el mundo periodístico. Sencillamente no era posible hallar una revista seria de carácter general (no judía) que quisiera acogerla.*

En los últimos tiempo sentí más que nunca la necesidad de sacar a luz el presente artículo, para llamar la atención de ciertas personas bien intencionadas de la colectividad y fuera de ella, sobre el verdadero valor de las afirmaciones melosas del señor Enrique de Gandía. Dicho señor, en un artículo publicado en La Nación, *hace algún tiempo, hizo una defensa tan enconada de la Inquisición que pudieron surgir dudas sobre si perseguía un fin científico. Ultimamente, en un manual histórico destinado a la enseñanza escolar, el mismo señor lanzó un ataque frontal contra los judíos. Pera no alargar más estas observaciones marginales, voy a agregar un solo dato: el señor Gandía, con un grupito de intelectuales, cuya filiación es obvio destacar, firmó una adhesión al "caudillo" Francisco Franco. Por cierto, en este caso fue consecuente consigo mismo. Por algo le entusiasman tanto los "Autos de fe"...*

Las líneas que siguen aparecen en la forma como fueron escritas hace un par de años. Esto explica la presencia de algunos giros ya anticuados en vista del recrudecimiento del sentimiento antisemita del señor Enrique de Gandía. Boleslao Lewin.

EL autor de estas líneas y el historiador Enrique de Gandía, por una de las fatales e inexplicables leyes de la naturaleza, nacieron bajo constelaciones distintas. Este hecho impulsa quizás inconscientemente al que suscribe, a demostrar inexactitudes en las obras del citado historiador argentino, a quien no tiene el gusto de conocer y al que le es grato atribuir méritos científicos.

Hecha esta salvedad, absolutamente necesaria, ya que se trata de una controversia entre historiadores eminentes y un periodista conocido sólo en el círculo de sus amigos, vamos directamente al tema.

En la *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, obra que fue encomendada por el ex intendente, Dr. Mariano de Vedia y Mitre, según resolución de 6 de noviembre de 1935, "a personas de reconocida

La polémica entre los historiadores B. Lewin y E. de Gandía apareció en ***Judaica*** *No. 94 (abril de 1941) y No. 95 (mayo de 1941), y testimonia los prejuicios antijudíos de algunos intelectuales argentinos del campo liberal en aquellos años.*

competencia" en la materia de historia nacional, es decir, a los señores Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, nos encontramos con una transcripción (no se indica de dónde fue sacada), que dice lo siguiente:

> "También afirmaba (el obispo Malvar en 1783 – B.L.) que en Buenos Aires existían **indios** (subrayado nuestro – B.L.) protestantes y herejes...".

A cualquiera le chocará en seguida esta comparación de "herejes, protestantes e indios". ¿Acaso a fines del siglo XVIII los indígenas constituían un núcleo religioso distinto de la masa católica en general? Nadie sostendrá tal cosa. Tampoco afirmará una persona que conozca historia que la frase citada, aún haciendo abstracción de la época, pudo haber tenido algún sentido, puesto que a los indios, en casos de herejía, se les trataba de otra manera que a los blancos "protestantes y herejes". ¿De qué se trata, pues, en la curiosa transcripción que hacen los señores Gandía y Zabala en la historia oficial de la ciudad de Buenos Aires? Creemos, y tenemos la audacia de decirlo, que se trata de una frase premeditamente deformada, para pasar por alto el actualmente escabroso problema de la participación judía en la formación de la ciudad de Buenos Aires y de la República Argentina.

Queremos subrayar que al calificar tan crudamente el proceder de los señores Gandía y Zabala, por lo menos salvamos su dignidad de historiadores, pues de otra manera tendríamos que decir que no sólo hacen copias deficientes de manuscritos antiguos, sino que tampoco conocen la bibliografía ya publicada en la materia tratada por ellos.

Vamos a ver primero lo que hay en la literatura histórica respecto a la cuestión planteada por nosotros. En la *Historia Eclesiástica del Río de la Plata* (Buenos Aires, 1914), dice Rómulo D. Carbia:

> "En las capitulaciones del asiento negrero de los ingleses, se instituye que podían actuar en la llamada compañía, hombres de todas las ideas religiosas, con la única condición de que cuidarían de no escandalizar a los católicos ni lesionar sus creencias; y esta franquicia dada contra el parecer del Consejo de Indias tuvo consecuencia en el Río de la Plata. Como se recordará, en 1783 el obispo Malvar, en documento público dejó constancia de que en Buenos Aires eran frecuentes los delitos de protestantismo, herejía y **judaísmo** (subrayado nuestro – B.L.)".

Textualmente el obispo dijo lo que sigue:

> "...que en esta Ciudad Existían Judíos, Protestantes y Erejes, y que al fin no se podía explicar más sobre estas materias que havian llegado con asombro a sus oydos por no parecerle conveniente" (Archivo General de la Nación – Archivo del Cabildo de Benos Aires. Años de 1780-1783).

Dejamos constancia de las palabras del obispo, en el facsímil del documento (última línea) que publicamos al lado. El lector tiene posibilidad de observar, que, cientamente, la *J* no se distingue mucho de la *I*, por lo que, si el asunto se redujera a este solo documento, el pecado de los señores Gandía y Zabala sería insignificante. Podríase únicamente expresar dudas sobre el método de trabajo de los historiadores nombrados. Pero en el mismo Archivo del Cabildo, donde figura el documento firmado por Fray Sebastián Malvar, que nos interesa en este momento, se encuentra también la respuesta del Cabildo a la declaración del obispo, la cual lo aclara todo de una manera indubitable. Dice el Cabildo:

> "Buenos Ayres y Marzo veynte y seis de milsetecientos ochenta y tres. En acuerdo que celevro el Mui Ilustre Cavildo Justicia, y Regimiento oy dia de la fecha se halla un Capitulo del Tenor siguiente. Se trato sobre la transferido en el anterior Acuerdo de quince del corriente

> para lo que se traxo a la vista el Proceso formado sobre las novedades introducidas por la Curia Eclesiastica, y enterados nuevamente los Señores de la respuesta que dio el Señor Obispo a los Señores Diputados (que queda sentada) a consecuencia de la resolucion que se tomo por este Ilustre Cavildo. Acordaron que por medio de otra igual Diputacion se haga presente a su Señoria Ilustrisima que la imposición de contribuciones, y pensiones al publico no son armas propicias para Castigar los Crimenes de los Matrimonios Clandestinos, ni para pagar los delitos de erejia, y **judaismo** (subrayado por nosotros – B. L.) (Archivo General de la Nación. Archivo del Cabildo de Buenos Aires. Años 1870-1783).

No hemos iniciado la controversia por puro gusto de mostrar inexactitudes en la obra de dos historiadores de renombre. Escribimos el artículo presente por considerar que no se puede y no se debe pasar por alto deformaciones de citas, por conveniencias del momento. Es cierto que la historia es una ciencia eminentemente política. Pero es una ciencia basada en documentos objetivos, que nadie tiene el derecho de alterar. Ni siquiera el que ve con desagrado ciertos fenómenos del pasado. La interpretación, eso sí, le corresponde al historiador.

Respuesta de Enrique de Gandía

Buenos Aires, 1 de agosto de 1941.
Señor D. Salomón Resnick, Director de *Judaica*.

Señor Director: Hoy –1 de agosto: fecha que trae el sello del correo– recibo el número noventa y cuatro de la revista *Judaica*, que usted dirige. Este número corresponde al mes de abril del corriente año. Ignoro quién ha tenido la gentileza de enviármelo. Si no hubiese sido por esta atención anónima no habría tenido el placer de leer el artículo que motiva esta líneas.

El artículo a que me refiero se titula "¿Indios o judíos?" y está firmado por el Sr. Boleslao Lewin. En él se me atribuyen unas ideas y unos propósitos que nunca he tenido. Por ello le ruego encarecidamente quiera publicar esta carta. No dudo que su gentileza querrá concederme este derecho de defensa o de aclaración.

En primer término ignoro por qué el Sr. Lewin, cuya obra *El judío en la época colonial* he leído el año pasado con mucho interés, me hace objeto de un ataque injusto. Esta injusticia nace de unos errores o malas informaciones del señor Lewin. Estoy seguro de que al final de estas líneas será el primero en recononer mi rectitud.

Dice el señor Lewin que en un artículo publicado hace algún tiempo hice una defensa enconada de la Inquisición. El artículo era objetivo, explicaba cómo en España, por razones políticas, se perseguía a quienes no profesaban la religión del estado, y terminaba con una fuerte crítica de la Inquisición cuando perdió su razón de ser nacionalista y en vez de defender la integridad del estado se utilizó para escrutar el pensamiento. Al señor Lewin todo esto le parece una defensa. A muchos señores católicos les pareció un ataque. Es una cuestión de opiniones. Yo sólo he tenido la aprobación de los estudiosos imparciales, de los investigadores libres de prejuicios.

Dice el señor Lewin que en un manual histórico destinado a la enseñanza escolar lancé un ataque frontal contra los judíos. El manual histórico –*Historia de la República Argentina en el siglo XIX*– no está destinado a la enseñanza escolar. El ataque frontal ocupa unos párrafos y contiene una serie de verdades. Sin embargo he prometido a unos amigos judíos revisar esos conceptos y modificarlos en varios puntos. Así lo haré.

Dice el señor Lewin que "con un grupito de intelectuales" firmé una adhesión al caudillo Francisco Franco. Esto no es cierto. Nunca he firmado tal adhesión. Ignoro por qué el señor Lewin falta a la verdad en este particular.

Dice el señor Lewin que el señor Rómulo Zabala y yo en el tomo segundo de la *Historia de la ciudad de Buenos Aires* hemos deformado, con premeditación, una frase a fin de no reconocer la existencia de judíos en la antigua Buenos Aires. Las palabras del señor Lewin son exactamente las siguientes: "Creemos, y tenemos la audacia de decirlo, que se trata de una frase premeditamente deformada, para pasar por alto el actualmente escabroso problema de la participación judía en la formación de la ciudad de Buenos Aires y de la República Argentina". El señor Lewin, con el documento original del Archivo General de la Nación, prueba, en efecto, que en la frase, transcripta por nosotros, donde el obispo Malvar decía, en 1783, que "existían indios", "protestantes y herejes", no debe leerse "indios", sino "judíos."

El señor Lewin tiene razón. El error es de una letra. En el documento la "Y" mayúscula no se distingue de la "J" y la "u" ha sido confundida con una "n". Sobre este particular no hay discusión. Pero el señor Lewin me ataca injustamente, pasando por alto, con verdadera premeditación, un hecho que, entre historiadores honestos, no habría debido silenciar. Me detengo sobre este punto porque él me revela una intención de herirme y atribuirme, en compañía del señor Zabala, un propósito grave que nunca hemos tenido: el de pasar por alto un problema que, para nosotros, no tiene nada de escabroso. El señor Lewin, si hubiese procedido conforme indica la más elemental ética de historiador y de polemista, habría debido decir lo siguiente: los señores Zabala y Gandía no han cometido ningún error de copia, ni han pretendido deformar ninguna frase: han transcripto entre comillas, con fiel exactitud, las líneas veinticuatro y veinticinco de la página ciento noventa y seis del tomo séptimo, serie tercera, de los *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, publicación oficial, impresa por el Archivo General de la Nación en esta ciudad en el año mil novecientos treinta. En efecto: en el lugar indicado se lee las palabras: "existían Indios, Protestantes, y erejes": tal cual.

El señor Zabala y yo, al escribir nuestra *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, no hemos creído necesario, cuando tuvimos que consultar los *Acuerdos del Extinguido Cabildo*, acudir a los originales manuscritos. Están impresos perfectamente, en forma paleográfica, y el error más grave que contienen es, sin duda, el cambio de la "u" en "n" que ha señalado el señor Lewin. Conste, por tanto, de un modo concluyente, que no hubo en nuestra *Historia* ningún error de copia ni existió ningún propósito de deformar frases. El error fue cometido por los impresores de los *Acuerdos*.

Señor Director: todo esto no tiene ninguna importancia, ni por el cambio de una letra, ni por lo que se refiere a los judíos en el Buenos Aires del siglo XVIII, puesto que nuestra *Historia* habla del desarrollo de la ciudad y no de las cuestiones religiosas o raciales que existían en ella. La que para mí tiene importancia es el propósito que ha guiado el escrito del señor Lewin. El señor Lewin no ignora que el señor Zabala y yo hemos transcripto unas líneas entre comillas sin cometer ningún error. No lo ignora porque es inadmisible que no haya verificado el pasaje correspondiente en la edición impresa antes de ir al original. Si no hubiese hecho esta verificación no sería ni un buen historiador ni un buen crítico. Y si la hizo y la calló, como parece, no es un polemista correcto. Esta sospecha se agrava en otro

fundamento: una acusación injusta e inexacta del señor Lewin. Dice, al comentar la cita en cuestión, que "no se indica de dónde fue sacada". Esto no es verdad. Observe el señor Lewin y quien quiera verificarlo que al final del capítulo se dice "Notas del capítulo noveno" y que la cita número ocho señala los *Acuerdos del extinguido Cabildo*, con el tomo exacto para que cada pasaje se confronte en la fecha correspondiente. El Sr. Lewin, por tanto, ha sido inexacto al afirmar que no hemos indicado la fuente.

Estas aclaraciones tienen por fin demostrar la injusticia de una acusación y la forma correctísima con que el Sr. Zabala y yo hemos escrito la *Historia de la ciudad de Buenos Aires.*

Me complazco en agradecer al Señor Director la publicación de estas líneas y en saludarlo con mi consideración más distinguida.

(**Judaica**, *No. 94, abril de 1941)*

Réplica a la carta del Dr. Enrique de Gandía

Señor Director de *Judaica* D. Salomón Resnick
De mi mayor aprecio:

El artículo mío "¿Indios o judíos?", publicado en el número 94 del prestigioso órgano que usted dirige, provocó la muy natural reacción de parte del Dr. Enrique de Gandía, contra quien fue dirigido. Como el Dr. Gandía en la réplica defiende su posición netamente antisemita pretendiendo, a la vez, ser un hombre sin prejuicios, siento la obligación de contestarle. Para que la discusión no degenere en una polémica personal y para que la imparcialidad y seriedad de *Judaica* no se vean afectada, voy a eludir toda referencia que no tenga atingencia estricta con el tema discutido. Le ruego, pues, quiera darle cabida en la revista.

¿Defiende a la Inquisición el Sr. Gandía?

Con respecto a esto veamos algunos trozos de su artículo "Un punto de vista histórico", aparecido en *La Nación*, de Buenos Aires.

> "En ninguna nación como en España la cuestión religiosa llegó a ser una cuestión política tan terrible. Para dominarla se necesitaba implantar un organismo, un tribunal capaz de imponer orden en las conciencias y en las acciones de los hombres, algo que asegurase el poder de los reyes sobre sus súbditos y mantuviese el Estado firme y sólido como una roca. La ayuda de la Inquisición no pudo ser más original y acertada.
>
> La Inquisición tuvo la misión inmensa de salvar a la cristiandad cuando musulmanes y judíos amenazaban hacerla sucumbir.
>
> Pocos temas como el de la Inquisición han sido objeto de tantas discusiones e interpretaciones; pero cuando se le estudia desapasionadamente no se puede por menos que admirar la sabia idea de Isabel la Católica y reconocer que sin la ayuda del Santo Oficio nuestra cultura y civilización no existirían y el descubrimiento de América se habría retardado tal vez más de un siglo".

¿Defiende, pues, a la Inquisición el Sr. Gandía? Como hemos visto no puede caber duda al respecto. Pero sí caben puntos de vista estimativos. El punto de vista del Sr. Gandía es favorable para la

Inquisición. Esto lo lleva –con una fatalidad que no atribuyo a preferencias conscientes sino a la lógica misma de las cosas– a defender incluso los métodos horribles empleados por el Santo Oficio, restándoles importancia y atribuyéndolos a la famosa "leyenda negra" antiespañola.

Si la persecución bestial de judíos, moros y librepensadores desde el punto de vista histórico del Sr. Gandía está justificada, no lo es, aún desde su punto de vista, la persecución de supuestas hechiceras y brujos. Y, sin embargo, el Sr. Gandía sale en defensa de la Inquisición española también en este caso, diciendo que apenas fueron quemados 2.000 brujos, con lo que quiere significar la falta de importancia del asunto. Sin hacer cuestión de la cifra que a nosotros no nos parece tan insignificante, por la tragedia que involucra, cabe formular la siguiente pregunta: ¿puede haber un desatino más grande, una manifestación mayor de barbarie e incultura que la condenación a la hoguera de supuestas brujas y hechiceros?

También en América los cuerpos de las desdichadas mujeres acusadas de hechicería ardían en los "Autos de fe".

El Sr. Gandía sostiene (en el artículo citado) que las torturas de la Inquisición fueron "fantásticamente exageradas". Para demostrar cuán equivocado –debido a su punto de vista histórico– está el Dr. Gandía, transcribo la siguiente acta de la Inquisición limeña de 1648, que de por sí es una acusación terrible contra el Santo Oficio y sus defensores modernos. Elijo a propósito un caso sucedido en el Nuevo Mundo, porque los que comparten el "punto de vista" del Sr. Gandía, sostienen que en América la Inquisición existía tan sólo nominalmente. He aquí el documento en cuestión, tal como aparece en la obra del insigne polígrafo chileno, don José Toribio Medina.

.....

¿Civilización cristiana o civilización humana?

Con la cuestión del carácter de la civilización moderna, tal como lo concibe el Dr. Gandía, está íntimamente ligado el asunto de la Inquisición. Según el secretario de la Academia Nacional de la Historia "en tiempos de los Reyes Católicos la Inquisición salvó al mundo occidental. Más aún: si en el futuro nuestra sociedad de raigambre cristiana, aunque de ideas liberales, se viera amenazada por un peligro extraño capaz de cambiar su forma y su espíritu y deseara conservarse tal cual es, tendría que crear una nueva Inquisición para hacer posible su existencia".

Cabe preguntar si la civilización moderna puede ser considerada como civilización cristiana. A nuestro modo de ver este "punto de vista" del señor Enrique de Gandía está totalmente equivocado, pues lo que él llama civilización cristiana (o sociedad de raigambre cristiana), es un producto de las culturas judía y griega en primer término, y de muchas de otras más que no es el caso de enumerar.

Lo que el cristianismo le debe al judaísmo no creemos necesario exponerlo. Queremos tan sólo señalar que a medida que el cristianismo se alejaba de sus fuentes judaicas, asimilaba elementos helénicos. Santo Tomás de Aquino, el doctor por antonomasia de la Iglesia católica, fue el que más se sirvió de Aristóteles, como se sirvió de él su casi coetáneo doctor del judaísmo, Maimónides.

La sociedad de "raigambre cristiana" del Sr. Gandía, cuya parte integrante –como lo confiesa él– es la Inquisición, se esforzó en destruir las conquistas espirituales del Renacimiento judeo-árabe del siglo XIII en España, sin el cual no hubiese sido posible el Renacimiento de los siglos XV y XVI, que influyera tanto en la empresa de

la Conquista y en el desarrollo de la actual cultura y civilización. Y, aunque se trata de una verdad perogrullesca, el señor Gandía me obliga a decir que el Renacimiento en su faz espiritual o, como algunos quieren, precursora (humanismo), significa la asimilación de valores de origen muy distinto de los cristianos.

No pienso dilatar más estas acotaciones, para no llevar la discusión al terreno filosófico. Lo que creo necesario subrayar es que el amor por la Inquisición le hace decir al Sr. Gandía una enormidad tan grande, como que sin el Santo Oficio "el descubrimiento de América se habría retardado tal vez más de un siglo".

Y, sin embargo, todos pensábamos que el Descubrimiento está intimamente ligado con el movimiento de ideas y con la ampliación del horizonte intelectual promovido por el Humanismo, tan mal visto por la Inquisición, la cual en América (Méjico) quemó las crónicas indígenas de la época precolombina. (...)

Veamos cuáles son las "verdades" del señor Gandía:

> "El Presidente Roque Sáenz Peña dijo la frase célebre 'América para la humanidad'. Uno de nuestros grandes sociólogos –el doctor Lucas Ayarragaray– la completó en esta forma: 'América para la humanidad blanca'. En efecto: la raza negra, cada vez en mayor decadencia entre nosotros, ya no inquieta, pero en contra puede ser un peligro la raza amarilla. Esta amenaza por fortuna parece conjurada. En cambio no se ha tomado medidas contra la inmigración judía. El pueblo judío es digno del mayor respeto por su inteligencia, su espíritu financiero y ahorrativo, su constancia y su afán de superación; pero no conviene en absoluto en un país agrícola ganadero como el nuestro, porque el judío no es un cultivador, ni un ganadero. El judío no trabaja con sus manos, sino que especula con su inteligencia y se convierte fatalmente en un director o en un usurero que subyuga o que explota. El judío en nuestro país, no cultiva un solo campo; pero es dueño de estancias que hace trabajar por otros y compra las lanas, cueros y cereales, para revenderlos en el extranjero. En todo momento es siempre un intermediario, un especulador que gana comprando a uno y vendiendo a otro y privando al vendedor de una ganancia mayor y al comprador de una economía. Una nación que abre las puertas a la inmigración judía puede estar segura de que en pocos años todos los puestos directivos –tanto financieros, como políticos, militares, científicos y sociales– han de ser ocupados por judíos. Y la judaización de una nación significa desnaturalización, pobreza y esclavitud".

Sin entrar en el análisis de las pretendidas verdades del señor Gandía que, aún en caso de admitir su buena fe, no constituyen otra cosa que calumnias vulgares de una fuente de información muy sospechosa, y que no honra al autor, declaro que me indigna la renuncia que el Dr. Gandía hace de sus verdades a pedido "de unos amigos judíos".

Sr. Gandía, las verdades se defienden. A los errores se renuncia. (...)

***Judaica**, No. 95, mayo de 1941*

Indios y judíos: Inversiones e invenciones del imaginario y la literatura contemporánea

Ariel Segal

CUANDO dos historiadores argentinos, Boleslao Lewin y Enrique de Gandía, polemizaron en *Judaica* sobre el aporte de los judíos a la fundación de Buenos Aires, uno de los principales temas que generó la aguda polémica entre ambos fue la confusión gramatical del uso de las palabras *Iudio e Indio* en archivos de la época colonial. Más de tres siglos antes de que ambos académicos se toparan con aquellos documentos de la Inquisición y otras instituciones coloniales en donde se usaba la palabra indios para referirse a los judíos, teólogos católicos habían aprovechado la similitud de estos términos para justificar la popular teoría de los aborígenes latinoamericanos como descendientes de las tribus perdidas de Israel.[1]

Ya en 1638 encontramos al teólogo español Calancha desmintiendo la curiosa historia que llegó a sus oídos, según la cual la

Venezuela, 1963. Reside en Israel desde 1997. Completó su doctorado en la Universidad de Miami sobre una comunidad descendiente de judíos en Iquitos, Amazonía peruana. Ha publicado dos obras de ficción: ***David de los tiempos*** *(1989) y* ***Llegar cerca*** *(1996). Este texto fue escrito especialmente para elucidar la polémica Lewin-De Gandía desde una perspectiva cultural actualizada.*

evidencia de una relación indo-judía resultaba obvia de la derivación de la palabra **indio** y **iudío**. Calancha desechó la teoría de las diez tribus perdidas de Israel como ancestros de la población nativa de Latinoamérica y calificó de absurda la idea de la asociación de las palabras **indio** y **iudío**, ya que los indios nunca se llamaron a sí mismos con ese nombre.[2] El uso de la I o de la J para deletrear 'judíos' dependía del criterio de cada autor de la época. El mismo tipo de derivación se encuentran en textos de teólogos protestantes que utilizaban indiscriminadamente la palabra *Jew* y *Iew* o *Iewe* para referirse a los judíos. La mayoría de las teorías que vinculaban a los indígenas del continente americano con los judíos se basaban en los relatos bíblicos de la misteriosa tierra de Ofir, donde el Rey Salomón envió sus embarcaciones en búsqueda de oro y otros materiales para la construcción del templo (Reyes I, 9:26 y 10:10) y la aún más popular teoría de las Diez Tribus Perdidas de Israel.

Indios y judíos. Una vuelta de una N o de U, pero mucho más que eso. Durante tres siglos fueron muchos los teólogos y filólogos que polemizaron sobre una posible relación entre estos dos pueblos. El pensador judío más famoso que entró en este debate fue Rabí Menasé ben Israel, quien en 1650 escuchó una historia pintoresca relatada por un sujeto excéntrico convocado por las autoridades religiosas de la comunidad judía de Amsterdam. Antonio de Montesinos, un portugués converso que había sido encarcelado en Cartagena por el tribunal de la Inquisición, contó el relato de su fascinante encuentro con un grupo de indios de Nueva Granada. Estos indígenas aseguraban estar en contacto con una comunidad de hebreos que se había establecido en las Américas desde tiempos atrás, luchando y derrotando a otras tribus de la región y a conquistadores españoles que se atrevieron a atacarlos. Según Montesinos, los indios que él encontró habían llegado a la conclusión de que esos hebreos eran invencibles porque habían sido portadores de la única y genuina fe, y por eso los indios le pidieron a los hebreos que les enseñaran su religión. Los misteriosos judíos de Nueva Granada no querían ser perturbados y disfrutaban de su aislamiento, pero aun así accedieron a sostener encuentros esporádicos con estos indios y, poco a poco, les enseñaban la fe judía.

Menasé ben Israel escuchó la historia de Montesinos y, estimulado por su amigo, el teólogo inglés Thomas Thorowgood (quien apoyaba la teoría de las Diez Tribus Perdidas), se decidió a escribir sus opiniones sobre el asunto. El resultado fue su obra clásica *Mikveh Israel* o *La Esperanza de Israel* (1650), en la cual el rabino concluyó que las Indias habías sido habitadas en tiempos antiguos por algunas de las tribus israelitas, mientras que otras se habían dispersado a lo largo y ancho del mundo.[3]

Como lo muestra el relato de Antonio de Montesinos, la realidad y la ficción se confunden en todo lo que concierne al imaginario hebreo con respecto a los indígenas del continente americano, como una N o un U alocada que gira hacia arriba o hacia abajo de acuerdo a la visión mítica u onírica de cada quien. Varios teólogos e historiadores se tomaron en serio la posibilidad de una conexión indo-judaica, pero como contribución a este número homenaje de NOAJ, mencionaré algunos de los escritores que de manera más fantasiosa, y si se quiere, humorística, se han deleitado con este tema.

Sholem Aleijem, en su vasta obra que parece no haber descuidado un solo tópico relacionado con la tradición y la cultura judía, no escribió expresamente sobre indios y judíos, pero en su cuento

"The Red Little Jews" (1900) nos presenta el relato de un judío de Eretz Israel que visita a "los pequeños judíos rojos" después de cruzar el mítico río Sambatión, que, de acuerdo a leyendas medievales sobre las Diez Tribus Perdidas de Israel, separaba a la judería de Europa de sus hermanos extraviados desde la época del exilio en Babilonia. El extraño visitante ("nadie podría posiblemente imaginar algo así – que un judío no tuviese cabellera roja, una deformación, un monstruo") tiene problemas en convencer a sus "hermanos rojos" de que llego la hora de marcharse de su lugar de exilio hacia la tierra de Israel. Tras un largo debate en el que todos hablan al mismo tiempo sin dejar hablar a lo demás, sólo los más versados de esta tribu perdida deciden aunarse a la lucha por formar una patria judía en Eretz Israel. La mayoría de "los pequeños judíos rojos" regresan a sus casas sin haberse convencido del discurso sionista de su visitante; unos pocos comienzan a prepararse para el largo viaje: "En su camino a casa, ellos repetían parábolas de sus sabios y contaban chistes sobre los otros [los convencidos por el visitante], se mofaban de ellos desdeñando lo que habían dicho. Especialmente, se burlaban del extraño que había atravesado el río Sambatión, y del dueño de la Posada Roja y de los rabinos, y de los pensadores letrados, de los Maskilim, y de la nueva Sociedad de Judíos Rojos de Eretz Israel y de todo el mundo".[4]

El cuento de Sholem Aleijem se centra en la idea sionista y en la leyenda de las tribus perdidas, pero la idea de que sus personajes fuesen "pequeños judíos rojos" podría tener sus orígenes en las diferentes teorías de algunos teólogos del siglo XIX que sostenían que los pieles rojas norteamericanos eran descendientes de tribus perdidas de Israel. Esta teoría fue tan popular, que muchos libros circularon a partir del del siglo XIX señalando la existencia de "judíos pieles rojas" . Por ejemplo, la ficción de Charles Even, *The Lost Tribes of Israel, or the First of the Red Men*, no es más que un ejemplo de las muchas obras que al respecto escribieron un selecto grupo de protestantes norteamericanos como el investigador James Adair, Elias Boudinot, presidente de la American Bible Society, y el líder político William Penn.[5]

En *La vida a plazos de Jacobo Lerner* (1976), el escritor peruano Isaac Goldemberg (quien es hijo de un judío y una peruana de ascendencia indígena) no sólo juega con la figura literaria de un judío mestizo latinoamericano en el personaje de Efraím (hijo de Jacobo Lerner y Virginia Wilson, una mujer oriunda de Chepén) sino también combina la historia de sus personajes con citas periodísticas que aluden a la teorías indo-judías. De esta manera, la novela nos lleva paralelamente por linderos del imaginario histórico y del literario. Mauricio Gleitzer, uno de los personajes de la obra, publica para la revista *Alma Hebrea* un artículo indicando que en la guía comercial e industrial del Departamento de Loreto, donde tantos judíos se establecieron en la época del *boom* del caucho, encontró un artículo titulado "El río Amazonas fue navegado por Hebreos y Fenicios". También el personaje Fray Fernando, lego del convento de La Merced, en uno de sus frecuentes artículos sobre los judíos en el Perú, se basa en la obra de Fray Gregorio García *El Origen de los Indios*, para establecer algunas curiosas conclusiones sobre la teoría indo-judía.

Escribe el personaje:

"Interesantes comparaciones entre los judíos y los indios del Perú que se establecen en la obra (de Fray García):

1. La incredulidad de los indios hacia las enseñanzas de los misioneros, es punto que atribuye a atavismo judío.

2. La gran similitud en el uso de sandalias y vestidos. La cusma y la pacha, o sea la túnica.

3. El empleo de ciertos ornamentos religiosos entre los indígenas y cuya confección en nada se diferenciaba de los usados por los pontífices de la Ley de Moisés.

4. Los rasgos fisonómicos, al decir de Gomarra: 'cuando llegaron los conquistadores con Francisco Pizarro, hallaron indios que tenían los gestos ajudaizados'.

5. La costumbre de alzar los brazos hacia el cielo como para dar más fe a una aseveración, a la usanza de los profetas de Israel. El mensajero que habló con Huáscar, dicen que levantó los brazos para asegurarle la derrota de los suyos. Encuentra este rasgo parecido al de Abraham.

6. La costumbre de llamarse hermanos entre indios, como entre judíos, aun no siéndolo.

7. La unción de los sacerdotes indígenas con el Ulli, substituto del óleo.

8. La costumbre conexa de indios y judíos de trasladar a los difuntos a la tierra natal y la de enterrarlos en montículos".[6]

Como un Antonio de Montesinos de la literatura (el hombre que inspiró a Menasé ben Israel), en *La extraña nación de Rafael Mendes* el escritor judío brasileño Moacyr Scliar conduce a dos personajes cristianos-nuevos, que escapan de las celdas del tribunal de la Inquisición en Portugal, hacia las costas de Brasil. Sobreviviendo a un naufragio, Rafael Mendes y Alfonzo Sánchez despiertan en la orillas de una playa y se encuentran rodeados de indios. Los nativos conducen a los perplejos sobrevivientes hacia su aldea, donde los recibe un indio viejísimo quien, abriendo los brazos, les dice: *Brujim Habaim*. Sin poder salir de su asombro, Rafael se dirige al viejo en hebreo y escucha su relato. Muchas lunas atrás, el rey Salomón tuvo una trifulca con uno de sus hijos que quería acceso al harén del prolífico rey; resentido, el hijo conspiró contra su padre y Salomón, intuyendo que lo matarían, se transformó en un pájaro multicolor y escapó volando. Tiempo después, regresó el rey en forma humana, seguido por varios soldados. Los rebeldes fueron aplacados y juzgados por Salomón, quien decidió enviarlos, junto a sus mujeres, en un navío sin timón para que vagaran a la deriva:

"Tras mucho tiempo", relata el viejo indígena, "el navío vino a dar a estas playas. Somos descendientes de aquellos hebreos. Por haber mirado demasiado al sol, nuestros ojos quedaron así, estrechos, y nuestra tez bronceada. Muchos de los nuestros ya no hablan el hebreo, pero en cada generación hay uno que se encarga de la guarda de la Torá traída de Jerusalem".[7]

Rafael y Alfonso visitan la choza donde los indígenas guardan los rollos de la Ley y se quedan un tiempo en la aldea, donde sus aventuras se complican tras el matrimonio de Alfonso con la hija del cacique, y luego se inmiscuyen en la vida de la tribu perdida, por lo que deben escapar hacia otras zonas del Brasil.

Los dos últimos escritores mencionados juegan con aspectos de su identidad latinoamericana y judía, pero quiero concluir este relato sobre relatos del imaginario literario de los "indios judíos" haciendo referencia a un fascinante personaje judío que se atreve a dar el paso de transformarse en la memoria colectiva de una tribu indígena peruana, con la esperanza de ser un hombre que comprende el drama de una minoría en extinción. El personaje es Saúl Zuratas, mejor conocido como "Mascarita" en la fascinante novela *El Hablador* de Mario Vargas Llosa. Mascarita abandona su carrera de antropología

y su vida "civilizada" en Lima para integrarse al grupo étnico de los machiguengas, en donde cumple la función de ser un "hablador", un cuenta-cuentos, un recolector de historias orales que mantiene viva la identidad de ese grupo amazónico a pesar de las influencias del mundo moderno. En mi opinión, Mascarita es la figura literaria indo-judía por excelencia. Cuando su mejor amigo (quizás un *alter-ego* de Vargas Llosa), le dice con ironía que "es gracioso que el último indigenista del Perú sea un judío", Mascarita contesta con un argumento que expone lo que inexorablemente une a indios y a judíos: "Bueno, un judío está mejor preparado que otros para defender el derecho de las culturas minoritarias a existir –me repuso–. Después de todo, como dice mi viejo, el problema de los boras, de los shapras, de los piros, es nuestro problema hace tres mil años".[8]

Mascarita, hijo de una criollita cristiana de Talara y de Don Salomón Zuratas, un comerciante judío que crió a su hijo entre la sinagoga y la escuela hebrea de Lima, sabe bien lo importante que es conservar la memoria colectiva de un pueblo, e idealista al fin, se compromete al máximo con la fibra más íntima de su judaísmo...la supervivencia cultural, hasta el punto de integrarse a los machiguengas para contarles la historia del pueblo con el que andaba antes de ser "Hablador". A los de ese pueblo "los golpeaban; les quitaban lo que tenían, los flechaban, los quemaban vivos. Y ellos tenían que correr. Escapándose, ocultándose. Desparramados por todos los bosques del mundo andaban (...). Y, sin embargo, pese a tantas desgracias, no desapareció. A pesar de sus sufrimientos, sobrevivió. No era guerrero, nunca ganaba las guerras, y ahí está. Vivía disperso, sus familias aventadas por los bosques del mundo, y quedó. Pueblos más grandes, de guerreros, pueblos fuertes, de mashcos, de viracochas, de seripigaris sabios, pueblos que parecían indestructibles, se iban. Desapareciendo, pues. Ni rastro quedaba de ellos en este mundo; nadie los recordaba, después. Ellos, en cambio, ahí seguirían. Viajando, yendo y viniendo, escapándose. Vivos y andando, pues. A lo largo del tiempo y a lo ancho del mundo, también".

"Será que, pese a todo lo que le ocurrió, el pueblo de Tasurantchi-Jehová no se desemparejó de su destino. Cumpliría su obligación, siempre. Respetando las prohibiciones, también. ¿Por ser distinto a los demás sería odiado? Por eso no lo aceptarían los pueblos entre los que estuvo? Quién sabe. A la gente no le gusta vivir con gente distinta...".[9]

Y dejo al *alter-ego* de Vargas Llosa explicar por qué su amigo Mascarita fusiona la identidad judeo-india que la N y la U invertidas de las controversias de teólogos e historiadores no lograron aclarar, al menos, con la profundidad literaria del autor peruano: "Creo que su identificación con la pequeña comunidad errante y marginal de la Amazonía tuvo algo que ver –mucho que ver–, como conjeturaba su padre (Salomón Zuratas), con el hecho de que fuera judío, miembro de una comunidad también errante y marginal a lo largo de la historia, una paria entre las sociedades del mundo en las que, como los machiguengas en el Perú, vivió insertada pero no mezclada ni nunca aceptada del todo".[10]

Indios y judíos. Parece que sus destinos, más que sus orígenes, es lo que los vincula y entrelaza a estos dos pueblos que han nutrido a la imaginación de autores talentosos, creadores de personajes indo-judíos como los que tanto buscaron importantes teólogos e historiadores de la conquista. A fin de cuentas, es la literatura y no una disciplina científica la que ha dado las claves de lo que entrelaza a miembros de uno y otro pueblo.

1 Véase mi artículo "El origen de los indios: El mito de las tribus perdidas" en *Reflejos*, Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos, Universidad Hebrea de Jerusalén, No. 5, diciembre de 1996, pp. 71-85.

2 La cita sobre el argumento de Calancha puede encontrarse en la obra de Lee Elridge Huddleston, *Origins of the American Indians: European Concepts, 1492-1729* (Latin American Monographs, No. II. Institute of Latin American Studies of the University of Texas, 1967), p. 85.

3 El relato completo de la obra de Antonio de Montesinos está incluido en el libro de Henry Mechoulan, *Menasseh ben Israel's Mikveh Israel* (Littman Library, Oxford University Press, 1987). Véase también, un interesante trabajo que complementa este relato en un artículo publicado en *The Journal of the Sephardic Studies Program of Yeshiva University*, vol. 8 (1975), pp. 63-83. Este artículo no sólo presenta la traducción en inglés del relato de Montesinos, sino también, un artículo analizando la influencia de este relatso sobre la obra de Menasé ben Israel. Adicionalmente, esta publicación incluye un comentario a la narrativa de Montesinos escrito por Elisabeth Levi de Montesinos, artista y escritora descendiente de una prominente familia portuguesa de la congregación judía de Amsterdam, que, según la autora, pudo estar relacionada a Antonio de Montesinos.

4 Véase el cuento de Sholem Aleijem "The Red Little Jews" en su libro *Why Do The Jews Needs a Land of their Own*, Cronwall Books, N.Y., 1984 (translated from Yiddsh by Joseph Lefwich and Mordecai S. Chertoff), pp. 90-97. En el mismo libro está la continuación de este cuento, "Lunatics", pp. 98-124, esta vez desde la perspectiva del judío que visitó a los "pequeños judíos rojos" y cuenta la historia de sus viajes. El extracto en el cual hago una traducción al español es mi versión libre (p. 97).

5 Véase la obra de Charles Even, *The Lost Tribes of Israel, or, the First of the Red Men*, Arno Press, New York, 1977. Originalmente el libro fue escrito en el siglo XIX y cuenta la historia de la llegada de las tribus perdidas a Norteamérica, que fundaron las aldeas indígenas que los futuros conquistadores encontrarían. Para una idea general de cómo el vínculo indo-judío fue tratado por autores protestantes, véase Israel Worsely, *A View of the American Indians: Their General Character, Customs, Language, Public Festivals, Religious Rites and Traditions; Showing them to be Descendants of the Ten Lost Tribes of Israel* (Plymmouth: W. W. Arliss, 1928); James Adair, *History of the American Indians.* Edited by Samuel Williams, Johnson City, The Watauga Press, 1930; Walter Hart Blumenthal, "False Messiahs and Psychic Frenzies" in *Old America: Random Chapters on the Early Aborigins* (New York: Walton Books Company, New York), 1931, pp. 1-6; Joshua Kohn, "Mordecai Manuel Noah's Ararat Project and the Missionaries", *American Jewish History Quarterly* 2, vol. LV (December 1965), pp. 162-196; Lee Elridge Huddleston, *Origins of the American Indians: European Concepts, 1492-1729* (Austin, University of Texas, Institute of Latin American Studies, 1967); Richard H. Popkin, "The Rise and Fall of the Jewish Indian Theory", in *Menasseh Ben Israel and His World*, ed. Henry Mechoulan and Josef Kaplan (Netherlands, E. J., Brill), pp. 63-82.

6 Véase la obra de Isaac Goldemberg, *La vida a plazos de Don Jacobo Lerner* (Ediciones del Norte, Bradford, Vermont, U.S.A., 1980), 2a. ed., pp. 13 y 236-7. Estas mismas similitudes fueron señaladas por Arturo Bravo Pinto en su colaboración especial en *Judaica* 51-53 (1937), pp. 177-78.

7 Moacyr Scliar, *La extraña nación de Rafael Mendes* (Circe, Barcelona, España, 1988. Traducción de Basilio Losada), pp. 150-1.

8 Mario Vargas Llosa, *El hablador* (Biblioteca de Bolsillo, España, 1991), p. 97.

9 Idem, pp. 210-211.

10 Idem, p. 233.

¿Dónde queda Ofir?

José Luis Najenson

DESPUES de expandirse la noticia de la existencia de un nuevo Continente, se atribuyó a los judíos –entre otros pueblos bíblicos y/o de misterioso destino– el origen de los indios americanos. Las respuestas iniciales al enigma del poblamiento de las Indias, al que el etnólogo y etnohistoriador italo-argentino José Imbelloni llamó "La Esfinge Indiana", o el problema central de la Americanística, fueron clasificadas por él mismo, en un libro que lleva aquel nombre (Primera edición, Buenos Aires, 1926) a modo de diversas "indologías", o teorías arcaicas sobre los ancestros de los nativos del Nuevo mundo: "Thule, o de la indología clásica"; "Ophir, o de la indología judaica" y "Babilonia, o de la indología orientalista" (Cfr.: *La segunda esfinge indiana*, Ed. Hachette, Bs.As., 1955).

Lo que nos interesa destacar es, por supuesto, la parte que se halla bajo el signo de Ofir, por sus connotaciones bíblicas y de otras fuentes judaicas. Siendo, además, el libro de José Imbelloni virtualmente inencontrable en la actualidad, fue muy celebrado en los años '40 y '50, coincidiendo con la época de auge de la revista *Judaica*, y con su indagación sobre las raíces judías de América. Por otra parte, los ecos de la polémica "Ofir-América", si bien ya se han extinguido, aún perduran en la imaginación de los poetas y escritores judíos amantes de los mitos perdidos.

El meollo de la doctrina que plantea la identidad de Ofir con América se encuentra en el Libro Primero de los Reyes, 9:26-28 y 10:10-1.

Lo que ha fascinado la mente de los autores de la época del descubrimiento y la conquista de América, cuya reverencia al texto bíblico era todavía proverbial, fueron las coincidencias sugestivas que despertaban en ellos los viajes conjuntos de fenicios y hebreos en relación con las travesías de Indias: flotas armadas especialmente para ese propósito, con marinos escogidos; enormes cantidades de oro, que por su monto remedaban los tesoros traídos por los conquistadores –como aquellos célebres 140.000 pesos de oro fino que dejó a los españoles el solo saqueo de la ciudad de Tunja– y las maderas y piedras preciosas, de las que el Nuevo Mundo proveyó cantidades apreciables. Por todo ello, muchos creyeron que la Ofir bíblica, cuya ubicación era (y aún es, con todo) un misterio, se hallaba en las nuevas tierras descubiertas por Colón y los otros navegantes que lo sucedieron.

El propio Gran Almirante fue el primero en afirmarlo, cuando luego del tercer viaje dijo que Haití era la Ofir de la Biblia: "Hispa-

Narrador, poeta y antropólogo argentino, radicado en Jerusalem. Es director literario del Instituto Cultural Israel-Iberoamérica. De modo similar al artículo anterior, este texto fue escrito especialmente para aportar una visión contemporánea a la polémica Lewin-De Gandía.

niolam ipse Ophira asseverat", según la cita de Pedro Mártir de Anghiera (Dec. I, 3)

Algunos años más tarde, un innominado rabino cabalista, dado al arte de las guematrias o permutaciones de palabras y letras hebreas –incluyendo su valor numérico– para descubrir significados ocultos subyacentes, generó la hipótesis de que Ofir era el Perú. Trasponiendo la letra inicial de la palabra, ésta se leería, en hebreo, "Piró" o "Pirú". Por supuesto que el buen rabino e improvisado filólogo no sabía –no podía saber– que el nombre del Perú proviene de un error toponomástico cometido por Pizarro: Al preguntarle a los nativos, una vez desembarcado en la costa sur de la actual Colombia, cómo se llamaba el pequeño río que por allí desembocaba en el mar, le fue contestado "Pilú", que equivale al término genérico "río", en las lenguas del grupo Barbacoa. (Cfr.: *La segunda esfinge indiana*, op. cit., p. 38). Dicho error, sumado al de la pronunciación del conquistador, forjaron el nombre español del inmenso territorio que los Incas llamaban Tiahuantinsuyo, o Imperio de las Cuatro Partes del Mundo.

Indeciso entre ambos lugares, el geógrafo Ortelius, en su famoso atlas bíblico *Theatrum Mundi* de 1570, resuelve el dilema dando el

nombre de Ofir tanto a la isla de Haití como al Perú. A mediados del siglo XVI el maestro de lengua hebrea Roberto Stefano, más conocido por su nombre cristianizado de Francisco Batablo, afirmó que la flota del Rey Salomón llegaba hasta Haití, como lo había ya señalado Colón. El célebre autor de la Biblia Políglota Comentada, Arias Montano, en 1575, y poco después el teólogo judío Genebrardo, a quien se debe la *Isagoge Rabbinica*, se inclinaron, en cambio, por la tesis Ofir-Perú.

Todavía en 1869, el osado y legendario Onfroy de Torón asegura que la verdadera Ofir se encuentra en el Brasil, en la región bañada por el río Yapurá, afluente del Amazonas. Y a pesar de que todas estas proto-teorías ya habían sido rebatidas en el enjundioso trabajo del cronista Joseph de Acosta a fines del siglo XVI, *Historia Natural y Moral de las Indias* (Madrid,1608) –donde se adelanta a las tesis modernas de la migración primitiva al Nuevo Mundo "por las vías naturales"– la reiterada ecuación Ofir-Perú no ha dejado de tener defensores hasta el día de hoy. Sobre el tema se han acumulado verdaderas montañas de libros, que lo tratan siempre con apasionamiento; hasta tal punto, que el famoso egiptólogo G. Máspero,

contemporáneo del mencionado Prof. Imbelloni, pudo decir que renunciaba a dar una bibliografía al respecto porque hubiera necesitado toda una biblioteca.

Teorías más recientes ubican a Ofir en la costa oriental de Africa o en el sur de la Península Arábiga, más probablemente en las cercanías de la antigua Punt egipcia, que abarcaba Somalía y la región de Arabia situada al otro lado del Mar Rojo, y de la que los antiguos egipcios importaban algunos de los artículos mencionados en las fuentes bíblicas; o bien en las proximidades del Reino de Saba, siguiendo el paralelismo de dichas fuentes, que las vincula de manera indirecta, como hemos visto. Una hipótesis más audaz es la que sitúa a Ofir en torno a las ruinas de Zimbabwe, en la tierra "áurea" del río Zambesi, a raíz de la existencia de yacimientos arqueológicos fenicios en esos parajes (V. Dashe, *Una segunda 'tierra del oro' de Salomón*, 1911).

Lo más interesante, sin embargo, no es tomar partido por alguna de las tesis alternativas –en un debate virtualmente apagado en nuestros días– sino preguntarse por qué la tesis inicial Ofir-América, Indios-Tribus Perdidas (esta última ecuación al menos parcialmente), sigue generando cultores, mientras que las posturas más propiamente científicas ya han agotado su polémica sin resolverla del todo.

Quizá la explicación pase por la hipertrofia del interés y la curiosidad, la simpatía o antipatía que despierta siempre la inclusión de lo judío en todos los ámbitos del conocimiento y el quehacer humanos. Un ejemplo de ello es la polémica en torno al origen judío de Colón, que si bien no ha sido probado de modo cabal, es la pieza que explica la coherencia del rompecabezas en el enigma biográfico del Gran Almirante.

Por otra parte, si bien la posibilidad de una travesía transoceánica por parte de la flota conjunta de Hiram y Salomón resulta difícil de admitir, debido a la índole de las naves de la época y al escaso adelanto de los instrumentos náuticos, o al sentido histórico de un viaje de tal naturaleza, debe recordarse que grupos polinesios, mucho menos evolucionados culturalmente, llegaron a las costas de lo que hoy es el Perú y Chile a bordo de piraguas, sin astrolabios ni mapas, guiándose sólo por las estrellas y las corrientes marinas, que atravesaban con una especie de timón rudimentario en la popa.

Asimismo, la idea de que algunos clanes y familias hebreas de la diez Tribus Perdidas, eventualmente desterradas a, o extraviadas en, la estepa asiática, hubieran podido llegar al Nuevo Mundo "por las vías naturales", del estrecho de Behring y las islas Aleutianas, siguiendo a hordas o tribus asiáticas de migración tardía, no resulta tan descabellada. Otra cosa es pensar que pudieran influir en las antiguas culturas urbanas prehistóricas del Continente, de lo que no tenemos indicios; al menos irrefutables.

Esto no quiere decir que nos pronunciemos a favor de la hipótesis Ofir-América, sino que debemos agregar cautelosamente: "hasta aquí y ahora"; porque muchos misterios y tesoros que aún oculta la tierra o esconden las bibliotecas, no han sido todavía exhumados, y porque la imaginación creadora, la que "no tiene miedo a las distancias", no deja de lado ninguna hipótesis por fantástica que pudiera parecer.

La verdadera respuesta a la pregunta ¿Dónde queda Ofir?, es la que responde: en el limbo de las fantasías sobre los enigmas del mundo aún no resueltos por el hombre, como El Dorado, la Isla de San Brandán, o el Río Sambatión.

Salomón Resnick en Brasil

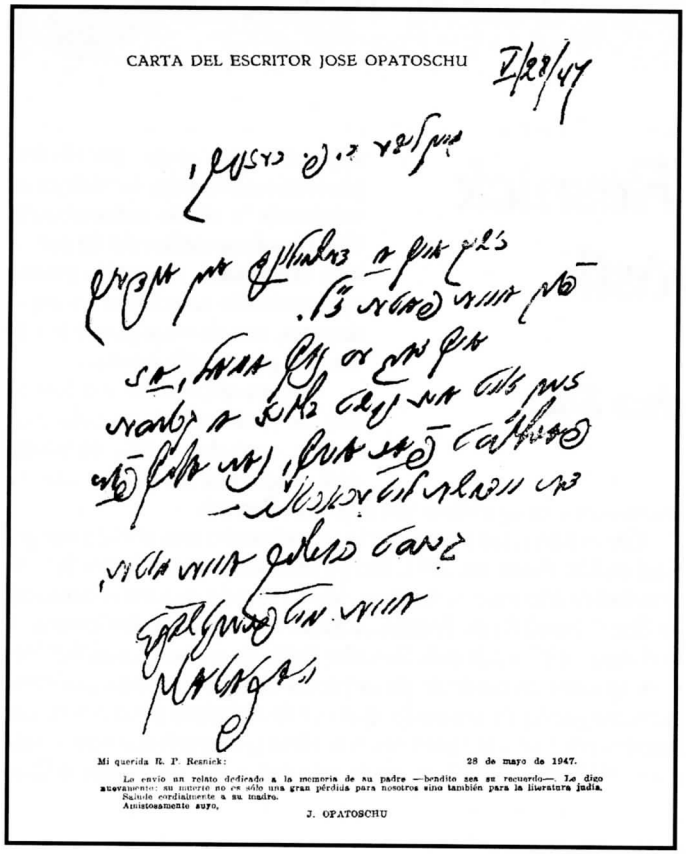
Braulio Sánchez Sáez

FUE allá por el año 1941, cuando volví a ver de nuevo a mi viejo amigo Salomón Resnick a quien conocí hacía más de veinte años en Buenos Aires, en mis andanzas de juventud, en la redacción de *Vida Nuestra*. Traía yo de la península unas cartas de presentación para escritores argentinos, de don Luis Araquistain, por aquella época director del semanario *España*, en cuyas epístolas y también en palabras mías, invitaba a los escritores, más o menos determinados y de ideas liberales, para colaborar en dicho semanario, al lado de los escritores españoles, que componían la redacción de tan importante revista. Era yo muy joven, casi un neófito en achaques de periodismo y de convivencia con escritores, y encontrarme con Salomón Resnick, joven como yo, que se iniciaba tan notablemente en las letras argentinas con comentarios críticos y traducciones de escritores judíos, fue para mí, una grande cosa. Por su intermedio conocí al maestro Alberto Gerchunoff, a Roberto F. Giusti, a Manuel Gálvez y a Juan Felipe Mantecón, como a otras figuras no menos valiosas de esa época. Establecido pues el acercamiento, visité algunas ocasiones la citada redacción de *Vida Nuestra* y realizando mi cometido, di cuenta de mi gestión y seguí manteniendo relaciones, tiempo después, con diversas personas conocidas por aquella época.

Muchos años pasaron y la vida nos fue moviendo de un lado para el otro, sin haber tenido oportunidad, después de tan lejanos días, de encontrarme nuevamente con Salomón Resnick.

Como decía, fue nuevamente mi encuentro con el viejo amigo, aquí en São Paulo, en 1941. Era yo profesor contratado por la Universidad de São Paulo y hacía menos de un año que me encontraba en Brasil, luego de mi llegada de España. Concurría diariamente a la librería "Elo", en la calle Senador Feijó, de los hermanos Del Picchia, que era un cenáculo de escritores jóvenes –y viejos–, particularmente gentes de izquierda, que con la dictadura getuliana se valían de esos "centros" para cambiar ideas y despacharse a su gusto, sobre el "Estado Novo". A ese "cenáculo" lo trajo el ingeniero Elías

Judaica, No. 156, junio de 1946, edición de homenaje a la memoria de Salomón Resnick.



CARTA DEL ESCRITOR JOSE OPATOSCHU

Mi querida R. P. Resnick: 28 de mayo de 1947.

Le envío un relato dedicado a la memoria de su padre —bendito sea su recuerdo—. Le digo nuevamente: su muerte no es sólo una gran pérdida para nosotros sino también para la literatura judía.
Salude cordialmente a su madre.
Amistosamente suyo,

J. OPATOSCHU

Lipiner, que era un asiduo concurrente al "Centro de Cultura Inter-Americano" de la calle 15 de noviembre, que habíamos fundado poco después de mi llegada al país, para dictar cursos populares, en torno a la cultura americana.

Nuestro reencuentro precisó cierta investigación retrospectiva, para poder realmente "conocernos" tal como habían cambiado los objetivos. Poco después los recuerdos y las evocaciones llegaron y se estableció la vieja camaradería como aquella de los dorados tiempos. En la librería "Elo", conoció Resnick a muchos escritores, como Alfonso Schmidt, Amadeo de Quiroz, Rossini Tavares de Lima, Galeão Continho, António Soares Amora, Rossini Camargo Guarnieri, Domingo Cavalho da Silva, Jamil Almarsur Haadad, Dr. José Rosemberg, Edgard Cavalheiro y otros muchos. Por mi intermedio dictó diversas conferencias, una en el Centro de Cultura Inter-Americana, sobre La nueva literatura judía después de la Primera Gran Guerra Europea y en el Centro Libertad, sobre "La obra de Sholem Aleijem". Visitó la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de São Paulo y allí conoció a los profesores Fidelino de Figueiredo, Francisco de Silveira Bueno, Alfredo Ellis Junior, André Dreyfús, Francisco Isoldí, Plinio Ayrosa y otros, con los cuales departió amigablemente sobre escritores argentinos originarios o de ascendencia semítica. Dictó poco tiempo después dos conferencias en el Círculo Israelita, una sobre "José Opatoschu" y otra sobre "La nueva literatura judía", con gran éxito; en la primera conferencia me fue otorgado el honor de presentarlo al público de São Paulo, lo mismo hice en el Centro de Cultura Inter-Americana.

Durante el tiempo que estuvo en esta ciudad, durante el primer viaje, como en los dos siguientes, algunos años después, solía visitar asiduamente la librería "Elo" y conversar con los dos hermanos,

tanto con Guido como con Arlindo, este último el más joven, buen poeta y periodista activo en la prensa local, y allí acostumbraba hablar de los temas predilectos, de la literatura judía, de la literatura argentina y de sus conocimientos culturales de Hispanoamérica, en virtud de sus continuos viajes. Se hizo prontamente amigos de todos y sus opiniones eran acatadas, sirviendo asimismo de orientación, para muchas consultas, en torno del movimiento humanístico de Europa. Solía estar con él siempre que llegaba a São Paulo casi todos los días y los domingos me visitaba en mi casa, y entonces, hablando en castellano con mis familiares, vivíamos unas horas en pleno convivio argentinista, en virtud de ser mi esposa e hijos criollos y ansiosos de saber las últimas noticias de su patria.

Cuando se trasladaba a Río de Janeiro, me solía escribir un par de veces por semana y me daba cuenta de las personas que le eran presentadas, preguntándome sobre dichas figuras, cuáles eran sus obras y sus ideas, para no cometer una imprudencia y alterar la ceremoniosa circunspeción brasileña, En Río de Janeiro conoció a José Lins do Rego, Jorge Amado, Carlos Rizzini, Jayme de Barros, Carlos Drummond de Andrade.

En lo que concierne a sus actividades en torno al Joint, eran enormes y se podía decir que no descansaba un solo instante. Cuando lo visitaba en el hotel, siempre estaba con diversas visitas y cuando no había nadie, estaba prendido al teléfono hablando con unos y con otros, sin descanso. Sobre este particular, recuerdo cierta oportunidad, en el penúltimo viaje a São Paulo, en que lo encontré tan cansado que quise distraerle y lo arrastré a visitar algunos estudios de artistas, tales como la casa del pintor Joaquín da Rocha Ferreira, la del escultor Batista Ferri y la de Manuel Martins. Por cierto que en todas partes dejó una evocación agradable, y bien pronto fueron amigos de Salomón Resnick, cuantos lo trataban incluso por la primera vez. Una ocasión, en la casa del pintor Rocha Ferreira, encontramos al poeta del mismo nombre y apellido Rocha Ferreira, poeta interesante, de cierto prestigio en el ambiente literario, pero terriblemente posesionado de su característica poética, pues no cesaba de recitarnos versos, los cuales ya nos tenían bastante cansados. Salomón Resnick asentía complacido pero... cuando lo invité de nuevo a la casa del pintor, me dijo, privadamente: "Sánchez-Sáez, si está el poeta de marras, busca la forma de irnos lo más rápidamente posible".

(...) Cuando estuvo la última ocasión, lo encontré muy cansado. El trabajo era extremadamente abrumador y no descansaba un solo instante de ir de un lado para el otro, siempre con las grandes preocupaciones del Joint. En diversas ocasiones le dije que debía descansar, pero el bueno de Resnick se sonreía y me daba a entender la imposibilidad de tal suceso. Por tal razón me agradaba conducirlo a mi casa, en donde él, lograba distraerse un poco y olvidar. Otra de las grandes preocupaciones de Resnick era la adquisición de libros brasileños, para enviar a Buenos Aires. Me rogaba que le hiciese algunas listas, y allí en la citada librería buscaba las obras y si no existían las mandaba pedir y las remitía a Buenos Aires. Se interesaba grandemente por la cultura de este país y cuanta novedad interesante encontraba la reservaba.

Visitó las ciudades de Santos y de Campinas, aledañas a São Paulo, y allí también dejó buenos amigos, tanto en la colectividad, como entre escritores del lugar. Fue siempre sembrando simpatía y era inmediatamente admirado y querido por su sinceridad y claridad de pensamiento.

São Paulo, Brasil, diciembre de 1946

Nota del Editor

Estas dos cartas de Salomón Resnick dirigidas a Elías Lipiner testimonian la censura que sufría el ídish, al igual que otros idiomas extranjeros, bajo el "Estado Novo" de Getulio Vargas.

La correspondencia de Lipiner fue censurada en dos oportunidades. La primera vez fue cuando remitió a *Judaica* en diciembre de 1942 su artículo en ídish sobre Samuel Usque, que no arribó a destino y tuvo que ser traída en forma personal por el escritor I. Raizman. La segunda vez, en oportunidad de remitir otro artículo a la revista ídish *Di Tzukumft* de Nueva York en enero de 1943. Al recibir una carta de respuesta, Lipiner fue obligado a comparecer ante el censor de São Paulo. El prestigioso autor de *A Metafísica do Alfabeto Hebraico* tradujo al ídish las Consolação de Israel de S. Usque, publicada por el YIVO de Buenos Aires en 1949, anticipándose a la versión inglesa de 1964. El historiador y lingüista Lipiner, gran amigo de Salomón Resnick, vive en Israel desde 1968 y entregó ambas cartas especialmente para este número homenaje de NOAJ.

judaica

publicación mensual
directori: salomón resnick

A. MAGARIÑOS CERVANTES 4246
U. T. 67, FLORESTA 6472
BUENOS AIRES

Diciembre, 28 de 1942

Estimado amigo Lipiner:

Mucho me ha complacido recibir su atenta carta del 26 de este mes. Comprendo perfectamente el portugués--pues esto es lo que me ha quedado de mi viaje por el Brasil--de modo que puede Vd. escribirme tranquilamente en esa lengua; espero que Vd., por su parte, no tendrá inconveniente en leer el castellano. Y así estaremos a mano.

Su propuesta de escribir sobre Samuel Usque me parece buena, y le ruego que me remita oportunamente el trabajo. Alude Vd. a un anexo o sea, al artículo en cuestión. Pero me imagino que todavía no me lo ha mandado, pues su carta no lo trae; salvo que lo haya enviado por separado, por correo común. En su envío que contesto, sólo venía su carta. Si Vd. tiene la edición original de Usque, u otra muy antigua, convendría que sacara una fotografía de la carátula o portada y la daríamos en facsímil. Si no me equivoco, creo haber visto una antigua edición de esa obra en la Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro. Si hiciera falta hacer una foto de esa obra, podría Vd. pedirle al Dr. Malamud o Steinberg que la hagan. A lo mejor posee una buena edición el Dr. José Pérez, quien tiene mucha bibliografía.

Le ruego tener presente, al enviarme su artículo, de poner al lado del texto idisch, en caracteres latinos, las palabras que deban ir en portugués; por ejemplo: los nombres de personas, lugares, etc. Así se facilitaría la traducción.

Me permito indicarle de paso que Usque no es tan desconocido, como Vd. alude en su carta. Es cierto que su libro circula poco, pero está registrado por todos los bibliógrafos judíos.

Espero, pues, que me remita el trabajo sobre Usque, a fin de traducirlo e incluirlo en una de las próximas ediciones de JUDAICA. Y, de un modo general, siempre que tenga algo adecuado para mi revista, le agradeceré me lo mande.

Y ya que estamos en las puertas del año nuevo, le deseo que lo tenga bueno y lo pase en forma feliz, y que el pueblo judío, y con él la humanidad toda, vea días más felices que los que estamos viviendo.

Reciba el saludo cordial de su amigo y compañero

Resnick

P.S.- En su carta venía esta nota de la censura. A lo mejor su manuscrito quedó allí. Trate de averiguarlo.

judaica
publicación mensual
director: salomón resnick
A. MAGARIÑOS CERVANTES 4246
U. T. 67, FLORESTA 6477
BUENOS AIRES

Buenos Aires, enero 19 de 1945

Estimado amigo Lipiner:

Ayer he tenido el gusto de ver al amigo Raizman, el cual me entregó su envío. Con él mismo le devuelvo los originales, pues ya los he traducido. No resultó tan difícil la traducción como le parecía. Ahora bien, como dentro de unos meses cumple JUDAICA diez años de vida, publicaré con ese motivo un número especial, para el que voy a dejar su artículo. Así es que saldrá en junio próximo. Entre tanto, podríamos aprovechar el tiempo y conseguir una fotografía de la portada del libro de Usque. Ya le escribí que en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro existe un ejemplar antiquísimo, fuera del moderno de Mendes de Remedios. No figura en el fichero general, sino en uno especial que tienen adentro y que llaman de OBRAS RESERVADAS. Estoy seguro que le permitirán sacar una foto, porque también yo saqué varias. Lo único que hay que hacer es conseguir que alguien se encargue de esto. Tal vez podría hacerlo Steinberg, si es que anda por allá. Escríbale y que lo consiga; esto dará más realce a su artículo. Téngame informado sobre esto, pues en caso de que Steinberg no pudiese hacerlo, se podría pedirlo a Malamud.

Le agradezco su diligencia en liquidar el asunto del Iwo; Seguramente ya habrá recibido respuesta al respecto desde allí.

Finalmente, quiero pedirle un favor: si se le presenta la ocasión de mandarme con alguien que venga para acá unas cajas de charrutos, se lo agradeceré mucho. Téngalo en cuenta ~~cuando~~ si es que algún amigo estará por venir.

Escríbame de vez en cuando y mándeme colaboraciones. Necesito que me remita también su fotografía y algunos datos biográficos. Esto puede mandarlo por correo ordinario, pues hay tiempo.

Saludos afectuosos de su amigo

Resnick

Homenaje de ***Judaica*** *al pintor Lasar Segall*

LASAR Segall nació en Wilno, Rusia, en 1890, y a los 16 años de edad abandonó su país de origen para estudiar en la Escuela de Bellas Artes de Berlín. Impresionado por el movimiento revolucionario que ya se manifestaba entonces en todas las artes, dejóse influenciar por las ideas nuevas que predominaban en aquel período tan agitado, por lo que poco después se vio obligado a abandonar la Academia. De Berlín trasladóse a Dresden, que era en aquella época la verdadera capital artística de Alemania, realizando en esa ciudad, en 1910, su primera exposición individual.

Dos años más tarde, en 1912, viajó por Francia y Holanda, encaminándose luego para el Brasil. En febrero de 1913 expuso en São Paulo, y su muestra señala la primera manifestación de arte moderno registrada en el vecino país.

La guerra de 1914 sorprendióle nuevamente en Alemania, donde permaneció hasta su término en calidad de prisionero civil. Terminado el conflicto, comenzó a destacarse como uno de los pioneros del expresionismo alemán, movimiento del que llegó a ser una de las figuras más representivas. En ese período, entre 1919 y 1922, tomó parte descollante en la fundación de varias sociedades de arte y en la organización de algunas expocisiones internacionales.

En 1923 regresó al Brasil, fijando su residencia en São Paulo, donde vive desde entonces, habiendo adoptado la nacionalidad brasileña. Bien pronto el Brasil se hizo sentir en su obra, inspirándole una fase por medio de la cual expresó con arrebato incontenible todo su encanto por la nueva patria. Con su fase brasileña tomó parte Segall en el movimiento modernista del Brasil.

En 1925 casóse con una de sus alumnas, Jenny Klabin, consagrada traductora de Molière y de Goethe al portugués, que resultó una preciosa colaboradora suya. De 1929 a 1932 Segall vivió en

El número especial de ***Judaica*** (No. 155, mayo de 1946) dedicado al gran pintor judeo-brasileño, fue el último preparado por Salomón Resnick, quien falleció antes de su publicación. Colaboraron los conocidos escritores brasileños Mario de Andrade, Oswaldo de Andrade y Jorge Amado.

París, donde expuso con éxito. Más tarde, en 1937, tornó a la capital de Francia como representante del Brasil en el Congreso Internacional de Arte Independiente. La conocida Galería Renou y Colle organizó, el año siguiente, una exposición de sus obras.

De retorno al Brasil, Segall pintó sus telas de más vasta proporciones, como "Navío de emigrantes" y "Guerra", las que, junto con "Pogrom", acusan un sentido acentuadamente social. El cuadro "Máscaras" también es de esa época: fue inspirado en el acuerdo de Munich.

En el deseo de facilitar un mayor conocimiento de tan valiosa obra y de tan especial interés para el Brasil, el Ministerio de Educación de ese país hizo abrir los salones del Museo Nacional de Bellas Artes de Río de Janeiro para exponer los trabajos del maestro inconfundible de "Navío de emigrantes". La exposición, realizada en 1943, presentó una enorme colección de óleos (sólo de su última fase), numerosas acuarelas, dibujos, aguafuertes y xilografías, incluyendo también fotografías de gran formato de sus trabajos de escultura.

Además del gran número de personas que desfilaron por esa exposición (en tres semanas el libro de visitantes registró más de 12.000 firmas), ella originó una viva agitación en la prensa de Río de Janeiro y de São Paulo, con repercusión en los demás estados, y un movimiento de entusiasmo y admiración en los medios literarios y artísticos como no hay memoria de otra igual en los anales de la pintura brasileña. Pero además del aspecto puramente artístico, es preciso recordar también uno político. Aprovechando la oportunidad, que les pareció excepcional, algunos elementos conocidos por sus ideas fascistas trataron de crear un ambiente que les permitiese proseguir sus actividades delictuosas, después de la declaración de guerra del Brasil a las naciones del Eje, suscitando una feroz campaña contra el "arte degenerado" del gran pintor. La reacción de los intelectuales y artistas brasileños, empero, no se hizo esperar, desmoralizando de golpe aquella tentativa.

Por su profundo y generoso sentido humano, por su técnica y cuño personal, la obra de Segall, actualmente una de las más notables de la pintura moderna constituye un motivo de justo orgullo para el Brasil y para el pueblo judío. S.R.

El mundo y los colores

Lasar Segall

LOS grandes descubrimientos de los niños son descubrimientos ingenuos para los adultos, pero puedo afirmar que fue a través de semejante ingenuidad que empecé a interesarme por los juegos de color, que se desboblan en graduación infinita. Es mejor detallar cómo descubrí el mundo fabuloso de la luz y del color.

Pedazos de vidrio de color me ofrecieron bajo la luz solar el paisaje natal en rojo, amarillo, verde, azul... Con esos pedazos de vidrio empecé lo que hoy puedo llamar mi traducción del mundo en formas y colores. Diversas reacciones psicológicas, que eran para mí extrañas emociones, pueden ahora ser recordadas. Mirando el paisaje a través del prisma rojo me sentía sobrecogido por una gran exaltación, sintiendo una violenta transformación en todas las cosas. Todo

gritaba en torno de mí, bajo la mágica influencia del color deslumbrante. A veces los vidrios azules y verdes me adormecían en la calma serenidad que la luz transformada proyectaba sobre todas las cosas... Y los vidrios de tonalidad obscura, ciertos violetas, cierto *fumés*, dábanme una penosa y triste impresión del panorama que era objeto de mi mirar. Me habitué a tratar de sentir esas impresiones y, a veces hasta inconscientemente intentaba repetirlas cuando cierto estado de ánimo, cierta disposición psíquica lo exigía. Transponíame así, por medio de los colores por mí escogidos, a mundos extraños al mundo real, los cuales me proporcionaban emociones inéditas.

Fue de ese modo que me interesé por los colores, por el mundo traducido en colores. La fuerza de estas primeras impresiones siguió influyendo decididamente en mi vida. La madurez de las experiencias pictóricas terminó conduciéndome a tierras y cenizas que me dieron mayor ligazón con la vida y el mundo, pero había en la transformación primitiva imposiciones que permanecieron en la selección de los colores, ciertos compromisos en el paisaje terrestre y el cielo, compromisos a que he correspondido en el decurso de mi carrera y que son fácilmente identificables en mi obra. Algunos de mis cuadros más "sentidos" tienen su origen en esta antigua motivación de reacciones psicológicas a través de los prismas del niño ingenuo. Debo citar, para dar un ejemplo, un cuadro realizado hace mucho tiempo, "Maternidad", fechado en 1917, cuadro en el que las formas voluminosas de la mujer retratada fueron estudiadas de manera total, integralizándose en tonalidades de un denso amarillo-naranja la transparencia de unas manos casi inmateriales.

Claro que todo esto no sirve para explicar toda la trama de la formación artística, la mía o la de cualquier otro artista. Veo aquí un principio director de la voluntad y del temperamento, de los deseos vagos y de las aspiraciones del hombre en su iniciación infantil. Motivos ancestrales, una formación cultural y psicológica libre de preconceptos conservadores, una tendencia para la expresión más profunda de la vida, esto explicará tal vez la selección de mis asuntos, su tratamiento en el sentido humano, en la valorización del hombre, por la narración épica o dramatizada de sus dolores, de sus sufrimientos, de sus luchas y angustias por la superación... Son los motivos de "Pogrom", de "Emigrantes", del gran cuadro "Guerra". Son motivos que siempre traté de traducir a través de la pintura y que siempre existirán para mí como parte integrante de mi ser artístico y humano.

Vidas silenciosas

Mario de Andrade

EN su ascensión contemporánea hacia las formas y las nociones ideales, Lasar Segall está creando obras que son en realidad no sólo aquello que ellas muestran en su representación, sino que realizan toda la identidad interior de un "símbolo", en el sentido psicológico moderno de esta palabra. Waldemar George señaló con habilidad que "Lasar Segall fuerza las fronteras rígidas del dominio de acción del cuadro". Pero lo difícil, me parece, será decidir si de hecho existen tales fronteras. Cada obra actual del pintor congrega un ramillete de imágenes, de ideas, de asociaciones y hasta de alegorías. Cada cuadro que él produce ahora es realmente una

vida silenciosa, delante de la cual nos está permitido vivir silenciosamente. Nos es forzoso vivir.

Todas las obras actuales del artista son como naturalezas muertas. Pero lo son en ese sentido menos limitado en que las naturalezas muertas son también llamadas más exactamente "vidas silenciosas". Los motivos, la temática, los asuntos de Lasar Segall no son naturalezas muertas sino en cuanto se desrelacionan del tiempo y del espacio, desligándose así de cualquier accidente, de cualquier característica, de cualquier acortamiento meramente visual. Y por eso el artista consigue esa transfiguración que será por ventura el mayor destino del arte: dentro de la belleza objetiva de la técnica, dentro de una verdad plástica de la mejor calidad, la desaparición misma de todo ese valor estético se pone humildemente al servicio de un sentimiento ideal. La perfección técnica de la obra deja de existir, no porque no exista, sino porque jamás existe por sí misma. Ella deja de existir porque es su más exacta misión nunca ser "estética", nunca ser hedonística, desaconsejadamente libre en su belleza, sino ser de hecho "artística", no preservando al mundo de la propia vida con sus dolores fidelísimos.

En esta conversión de sus temas a asuntos generales y desrelacionados, Lasar Segall representa en el cuadro, no raramente demasiado esteticista o combativo de la pintura contemporánea, un fenómeno singular. Asume una identidad filosófica, si bien nada metafísica. Por el contrario, en el equilibrio encantado de su fase actual no pierde nunca la objetividad de la plástica. Pero lo que tampoco pierde es esta objetividad plástica de la obra de arte y no el realismo plástico de sus asuntos. A estos los convierte siempre en un dato ideal, en lo que podríamos llamar una "lección" en el sentido más elevado, más trascendente del arte. Segall sufre. Segall ama. Segall advierte y condena. Pero siempre como artista, y especialmente como artista-filósofo, dando a cada cuadro, a cada asunto, a cada sentimiento o idea un valor de trascendencia. Esta su particularidad específica –y su diferencia– es su contribución al mundo de la pintura contemporánea. No más admirable que algunas otras contribuciones. Pero igualmente admirable.

Diálogo de las voces segallianas

Oswald de Andrade

El ícono y la revolución

ENTRE dos polos dramáticos boga la cabeza privilegiada de Lasar Segall: el ícono y la revolución. Porque no me vengan a decir que el pintor pinta con otra cosa que no sea la cabeza, siendo como son las manos y el pincel una prolongación accesoria de lo que él recibe, sufre y alegoriza.

Una noche contóme en su expresiva charla el artista de "Los emigrantes" uno de los episodios máximos de su vida de *heimatlos*, cuando entre las fronteras de dos países tomara un tren sin saber a qué destino lo llevaba, si para la fuga o para la prisión. De esta ansia parece haber brotado el pánico de su obra. Son sus figuras, colores

y composiciones una demostración plástica del ser que lucha y se desdobla entre la agonía del vivir y la certeza de la muerte.

Y como el pincel obedece a la cabeza, la obra permanece y quedan los personajes en aquel debate sacro que tiene la pintura bizantina del ícono. Si el ansia invadió el alma saltando por los ojos y por la boca que habla, de otro lado la revolución recibe al sin-patria y lo acoge en el mar de los que emigran, entre las víctimas de los pogroms y de las guerras.

Diálogo de las voces segalianas

Un amplio estudio con cortinas corridas.

–Yo soy el ícono. Conmigo nació la pintura y nació el cristianismo. Por eso soy el elemento esencial en la obra del maestro. En sus manos crecí, salí del cuadro del cabellete, del que fui el tardío precursor bizantino. De la pintura sobre la tabla me torné en las manos de él modelo y piedra. Y en los ojos de las figuras de Segall resido y permanezco. Sus estatuas realizaron el prodigio plástico de la perspectiva y del volumen traído para el sentimiento del ícono. En sus claras tragedias que son el hombre, la mujer y el niño, yo triunfo y hablo.

–Yo soy la revolución. Soy el sentido perturbador e inconformado del hombre que perdió su hogar, su patria y su clima. Yo soy la arquitectura de los cuadros de Segall. Me levanto, miguelangelesco, en el paño amplio de la guerra, depongo en los cadáveres lívidos del pogrom, viajo prendido de las manos de los emigrantes de su navío. Soy el sentimiento dramático de su inspiración.

–Yo soy la hechura, la hechura primitiva con que el ícono realizó la polémica cristiana. Soy también el debate, la pintura psicológica, irregular y terrible que hizo del arte de Segall la marca de su origen al mismo tiempo individualista y universal, la discusión de esas dos irreconciliaciones, el destino del mismo mundo.

–Yo soy la construcción dirigida a través de la nostalgia por los tiempos nuevos y convulsivos de hoy. En "Los emigrantes" recompongo las masas del viejo Breughel y realizo el viaje. Habito en lo inesperado, quiero el puerto y ambiciono la vida nueva.

–Yo soy la permanencia.

–Yo soy el futuro.

La trinchera Segall

Jorge Amado

FUE un triste espectáculo el que numerosos escritores y artistas ofrecieron al pueblo de Brasil, que pensaba contar con ellos en su resistencia contra cualquier fascistización. Pero, en medio de esa tristeza, hubo escritores y artistas cuyas obras fueron verdaderas trincheras del pueblo contra ese ablandamiento, esa burocratización del arte, que era un detalle del trabajo de la quinta columna en todos los sectores de la vida nacional. Y pocas trincheras tan altas, tan poderosas, tan combativas como aquella que se levantó formada por la irreductibilidad del arte de Lasar Segall, el gran pintor paulista, hombre de ánimo firme en la realización de lo que se propone.

Era un hombre difícil de comprar, porque los cargos no lo tentaban. Pero pensaron que sería un hombre fácil de amedrentar, ya que

este brasileño ilustre, que debe enorgullecernos a todos nosotros, desciende de judíos y nació en una distante ciudad de Rusia, dos cosas que podían llevar fácilmente a cualquier persona a la cárcel en días pasados. Por otro lado, lo incitaron con el ejemplo de otros que lograron la conquista de una fácil gloria ayudada por los sectores más inteligentes de la quinta columna, por haber hecho algunas concesiones en el contenido de su arte.

Segall podría haber quedado en el primer plano de la publicidad si hubiese abandonado los temas como "Pogrom" y "Navío de emigrantes", si redujese la rebeldía de su pincel, si lo amansase, haciendo del brioso caballo de su inspiración un manso burro de carga, como hicieron tantos otros. Pero Segall era una trinchera, para este hombre su arte era más importante que todo y bien sabía que un arte sólo es poderosa e inmortal cuando nace y vive en función del pueblo, de los dolores y de los problemas del pueblo. Su pueblo brasileño y su pueblo judío precisaban de él, y él no los traicionó, a pesar de la puja y de la guerra. Soportó el silencio que cercó a su arte, soportó también las amenazas hechas a través de teorías estéticas que surgieron en ese país distante, en una tentativa por quemar libros y cuadros y condenar a largas penas de prisión a escritores y artistas.

Y mientras se producía este proceso, él pintaba y esculpía grandes cuadros y grandes esculturas. No fue de aquellos que trataron de olvidar sus motivos anteriores para no caer en la sospecha que rodeaba a todos los creadores libres. Mientras esa agitación que tendía a liquidar un arte y una literatura estaba en movimiento, Segall creaba, importándole poco las posibilidades de exponer, de ver su obra estudiada y valorada, sin esperar que se hiciese justicia en torno de él. Creaba solamente, sin desviarse un momento siquiera del derrotero que se había marcado, derrotero cuyos puertos tienen nombres lindos: libertad y reivindicación social.

Por eso, mientras muchos se empequeñecieron en la burocratización de su poder creador, él creció en su arte, poderosa e inconfundible, como un grande árbol en medio de magros arbustos, como los que vemos, de súbito, en las "caatingas" del nordeste del Brasil. Fiel al pueblo, a sus necesidades. Hoy nadie puede tener una sonrisa irónica al ver sus cuadros de ahora, como muchos la tienen al leer poemas y artículos actuales de ciertos literatos que ayer no más eran tan tímidos en sus motivos. Ante Segall ninguna sonrisa irónica, ninguna exclamación admirativa. Su línea es una línea recta, de ella no se alejó en las curvas de las reculadas. Fue una trinchera de lucha, contrastando con los mostradores donde se vendían los talentos y se fabricaban las pequeñas inteligencias provincianas que invadieron el mercado de la literatura y del arte en los años tristes.

Nuevamente la alarmada quinta columna se alzó contra él. Esta vez la parte más reaccionaria e imbécil (la más inteligente se está adhiriendo). Su exposición, exposición de una trinchera desde donde la libertad luchó contra el fascismo, fue asaltada una vez más por las bestias que obedecen a los capitanes artísticos de la oprimida Berlín. ¡Qué importa! La reacción, el fascismo, el obscurantismo sólo pueden vencer a los pequeños hombres y a los pequeños artistas. Los grandes salen mayores aún de las luchas y de los ataques violentos. Como ciertas ciudades de la reciente guerra, como la ciudad de Stalingrado.

Lasar Segall es, ya hoy, un símbolo. Símbolo de dignidad y de irreductibilidad del arte brasileño.

Samuel Rawet: Uma visão do judaísmo e a marginalidade no Brasil

Berta Waldman

Samuel Rawet publicó su primer libro años después que ***Judaica*** *dejó de existir. Pero su director conoció de cerca en sus viajes a Brasil el mundo de inmigrantes judíos solitarios, extraños y marginales, que pueblan como una pesadilla del desamparo y la errancia la obra de este gran escritor. El presente artículo fue escrito especialmente para este número homenaje de NOAJ por Berta Waldman, profesora de la Universidad de São Paulo (USP), crítica literaria, autora del ensayo* ***Clarice Lispector: A paixão segundo C.L.***

NASCIDO em Klimotow, pequena aldeia polonesa, em 1921, aos sete anos Samuel Rawet deslocou-se, com a mãe e os irmãos, para seguir o pai, que tinha emigrado para o Brasil uns anos antes. Pobres, tiveram que instalar-se na zona norte, no subúrbio do Rio de Janeiro. A colisão de culturas mais os conflitos no interior da família, dificultaram ao máximo sua adaptação, rompendo-se os laços familiares, o que tornou a vida de seus membros mais dilacerada. Formado em Engenharia, Rawet começou cedo sua vida de escritor nas páginas do *Diário Carioca*, dedicando-se primeiramente ao teatro. Sua estréia em livro se dá em 1956, com os *Contos do Imigrante*. A partir dessa data, o autor constrói uma obra coesa, que inclui os contos e novelas de *Diálogo*, *Abama*, *Os sete sonhos*, *Terreno de uma polegada quadrada* e *Viagem de Ahasverus*, além de diversos volumes de pequenos ensaios de teor filosófico, cultural, etc. Como engenheiro, trabalhou na construção de Brasília, constando que viveu solitário, por muitos anos, na cidade Satélite de Sobradinho, próxima, embora fora, daquela que ajudou a construir, tendo nela morrido em 1984. É interessante, aqui, fazer uma

breve digressão biográfica que ajude a entender a importância que o subúrbio ganha em toda a obra de Samuel Rawet. A imigração da família Rawet insere-se no fluxo imigratório de judeus russos, poloneses e alemães, principalmente, que se deu entre 1920 e 1940, e que teve de enfrentar dificuldades de diferentes tipos para poder entrar no país. Políticos, diplomatas, jornalistas e intelectuais tentavam, na época, combinar categorizações sociais pseudo-científicas (Gobineau e Chamberlain) vigentes tanto na Europa como nas Américas do século XX com um novo sentimento nacionalista. A isso fundiram-se temas cristãos tradicionais e ainda presentes, de modo que as tentativas de engendrar um sentimento de patriotismo colocavam os grupos não-cristãos em posição precária. Além do mais a elite política considerava os judeus uma "raça não européia", quando "europeu" era entendido não como adjetivo que relacionava com a região de nascimento, mas como sinônimo racial para "branco". Assim, ao mesmo tempo que os judeus que viviam no Brasil eram aceitos como "não negros", outros que queriam imigrar eram considerados "não brancos" e, portanto, um perigo social. Considerados, ainda, como membros de uma "raça isolada" que não podia ser distinguida fisicamente com facilidade, os judeus arcavam também com os estereótipos há muito mantidos sobre eles que reforçavam uma furiosa caça a bodes expiatórios em tempos de crise econômica, política e social, forjando um perfil que se tornou alvo de uma política segregacionista em nível oficial, enquanto na realidade aqueles aqui radicados iam se aculturando rapidamente à sociedade brasileira, sem maiores problemas.

Como pobres entre pobres a família Rawet vive no Rio de Janeiro uma experiência que a vida de subúrbio lhe propocionou; assim, não é difícil imaginar a eleição desse espaço descentrado que o autor privilegia para lhe servir de laboratório simbólico do confinamento de toda sorte de marginais e desvalidos. Ao final dessa análise se verá que o descentramento topográfico atinge também outros níveis.

Comabama, novela de Samuel Rawet publicada em 1964, o leitor é colocado, de imediato, na posição de decifrador, já que a palavra que a nomeia não tem um sentido prévio, gestada que foi no corpo mesmo do texto.

Como cabe ao leitor decifrar o enigma, ele é convocado a afiar o olhar e aplicá-lo do modo o mais arguto, para não deixar escapar nem mesmo os detalhes, habilitando-se, assim, a reordenar as peças que, uma vez repostas, atribuam ao texto algum nível de coerência.

Trata-se de uma difícil função, porque o que caracteriza o texto de Rawet é o hermetismo. A economia do estilo, a elipse, a organização sincopada da frase, a tendência alusiva que remete a sentidos fora das margens do texto, formam um sistema cerrado que espanta o leitor habituado a ser conduzido pela mão. A compensação imediata a essa dificuldade está na precisão lexical, no domínio espetacular da linguagem que se dobra e desdobra permanentemente em modulações plásticas, em jogos de luz e sombra responsáveis pelas torções a que estão submetidos os volumes entre os quais se incluem a cidade com seus edifícios, casas, praças e bares, a natureza, as montanhas, o mar, as árvores, folhas e flores e, finalmente, o homem. A cidade, embora não nomeada, é o Rio de Janeiro, onde Rawet viveu.

Não é só o leitor que é convocado a olhar. A plasticidade do estilo, na novela, é alcançada por meio da exploração máxima do olhar. O narrador (em terceira pessoa) olha inesgotavelmente e as-

sim também o protagonista. Ambos se comprazem no exercício do olhar, e o que dizem, o mais das vezes, resulta dessa função. Mas a divisão usual que atribui objetividade à visão do narrador e subjetividade à visão da personagem relativiza-se, pois o narrador vê a personagem que vê. Como a distância entre ambos é diminuta, cria-se rapidamente uma espécie de simultaneidade entre a personagem que vê e é vista ao mesmo tempo, tornando um pouco sem sentido distinguir um do outro pelo pelo critério da objetividade/subjetividade. Por outro lado, é o narrador o responsável pela apresentação dos planos de visibilidade do leitor, porque é ele que expõe aquilo que a personagem vê.

Com a exacerbação da função visual, cria-se uma espécie de dialética da onipotência e ao mesmo tempo da impotência radical simultâneas ao olhar, já que por mais que se veja, há sempre o ponto cego, condição prévia da visão.

Assim começa a novela:

> *Deu-se um dia, após longa caminhada, quando se encontrava no outeiro, um pouco afastado da igreja branca, e seus olhos varreram o horizonte da esquerda para a direita.*
>
> *Ao fundo, a linha arroxeada de serras no outro lado da baía, o mar, o monte de pedra oferecendo às águas um dorso gracioso; à frente, o aeroporto, galpões de empresas de aviação, a linha atual das águas mal definidas pelo aterro recente, obras em construção sobre a faixa de mar recém-conquistada, na continuação o cais e a amurada de pedra antiga, e em curva abrupta blocos de edifícios quase escondiam o morro encravado na avenida arborizada /.../ Deu-se que resolveu descobrir seu demônio particular* (pp.11-12)

Há a intersecção de dois planos na trajetória de Zacarias, o protagonista da narrativa: no horizontal, ele avança do centro para a periferia , da periferia para o centro; no vertical, se dá sua descida do outeiro, onde se encontra inicialmente, antes de se lançar à caminhada, e a novela termina com a personagem no alto, em seu apartamento. É no entrelaçamento desses dois planos que se pauta o enredo da novela, no transcurso de uma madrugada. Como a personagem se desloca o tempo todo, aos planos gerais e panorâmicos sucedem os instantâneos desgarrados e disformes, captados pelo olhar em movimento: um ramo isolado, a criança junto à mesa posta, um paralelepípedo, objetos expostos na vitrine, são fiapos pinçados ao acaso, desgarrados de seu lugar de inserção.

Da praça, coração da cidade, Zacarias caminha para o subúrbio. Com esse deslocamento outros mais vêm a reboque, situando o personagem no intervalo entre a noite e o dia, entre um pensamento e outro, entre o conhecido de que se afasta e o desconhecido em direção ao qual caminha. A grande aventura será dar lugar ao desconhecido, ao demônio, o que é indomável por sua própria natureza. Para chegar a ele, um outro salto na verticalidade, será preciso descer ao inferno. Nessa descida, o protagonista registra a pobreza, a prostituição, a violência, o desamparo e a loucura. E, acima de tudo, a impossibilidade reafirmada a cada passo de travar contacto com o outro.

O sofrimento de que está investido o protagonista, longe da pieguice, é alimentado pelo ódio e pelo nojo, vincando-o cada vez mais, projetando-se para a realidade fora dele uma disposição semelhante, e assim personagem e paisagem compõem num padrão cubista o mesmo plano, numa superação da perspectiva tradicional que destaca e hierarquiza forma e fundo. Assim, suspenso na ponta do olhar do outro, o protagonista é visto pelo narrador como um objeto entre outros.

Uma porta, janela. Seios. Pernas entreabertas e o constante mecanismo da farsa e aceitação da farsa, álcool, podridão, penumbra (p. 53)

O olhar fragmentário capta indistintamente porta, janela, seios, pernas, criando uma equivalência entre eles, que o protagonista tenta quebrar. Como ele está na mira do narra-dor, figura invisível para ele, seu esforço será o de se enxergar em alguém que consiga lhe devolver a imagem e mostrar-lhe o que não se pode ver a não ser desde outro lugar: o mistério do próprio corpo em sua totalidade. Por outro lado, a solidariedade entre narrador e personagem se dá na direção do primeiro que se cola ao segundo, arrastado por uma força que o atrai para o enunciado (para o plano da personagem), resultando daí o discurso indireto livre, que soa como próprio e alheio, no meio fio entre o eu e o outro, rompendo a linearidade narrativa.

Em seu trajeto rumo ao encontro com o demônio, Zacarias vai cruzando com outros personagens. O primeiro, um desconhecido, toma-o pelo braço e o trata como se o conhecesse. É conduzido por ele a seu apartamento para partilhar da festa de aniversário do filho, passando, antes por um labirinto de cômodos e desesperos. Ao entrar, o protagonista percebe sua condição de estranho:

> *Os dois a seu lado olhavam-no de perfil, impossível negá-lo pois avançavam bastante as cabeças, e mesmo com a atenção presa no outro lado tinha em seu campo visual um pouco mais que fatias de rosto. Exploravam-no. Sondavam-no. Era preciso resistir. Sua condição de estranho aguçava-lhes o apetite. O silêncio dele, uma prova evidente de descaso; um homem que se subtrai à participação (p. 23)*

O deslocamento no ambiente destaca Zacarias como estranho, mas antes desse encontro ele já se sabe estranho, caso contrário não teria iniciado a aventura. O que ele quer saber é algo mais. De qualquer forma, o impacto do encontro remete à lembrança da atividade do protagonista, ele é um vendedor bem sucedido de eletrodomésticos, embora tenha acumulado alguns fracassos. E fracassados são todos os seus amigos. Outro estranho como ele é Urias, amigo de bares, prostíbulos, pensões e caminhadas, que o protagonista resolve ir procurar.

É também no rastro da revelação da estranheza de Zacarias que aparece a primeira de duas referências explícitas que na novela se faz ao judaísmo:

> *(Urias) Judeu como ele, que do judaísmo só sabia isso, que era judeu (p. 48)*

Atrás do atributo não há nada, o que confere ao judaísmo o peso de uma tradição morta, algo como a pertença a um passado alheio, sustentado, ainda e apenas, pelos nomes bíblicos.

Urias, o soldado de Davi, ou o sumo sacerdote, ou o profeta contemporâneo de Jeremias, salta do texto sagrado para os prostíbulos da periferia do Rio, e é espancado por habitantes do subúrbio quando vai cobrar o aluguel de um casebre. Doente, alquebrado, expulsa Zacarias que, em sua travessia, decide visitá-lo, com um raivoso *Vá embora, seu filho da puta* (p. 72)

Por sua vez, Zacarias, um dos doze profetas menores, que tinha por missão aglutinar o povo de Israel em torno de sua palavra, reverbera em seu homônimo - o protagonista da novela - como um homem mudo, solitário, raivoso e desconectado. Resvalando do texto sa-grado para a realidade profana, Zacarias e Urias são nomes esvaziados.

O povo judeu apresenta uma fusão invulgar entre nacionalidade e religião. Por um lado, existe o sistema natural (família, tribo, nação) e, por outro, o espiritual, expresso inicialmente na religião. O sistema de nacionalidade é bastante flexível. Para a Halachá, não há conteúdos na condição judaica: nem pertença territorial, nem idioma, nem sequer religião. Pode-se viver em Buenos Aires, Washington ou São Paulo, pode-se não saber nada de judaísmo e de judeus, pode-se ser ateu, que será considerado judeu aquele cuja mãe é judia. Essa definição dificulta o paralelo entre judaísmo e outras religiões, pois para ser considerado cristão ou mussulmano, deve-se crer em determinadas concepções de Deus. Em contrapartida, segundo a Halachá, o judeu não necessita acreditar em Deus para ser judeu. Por outro lado, também é possível converter-se ao judaísmo, entretanto, não se deixa de ser judeu por conversão, pois se continua sendo filho de mãe judia. Ao mesmo tempo, um outro sistema traça objetivos espirituais para o povo e tenta sujeitar sua existência às exigências religiosas e espirituais. Há uma tensão permanente entre os dois sistemas decorrente da contradição entre os seus objetivos.

Na novela de Rawet, o questionamento do protagonista com relação à sua identidade judaica aludida como carente de lastro é abrangente: *do judaísmo só sabia isso, que era judeu...*, quer dizer, só lhe restou o nome.

Ora, toda a tradição judaica tem como suporte apenas um nome, e assim mesmo, impronunciável, o tetragrama YHVH. A divindade abstrata inatingível e não representável, colocada no limite do não existir, é responsável pela atividade conotativa dos comentários e interpretações dos textos sagrados, prática introduzida para se tentar achegar ao sentido de Deus. Movendo-se no terreno pantanoso de uma conotação possível, cujas significações podem ser conduzidas sempre um pouco mais adiante, a exegese do texto sagrado é sempre incompleta, uma vez que ele não é uma entidade estável, não havendo onde se estabeleça uma relação fixa entre significante e significado. Neste sentido, Deus é uma abstração e a escritura sagrada, vazia. Desse modo, os sinais de denegação do judaísmo em *ABAMA* podem ser vistos paradoxalmente como sua confirmação, se se aceitar que ser judeu implica atribuir interminavelmente sentido a algo que não está dado.E é curioso observar que o movimento da personagem, ao argumentar contra, esbarra justamente numa adesão.

> *(utilizar) as mesmas palavras que arrastam atrás de si uma crosta milenar, as mesmas palavras às quais só têm acesso os que são considerados aptos para isso, por carregarem talvez uma imensa bagagem de deformação, as mesmas palavras, mas nuas, se possível. A coragem suprema de repensar a palavra de Deus sem acreditar nele e sem nada saber do que foi escrito a respeito* (p. 60)

Retomar a palavra de Deus para reinterpretá-la é entrar na cadeia dos estudos exegéticos, mas as "palavras nuas", essas não existem, embora se entenda que, no texto, elas signifiquem a recusa da tradição, o que mais adiante vem explicitado com todas as letras:

> *...a tradição é este monte de merda, é puxar a descarga (p. 69)*

Mas, continuando o seu caminho, Zacarias rememora a atividade artística de pintor exercida por algum tempo no passado a que seguiu um surto de loucura que o levou a um sanatório. Ali, ele entrou em contacto com o louco Ismael, negro favelado que, quando criança, viu o pai matar a mãe, sofreu a dispersão dos irmãos, a pobreza e o abandono, configurando, em sua história pessoal, a história dos desvalidos de grande parte da população brasileira. Ora,

este é o terceiro personagem que porta um nome bíblico, embora, diferente-mente dos outros, não seja judeu. É fácil depreender que o que existe em comum entre os três é a posição marginal que ocupam na sociedade brasileira, marcando cada um deles os traços específicos de seu deslocamento. A homologia dos nomes bíblicos mais a posição marginal permite que se leia aí um conceito de judeu que inclui e conjuga toda sorte de marginalidade, contra o pano de fundo da tradição que, como se viu, deve-se deixar escorrer pela descarga.

A tendência a ampliar o conceito de identidade judaica já aparece no primeiro livro de Samuel Rawet: *Contos do Imigrante*, que inaugura a literatura de imigração judaica no Brasil. No primeiro conto, "O profeta", é posto em cena um judeu salvo dos campos de concentração que emigra para o Rio de Janeiro, onde entra em conflito não com os não judeus, mas com seus próprios familiares já adaptados à nova terra e à nova língua e que o discriminam. Em três outros contos, a questão judaica é tratada de modo pontual: em "A Prece", o autor projeta a figura de uma judia solitária vivendo no morro carioca; em "Judith", enfoca-se a questão do casamento misto de uma jovem que passa a ser excluída do grupo familiar; em "Gringuinho", uma criança é segregada na escola pelos colegas e pela professora porque é diferente e desconhece a língua do país. Afora esses contos, porém, as personagens, algumas com nomes bíblicos, ou migram dentro do país à procura de melhores condições de vida, ou são irremediavelmente pobres e sem perspectivas, ou são isoladas pela doença que conduzirá inevitavelmente à morte. Instaladas todas elas no subúrbio, descentra-das, a marginalidade é o denominador comum que as une, e é a partir desse dado que o autor cria um plano de equivalência entre elas, atingindo a generalidade que contém as diferenças, sem conseguir, no entanto apagá-las. Assim, do mesmo modo que se pode interpretar as figuras marginais, pobres, loucas, assassinas, como sendo a encarnação moderna e brasileira do judeu errante, também podemos ler inversamente que o judeu aculturado dilui seus traços que passam a ser identificados em outros ex-cêntricos e excluídos da sociedade brasileira.

Retornando a *ABAMA*, nota-se, de modo enviesado, que se vai anunciando o fim do trajeto de Zacarias. Há como que um ritmo rotinizado que é acentuado e conduz a vida para a frente, pautado pelo ciclo do dia e da noite. O dia já se anuncia, deixando o protagonista à deriva:

> *Daqui a algumas horas a padaria começará a funcionar, e o forno a ser aquecido. O açougue terá nos ganchos sólidos e sangrentos quartos de boi. A quitanda exporá cenouras, tomates, pencas de banana, e tabuleiros de alface, agrião, pepinos e laranjas (p. 75).*

De um sobrado, ecos de um alto-falante ressoam a empolgada reinvindicação de um orador, fazendo provavelmente deslizar da realidade para a ficção sinais dos tempos de opressão vividos com o golpe militar de 64, contemporâneo à publicação da novela, que apontam sabe-se lá para onde. Mas a angústia e a procura do protagonista não engatam nesse ritmo cíclico, atingindo o seu ponto climático quando ele entra num café e acima do balcão se olha no espelho, e a imagem invertida mostra-lhe um outro, ou, mais precisamente, o seu olhar se vê visto pelo outro, enquanto ao fundo, um negro baleia e mata uma mulher. Este momento encontrará sua complementação, depois que o protagonista refizer o caminho da madrugada, mas em sentido inverso, da periferia para o centro.

Ao chegar a seu apartamento, Zacarias toma o lápis e o papel e escreve a primeira letra do alfabeto e segue escrevendo até completar a palavra ABAMA que, uma vez inscrita, faz surgir o esperado de-

mônio - a forma duplicada do avesso da forma humana - quer dizer, o espelho do avesso, feito de impulsos nunca realizados e de sonhos vividos também pelo avesso. Quebra-se a chave monológica da novela e o narrador em discurso indireto relata o diálogo entre Zacarias e seu demônio:

> *Entre perguntas e respostas a mesma distância da incompreensão. Um choque de acusações e atenuantes. Entre o desejado e o vivido o mesmo intervalo de pesadelo. E numa pausa, o que poderia ser um momento de suavidade, em voz de contralto, que era a voz de Abama, veio a seqüência de fúrias e medos, de privações e excessos, de andanças e perseguições, de exaustão e cansaço, de agonia e morte (p. 80).*

Um pouco à maneira do ponto Aleph no conto homônimo de Jorge Luis Borges, através do qual o personagem vê simultaneamente todas as coisas existentes no universo, Abama também desfia fúrias e medos, privações, etc., enfatizando uma frase cantarolada, calcada na imagem de judeus que, com seus capotões negros e cachos de cabelos enca-racolados, dançam em círculo, provavelmente em torno da Torá, num fundo de neve, noite e medo. Essa, a segunda referência explícita que se faz ao judaísmo em *Abama.*

Mas a figura do demônio é instável e lábil, não tem uma forma única e fixa:

> *E numa rápida seqüência Abama se multiplicou e para cada unidade de sua forma um duplo surgia e esse duplo gerava outros dois, e cada um deles projetava um lamento em paisagem diversa. Desertos, dunas, sóis, vilarejos, casebres, palácios; palmeiras, carvalhos, tamareiras; lágrimas, choro, pranto* (p.81).

Multiplicam-se os demônios até desaparecerem, restando apenas Zacarias e Abama, que se golpeiam imobilizados por compressões, ou formando uma ciranda que se desfaz com a primeira luz do dia, e com as descargas de banheiros e as águas que correm pelos ralos de pias e lavatórios.

Que o núcleo da novela seja uma funda indagação sobre a identidade de modo amplo, não há a menor dúvida. E é dura a resposta que ela propõe a essa questão: o sujeito e seu avesso não podem formar uma unidade, não há síntese nem indivíduo, porque o homem é, por natureza, dividido. A alienação de si é condição da existência e esse paradoxo, insuperável. O impacto do protagonista diante do espelho se dá porque de algum modo ele intui a impotência do alcance de seu olhar, ele está aqui e está lá refletido, descentrado, preso no olhar do outro. O impacto se confirma e complementa no enfrentamento com seu demônio particular, onde a relação estabelecida é a de luta e de tensão. Nos dois casos, usando a formulação poética de Rimbaud: *je est un autre.*

Mas há um outro nível interpretativo que a novela propicia. Para chegar a ele é preciso por em questão a nomeação do demônio. A palavra Abama não é portuguesa. Ela é, sem dúvida, de matriz hebraica. Trabalhando por aproximação, pode se observar que ela soa mais ou menos como Habama, que significa "o palco", compondo nesse caso o cenário móvel onde a busca da identidade de Zacarias se efetiva. Mas é pouco provável que a referência seja essa, pois na novela o narrador frisa que a palavra inicia com a primeira letra do alfabeto, e em Habama o A aspirado corresponde à quinta letra do alfabeto hebraico.A hipótese mais viável é a de que o autor tenha juntado duas palavras para formar uma: ABA/ IMA, que significam respectivamente pai/ mãe.Levando-se em consideração que as vogais hebraicas são subpostas às letras e facultativas, IMA é grafada

AMA e só será lida IMA se a vogal "i" for agregada à primeira letra do alfabeto. O autor pode ter privilegiado essa forma quase palindromática ABAMA porque ela permite uma leitura lúdica adequada aos jogos especulares e às inversões presentes na estrutura mesma da novela.

Se Abama significa pai/mãe,(aliás, é preciso frisar que, quando Zacarias dança na ciranda com o demônio, menciona-se o número três)

> *Abraçados os três, Zacarias e Abama, os golpes se resumiam apenas a compressões mais ou menos violentas, às vezes imobilizados, outras em círculo, numa* ciranda maciça *(p. 81)*

o demônio particular refere-se à origem do protagonista, que prefiro ler como origem étnica. Pondo em confronto as duas únicas imagens de agregação em círculo que a novela propicia, a dos judeus ortodoxos que dançam em volta da Torá e a ciranda de três que fecha a novela, nota-se que além de faltar a alegria, a solidez e a solidariedade ao segundo círculo, falta-lhe a letra.

Há duas atitudes possíveis frente à tradição: encará-la como um depósito sedimentado, petrificado, repetitivo, ou como uma memória ativa, interrogativa, crítica. A segunda posição apóia-se na incompletude e na disseminação permanente de sentidos.

A tradição é questionada na segunda ciranda. À certeza de um código fixo de leis que estaria na origem do judaísmo cantrapõe-se a instabilidade de um centro fixo, que molda a origem como campo significante à mercê da multiplicação sem limite dos signficados.

Lida dessa maneira, a novela de Rawet problematiza e conjuga num mesmo eixo três níveis de descentramento: o social, o psíquico e o religioso-cultural, que o olhar vigilante do protagonista consegue só em parte ver, uma vez que, defrontado com o vazio que também o representa e compõe, ainda que negativamente, ele tropeça no ponto cego.

O ritmo descontínuo e fragmentário que pauta a novela, as elipses, o clima lacunoso e difuso, o desfecho obscuro, deixa o leitor patinando no espaço em branco das alusões marcadas dentro mas reverberadas fora da moldura do texto, induzindo a uma leitura tateante, que se move também ela em duas direções: do começo ao fim e, do fim para o começo, para se chegar aos sentidos possíveis que o nosso olhar de leitor é capaz de organizar, retroativamente.

É interessante observar que, embora a novela de Rawet se filie à ficção de corte intimista com muitos representantes entre nós, seu grande interlocutor é, a meu ver, o artista plástico Oswaldo Goeldi que, embora filho de imigrantes, se autodefinia como "um europeu sentimental exilado no Brasil", país que nas suas gravuras se torna teutonicamente sombrio, noturno, chuvoso e espectral, o oposto do paraíso tropical. Na fronteira entre duas culturas, as obras, em diálogo, desses dois artistas nascem no ponto tensionado entre integração e marginalidade, naquela zona híbrida onde o dentro e o fora se confundem.

São Paulo, octubre de 1997

judaica

publicación mensual

fundador: salomón resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 245.554

Año XIV Buenos Aires, Noviembre de 1947 Nº 160

JUDEA

Con aliento en tierra americana, la Asamblea General de las Naciones Unidas, aprobó (29-11-1947) la división de Palestina en dos Estados: uno judío y árabe el otro. Este magno acontecimiento para la vida del judaísmo universal, este problema que llevaba contubado al mundo entero, y que sigue siendo, por la continuidad de los hechos que en torno suyo promueve, uno de los más extraordinarios en lo ideal y social de la historia contemporánea de Oriente y Occidente: este proyecto, patrocinado por Estados Unidos y Rusia, y sancionado por 33 votos contra 13, más 10 abstenciones y una representación ausente; este debate universal entre los delegados de los pueblos triunfantes en la Guerra Mundial contra el nazi-fascismo; este pronunciamiento por la creación del Estado judío después que el pueblo alemán asesinó a seis millones de judíos en el territorio europeo ocupado por los ejércitos del Eje Roma-Berlín: esta gran decisión adoptada por representantes de pueblos libres para salvar del exterminio a un pueblo esclavizado y perseguido, cuya historia se remonta a los orígenes del mundo, y está ligado desde la antigüedad cristiana hasta nuestros días al proceso de desenvolvimiento progresivo de la humanidad: este hecho materializado contra la actitud recelosa, temerosa y equivoca de la nación mandataria en Palestina, se produjo, justamente, a cincuenta años de la organización del sionismo político y a treinta de la Declaración Balfour.

Las dilaciones, postergaciones y trabas que surgieron durante el medio siglo de actividad sionista, han rendido el venturoso y magno Estado Judío, que la judeidad recibió con exaltado júbilo. El

destino de Palestina era el destino de Israel. La sostenida incertidumbre que desde la Declaración Balfour se mantuvo en torno a la decisión final, ha permitido, en tanto, que la sangre del ischuv palestinense fertilizara el suelo de Eretz Israel. Los hombres encargados de organizar el mundo que, salvado del dolor de la última guerra, marcha hacia un futuro mejor, consagraron este renacimiento que honra a la comunidad humana. Las mágicas nueve lunas que señalan el curso del advenimiento, se fueron dando sucesivamente sobre Munster, Osnabruck, Yalta, Teherán, un lugar del Atlántico Moscú, Potsdam, Washington y Lake Success...

Todos los sacrificios soportados por el judaísmo forman parte de la historia universal, aunque pesen exclusivamente sobre el débil organismo judío. De haber sido otra la historia del mundo, nuestros sacrificios no hubieran sido, o bien, aparecerían tan innecesarios al curso de la vida de un pueblo, como lo son los sacrificios soportados, a los que hemos sobrevivido, y a los otros muchos que aún tendremos que soportar para sobrevivir. Dos mil años de dispersión nos traen al punto de partida. El círculo de la negación de la negación se ha cerrado. Se abrieron las puertas de Tierra Santa para que regrese todo el pueblo judío. Contra los argumentos falaces de las derechas y las izquierdas, ha triunfado la idea sionista. La misión del pueblo judío no es otra que reintegrarse a la tierra de sus antepasados, para tener allí el derecho a la vida que en otras tierras le niegan.

judaica

publicación mensual

fundador: salomón resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 245.554

Año XIV Buenos Aires, Enero - Febrero de 1948 Nº 162-163

Renacimiento de Eretz Israel

CUANDO *la potencia mandataria publicó el Libro Blanco, en 1939, y en ese documento se disponía que la inmigración hebrea fuera suspendida, vedándose además a los judíos adquirir tierras en el territorio que les fuera reconocido como hogar nacional, no creyó entonces el gobierno inglés que los sucesos a que diera lugar el Libro Blanco se prolongarían sin solución durante un decenio, y los obligara a situaciones de desprestigio que no se borrarán, sin duda, durante los próximos diez años. Es evidente que mediante el Libro Blanco no se intentó dar una solución al problema judío; sólo se quiso dilatarlo y en eso estamos .*

Con todo, para el judaísmo, y en aquello que a él respecta, nada se ha detenido. La historia se repite en el renacimiento del pueblo judío. El medio siglo de vida sionista, o los treinta años de la Declaración Balfour, completan un campo de lucha no menos agobiador y trágico que los cuarenta años en que la tribu fugitiva deambuló por el desierto, hasta alcanzar la tierra prometida. También ahora se entra luchando a Eretz Israel, y también algunos de los jefes se quedaron en los umbrales, sin ver como la grey se internaba en la tierra de los antepasados. Entre los que llegan —fugitivos, colonos, obreros, idealistas, guerreros— hay muchos que conocieron a los héroes Herzl, Nordau, Trumpeldor, Jabotinsky, Joffe. La palabra de los conductores sigue impulsando y moviendo el destino y la obra de los judíos, porque el judaísmo es paciente y tiene fe en los más altos dictados humanos. Si el pueblo judío no hubiera clamado por sus muertos y por sus sobrevivientes, tal como lo hizo con toda su voz universal, y no exigiera su liberación nacional, el camino de la esclavitud de las masas se hubiera reiniciado en Europa: en la nazi y en las otras... Es sabido que Israel, viviendo en paz con todos los pueblos de la tierra, es tratado como enemigo. El hombre judío está sirviendo de experimento a las fuerzas que aspiran a dar el salto atrás que les permita revivir el medioevo y el estado de esclavitud. Los que huyen a Palestina, llegan desde países donde gozaron de los mejores beneficios de la civilización y la cultura; la mayoría son profesionales que alcanzaron fama y riqueza; habiéndose salvado de morir a manos de la bestia nazi, huyen de la Europa nazificada; corren los riesgos y privaciones consiguientes a fin de asegurar una tierra libre y nacional para ellos y sus hijos, un país donde puedan proclamar sin temores lo que son y desarrollar sus aspiraciones, sus cultos, sus modalidades. No serán esclavos, y en esa empresa de migración reivindican los fueros humanos. La emigración del judío europeo a Palestina, recuerda el éxodo europeo a América, aún cuando no es lo mismo.

Los pueblos jóvenes de América no pudieron evitar que en suelo del Nuevo Mundo arraigara la herencia de prejuicios contra lo judío, si bien la vida judía, al amparo de garantías constitucionales, siguió desarrollándose a la par de otras colectividades que, en su adaptación al medio, seguían manteniendo los principios tradicionales y culturales en los que se educaran y que les daba una fisonomía inconfundible. Para que el hombre europeo, su tradición y su cultura, asentaran firmemente en América, el conquistador guerrero y el conquistador inmigrante, redujeron al indio a esclavitud o lo aniquilaron con procedimientos inquisitoriales y policiales. El indio pudo ser sometido, porque, cercado entre dos grandes mares, no existió para él la salvación de la diáspora; los caminos del mundo no se dieron al indio. Entre el conquistador y el indio, cercados por el mar, la pampa o la montaña, mediaron la espada y la cruz y no otros símbolos. El indio estaba fuera de la órbita europea: de Dios y la cultura. El indio era judío para el godo. Pero el criollo, el hombre que reivindicó los derechos al suelo nativo, vió en el godo invasor un extraño, y a causa del odio y del miedo nacidos de la lucha sangrienta por la libertad, lo asimiló a la imagen del desprecio, llamándole judío. En el cancionero popular de la independencia, el godo suele ser nombrado así. Si bien los árabes ven simples judíos en nuestros hermanos que inmigran en Eretz Israel, lo cierto es que los británicos ven godos en ellos; los ven como a godos y los tratan como indios. Estas contradicciones particulares a la farsa, se explican por el lenguaje propio de las rivalidades del comercio.

* * *

La Biblia inmigró a América, y sin duda en manos de un judío, pero, la espada y la cruz fueron armas de los conquistadores que, puestas las manos sobre la Biblia, juraban cumplir el mandato que los delegaban los reyes, para tomar posesión de América. El naci-

miento del Nuevo Mundo importó una cuestión de fe: de fe en postulados de oro y de sangre y no de ley divina. Dios no habló para el hombre americano. El hombre de la tierra de la leche y la miel, para quien habló Jehová, es, con todo, el hombre del nuevo mundo, el indio frente a la nueva humanidad.

Eretz Israel, como cualquier territorio de la América virgen, comienza, en función de tiempo y vida, a ser un Estado; los hombres que la habitan son inmigrantes y no lo son a la vez. De que les sea reconocida universalmente su nacionalidad judía: depende el destino judío. Una cuestión de fe, sin duda, y de derecho. Por el momento, las esperanzas son una forma de vida judía, un derecho adquirido por costumbre. Los árabes deben comprender que la reintegración del israelita a Palestina, viene a significar la unidad del mundo semita frente a la Europa antisemita, y que la unión del Corán y el Viejo Testamento, significa la emancipación del Oriente. El mundo de Occidente, incluso América, reconocería en esa unidad, la señal de unión que de inmediato debe anudar con el indio y el negro —"Eurafricamérica"— restaurando, de este modo, los derechos de origen, según corresponde al hombre y al mundo contemporáneos.

El renacimiento de Eretz Israel se lleva a término sin la cruz y con el apoyo del mundo cristiano. Renace libre de culpa, para asegurar una justicia universal. En su renacer están en juego las posibilidades de la civilización, porque este intento de unidad judía, demostrará si es posible la unidad espiritual del mundo.

judaica

publicación mensual

fundador: salomón resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 245.554

Año XIV Buenos Aires, Marzo-Abril de 1948 Nº 164-165

Nadie puede lavarse las manos

Acaso al desencadenarse la guerra grande en Tierra Santa, el mundo comprenda mejor el problema judío. Comprender el caso judío es comprender el destino de la humanidad, el destino del hombre. Tenemos sobradas razones para suponer que las naciones, en cuyos dictados cuentan las razón y la fuerza necesarios para reglar el destino de los Estados vencidos en la última guerra y que no diseminaron a las poblaciones derrotadas, tienen ya conciencia de su responsabilidad ante el clamor del hombre que exige garantías individuales, es decir, derecho a la vida por el sólo hecho de haber nacido, y que además, esas garantías sean elevadas del limitado terreno del derecho público de cada país, para ser reconocidos y respetados en la carta y los hechos del derecho internacional. El regreso de los hebreos a Palestina, no es menos vital, para el futuro del mundo, que la reconstrucción de Alemania.

Debido a las atrocidades cometidas por el pueblo alemán contra los judíos, (y si en lugar de ser los vencedores las Naciones Unidas lo hubiera sido el Imperio Romano), el pueblo alemán pudo ser obligado a tomar el camino de la diáspora, y su territorio entregado al pueblo de Israel: pero los ejemplos de la historia no valen cuando se los contempla a dos mil años de distancia, en la era atómica y para un pueblo milenario que organiza migraciones ilegales para salvarse de vivir a costa de nadie. La civilización universal no ha dispuesto que la historia y la vida de Israel sean radiadas de sus páginas. Es inútil pretender desentenderse mediante habilidad diplomática, para salvaguardar intereses de oleoductos. La danza del mundo se forma en torna a Tierra Santa. Nadie puede lavarse las manos.

No se suponga que el mundo árabe acepte los hechos consumados, sea por las armas judías o las decisiones de la UN. La guerra abierta se desencadenará apenas salga el último soldado inglés del territorio palestinense. El orden necesario para que allí convivan árabes y judíos no será impuesto por una policía internacional, sino por la voluntad espiritual de los pueblos del mundo. Nuestra antigua tradición pacífica ha sido forzada a emprender una nueva experiencia, una aventura de vida o muerte. Una gran fe, una gran desesperación la incitan, y no puede ser de otra manera. Las vacilaciones de las Naciones Unidas, vienen a continuar la política de la nación mandataria: en el momento en que el Estado Judío debe nacer, ella se retira del suelo que administró durante un cuarto de siglo, para lavarse las manos.

Pero nadie puede ya lavarse las manos.

El Viejo y el Nuevo Mundo, los cinco continentes, la justicia y el derecho, el porvenir del género humano, la conciencia universal, están frente a la más tremenda encrucijada: se vive un momento crucial: el sanedrín de las Naciones Unidas va a determinar si el pueblo judío renacerá o sucumbirá. La sentencia que ha de pronunciarse, cuenta con la firma de todos. Sobre todos pesará el veredicto. Nadie podrá excluirse como juez y como parte. La palabra y el juicio de los hombres, de los pueblos, del mundo entero, resonarán bajo el cielo, como si bajaran del cielo, para conmover la conciencia y la moral del ser pensante. La responsabilidad es general y universal. Frente a lo que vendrá, nadie puede lavarse las manos.

judaica

publicación mensual

fundador: salomón resnick

directora: rosa perla resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 245.554

Año XIV — Buenos Aires, Mayo de 1948 — Nº 166

Nacer con Sangre

"Oidme los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley. No temáis afrenta de hombre ni desmayéis por sus denuestos". Palabras son de Jehová y retumbaron en la boca de Isaías. Los que conocen la justicia y la ley, saben que no son las afrentas del hombre las que deben temerse. No son los cuarenta oficiales ingleses los que afrentan al pueblo de Israel ni le dan miedo. Lo que importa y desespera es que el Imperio Británico desconozca la palabra de Jehová, ignore la justicia y borre la ley de su corazón. ¿Es que el Imperio Británico no alcanza a sentir el enorme cambio que en sus propias entrañas se está operando? ¿No siente la sangre que debe perder inútilmente por oponerse al nacimiento natural del nuevo mundo, del mundo que nutrió con su libertad y su progreso? ¿Es que Inglaterra quedó rezagada en el mundo contemporáneo? ¿Es que las ideas del nazismo invasor, que ella derrotó en el continente se radicaron en sus islas y dominan el pensamiento de sus hombres rectores, de los que padecieron miedo y afrenta ante la bestia nazi? ¿La derrota nazi les colocó una pesada loza sobre los sueños de bien y la esperanza de un futuro mejor y más digno? ¿Renació en ellos, con la guerra, el viejo espíritu filibustero, torcido, siniestro y cruel? Ya no merece fe alguna la palabra inglesa: ya nadie cree en ella: es engañosa y pérfida: es como un arma de doble filo: respalda las turbias acciones que arrastra su interés explotador. No, no es la oficialidad sometida, ni el ministro obsecuente. Es el poder del Imperio Británico, la voluntad despojadora del Imperio, el gobierno violador que ejercita el hierro del mandato imperial, en fin, el aspecto carnicero del imperialismo. El Estado de

Israel debe nacer con sangre para que el Imperio Británico reciba la transfusión de oro y petróleo que necesita del Oriente.

Ahora el mundo asiste a un fiero espectáculo, a una guerra de la más elevada justicia contra la más tremenda afrenta al destino de una vida, al derecho de un pueblo a la vida. El espectáculo no es aquél que electrizó a la humanidad en la trágica hora de Pearl-Harbour. Ahora no es el golpe descargado sin previo aviso, de modo imprevisto y fatídico, maquinado con la sorpresa y el engaño, a traición. En Israel las cosas se van dando con pleno conocimiento de gente; se difunden y se estudian, se discuten, se aplican a la luz del día, desde hace muchos años y contando con el asentimiento del mundo entero, perfeccionando cada vez mejor las marchas y contramarchas, hasta llegar a los hechos de hoy, hasta llegar al crimen de Jerusalem, estas muertes y violaciones, este despojo que no motivará remordimiento en nadie, este asesinato en masa que cuenta con la complicidad de todos y que sólo levanta un reiterado vocerío de feria en altos congresos, sin que se intervenga más que de palabra. No, esto no es justicia, ni derecho, ni siquiera venganza. Es empresa de oro, de petróleo, de bases militares. ¿Es que nadie puede hacer cesar esta guerra de tinieblas? ¿Alguien ha medido la inmensa angustia y desaliento que obliga a Israel a llevar adelante esta guerra, en la que cifra la esperanza de pervivir, de ser y cantar luego con júbilo a la vida que el Imperio le niega?

La Sangre de Israel

(Especial para JUDAICA) — por *ALVARO YUNQUE*

"Entramos a Tierra Santa con el cuchillo entre los dientes" — LÁZARO LIACHO

Nuevamente de sangre rojean hoy tus muros,
tus muros milenarios, libre Jerusalem:
Nabucodonosor y Tito nuevamente
hacen correr, feroces, la sangre de Israel.

Se oyen exasperados Patriarcas y Profetas,
exaltadas se yerguen las manos de Moisés
y Judas Macabeo que al invasor se opone
hace hervir como en olas la sangre de Israel.

El árabe, sabueso de la inglesa perfidia,
encarnación el árabe del hermano de Abel,
lanza sus locas huestes, sus cohortes sedientas
de sangre, de la sangre, la sangre de Israel.

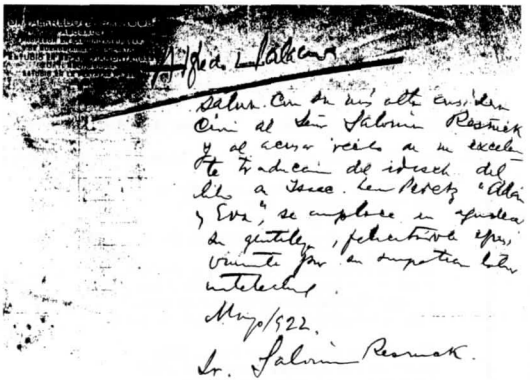
La raza no extinguida por los campos de muerte,
se halla de nuevo en sangre tinta... Pirata inglés,
no te importa la sangre si acaparas petróleo,
la sangre no te importa, la sangre de Israel.

Israel, a tu lado lucha el mundo que avanza,
héroes son ahora tus mártires de ayer:
imperante Britania, Yanquilandia babélica,
no se derrama en vano la sangre de Israel.

¿Qué es del imperio asirio? ¿Y el romano? ¿Y el nazi?...
Son arena, recuerdo de siglos y aun de pie,
se halla el pueblo que otrora cubrieron con la sangre
de todos los horrores, la sangre de Israel.

Buenos Aires, Mayo de 1948.

Epistolario de Salomón Resnick



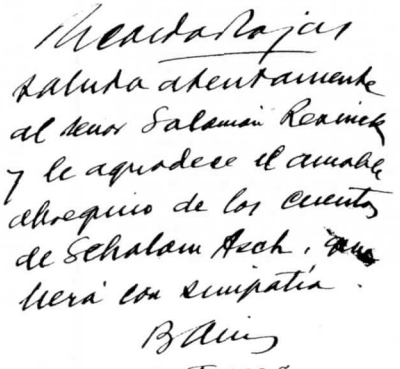
Alfredo L. Palacios

Salud. Con su más alta consideración al Señor Salomón Resnick y al acusar recibo de su excelente traducción del idisch del libro de Isaac. Leon Peretz "Adán y Eva", se complace en agradecer su gentileza, felicitándole expresivamente por su simpática labor intelectual.

Mayo/922.

Sr. Salomón Resnick.

Carta de Alfredo L. Palacios



Ricardo Rojas

saluda atentamente al señor Salomón Resnick y le agradece el amable obsequio de los cuentos de Schalom Asch, que leerá con simpatía.

B. Aires

6. X. 1928

Carta de Ricardo Rojas

"LA VIDA LITERARIA"

CRITICA INFORMACION BIBLIOGRAFIA

RIVERA INDARTE 1030 BUENOS AIRES

11 de diciembre de 1931

Amigo Salomón Resnick:

Muchas gracias por su "Literatura judia de post guerra". Sobre todo por su amistosa dedicatoria. La aprecia no solo como reconocimiento expreso de mi labor, sino tambien como reacción suya contra un pasado que es necesario olvidar de una vez para siempre.

En efecto, me es mucho mas grato corresponderle cordialmente que en la otra forma, tambien justa desde otro punto de vista, eh su hora.

Ojalá Ud realice con sus compañeros de la F I C H A lo que yo con varios amigos, que la hostilidad y la indiferencia contribuyeron a alejar del campo judio, intentamos hacer desde aquellos Cuadernos de Oriente y Occidente.

Ojalá Ud supere aquella labor de traduccion y critica cada vez más imprescindible. Una sola cosa me permito sugerirle y es que escape en cuanto pueda de la publicacion de folletos para ir directamente al libro de interes general, aunque siempre dentro de su especialidad. Voy a ocuparme de sus estudios en The Menorah Journal o quiza en la nueva revista judia de Nueva York :"Opinion" que acaba de nombrarme su corresponsal en la Argentina.

Mientras tanto, lo saludo muy cordialmente y le reitero mi reconocimiento.

Samuel Glusberg

Carta de Samuel Glusberg

Madrid 22 Julio 1933

Sr. D.

Salomón Resnick

Buenos Aires

Ilustre y estimado colega; Con gran interes acojo la noticia que me da de la proxima aparición de su libro, de titulo tan sugerente. Desde ahora espero agradecido el ejemplar que me destina. No tenemos aqui muchos criticos capaces de apreciar con profundidad y simpatia obras de esos temas. Pero puede usted enviarles ejemplares a los colegas siguientes D. Concha Espina (Goya 103) D. Rufino Blanco Fombona (Redacción de EL SOL) D. Enrique Ruiz de Serna (Redacción de HERANDO DE MADRID) D. José Lopez Prudencio (Redacción de A B C). Estas personas por lo menos leeran con interes su libro.

Agradezco mucho su invitación para colaborar en la proyectada revista, cuyo primer numero aguardo impaciente. Para empezar le envio ese trabajo que puede darse en tres veces. Si fuere de su agrado, le remitire otros. Digame si no le importa que los articulos que le envie, se hayan publicado en España.

Deseandole cordialmente el merecido éxito para su libro y su revista, quedo de usted muy suyo amigo y colega que le tiende la mano,

Como impresos le envio los articulos aparte.

Carta de Rafael Cansinos Assens

ביה"ס הספרים הלאומי והאוניברסיטאי
JEWISH NATIONAL AND UNIVERSITY LIBRARY
دار الكتب اللغة اليهودية والقطعة الشرقية

Jerusalem, 18. X. 33

Biblioteca Nacional y Universitaria - Jerusalem - POB 36, Tel. 874

Jerusalem, 18 de octubre de 1933
Sr. S. Reznick
Buenos Aires

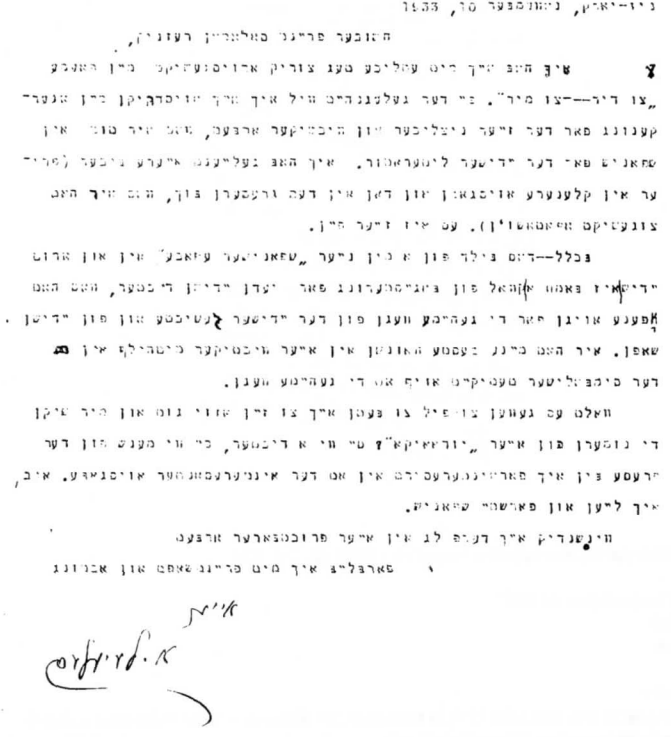
Estimado Señor,

En respuesta a su carta del 12.9, le enviamos por el mismo correo la última edición de nuestro anuario bibliográfico "Kiriat Sefer", así como el suplemento literario de Rosh Hashanah del diario jerosolimitano "Doar Haiom".

También transmitimos su pedido a la editorial de la universidad. En cuanto a las otras editoriales en Eretz Israel, no tenemos sobre las mismas infleuncia alguna.

Con un respetuoso saludo,

H. Bergman



Carta de Aharón Leyeles, 10/11/1933

New York, 10 de noviembre de 1933

Apreciado amigo Salomón Resnick,

Hace algunos días le envié mi poema "Para ti - para mí". En esta oportunidad deseo expresarle mi reconocimiento por el muy útil e importante trabajo que usted realiza en español en beneficio de la literatura ídish. He leído sus libros (primero en la forma abreviada, y luego en el libro completo que usted envió a Opatoshu). Son excelentes.

En general, el cuadro de una nueva "era hispánica" en y en torno al ídish es realmente una ola de satisfacción espiritual para todo creador judío, cuyos ojos están abiertos a los peculiares caminos de la historia judía y la creatividad judía. Deposito mis mejores augurios en su importante labor acerca de la realidad simbólica en la que se desarrolla dicha creatividad.

¿Sería excesivo pedirle que sea tan amable de enviarme los números de Judaica? Como artista tanto como hombre de prensa, estoy muy interesado en su importante labor. Dicho sea de paso, leo y entiendo el español.

Deseándole éxito en su fructífera labor,
quedo amistosamente a la espera de su respuesta,
suyo,

Nota del Editor: *Judaica* publicó "Los cuatro judíos del Apocalipsis" de Aharón Leyeles en el No. 62 (1938), y Salomón Resnick escribió una semblanza del autor con motivo de su jubileo en el No. 77 (1939).

Prof. S. DUBNOW
RIGA

שמעון דובנאוו
ריגא

RIGA 3 II 1935

[illegible]

[illegible]

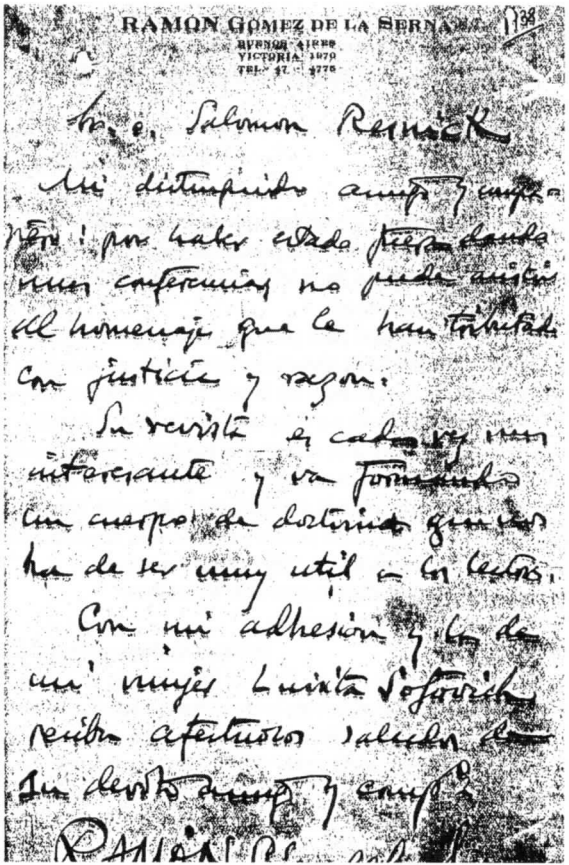
Riga, 3 de febrero de 1935.

Muy apreciado amigo, Salomón Resnick:

Le agradezco por su muy detallada carta y el paquete de libros que Vd. me mandó. Veo que Vd. también en los últimos años ha venido trabajando en el terreno de la literatura judío-española — un gran beneficio para nuestra nueva generación de la Argentina, que debe recurrir también a las páginas de JUDAICA en idioma castellano. Su revista, como se ve por su contenido y por sus comentarios, llena una función específica dentro de la vida judío-argentina y se le debe desear futuros éxitos en ese camino.

Con saludos, suyo

(Fdo.) SIMON DUBNOW



RAMON GOMEZ DE LA SERNA
BUENOS AIRES
VICTORIA 1070
TEL. 47 - 4776

Sr. D. Salomon Resnick

Mi distinguido amigo y compañero: por haber estado fuera dando unas conferencias no pude asistir al homenaje que le han tributado con justicia y razón.

Su revista es cada vez más interesante y va formando un cuerpo de doctrina que nos ha de ser muy útil a los lectores.

Con mi adhesión y la de mi mujer Luisita Sofovich reciba afectuosos saludos de su devoto amigo y compañero

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Se transcriben dos cartas no fechadas de ***Manuel Gálvez****, presidente de la filial Buenos Aires del P.E.N. Club – Asociación Internacional de Escritores (el vicepresidente era Alberto Gerchunoff); Gálvez apoyó la creación del Centro IWO en Buenos Aires, del cual Resnick será presidente entre 1938-1940. Esta correspondencia inédita forma parte del Archivo Resnick, en custodia de Rosa Perla Resnick.*

Buenos Aires (1931?)

Estimado Resnick:

Me he alegrado de que me mandara sus páginas en *Mundo Israelita,* no sólo porque son muy interesantes, sino porque así tengo noticias suyas. ¿Qué es de su vida? ¿Y su hermana Paulina? ¿Que se ha hecho? Hace años que no me van a visitar ni usted ni ella.

Aprovecho la oportunidad para pedirle la dirección de algunos editores de libros en ídish de Nueva York. Usted las encontrará en su biblioteca. Deseo proponerles la edición en volumen de la excelente traducción de Katz de *Nacha Regules*. Este libro está en ocho lenguas, fuera del español, y esto demuestra su humanidad, es decir su probabilidad de éxito en cualquier parte del mundo. Yo no tengo pretensiones de dinero y me parece que ya que la traducción está hecha y publicada en folletines,[1] sería una lástima que no apareciera en volumen. También podría mandarme la dirección de algún editor de Polonia, aunque será más difcil que allí "agarren".

Contésteme, y dígale a Paulina que vaya a visitarme.

Le estrecha la mano afectuosamente.

Manuel Gálvez – Viamonte 1287

P.D.: No se si Ud. sabe que en París se ha realizado un homenaje en honor de Scholem Asch, con motivo de haber cumplido 50 años. El homenaje lo hicieron el P.E.N. Club en combinación con la Société de Gens de Letters. Scholem Ash es presidente, según creo, del P.E.N. Club de Vilna, centro del idioma ídish.

Buenos Aires (1933?)

Estimado Resnick:

Le envío mi sentimiento por la catástrofe, Y aprovecho la oportunidad para hacerle una pregunta.

En el Boletín del P.E.N. Club de Londres he leído que el Centro Idish trata de establecer una sección en Buenos Aires.[2] Y yo le pregunto:

¿Hay aquí escritores en ídish?

¿Cuántos serán? ¿Cómo se llaman?

¿Qué escriben? ¿Versos, novelas, ensayos, teatro?

¿Han publicado o publican libros?

¿Son de nacionalidad argentina o de qué nacionalidad son?

Si es cierto que se va a crear una sección en Buenos Aires, ¿podría Ud. ponerme en contacto con el encargado de organizarla?

Como Presidente del Centro de Buenos Aires, me interesa muchísimo su respuesta. Por mi parte contribuiría a la creación de esa sección o sucursal del Centro de Vilna.

Saludos afectuosos.

Manuel Gálvez – Viamonte 1287

P.D.: Busco la dirección de *Mundo Israelita*, y me encuentro que lo que se ha incendiado no es el diario que dirige usted y Kibrick. Bueno, la carta ya está escrita, y ahí va. Contésteme le ruego a mis preguntas.

1 La novela se publicó por entregas en el diario ídish *Di Presse* de Buenos Aires (N. del E.).

2 Se trata del Centro IWO, del que Resnick sería presidente en 1938-1940 (N. del E.).

Dibujo del pintor Lasar Segall, especialmente realizado para el número de homenaje a ***Judaica*** *(São Paulo, julio 1947)*

Resnick

Carlos M. Grünberg

Ya nunca más tu infancia
de judihuelo gringo
que amaba el maridaje
de vocablos semíticos
y vocablos germánicos
del judeo nativo,
y hallaba sus sinónimos
exactos y precisos
en las voces latinas
del romance adoptivo,
y a la par descubría
la unidad del espíritu,
cristal hecho pedazos
en el poliglotismo.
Ya nunca más, oh trujamán de raza,

de la raza del Targum antiquísimo,
tu Méndel, tu Péretz y tu Schólem Aléijem,
tu Dubnow, tu Zhitlowsky, tu Rócker y tu Guínzburg,
to Opatoschu y tu Pérelman, tu Asch y tu Corálnik.
Ya nunca más, oh prosador, tus libros
de lúcidos ensayos
sobre temas judíos.
Ya nunca más, oh viejo periodista,
tus sueltos, tus artículos
y tus editoriales.
Ya nunca más, oh director eximio,
Judaica, tu Judaica, tu revista
cauce y canal y acequia de nuestro judaísmo,
del judaísmo hispanoamericano.
Ya nunca más, oh ameno y divertido
conversador, tus largas conferencias
que duraban minutos de tiempo subjetivo.
Ya nunca más, oh mártir,
tus viajes en auxilio
de las comunidades europeas,
el heroico suicidio
consciente y voluntario
de tus viajes dañosos y prohibidos.
Ya nunca más tu lucha cotidiana
por realizar tu obra y tu destino,
tu lucha valerosa y admirable
por ser tú siempre tú, siempre tú mismo.
Ya nunca más tu risa y tu sonrisa,
tu humor y tu optimismo gentilicios.
Ya nunca más la esposa compañera,
la hija legataria de tu intelectualismo
y el hijo adolescente que súbito reporta
la carga y el honor de tu apellido.
Ya no eres más, y sin embargo eres.
Eres en tus escritos.
Eres en tus trabajos.
Eres tu ejemplo y eres tus discípulos.
Pero no puedo consolarme, ¿sabes?
Te fuiste de improviso.
Te fuiste de repente.
¿Recuerdas? Nos habíamos
citado, a tu regreso de tu último viaje,
para el propio fallido
27 de julio en que te fuiste.
No puedo consolarme, caro amigo
de casi treinta años.
Te vi morir. Te he visto
morir con estos ojos.
No puedo consolarme, amigo mío
de casi treinta años,
aunque me digo y desde aquí te digo
que, estés en el subsuelo o en el cielo,
definitivamente muerto o vivo,
me aguardas, para un día, como fuere,
reanudar el coloquio interrumpido.

Buenos Aires, julio de 1947

Salomón Resnick

Alberto Gerchunoff

EN 1916, cuando conocí a Salomón Resnick, la vida intelectual judeo-argentina se limitaba a muy escasas expresiones o a formas demasiado esporádicas de manifestación. Comenzaba, por aquella época, a tornarse perceptible para la juventud israelita y para el público no judío en la notable revista *Vida Nuestra* que dirigía León Kibrick. Al grupo que congregaba esa publicación pertenecía Salomón Resnick y aportaba a la finalidad común su entusiasmo de hombre que se iniciaba en la faena espiritual, su idealismo generoso y sus conocimientos, ya muy dilatados, de lenguas, de temas históricos, de religión y de tradición.

Pronto nos sentimos aproximados por el amor de las cosas bellas y nos veíamos con frecuencia porque necesitábamos comunicarnos, en numerosos problemas de cultura argentina y de cultura hebrea, con nuestros diferentes puntos de vista. Su amistad me estimulaba. Su voluntad apremiante me inducía a satisfacer mi curiosidad en campos distintos de los que solía abordar, y a trabajar con más ahínco, por más que en ese tiempo lo hacía con denodada persistencia y alternaba tareas disímiles no sólo para conquistar el cotidiano sustento sino para ensanchar mi espíritu con lo que el mundo ofrecía en las corrientes del pensamiento.

En las reuniones de *Vida Nuestra* me encontraba habitualmente con Salomón Resnick y allí debatíamos, con los visitantes diarios, las cuestiones ordinarias que ponía de relieve el desarrollo de la guerra, la guerra de 1914, y los asuntos inesperados que traía, hora tras hora, la tormentosa actualidad del universo revuelto. En esas controversias, en las que a veces intervenían Leopoldo Lugones, Mauricio Nirenstein o Mariano Antonio Berrenechea, escritor eminente y distinguido diplomático, o el poeta Arturo Capdevila, Resnick participaba no con timidez, sino con una especie de escepticismo plácido, de persona a quien interesaban más las figuras que las ideas encuadradas por ellos y los hechos que se salvan de la agitación momentánea y llevan en sí una posibilidad de resonancia lejana. Asistía, sin embargo al desenvolvimiento de la conflagración con el ánimo conturbado y la ansiedad de que las naciones aliadas deshiciesen al agresor germánico, cuyas fauces monstruosas comenzaban a abrirse sobre el globo terrestre. Además, Salomón Resnick mostraba en su ágil inteligencia vestigios de las doctrinas en que se abrevara su temprano despertar. Al igual de muchos jóvenes contemporáneos suyos, alcanzó en las postrimerías filosóficas del anarquismo el aliciente necesario para divagar y trazar en su plano mental el esquema de la sociedad futura que a cierta edad necesitamos esbozar, tanto por riqueza de imaginación como por saludable disconformismo con los sistemas conocidos. Quiero decir con ello que ese suave y sonriente escepticismo de Salomón Resnick no se confundía para el interlocutor con la indiferencia de las almas porosas o estériles. Comprendía, eso sí, que uno de los trabajos más importantes que podía realizar un individuo dado al gusto de las letras, más que exponer una hipótesis en una tribuna o analizar críticamente un suceso, consistía en difundir entre la muchedumbre accesible las creaciones hermosas.

En la Argentina se conocía muy exiguamente la producción judía moderna y acaso fuera de algunos lectores de revistas francesas de

divulgación, nadie sospechaba lo profuso y lo original, en sus contornos múltiples, de la literatura judeo-europea o judeo-yanqui. Con excepción de algunas traducciones al francés hechas del ídish, bajo el patrocinio de Pierre Mille, o de ciertos relatos trasladados al idioma italiano, la vasta floración de cuentos, novelas y poesías en lo que hasta hacía poco se consideraba como un dialecto de las juderías ruso-polacas y balcánicas, permanecía totalmente desconocido al público hispano-americano. Resnick se propuso emprender esa obra de extensión humanística y, a la vez, de comunicación del espíritu judío-europeo con el de los argentinos y forjar así el indispensable instrumento de apreciación recíproca.

Y al hablarme Salomón Resnick, con la regularidad de una costumbre, en un rincón de *Vida Nuestra* o en la mesita del Café Japonés de la calle Corrientes, su apacible equilibrio se alteraba y un soplo de impaciencia y de ardor daba a su acento delgado y pálido la tonalidad vivaz de la esperanza. Aspiraba a familiarizar al hombre argentino con la cultura judía.

No tardó mucho en empezar su labor. Un día, en 1919, después de haber andado ya bastante por periódicos y diarios que se publicaban en Buenos Aires en ídish, me entregó un manojo de pruebas para que "las leyera y escribiera un pequeño prólogo". Se trataba de la versión al español de los cuentos de Isaac León Peretz, *Los Cabalistas*. El público argentino pudo ponerse de este modo en contacto con el extraordinario cuentista judío, que fue uno de los más grandes de Europa y podía resistir una comparación, por su realismo lúcido y su perspectiva poética, con los creadores más ilustres del género. Isaac L. Peretz se avecinaba, de esta manera, a la sensibilidad hispano-latina en una traslación límpida que revelaba en el hábil y prolijo traductor la celosa virtud de un artista.

Salomón Resnick actuó, desde entonces, con una tenacidad tranquila y una convicción de utilidad educativa en que se transparentaba ese calor profético, esa vocación social que dan su rasgo decisivo a la fisonomía moral del judío. Veía Resnick en esa dedicación desinteresada, en ese servicio estético y pedagógico, un fin de su existencia, un móvil que imantaba su energía de individuo viviente. La actividad desenvuelta desde 1919 hasta sus días finales, bruscamente interrumpidos por la muerte, abarca una producción de índole heterogénea y que, reunida en no pocos volúmenes, sugiere lo que representa la cultura judía, o a veces, la cultura hebrea contemporánea, respecto de la que se desarrolla en medios estables, con el auspicio tradicional de sociedades genuinas y la fuerza creativa con que la favorece el amparo hereditario de un pueblo cohesivo en un sitio permanente. Sin duda, esa literatura imaginativa, meditativa y crítica que se debe en lengua castellana al esfuerzo de Salomón Resnick, comprende no sólo un reflejo de la capacidad judía, de su diversidad y de su frescura, sino también el panorama de un fragmento de humanidad en su aspecto psicológico o moral y que no siempre perciben los gentiles en su profundidad o en su vastedad.

No debemos confundir a Salomón Resnick con el traductor mecánico, para el cual las literaturas foráneas no son más que un material que requiere su industria. Resnick se sentía antes que nada, en esa labor sistemática, animado por un soplo de escritor que siente la necesidad de mostrar a la gente la belleza cuya percepción ha de enriquecer su vida espiritual y ampliar su visión del mundo. Amaba a esos escritores porque lo era a su vez, por su delicada comprensión, por su aptitud de interpretarlos y la sagacidad de ver en cada uno de ellos, no ya la particularidad en el procedimiento o descubrir en el rasgo de ingenio la substancia poética que los enaltecía y los ponía

por encima de lo efímero, sino lo más escondidamente íntimo y que trasmite en el sonido característico la vibración inconfundible de la personalidad.

Leemos los cuentos y los relatos traducidos por Resnick, de Peretz, de Sholem Asch, de Sholem Aleijem, las páginas de Méndele Mojer Sforim, los ensayos filosóficos o los tratados históricos de pensadores e historiadores judíos con la conciencia de que nos acercamos a su dominio sin que el paso del ídish al español los haya despojado de su tono original o disminuido en algo de su esencia propia, su fuerte contenido intrínseco.

Pero la obra de Resnick en su calidad de traductor se completa con su obra de literato y de publicista extendido en casi treinta años de acción infatigable. Resnick ha publicado importantes ensayos, introducciones que tienen el valor de un análisis decisivo en lo que atañe a autores y al momento en que llegaron a su apogeo y ha explicado también en escritos que habrán de reunirse y que serán un testimonio de su talento y de su laboriosidad, problemas judíos en que se denuncia su actitud militante como individualidad que lleva en sí una herencia de dolor y una obligación de atenuarlo con su lucha.

Llega así a la fundación de *Judaica*. En esa revista densa y varia hallaron la posibilidad de ahondar la vinculación judeocontinental escritores de todas las repúblicas de América. Durante trece años ha sido *Judaica* una tribuna prestigiosa y austera de la cultura judeohispánica. En sus páginas se esclarecían obscuridades históricas, nociones curiosas de filología y ángulos remotos del antiguo pensamiento judío o hispano-judío. La obra que llevó a cabo Resnick en su revista, con su personal contribución, independiente de su tarea avasalladora de director, comporta un caudal enorme de inteligencia, de sabiduría, de insigne amor a las letras, de deseo valeroso de facilitar ese goce a la muchedumbre lectora. Mucho ha creado Salomón Resnick para conquistar la perduración de su recuerdo. Su nombre está asociado a lo que hizo en el orden de la civilización un pueblo sin asidero territorial y sin reposo, en el postrer medio siglo, en un instrumento lingüístico que la Europa culta consideraba una jerga rudimentaria. Y más aún realizó Resnick con la publicación de *Judaica*, que ya se estimaba en América como un gran órgano de la Argentina intelectual. Podíamos esperar, pues, de este traductor benemérito y de este escritor persistente la continuación de su fecundo trabajo de esclarecedor y de reflector del alma judía.

Poco antes de iniciar Salomón Resnick un viaje americano me visitó para explicarme su objeto. Conversamos sobre amigos comunes de América y la forma en que participan, con amplitud filosófica y con honda cordialidad humana, en la empresa en que mi amigo conquistó, a través de largos años de fatiga, un ascendiente tan alto. Proponíase una vez más recorrer las repúblicas del continente, detallar en conferencias y en pláticas, ante las comunidades judías o ante auditorios cristianos, lo que formaba su misión en la vida. No era su primer viaje. Nunca me habría imaginado que fuera el último. No obstante haber sido interrumpida, su obra se ofrece, por lo abundante y armoniosa, en su plenitud concluyente. Siempre se presentará ante el espectador o ante el estudioso como una construcción de conjunto, lograda y valedera por su utilidad informativa y profundamente meritoria por la fe en la belleza, que ha dado a la existencia de Salomón Resnick una dignidad y una importancia que mantendrán su nombre en los grupos civilizados con un duradero sentimiento de admiración y de gratitud.

Buenos Aires, julio de 1947

Salomón Resnick, el enamorado del ídish

Pini Katz

DE la mayoría de los escritores se puede decir que están enamorados de la lengua a la cual traducen. Tienen una satisfacción particular en buscar y encontrar con la mayor exactitud, los equivalentes en esa lengua que traducen para el lector las ideas, imágenes y el estilo contenidos en el original. Por supuesto que con esto manifiestan sus predilecciones por los escritores a los cuales traducen y por los autores hacia los cuales se sienten atraídos, como si fueran sus verdaderos colaboradores o co-autores, satisfaciendo de esa manera sus deseos más íntimos de que se conozcan sus obras, también en otro idioma.

En cuanto a S. Resnick, tengo la impresión de que si había emprendido la ardua tarea de traducir del ídish a los escritores judíos, era porque estaba enamorado de esa lengua y de sus escritores. De cualquier manera, no creo que Salomón Resnick haya recibido cualquier clase de estímulo de afuera, y menos aún, un estímulo de carácter material, que le hubiera obligado a sacrificar los mejores días y noches de su juventud, con el mismo fervor que lo hacen los estudiosos en las *ieshivot*, para traducir del ídish los relatos de Peretz. Estoy casi convencido de que el primer relato traducido por Resnick, "Los cabalistas" de I.L. Peretz –esos cabalistas que no quieren abandonar ni siquiera por unos instantes sus estudios, para satisfacer sus necesidades materiales– tuvo una influencia decisiva sobre la futura carrera literaria de Salomón Resnick, para la cual se requería tanto fervor.

En honor a la verdad ¿a qué lector de habla hispana le hacía falta, en aquellos tiempos, el conocimiento de los escritores judíos, de los que ignoraba hasta su existencia? ¡De todos modos I.L. Peretz no era tan famoso como Shakespeare o Anatole France!

En aquellos tiempos no se tenía en la Argentina ningún conocimiento de los escritores escandinavos, de Hamsun, de Ola Hansen y de Strindberg; no se interesaron por ellos ni los editores ni los suplementos literarios de los diarios. En cuanto a la moderna literatura judía, no se sospechaba su existencia y menos aún se tenía conocimiento de la existencia de una lengua judía.

Salomón Resnick tuvo por eso un doble cometido. Se había propuesto descubrir al lector de habla hispana el lenguaje judío y la literatura judía, o más simplemente hacer conocer las obras escritas en ídish – la lengua de los millones de judíos que representan a los que estuvieron o están radicados en la Europa oriental y a los de la inmigración americana, incluida ya en ella los doscientos mil judíos emigrados a la Argentina, y hacer conocer la literatura de estos millones de judíos, que tiene tras sí una trayectoria de cuatrocientos años de antigüedad, si se empieza a contar desde la época de las primeras imprentas, que a la par de los libros sagrados, imprimían también los romanos caballerescos recogidos y hechos propios por los juglares y cantores judíos de aquel entonces.

No le fue fácil a Salomón Resnick ese trabajo. Resnick debía, antes que nada, destruir ese grueso muro tras el cual se refugiaban

los que sustentaban opiniones falsas sobre el particular, debido a esa ignorancia perdonable de los no-judíos con respecto a los judíos, sobre quienes ignoraban si tenían una literatura propia además de la Biblia y el Talmud, y si tenían otra lengua que no fuese la bíblica o talmúdica, y si en general, hablaban otra lengua propia además del idioma de aquellos países de los que procedían.

Esas opiniones falsas sirvieron, por otra parte, para ayudar a crear un snobismo tonto entre ciertos judíos que quisieron adornarse con el rancio abolengo español, o se dedicaron de lleno a los poetas judíos que escribieron únicamente en idiomas extraños como Heine, Disraeli, Zangwilll... ayudando así a presentar a la masa judía que procedía de la Europa oriental, como a una masa inculta que no había producido ningún valor literario, o como algunos otros, que consideraban como autores propios a Tolstoi y a Gorki, los más conocidos aquí de los escritores rususs en aquella época.

El primer escritor judío que Salomón Resnick presentó al lector judío de habla española, a los lectores no judíos y, también, a los jóvenes judíos cuyos padres y preceptores no se tomaron siquiera la molestia de revelarles la existencia de los escritores judíos, fue I. L. Peretz. Y Resnick lo hizo con plena conciencia. Al hacerlo tuvo muy en cuenta a ese buzo, que sondeó muy hondo en la espiritualidad judía, sin perder al mismo tiempo su espíritu occidental.

Hizo de cuenta que eso sería provechoso y accesible, al mismo tiempo, a todos los lectores. Debe hacerse notar aquí que Salomón Resnick fue en toda su existencia un hombre práctico y una inteligente cabeza, como lo he caracterizado alguna vez. Fue el racionalista que ni un sólo minuto quiso encontrar en Peretz al *jasid*, sino a aquel que puso el jasidismo al servicio de sus ideas racionalistas.

El primer libro de cuentos de I.L. Peretz, en castellano, bajo el título de *Los cabalistas*, precedido por un inteligente comentario sobre la lengua ídish, que Resnick editó por cuenta propia, tuvo realmente el significado de un hallazgo, e hizo el efecto de una verdadera revolución, como la embestida de un tren. La crítica recibió el libro con la boca abierta, como si se tratase de un milagro. Existen en la literatura escritores de gran riqueza espiritual, pero la espiritualidad de Peretz, admitieron, era de un sentido bien distinto. De esa manera Salomón Resnick los conquistó en favor de la literatura judía y en favor de ese idioma, nuevo para ellos, y con el cual se puede dar vida animada a los más valiosos tesoros del espíritu.

Justamente desde entonces, y vale la pena dejar constancia de ello, la palabra ídish, que sirvió para designar en la Argentina el idioma de los judíos, se introdujo en la lengua española y fue reconocido jurídicamente como uno de los tantos idiomas que se habla en el país, y las actas, en traducción autorizada, que se redactan en esa lengua, son reconocidas en los Tribunales como válidas.

Eso deberá ser anotado en la cuenta de Salomón Resnick, cuando se escriba la biografía de este hombre que con su múltiple actuación tuvo tanto ascendiente en la vida social judía. Su biógrafo deberá naturalmente tener en cuenta lo que antecede, no como una obra casual, sino como el resultado de su ser judío, de su refundición orgánica con la lengua y la cultura judías, de las que no se separó ni un solo instante, desde su más temprana edad, cuando se ligó a ella como maestro de escuela y pionero de esa cultura, en una colonia judía.

Es digno de señalarse que su comentario sobre el ídish, que sirvió a Salomón Resnick de prefacio al referido libro de cuentos, lo escribió en un tono informativo, como solía escribir sobre muchos temas: sobre los escritores y sus obras y sobre diferentes problemas sociales;

pero esa manera de comentar, muy suya, resultaba indirectamente una apología de ese lenguaje, que incluye las experiencias judías de todos los tiempos y países que el pueblo judío cruzó en sus migraciones y que al fin, se ha refundido y cristalizado en la moderna literatura judía.

El ídish y la literatura judía fueron el elemento de Salomón Resnick, fueron su primer amor, al que dedicó sus noches y sus días, aunque escribiera, en verdad, tan poco en ídish y se pasara toda su vida editando en castellano publicaciones judías, primero *Mundo Israelita* junto con León Kibrik, y más tarde, la revista *Judaica*, que dirigió hasta su muerte.

Cualquier obra social que Salomón Resnick hubiera emprendido, no pudo haber empañado nunca la figura de ese enamorado del ídish, que conquistó tantos adeptos para la literatura judía.

Buenos Aires, julio de 1947

Vino añejo en odres nuevos

Elias Lipiner

"Hay un recipiente nuevo lleno de vino añejo" (Abbot, Cap. 4)

I

CUANDO al comienzo de nuestro siglo descendió la hora nebulosa sobre los templos de cultura judía amenazando al judaísmo europeo del este con el exterminio fatal, el Señor legendario, vigía de nuestro pueblo, creó los varones más selectos para forjar el nuevo rumbo de la cultura nacional judía.

Nuevamente surgió aquella dúctil solución que siempre servía de mágico amuleto para contrarrestar la corriente devastadora, tan frecuente en nuestra existencia histórica. Con la nueva generación fueron brotando nuevos valores: "Vino añejo en odres nuevos".

Esta santa aspiración constituyó para Bialik un principio vital que condensó en la expresión "Kinus", es decir, la concentración y la solución de todo lo religioso, y convirtió su contenido, mediante comentarios e interpretaciones modernas, en literatura moderna, haciéndola accesible a las nuevas generaciones.

Empero, si en los países europeos bastaba para ello reimprimir en forma legible los antiguos textos, adicionándoles los comentarios de práctica, aquella nueva orientación del "Kinus" chocó en los países americanos con graves inconvenientes debidos a su vida específica, que los obligaba a temperamentos radicalmente distintos: era necesario verter todo en un nuevo lenguaje.

Los pueblos jóvenes del continente americano se hallan aún hoy en constante evolución nacional y hacen colosales esfuerzos para estabilizar su equilibrio étnico, a exprensas, naturalmente, de las pequeñas minorías, que convergen en su crisol, esgrimiendo sus esfuerzos legales para construir la unidad nacional. Esta presión condujo a que la generación judía se distanciara del ídish y del hebreo hasta llegar a ignorarlos por completo.

Surgieron idealistas de embate contra esta corriente. Los simpatizantes del ídish soñaban con imponerlo como idioma dominante. Los hebraístas, en imponer el hebreo. Esta lucha no conducía a nada, y tanto el ídish como el hebreo se circunscribieron al aprendizaje escolar, ya que el idioma patrio invadía la casa y la calle.

II

Los hubo entre ellos más moderados, de mente despejada, que, con sentimiento piadoso pero con mano firme, realizaron la operación quirúrgica sobre el organismo nacional, con la plena convicción de la urgente necesidad de sacrificar las formas para salvar el hondo contenido judaico.

En los países latinoamericanos ocupa el lugar sobresaliente Don Salomón Resnick. Oriundo de la Europa oriental, con un amor entrañable hacia el ídish y el hebreo, fácil es de imaginar la lucha interna que el notable escritor tuvo que librar antes de decidir la consagración de su pluma a la lengua castellana, a la que vertió las obras maestras de Peretz, Abramovich, Dubnow, Sholem Aleijem, Opatoschu. Recuerdo una conversación que tuve con Resnick respecto a estos problemas. Me dio a entender que dichas traducciones no le satisfacían y que, a pesar de estar convencido de su absoluta necesidad, lo hacía porque tenía la impresión de que eran imprescindibles, aunque reconocía que el verdadero aroma se evapora al transvasar el perfume de un recipiente a otro. Le apenaba también la insistente crítica de los empedernidos en perpetuar la apariencia arcaica del judaísmo antes de malgastar las energías en nuevas creaciones.

Le hice presente en su oportunidad que nuestros talmudistas habían librado una dura batalla contra las traducciones de la literatura bíblica. Rabí Gamliel, el anciano, anatematizó una obra de Job que llegó a su poder. Más tarde empero, venció el afán de mantener latente la existencia de su pueblo y suavizaron su lucha al extremo de haber canonizado una traducción de la Biblia al arameo, obligando "a leer dos veces el original y una la traducción". Demás está consignar que la traducción es el medio más eficaz para hacer conocer el pueblo judío ante los pueblos que nos juzgan erróneamente y nos odian inmerecidamente.

No sé si este ejemplo consoló a Resnick. Pero como el sagrado escriba, continuó su obra que puede apreciarse tan solo mirándola a través del prisma que el pueblo judío ansía como una ley biológica: subsistir eternamente a través del espacio y del tiempo indefinidos, y a pesar de todos los obstáculos históricos que se le interpongan hasta el final de los siglos.

Río de Janeiro, marzo de 1947

Recuerdos y semblanza de Salomón Resnick

Lea Sestieri de Scazzocchio

HACE ya algunos años, mientras trabajaba para la revista *Israel* de Florencia, me encontré con que debía preparar una nota bibliográfica de algunas revistas extranjeras. Entre ellas había también una en español, llegada de Buenos Aires y se llamaba *Judaica*.

Fue éste mi primer encuentro con la producción literaria judeorioplatense y con Salomón Resnick. Era ese uno de los primeros

números de *Judaica*; seguí luego leyendo la revista por algún tiempo, todas las veces que llegaba, y me fui enterando así del movimiento cultural judío en América del Sur. Sobre todo, esta lectura ensanchó mi horizonte, al revelarme que también en aquellas tierras lejanas existían personas que dedicaban su tiempo al desarrollo de la cultura hebrea y a la difusión de nuestros tesoros literarios. *Judaica* me pareció ya desde entonces una verdadera antorcha cultural en el mundo americano.

Más tarde, con mayor experiencia que en aquellos años, pude apreciar mucho mejor la revista editada por Resnick. Pero en aquel entonces no conocía yo al ambiente judío latinoamericano, y no podía apreciar en *Judaica* y en la persona de su director, justamente aquella libertad de vínculos ya políticos ya religiosos, que hacía de esa revista una tribuna libre para toda la buena y verdadera cultura judía, y de su director uno de los hombres más interesantes entre los intelectuales judíos argentinos.

Dejé Italia y desde entonces ya no tuve oportunidad de leer *Judaica*. Pero cuando, después de unos años, las vicisitudes del judaísmo europeo me trajeron al Río de la Plata, mi primer contacto con la vida cultural judío-americana consistió, por una agradable coincidencia, en un inesperado reencuentro con *Judaica*. En efecto, quiso la casualidad que, por consejo de unos amigos, enviara mi primer artículo en español a Salomón Resnick. Su nombre, como director de esa revista leída por mí tantos años atrás, se había desvanecido en mi memoria. Sólo más tarde, al recibir la revista, al ver su presentación tipográfica, y al leer en ella el nombre de su director, me di cuenta de que yo volvía a encontrarme con una vieja amistad. Y fue así, quizás por aquel cariño a las cosas que recuerdan nuestro pasado feliz, y por la simpatía que desde aquel pasado ya me había ligado a esta revista, que empezó entre Salomón Resnick y yo una de las mejores y más sinceras amistades que yo haya tenido en estos años de residencia en Montevideo.

Cuando un año después lo conocí en Buenos Aires, estaba en su escritorio, rodeado por todos aquellos libros que habían contribuído a formar su conciencia de hombre libre.

Ya desde ese primer encuentro tuve la satisfacción de reconocer en él aquel tipo de judío entre europeo y americano que había apreciado a través de la lectura de su revista.

La conversación fue larga, variada, agradable; se repitió después cada vez que volvimos a encontrarnos. Me gustaba tocar a veces algún argumento de interés general, que pudiese suscitar alguna polémica, para escuchar su opinión, siempre interesante.

Hablaba con sencillez, sin rodeos, llegando sin titubear a la esencia de su idea y de su mismo pensamiento, con frases a veces tajantes y hasta mordaces. Sus observaciones agudas sobre obras y personas hacían la conversación con él atrayente y provechosa.

La mayoría de las veces, se revelaba en él el mismo espíritu libre que animaba la elección de los artículos de su revista. En su voz se sentía, y se veía en su inteligente mirada, la admiración y la comprensión por todo lo bello y lo humano. A través de sus palabras fluyentes que querían ser las de un hombre práctico, asomaba el semblante de un soñador del gheto. Había emigrado de la Rusia zarista hacia la América libre y en este aire de libertad había despertado su espíritu hacia sueños de igualdad y de derechos sociales. Y estos sueños, llevados hasta conclusiones muy personales, eran quizás los que lo separaban del medio ambiente y hacían de su persona una figura aislada, que había vertido todo su idealismo en el amor al saber y a la belleza.

Profundo admirador de la literatura ídish y de los tesoros que nuestros mejores escritores y poetas dejaron en este idioma, dedicó su vida al empeño de difundir esos tesoros en el mundo de habla española. Me parecía entonces en su modestia y en su sencillez un Quijote de la literatura ídish. Un Quijote, porque había hecho de un sueño el fin elevado de su vida.

Era un judío completo, pese a algunas actitudes aparentemente asimilacionistas. En realidad la lucha de toda su vida fue dedicada al triunfo de la cultura judía en un ambiente descuidado y asimilado.

Quizás aún no se haya apreciado bastante el aporte cultural que Salomón Resnick nos brindó con sus obras y la gran ventaja que representa aún hoy para el judaísmo argentino su obra de traductor y editor. Pero no cabe duda de que él luchó para todos nosotros, y que también dedicó su vida a la causa común. En realidad muchas son las formas con que se puede servir al judaísmo; él quizás eligió la más pura. *Judaica* fue el resultado de esta elección, y en ella quedará por siempre el reflejo de su noble actividad y de su aspiración hacia un mundo mejor; un mundo donde, por lo menos, la cultura quede libre de todo servilismo y de toda pasión.

Nosotros que permanecemos en esta tierra que él amó y que seguimos luchando por el judaísmo y por el triunfo de nuestra causa, no olvidaremos el aporte de bien que partió de su personalidad, y el impulso sano que él nos ha transmitido con su elevada y desinteresada obra cultural, de que esta revista será vestigio y proyección en el futuro.

Montevideo, junio de 1947

Valoración de Salomón Resnick

Cecil Roth

EN mi opinión D. Salomón Resnick ocupó una posición única dentro de la historia de las letras judías. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII surgió en Holanda, en Inglaterra y en otros países de Europa, una valiosa y riquísima producción literaria, escrita por judíos en lengua castellana e íntimamente unida con la antigua tradición del viejo Sefarad. En el siglo XIX se quebró dicha tradición. D. Salomón Resnick entregó su vida entera a la tarea de hacerla revivir brillantemente en los países de Sud América, hoy herederos de las antiguas tradiciones de los judíos de habla española.

Conozco sus trabajos en otras esferas, pero a mi entender éste es el más importante que realizó D. Salomón Resnick. *Judaica* constituye una gran colección de innumerables tesoros.

Su nombre habrá de quedar en la historia como el de uno de los fundadores de la nueva tradición hispano judía.

Oxford, mayo de 1947

Carta de saldo a Salomón Resnick

Fernando G. Campoamor

Me fue usted del mundo sin verle la cara, Salomón Resnick. Sin darle la mano curtida en diez años de amistad, la mano huérfana que contesta hoy su última carta. Siempre le escribía con la ansiedad de no hacerme olvidar, acaso como llamándose a esperarme sin impaciencia. Si algún día –¡ojalá!– me entraño en esos aviones que van al sur de América, ya usted, que se me fue del mundo sin verle la cara, no me esperará.

Como un despecho de esa frustración, le diré a Alberto Gerchunoff y a Carlos M. Grünberg, a Enrique Espinoza y a Lázaro Liacho, a los argentinos que le vivieron cerca: "Tengo de él una imagen retocada. Ni el humus austral ni las cenizas disueltas me la quitarán por toda la vida. Ningún lente más fiel que el tiempo que gané entendiéndole por sus letras, hasta hacérmele ver en genio y figura. Me hubiera sido incierta y fugaz la pupila, dócil a la emoción del gesto y del color".

Ahora le contaré a sus amigos, Salomón Resnick –ahora que no es indiscreto–, el castigo que me trae su ausencia y el repaso de lo que usted ha podido en mí. Cómo la valija iba arracimándome los números de su revista *Judaica*, cicerone que me paseó diez años por el espeso y sufrido peregrinaje del pueblo de Israel. Mejor intérprete no tuvo en Luis de Torres aquel alucinado Cristóbal Colón, que también buscaba caminos. Su noble pregón, trabajado palabra a palabra, dio torno a mi arcilla manual. Le oí mucho tiempo el agudo humor crítico, el gotear de su cultura humanista que fue filtrándome hasta hacer conciencia y simpatía de su causa. ¡A cuántos que no alcanzamos el ídish ni el hebreo nos llegó como un estado de gracia la semilla de su misión en la fuerte lengua española! Si como antillano de esta isla debo a sus gentes judías el azúcar que nos trajeron de Madeira, a usted, bueno y laborioso Salomón Resnick, le debo el entendimiento cordial de su gran raza perseguida por las cruces de todas las inquisiciones.

Esas espigas que pasaron, célula a célula, de la raíz a la fronda, ganaron mi posible inteligencia en diez años de amistad. Es una fibra que no vence el hacha de la muerte suya.

Artemisa, Cuba, primavera del 1947

El pensamiento de Resnick

Robert Levy

I

UNA revista argentina, al dar cuenta del reciente fallecimiento de nuestro dilecto amigo, acaba de escribir: "Con Salomón Resnick desaparece un destacado valor intelectual del judaísmo local".

Es sensible tener que confesar que en esta ocasión el sentido localista ha hecho desaparecer la clara perspectiva universalista con que Resnick encaró su misión dentro de los límites inconmensurables del judaísmo.

En uno de sus viajes, el ilustre desaparecido que investía el alto cargo de delegado del Instituto Científico Judío de Wilno, IWO, fue festejado por nuestro Grupo de Cooperación Intelectual con un gran banquete realizado el 27 de julio de 1942, definía su tesis universalista con los siguientes conceptos que recogimos fiel y textualmente:

> Los judíos, con su experiencia milenaria, dicen a los escritores de los pueblos jóvenes que habría ventaja en que tomasen ejemplo de los escritores judíos que escriben con criterio universalista.

Y agregaba:

> Yo, con Enrique Espinoza, escritor argentino aquí presente, y algunos otros, consideramos que nuestra labor consiste en enriquecer a las letras americanas, trayéndoles una nueva faceta de índole judía. La cultura judía que predicamos no será superpuesta; tratamos de que sea asimilada a la cultura americana, dándole una nueva forma. Pero, simultáneamente, la cultura judía no se deformará y conservará sus principales características.

Tal incesante prédica, difundida por todos los países de nuestro hemisferio, hubo de convertir a Resnick en un incontestable valor continental y si su fama no logró extenderse a otros continentes convulsionados por factores por cierto muy ajenos a la cultura, ello se debe, sin duda alguna, a las desgraciadas condiciones imperantes en la mayor parte del orbe, desde el año 1914.

De América, fue Resnick un hijo dilecto.

Porque "en América, no todo está perdido, puesto que aún nacen poetas", como dijera alguna vez Enrique Méndez Calzada.

Si fuésemos adictos a la ciencia grafológica, diríamos que la enérgica firma de Salomón Resnick bastaba para revelar la firmeza de su carácter, la decisión del hombre y la senda rectilínea de su pensamiento.

De arriba a abajo, un final tajante y enseguida, un subrayado imperioso, he aquí el testimonio imperecedero del hombre que siguió una línea definida y constante, la de la cultura judía enlazada estrechamente con la univesal.

Y así era Resnick: de aspecto frío, de energía acumulada, de ironía constructiva, de una sola pieza.

Todo un carácter.

Así lo conocimos hasta el final, hasta aquel último viaje a Chile, cuando presintiendo quizás su implacable destino, aparecía físicamente decaído, pero siempre animado por el dinamismo vital que

---

Trabajo leído por el autor durante el acto recordatorio de Salomón Resnick, organizado por el Comité Representativo de la Colectividad Israelita de Chile y su Grupo de Cooperación Intelectual, en Santiago de Chile, el 12 de agosto de 1946.

en su espíritu había inyectado la perspectiva de un viaje a los Estados Unidos, al servicio de los desamparados que socorre el Joint.

Con alta dignidad, desempeñó durante treinta años el cargo de plenipotenciario de la cultura judía.

Y ahora, ¿habrá un hombre de su temple, capaz de reemplazarlo?

II

Su vida cultural se desarrolló paralela a la de Alberto Gerchunoff, que en el año 1919 prologó *Los Cabalistas* de Isaac León Peretz, su primera traducción; a la de Enrique Dickmann, ardiente defensor de la libertad; a la de César Tiempo, autor de *El Sabatión Argentino*.

Los tres arribaron al continente a muy temprana edad, asimilando admirablemente el ambiente sin traicionar el acervo de su cuna original.

Hemos vuelto a hojear las hermosas páginas de la revista *Vida Nuestra* para bucear en la vida espiritual de Resnick.

Allí colaboró con Gerchunoff, Dickman y Alfredo Palacios y también con los chilenos Gabriela Mistral, Pedro Prado, el Padre Luis Felipe Contardo y otros; era un mensuario porteño que tuvo una existencia quinquenal. Lo ilustraban, entre otros, Bilis y Nemirovsky.

En esas páginas, ya demostraba Resnick su afición a la polémica literaria, atacando duramente, en el número de junio 1921, la obra *Cuentos judíos contemporáneos* que había visto la luz pública en Madrid, bajo la firma de Rafael Cansinos-Assens. También, escribía sobre Nomberg y daba apuntes sobre *Dibuk* de Ans-ky.

Y ya contribuía a ensanchar horizontes continentales, acojiendo "La montaña de noche" y "La lluvia lenta" de Gabriela Mistral.

Más tarde, habría de traducir a Isaac León Peretz, Simón Dubnow, Mendele Mojer Sforim, Iser Guinsburg, Scholem Aleijem, José Opatoschu, Jaime Zhitlowsky, Scholem Asch, Kropotkin, Rocker, Perelman, Coralnik, Rashi y tantos otros.

Zacusky, poeta argentino, comentando su traducción de Scholem Aleijem, escribió:

> "Parece que Scholem Aleijem estuviera hablando; el mismo ritmo idiomático del gran humorista, su manera de construir y de expresarse; su cordialidad y su amor. Nuestro traductor (Resnick), precisamente, se distingue por su fidelidad al autor; mejor dicho, se identifica con él. A Resnick no cabe aplicarle el conocido dicho: *Traduttore-traditore*. Por el contrario, ha elevado su trabajo a una alta categoría artística (...) la labor de Resnick nos satisface. Satisface plenamente. Más, estamos encantados de ella. Realiza su tarea a la perfección, porque conoce la responsabilidad que asume. Es el único que presenta tan bien a las letras en ídish ante el mundo hispanoparlante. Por esta comprensión y esta labor, merece Resnick nuestra gratitud. Es lo que hemos querido expresarle aquí."

Otros hablarán también de los libros originales de Resnick sobre literatura ídish, sobre nacionalismo espiritual, sobre la post-guerra (1931); nosotros quisiéramos decir que sus impecables traducciones bastarían para formar el más sólido pedestal de su gloria de emancipador de las trabas de esa Torre de Babel que supo derribar con perseverante talento.

III

Judaica –que fue la niña mimada de sus ojos– estuvo siempre abierta a las inquietudes continentales.

Y Chile, país en el cual Resnick cosechó tantos afectos, no hacía por cierto figura de pariente pobre en sus columnas.

Inestimables valores literarios de nuestra tierra –entre los cuales recordamos a Joaquín Edwards Bello, Manuel Rojas, Ricardo A. Latcham, Tancredo Pinochet, Ana Albala-Lévy, Isidoro Arensburg, Marcos Weinstein, Efraim Szmulewicz, etc.– fraternalmente mancomunados por encima de las diferenciaciones de origen, tejían en sus páginas acogedoras la alfombra mágica del conocimiento mutuo intercordillerano.

Resnick, gran viajero del intelecto, desparramaba así con las hojas de *Judaica*, sendos mensajes de auténtico panamericanismo judío y cristiano; porque el genuino panamericanismo no está en los discursos protocolares ni en los champañazos, sino en el conocimiento mutuo que origina comprensión, afinidad, respeto y deseo de fraternización.

Es indudable que el pensamiento de Resnick –al cual dedicamos este modesto ensayo– está englobado en las nutridas páginas de *Judaica*, en sus inspirados editoriales, el último de los cuales trataba sobre la salvación de los niños europeos; en sus críticas literarias, firmadas o no; en sus estudios concienzudos de facetas del "problema" judío; allí campeó siempre su espíritu orientado hacia la médula de un pensamiento cardinal: la conservación de nuestros valores espirituales, el universalismo judío.

Ultimamente, alentaba la publicación de una Enciclopedia Judía en castellano, proyectada en México, en diez volúmenes. Después de lamentar que tal idea no hubiese surgido en la Argentina, lo que ocurrió posteriormente según tenemos entendido, escribía:

> "El beneficio que su ejecución ha de traer, será de indiscutible utilidad para todos, especialmente para nuestra juventud y para la intelectualidad no-judía."

CARTA DEL Dr. MAX WEINREICH

YIDDISH SCIENTIFIC INSTITUTE—YIVO
535 WEST 123rd STREET, NEW YORK 27, N. Y.

Tel. ACademy 2-0600

Cable Address: YIVO, NEW YORK

17 de marzo de 1947.

Sr. A. Gerchunoff
Comité de Homenaje a Salomón Resnick
Buenos Aires.

Muy distinguido amigo:

Con gran placer el Consejo Académico del Instituto Científico Judío recibió la noticia de que ustedes tienen el propósito de editar un libro para honrar a nuestro amigo y colaborador Salomón Resnick (Q.E.P.D.)

El extinto, con su clara visión para los problemas sociales, con su profundo interés por la cultura judía y con su aguda pluma, mereció, en verdad, que su figura permanezca viva para la vida pública judía y no-judía. Se lo habrá de recordar, se entiende que primeramente en vuestro país, donde su talento se desenvolvió y encontró su expresión. Pero su nombre habrá de vivir no sólo en la Argentina y no sólo en los otros países latinoamericanos, sino también en todas partes donde la palabra judía alcanzó a llegar. Personas de la talla de Salomón Resnick, que unan intereses científicos y aptitudes literarias con una impetuosa energía, no abundan en ninguna parte. Esta es la razón por la cual su nombre habrá de ser siempre recordado en todas partes y en todo el mundo judío con hondo reconocimiento.

Agradecemos a vuestro Comité que se haya propuesto sternizar el nombre de Salomón Resnick.

Con gran respeto
M. WEINREICH
Director de Investigaciones

Así sintetizaba una de sus grandes y nobles obsesiones: el porvenir de nuestra juventud y la comprensión de nuestros problemas entre los pensadores no-judíos.

Sin embargo, no creemos que esperase mucho de esta generación...

Judaica fue siempre una tribuna libre; ojalá siga siéndolo.

Recordamos la interesante polémica que en sus columnas se desarrolló sobre "El problema del judaísmo" entre el pensador argentino Enrique de Gandía y nuestro amigo, el Dr. Marcos Weinstein, de Valparaíso.

Al celebrarse el décimo aniversario de *Judaica*, Resnick escribía:

> "Nuestra publicación, a pesar de su idiosincracia específica, no está destinada solamente a la colectividad israelita, sino a todos los hombres cultos, sean o no judíos. Y esto lo comprobamos con legítima satisfacción tanto por los lectores no-judíos con que contamos, como por nuestros colaboradores no-judíos. Vemos en esta conjunción de fuerzas un símbolo de colaboración espiritual promisorio, un acercamiento destinado a rendir con el tiempo muy buenos frutos. La obra lenta, pero ilustrativa, de nuestra revista y de nuestros libros, complemento natural de aquellas, ha ido suprimiendo abismos. En la escala en que nos ha sido posible, hemos tratado de llegar a las esferas cultas no-judías de América, no por medio del panegírico ni de la hipérbole, fundada o no, sino valiéndonos de exposiciones elevadas, de estudios imparciales, de cuadros literarios reales. Creemos no haber incurrido jamás en un tono sectario, cualquiera que fuera, ni ideológica, ni racialmente. Estas páginas han estado siempre abiertas al debate sereno, cuando era preciso, viniere de donde viniere, orientado por un espíritu de absoluta tolerancia."

Esta fue la tarea, a veces incomprendida por algunos de aquellos a quienes favorecía, del director de *Judaica*: suprimir abismos con el medio ambiente, sin caer nunca en inútiles estridencias.

Alumbrar el camino para que todos, amigos y extraños, pudieran seguir la senda hacia la verdad, por él perseguida durante cerca de cuatro décadas.

Porque "en su ser había un corazón que alentaba la ternura humana y la pasión por lo perdurable", como lo dijera *Noticias Gráficas* en la necrología que le dedicó.

.....

V

Para nosotros, que vivimos en este Chile que tanto apreció a Resnick, no nos serán suficientes las palabras en que procuraremos sintetizar el eco y la voz de la gratitud a que se hizo acreedor por su constante interés por lo nuestro.

Hemos vuelto a leer las colaboraciones de escritores chilenos que sembró en *Judaica*; sus impresiones personales escritas a raíz de un viaje en el año 1936 y el estudio de 1943 sobre literatura chilena.

Todo con ese fraternal hálito con que contemplaba la labor ajena, ajeno como era a las capillas que suelen convertir el mundo de las letras en una lucha fratricida.

Lo dicho vale tanto para Chile como para Colombia.

Cuando "descubrió" a Salomón Brainski, en Bogotá, le aconsejó que dejara de escribir sobre el ghetto europeo de sombrías evocaciones y enfocara temas americanos, de la vida judía y colombiana.

Y fue una nueva oportunidad para que exteriorizara su pensamiento americanista. Escuchemos a Resnick en el prólogo de *Gentes en La Noria*, obra de Brainski, traducida por Luis Vidales:

> "América, tierra libre de prejuicios, está destinada a fusionar a los seres más dispares, a proximarlos, a diluir entre ellos los motivos del odio racial. Por eso resulta agradable que un escritor judío, que no

> cultiva el idioma de América, haya sabido identificarse en forma tan natural y cordial con el medio americano, en este caso con el medio colombiano. Nacido en otras tierras, cultivando su lengua foránea, habituado a otra sensibilidad, ha escrito, sin embargo, un libro que es bogotano, que es americano. Y como para complementar este acierto feliz, esta identificación del judío con lo americano, ha tenido la suerte de que un poeta colombiano (Luis Vidales), un no-judío, que desconoce el idioma del autor, se haya unido a éste para traducir a un lenguaje armonioso y fluido, salpicado de graciosísimos localismos, sus cuentos típicamente locales."

Nosotros preguntamos: Aquí en Chile, allá en otros países americanos, ¿no habrá otros poetas autóctonos dispuestos a seguir el ejemplo de Luis Vidales, poeta colombiano?

Quizás sí.

Sólo faltaría un Resnick redivivo, como editor y prologuista.

VI

Judaica, que encerró parte del pensamiento de Resnick, está en peligro de muerte.

El día 19 de junio de 1944, se rindió un grandioso homenaje a la revista con motivo de cumplirse el décimo aniversario de su fundación. Lo ofreció Alberto Gerchunoff, otra de las glorias de las letras judías en nuestro continente.

Procurar que sea asegurada la continuidad de *Judaica* es el nuevo homenaje que ahora debe rendirse al pensamiento de su fundador.

Resnick lo presintió en febrero próximo pasado, al escribir, refiriéndose a los aspectos de la vida societaria judía continental:

> "La primera faz de nuestro arraigo en estos jóvenes países se limitó al afianzamiento material de nuestra estabilidad colectiva. Podemos decir, en términos generales, que la hemos cumplido brillantemente. Ahora hace falta completar esa faz externa con obras de contenido profundo, de un sentido judío original y de fuerzas, para ir produciendo, a nuestra manera y conforme al ambiente en que vivimos, esa modalidad judaica a que todos aspiramos y que nadie, o casi nadie, se ocupa de hacer arraigar en forma sólida."

¿Qué obra mejor sería en este sentido que asegurar la continuidad de *Judaica*?

VII

Con noble persistencia, Resnick extendía por doquiera su pensamiento universalista del judaísmo liberado del espíritu de ghetto.

En una ocasión, escribió:

> "Debemos perseverar en nuestra obra secular y producir valores intelectuales en todos los campos de la cultura, en todos los idiomas que empleamos, colectiva o individualmente, sin importársenos si eso resultará del agrado o no de los retrógrados o chauvinistas."

Más tarde, amplió su pensamiento:

> "El contacto con las esferas no-judías en el orden espiritual, la convivencia con los productores y consumidores de la cultura americana, puede formar con el andar del tiempo esa atmósfera de comprensión y de tolerancia tan necesarias para el mejor logro de las aspiraciones colectivas. Hora sería ya de que los dirigentes más comprensivos de nuestra colectividad, los hombres dotados de más comprensión, enfoquen este problema con altura y le busquen una solución digna y eficiente."

Se refería a la colectividad judía de Argentina, pero sus conceptos podrían aplicarse a muchas otras.

Es que tenía profundamente arraigado el convencimiento del nexo que une al judío con este continente.

Fue así que escribió:

> "Yo soy argentino, pero no puedo desligarme de la simpatía moral e intelectual por una cultura milenaria e interesante y fecunda como la judía. Por eso, me ocupo de introducirla en América. No creo en los privilegios de ninguna sangre, pero sí en la convivencia con todos los seres humanos."

VIII

Oigamos ahora juicios ajenos por cierto muy autorizados, sobre la labor intelectual de Resnick.

Del poeta judío Nathán Bistritzky:

> "Basta el hecho de la existencia de una tribuna literaria en idioma castellano *(Judaica)*, que informa al mundo judío, y muy posiblemente, en cierta medida también al mundo no-judío, sobre hechos, cuestiones y problemas que incumben al espíritu y a la cultura judías, tanto a la moderna como a la antigua – basta este sólo hecho, digo, para merecer el más cálido de los aplausos."

Del gran crítico literario de *La Nación* de Santiago de Chile, Ricardo A. Latcham:

> "Todo el libro *Estampas del Ghetto* (traducido por Resnick), respira un particular humorismo y un gran sentido humano. La literatura judía en castellano se enriquece con una obra originalísima, y que ha tenido el honor de ser traducida con propiedad y conservando sus matices raciales y estilísticos."

De la escritora Myriam Niemtzoff:

> "Al traducir *Razas* de Opatoschu, Resnick ha mostrado al sector no-judío otro pliegue del alma judía. Su magna obra, sin par en nuestro medio, va ensanchando la órbita de autores en ídish, factibles de ponerse en contacto con los lectores españoles. Paso a paso y por medio de sus representantes literarios se va desvelando la incógnita de nuestra sensibilidad."

La obra de Salomón Resnick

José Santos González Vera

CONOCI a Salomón Resnick hace muchos años, cuando comenzó a publicar la revista *Judaica.*

En su adolescencia se incorporó al movimiento anarquista, cuya ideología dominaba en Argentina y primaba en Europa. No se contentó solamente con escribir. Quiso verter al español las obras más significativas. Entre sus primera traducciones figuran libros de Pedro Kropotkin y de Rodolfo Rocker.

Más tarde se sintió llamado a colaborar en la defensa del pueblo hebreo, perseguido con intermitencias en Europa y en Oriente, y calumniado en nuestro continente por aquellos individuos que alimentaban su criterio con la propaganda de la Acción Francesa, preforma del fascismo que después logró envenenar al mundo.

Acaso el pensamiento de deshacer los errores que se propalaban contra su pueblo, lo indujo, luego de colaborar en diarios y revistas ajenos, a crear un órgano propio que aportara elementos de juicios sobre la historia y la vida presente de los israelitas en el mundo.

Solo, como buen individualista, fundó *Judaica* y comenzó a escribir, a buscar colaboraciones, a traducir, a corregir pruebas, a crearle lectores, a despachar cada número y a las mil pequeñas tareas que una revista impone a su editor.

En esta empresa que muy pocos son capaces de continuar, estuvo Salomón Resnick, sin desalentarse ni restarle un minuto, trece

largos años. Una circunstancia feliz, el ser designado delegado del Instituto Científico Judío IWO, le impuso la obligación de viajar por cada país americano. Junto con cumplir con el Instituto, reunía materiales para su revista y le conquistaba nuevos lectores y suscriptores.

No se conoce en español otra publicación que la iguale o que siquiera se le aproxime. *Judaica* es un archivo riquísimo de documentos sobre la historia judía, el pensamiento de sus grandes valores y la repercusión que este pueblo tenaz, endurecido por la incomprensión, ha tenido en la mente de los gentiles. Considero que *Judaica* ha orientado a muchos intelectuales indígenas respecto al valor del pueblo perseguido. Fuera del valor de sus obras de creación, Resnick será recordado por la historia del periodismo americano como un ejemplo. Ha creado una revista singular, ha probado que una revista honrada puede vivir sin apoyo oficial y ha demostrado que el único trabajo eficaz es el trabajo paciente.

Si dolorosa es la pérdida de un hombre que ha encontrado sentido a su vida, y que la ha sometido a una disciplina grata a los fines que la humanidad persigue, más dolorosa sería que su revista *Judaica* se interrumpiese a causa de su prematura muerte.

¿Surgirá en Argentina u otra parte, otro hombre o mujer con tanta fe, con tan grande confianza en su propia fuerza como Salomón Resnick y con la generosidad suficiente para continuar esa pequeña empresa de tanta trascendencia?

Quince años atrás, el chileno medio, cuando necesitaba referirse a un semita, decía que era ruso. El término judío fue divulgado por los intelectuales y el antisemitismo igualmente. He querido evocar este hecho para que los hebreos comprendan de dónde viene el mal que los aflige y cuál es el camino que les permitirá romper el círculo de prejuicios en que se ven contreñidos. A mi parecer deben conceder mayor crédito a sus artistas y escritores y asegurar a la obra de éstos la más amplia difusión.

El problema judío, como el problema del pan para todos, como el problema de la libertad, como el problema de la justicia, debe encontrar su solución previa en el espíritu de la gente. Del espíritu rebalsará a la vida exterior.

Así pareció entenderlo Salomón Resnick.

Santiago de Chile, agosto de 1946

Un intermedio espiritual

La incubación de una nueva tribu

A. S. Juris

Dedicado a la memoria de Salomón Resnick

PUEDE que sea la providencia o el genio de Israel, según lo quieren los modernos, dos príncipes imaginaron simultáneamente el magnífico sueño de solucionar la tragedia de su pueblo con la restauración de su reinado. Uno de ellos lo vislumbraba según fuera un conductor político, liquidando la Diáspora y restaurando Sión como Estado Judío, el otro, como protector filantrópico, mediante la colonización colectiva de los desplazados

en las dilatadas pampas sudamericanas. El Barón Hirsch era también un soñador a la manera de Zangwill, un obsesionado por la idea de una colonización en masa en la Argentina para formar un conglomerado cultural; abrigaba la ambición de fletar en día no lejano un vapor cuyo pasaje lo formaran los hombres mejor capacitados del mundo cultural no judío, escritores y artistas, para que fueran testigos oculares y se cerciorasen de la capacidad judía de sus inmejorables cualidades para desarrollarse espiritual y moralmente cuando se les brinda oportunidad de trabajo.

Hubiéramos deseado naturalmente que el Dr. Herzl convenciera al Barón Hirsch para que ofreciera sus millones a favor de Sión. De este modo, tal vez, constituiríamos hoy una mayoría en Tierra Santa, y nuestro trayecto histórico sería otro; es posible que mediante el Hogar Judío se hubiera evitado la matanza de millones de nuestros hermanos, y, por lo mismo, estarían abiertas las puertas del país judío para albergar a millares de desplazados y refugiados de la tiranía nazi, y muchos miles estarían a salvo. Si en tanto hemos lamentado el desacuerdo que existió entre el Dr. Herzl y el Barón Hirsch, debemos celebrar ahora la circunstancia de que merced a la fantasía o capricho de este último se llegó a trasladar de Gerson y de Lituania un contingente de 40.000 israelitas a este nuevo continente, formándose un respetable núcleo de colonos en Argentina y Brasil. Creóse así el judaísmo argentino de cerca de cuatrocientas mil almas en la parte sur y otro tanto en Centro América, en total 700.000 almas. Y ante la tétrica expectativa del exterminio del pueblo judío, podemos imaginar que aquellos dos astros mantienen el siguiente diálogo final:

> Herzl: –A ti, a todos los antisionistas, y al mismo pueblo judío. ¿Se sienten afectados porque gracias a mi sueño de mi "estado judío" pudieron salvarse unas 600.000 almas judías del infierno europeo? ¡Cuánto no daría hoy el pueblo de Israel por salvar a medio millón más!
>
> Barón de Hirsch: –Mi "capricho argentino", ¿acaso no salvó más de medio millón de judíos al trasladarlos a tierra sudamericana, y ellos no han contribuido con mucho en auxiliar a sus hermanos en desgracia durante ambas guerras monstruosas como también para la reconstrucción de Palestina?

Difícil sería aventurar a favor de quién se decidiría el juicio histórico judío respecto del doloroso problema de los desplazados.

2. La dolorosa aparición de la nueva tribu

Los primeros cincuenta años de historia judía en el continente sudamericano se acaban de cumplir en giro vertiginoso. Hubo cambios fundamentales en nuestra estructura social, progresos económicos sorprendentes, deserción del campo tradicional al medio moderno. Aquí la juventud, alejada del ídish que hacía gala del castellano o del lusitano en el Brasil, llegó a considerar al ídish como lengua cultural para ser leída, una reedición del "Loschen Koidesch" (idioma sacro).

Surge ante nosotros el dilema ¿somos acaso los últimos mohicanos de un determinado género étnico judío con vivos europeo-orientales?, ¿o nos corresponde modelar una nueva tribu en el continente sudamericano, empleando el idioma utilizado en la Península Ibérica o en Portugal? Cábenos plantear un interrogante histórico: Si esta tribu, amalgama española-portuguesa hebrea, podrá crear hombres como nuestros ilustres antepasados de tan alta y gloriosa trayectoria filosófica, científica, literaria y artística en la antigua España y Portu-

gal, similares a Juda Leví, Ibn Ezra, Rambam, Abarbanel, y tantos otros. Cabe preguntar si esta nueva intelectualidad judía, al crear en el idioma nativo y en forma original, compenetrados conscientemente de su obra, estarán provistos del bagaje histórico-religioso y de los factores nacionales y étnicos indispensables, a semejanza de aquellos bardos y filósofos judíos de la península ibérica que mencionamos, haciendo posible esta dualidad de ser parte integrante de la nación, y al mismo tiempo, parte orgánica del pueblo judío universal, compartiendo sus penas y sus glorias. Ejemplos de ello nos lo dan Alberto Gerchunoff en *Los gauchos judíos*; Carlos M. Grünberg en sus poemas, y Saúl Gidekel en *Gabriel*, que son los primeros brotes de una creación consciente en el lenguaje nativo. Son los anuncios dolorosos del nacimiento de la nueva tribu dentro del continente latinoamericano en el viejo-nuevo castellano.

3. Islasofobia o doble lealtad

A esta nueva generación se le presenta un problema nada apologético, sino netamente didáctico: debe poner en claro ante la opinión pública latino-americana el significado de este aislamiento, que puede ser esgrimido como arma política extranjera, que encubriría alguna amenaza contra la integridad o soberanía del suelo que habitan, aunque, y a priori, lo damos por descartado.

Los naturales deben habituarse a ver en el conglomerado judío un grupo excepcional, que fiel a la Argentina, como ciudadano y habitante, lo es al mismo tiempo a Sión. En su peregrinación a través de veinte siglos, el judío demostró como un hecho esta dualidad hacia sí mismo como tal, y al país donde vive como ciudadano. Una exposición inteligente y mesurada de este problema puede conquistarnos la confianza y la simpatía del nativo, demostrando que el elemento judío se considera identificado con los problemas orgánicos del país, en todos sus aspectos, económicos, sociales, culturales y de progreso, y que al mismo tiempo, es un elemento indispensable a su pueblo, y ansía restaurarse como nación en el concierto universal.

4. Argentinos sí, judíos sí

Las aspiraciones de la colectividad israelita en nada se contradicen con la tradición nacional argentina y está impregnada de los más altos sentimientos, de los más excelsos próceres argentinos, como lo fueron San Martín, Alberdi, Moreno, Sarmiento, etc. Los postulados judíos son complementos moderados del ideal argentino en la historia contemporánea. Argentinismo, panamericanismo, panhumanismo, no son sólo los que tienen su arraigo en la historia contemporánea judía sino también, el universalismo judío, su religión, su ética, su justicia social y pacífica y su convivencia cosmopolita; en una palabra su mesianismo, piedra angular de su concepción cósmica, son postulados innegables del fondo básico que constituye el argentino, panamericano, ideal más humanitario.

Judaísmo es universalismo, y la existencia del pueblo judío en el universo y en Sión es uno de los fundamentos esenciales de la civilización americano-europea, y por lo tanto, de la Argentina. Al judío argentino cuadra tan sólo esta premisa: argentino sí, judío sí. Soy argentino como soy judío, conceptos nada separables y altamente justos. El amor a la Argentina es un amor natural hacia el terruño donde nací, me eduqué, vivo y habito. Mi amor hacia el pueblo judío es parte orgánica del amor que profeso a mis padres, a mi sangre, a

mi historia. Mi solidaridad con la trágica odisea del pueblo judío en todo el orbe y mi deseo de que Israel regrese a la Palestina liberada, es un ideal ético, que puede entusiasmar a judíos y no judíos de cualquier parte del mundo.

5. Intercambio intelectual

No puede haber mejor entendimiento entre seres y pueblos que el acercamiento espiritual, el intercambio de ideas y de sentimientos. Los grandes pensadores son universales e internacionales. Por eso no existe mejor comprensión entre la colectividad judía y la argentina que la motivada por la versión al castellano de los valores culturales hebreos, explicando e historiando así lo que somos. Los intermediarios espirituales son los más dignos emisarios de paz entre los diversos pueblos y sus culturas. En este aspecto la revista *Judaica* ha servido no sólo de sólido puente entre la comunidad israelita y el pueblo argentino, sino también como el más eficaz mediador entre el pueblo judío y el continente sudamericano, o bien, entre el judaísmo y el hispanismo. Su director, el infatigable Salomón Resnick dio vida a una enciclopedia de arte y saber judíos, pero siendo aún el cultor de la divulgación no se limitó a esta tarea solamente. Utilizó su erudición idiomática en traducir las mejores obras clásicas del ídish al idioma nacional, duplicando así el valor de su misión, dio margen a que los residentes de Jefthet conocieran las de Sión y las profundizaran. Gracias a su labor la juventud judía de habla castellana llegó a conocer por primera vez las obras magistrales de los escritores judíos más esclarecidos, tanto clásicos como modernos, y por reflejo iban conociéndose a sí mismos, hallando su propio sendero.

Tengo a la vista un número de *Judaica* de 1937, dedicado íntegramente a señalar la contribución judía al descubrimiento y al progreso del continente sudamericano.

Si Salomón Resnick nos hubiera obsequiado tan sólo con este único opúsculo, hubiera sido suficiente para merecer el título de "Caballero del Intercambio Cultural". Su *Manual de la Historia Judía*, resumen y complemento de la monumental historia de Dubnow, puede considerarse como el súmum de su contribución cultural.

6. Hermanos espirituales

En el intercambio intelectual se llega a una fusión de ideas y de sentimientos. Los grandes vates y pensadores son nacionales en su idioma y en su estilo, pero universales en su concepción. Feredit lo definió admirablemente: "En un mundo nuevo las personas de espíritu se sienten como hermanos"; y Sófocles, por boca de Antígona, dice: "No estamos para odiarnos, sino para amarnos". Tocóle a Resnick la delicada misión de convertir el ambiente latinoamericano en un medio propicio donde judíos y gentiles iberoamericanos fraternizan espiritualmente. Su alma no descansará hasta que su obra de intercambio cultural se vea coronada con la construcción de una Universidad Latinoamericana en el Monte Scopus, y otra de Cultura Hebrea en Caracas o en Quito, en Santiago de Chile o en Montevideo, en Asunción o en La Paz, en La Habana o en Méjico, en fin, en algún lugar de América hispana, y éste será el monumento más expresivo en memoria de Salomón Resnick, el pionero y el apóstol de la fraternización espiritual.

Tel Aviv (Palestina), marzo de 1947

Hijo del pueblo del libro, hombre de libros y de letras

César Tiempo

CIERTA vez, en el bar León –hoy desaparecido–, contiguo al cine Etoile –también desaparecido–, le pregunté si era argentino.

–**Claro que soy argentino**, me respondió. Es cierto que en mis papeles consta que nací en Domaniovka, una ciudad del imperio zarista. Pero mis padres estaban, entonces tan angustiados, que no me atreví a abandonarlos. Recién a los 8 años, cuando se decidieron a viajar, los acompañé a la Argentina. El primer paisaje que reconocí fue el de la campiña bonaerense, mis primeros amigos chiquillines de Carlos Casares, mi primer deslumbramiento La Pampa, donde ejercí en la colonia Narcise Leven mi primer trabajo de maestro. A los 20 años entré en contacto con Buenos Aires. Por esas razones y por muchas más que el corazón y la razón no ignoran, me considero más argentino que el mate.

Salomón Resnick hablaba sin prisa, sonreía sin prisa y bebía a lentos sorbos un té con limón. Solía ser sarcástico sin ensañarse en la mordacidad del menoscabo, y cuando quería a alguien lo quería sin que su afecto maniatara su independencia de juicio. Era argentino por opción y fue argentino por pasión y por convicción. Es bien sabido que tanto como la raza, influye la tierra donde el individuo

Fragmento de la evocación de César Tiempo, a treinta años de la muerte de Salomón Resnick, publicada en el diario *Clarín (Cultura y Nación)* de Buenos Aires, 12 de agosto de 1976, por el gran autor de ***Sabadomingo*** y ***Clara Beter y otras fatamorganas***.

vive y se desarrolla en su formación biológica y psicológica. Nacer argentino, francés o israelí es un acontecimiento del que no participa la voluntad y no confiere al beneficiario otras prerrogativas que las que podrá obtener oportunamente con su talento, si lo posee, y con su obra, si se realiza.

Nacer argentino es efectivamente un honor, un gran honor, pero ser argentino es tener conciencia de que el individuo es indivisible de la dignidad del país. Porque uno es el acto de nacer, que pertenece a la fisiología, y otro el de ser, que pertenece al espíritu y la inteligencia. Uno el acto de crecer por fuera y otro el de crecer por dentro, metafísicamente. Uno ser y otro llegar a ser.

Ventura de la Vega nació en Buenos Aires, fue un español por los costados más sensibles y aprehensibles de su obra y de su alma. Joseph Kessel, nacido en Entre Ríos, es un francés por donde se le busque. Julio Cortázar, nacido en Bruselas y residiendo largamente en París, es más argentino que el pororó. Lo mismo ocurre con Alberto Gerchunoff, nacido en Podolia, tan argentino como Samuel Eichemlbaum, el autor de *Un guapo del 900*, nacido en la entrerrianísima Villa Gobernador Domínguez.

Filántropo a su manera

Salomón Resnick fue un filántropo a su manera. No regalaba dinero porque apenas si lo tuvo para subvenir a sus necesidades familiares y a las exigencias de las imprentas que publicaban sus revistas y sus libros. Regalaba espíritu, levadura, sangre, la sangre que entra y sale con la letra. Su temprano madurar no participó del milagro. Resnick prefirió ser un divulgador, un comunicador. Tiene la edad que tenía Renan, que, a los 24 años, publica su admirable *Historia comparada de las lenguas semíticas*, cuando traduce a Isaac L. Peretz, el autor de *Los Cabalistas*, en 1919. En su prólogo, Gerchunoff dijo de Resnick: "Une a su vasta curiosidad de investigador, el temperamento de un artista delicado y libre".

La persona y el personaje

Era nuestro héroe un hombre corpulento y amable, nunca resubido de vacilaciones, cuando lo conocí. Dueño de una frente pánica, un par de ojos zahoríes, unos labios habituados a no adular a ningún poder, ni siquiera al literario, unas manos de sembrador y una sonrisa melancólica que recogió admirablemente Israel Hoffmann en la más lograda de sus esculturas. Todo lo que hizo lo hizo bien y desinteresadamente, pensando en su pueblo, sufriendo por su pueblo, batallando por su pueblo. No creó *Judaica*, una revista ejemplar que sostuvo hasta el fin de sus días, para neutralizar el celo amargo del antisemitismo, como escribía Gabriela Mistral, sino para exponer los hitos y los logros de la cultura judía clásica y actual sin fanatrismos, ni sobrevaloraciones, ni exageraciones. Sabía que fueron los semitas los inventores de la letra y aspiraba a que sus lectores supieran que el pueblo semítico por antonomasía, el pueblo judío, sigue mostrando a través de miles de años de historia, la devoción, el fervor, la fidelidad sin desfallecimientos a la letra. El cristianismo le ha asignado al judaísmo, afirma el mayor de los filólogos vivos de nuestros tiempos, desde la antigüedad, el papel de depositario de la letra. La supervivencia del judío a través de las infinitas tribulaciones de su historia, y quizá también la grandeza trágica de su destino, ¿no se debe acaso a su fidelidad a un libro?

Desde Abraham hasta David

Salomón Resnick, hombre de libros, que ejerció su magisterio con autoridad indiscutible, quiso y logró pulverizar, prejuicios y patrañas. Todo el mundo de ignorantes congénitos e ignorantes deliberados, cree le han hecho creer que la voz judío procede de Judas y lo asocia por implicancia al Iscariste, y no a Juda, la más poderosa de las doce tribus hebreas. Resnick, apasionado desbornizador de falacias, pugró siempre por celerar esta confusión semesiológica, y logró el apoyo de personalidades eclesiásticas e intelectuales. Entre ellas el del gran novelista Manuel Gálvez, católico y nacionalista, que expresó textualmente refiriéndose a las publicaciones de Resnick: "Por ellas los argentinos hemos venido a enterarnos de los que han sido y son los judíos y de cuánto este pueblo ha hecho. Conocer a los judíos en lo que valen es necesario, pues de otro modo se puede caer en la injusticia del antisemitismo". El mismo Manuel Gálvez me contaba, en su casa de la calle Santa Fe, que cierta vez Resnick le llevó un ejemplar de los Evangelios en que había subrayado la geneología de Jeruscristo, sobre todo el versículo del libro de San Mateo, que dice: "De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; y desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación hasta Cristo, catorce".

Gálvez, que conocía los Evangelios poco menos que de memoria, lo escuchó sonriente y le dijo: "Ya sé que todos somos hermanos, hijos del Padre que está en los cielos, lo que vale decir que yo soy dos veces cristiano y dos veces judío como Fray Luis de León. Le propongo que el año próximo nos encontremos en Jerusalén". Recuerdo en este momento que Gálvez publicó el primer capítulo de su novela *Nacha Regules*, a la sazón inédita, en la revista *Vida Nuestra*, que conducía Kibrick y Resnick, de quienes siempre fue un amigo incondicional.

Los sueños no mueren

Requiere valor el tener talento y Resnick lo tuvo para regalar, aunque por lo general ni el valor ni el talento son transferibles. Para conocerlo bien hay que leer los cuatro libros que publicó, sus innumerables traducciones, sus artículos en los que la historia y la literatura se hacen más vivas, más humanas, más comprensibles. Ayudó a principiantes y acabantes y dejó grata e imborrable memoria en todos aquellos que los conocieron no sólo aquí sino en Chile, el Uruguay, Colombia y Brasil. Derribó las murallas del gueto, presentó a grandes judíos paradigmáticos y, cuando la intemperancia y la malquerencia asomaron sus fauces, ejerció heroicamente su milicia y marcó a fuego a los comandatarios de la coluvie.

De pronto recibió la visita del sombrío visitante que puede entrar sin haber sido invitado por nadie, como decía el poeta Heine, un *ghetto's a dreamer* como él. Ya han transcurrido trenta años. Resnick, no lo olvidemos, fue ese soñador que demostró al mundo que los hombres pueden morir, pero los sueños no.

Isidoro Blaisten:* Al acecho. *Buenos Aires, Emecé editores, 1995, 212 pp.

Al acecho es una colección de cuentos argentinos, muy argentinos. El recorrido a través de los ocho relatos del volumen se torna en un viaje por las calles, los mercados, los hogares y los teatros porteños. El carácter local, a pesar de surgir de diferentes maneras en cada cuento, se convierte en el primer común denominador de las historias de Blaisten. Sin embargo, el verdadero impacto que produce el texto reside en las estrategias literarias que éste emplea en su configuración. El peligro de una reseña literaria acerca de una colección de relatos como esta radica en la generalización que pretende captar de forma totalizante al texto en conjunto. Los cuentos reunidos en este tomo exigen una lectura particular que sobrepasa cualquier tipo de estructuración integral de la obra. No obstante, más allá de la singularidad de cada relato –primera característica compartida– se despliega en el discurso de Blaisten una fuerza estructuradora desautomatizante que convierte a la lectura de este libro en una experiencia más que placentera.

En los ocho relatos de *Al acecho* sobresale la presencia de una trama fuerte en la que están especialmente activados los códigos proaerético y hermenéutico de la terminología barthiana. Estos dos códigos –el primero relacionado con las acciones y acontecimientos del discurso, y el segundo vinculado a la activación del paradigma de los enigmas en un texto– son característica casi obligatoria del género policial y detectivesco. Por las páginas de este libro deambula en "libertad ficcional" más de un asesino. A pesar de ello, no se trata de una tradicional historia policial, todo lo contrario. El texto en conjunto es una violación paródica de las convenciones de este género. En ninguno de los relatos aparece la clásica imagen del detective, el juego textual no pretende solucionar la pregunta típica de estas obras: ¿quién es el asesino? Cada relato presenta de manera original la ruptura de las reglas canónicas. En uno de los relatos, por ejemplo, el enigma gira en torno al descubrimiento del personaje asesinado. En la mayoría de los textos la escena del asesinato pasa a un segundo plano, lo fundamental en estos cuentos es la caracterización del personaje, la creación de un perfil psicológico. En *En un domingo oscuro* la principal técnica narrativa consiste en presentar focalizaciones alternadas de dos situaciones diferentes que ocurren en un mismo espacio hasta convertirse en una sola: la focalización de un hombre que acaba de ser herido y agoniza a la entrada de un restaurante, y la de un grupo de gente que se halla cenando en el lugar. El contraste es drástico: por un lado, la plática "pseudo-intelectual", cotidiana en el restaurante, y por el otro, la captación del mundo a través de la visión de una persona en estado agónico. El temple irónico y humorístico que caracteriza al discurso en todos sus niveles hace parte del complejo "desmitificador"; un ejemplo de esto es la técnica elegida por el asesino en *El crimen del diputado Estig-*

metti para matar a su víctima: "había decidido asfixiar al joven cuentista con el túmulo asfixiante, esto es una selección de las toallas que la Toti había robado de los principales hoteles de Europa" (p. 161).

No todos los relatos de este volumen constituyen una trasgresión del género policial; el elemento que sin excepción aparece a todo lo largo de esta colección de cuentos es, sin duda, la ironía. El temple irónico impregna al texto en su totalidad, incluyendo a la caracterización de personajes, al sistema apreciativo del discurso y a la relación texto-peritexto. Un ejemplo de la humorística, casi estereotípica, caracterización de personajes está excelentemente representado por la mujer que aparece descrita en el relato *Al acecho*: "El vio los aros de plástico, los párpados verdes, los labios muy pintados" (p. 15). "El vio que las manos de ella eran muy grandes, casi más grandes que las de él, y las uñas eran largas y escarlatas, impecablemente pintadas" (p. 19). "A pesar de mis noventa y ocho kilos, y eso también me lo han señalado las clientas, conservo mi agilidad y cuando no hay nadie en el establecimiento puedo treparme raudamente al mostrador y, como un equilibrista, saltar por encima de las tres máquinas de cortar fiambre, sin tocarlas casi o tocándolas apenas" (pp. 138-139), señala autodescribiéndose en *Desde el alma* el narrador homodiegético de la historia. Las situaciones no son menos burlescas; así por ejemplo resulta la cómica escena en la que la gorda esposa del diputado Estigmetti posa ante un fotógrafo junto a un cuadro de Botero. La mofa y la desfiguración son los procedimientos predilectos de la narrativa de Blaisten, en sus textos se configuran universos en ocasiones caóticos, en otras ridículos... El efecto es de distancia, el mundo creado no puede ser simplemente una representación de una situación porteña, el texto constituye un microuniverso cerrado, de carácter idiolectal.

La obra de Blaisten es un carnaval textual caracterizado por los elementos básicos que constituyen a este fenómeno cultural (la trasgresión, la desfiguración, la exageración, la lógica del revés, la caricatura, etc.). Las imágenes carnavalescas adquieren máxima expresión en *Desde el alma*: en una fiambrería una pareja de gordos hacen el amor y saltan desnudos tirándose carnes y morrones en aceite.

Al acecho es un texto para leer y "escribir", aún continúo pensándolo y riéndome...

Judith Grosgold

Jaçó Guinsburg: Aventuras de Uma Língua Errante, Ensaios de Literatura e Teatro Idishe. *Editorial Perspectiva, São Paulo, 1996.*

Una posibilidad es leer este texto como el más completo viaje a través de la aventura de la literatura y el teatro en ídish, nunca antes escrito en ninguna de las lenguas ibéricas. Pero a poco que nos atrapa su lectura, descubrimos que Jaçó Guinsburg nos invita a compartir su propia aventura intelectual con la errancia del lenguaje de escritores, poetas y dramaturgos en ídish de todas las latitudes y períodos. Tal itinerario personal del autor descubre al lector en idioma portugués a autores ídish de Europa, las Américas e Israel, y transforma sus ensayos críticos en un fervoroso diálogo con la misma lengua errante. El origen remoto del libro de Guinsburg fue su investigación de doctorado para la Universidad de São Paulo, donde ejerce actualmente la docencia, y también sus numerosos artículos publicados en diversas épocas. Resulta imposible separar el libro que comentamos de la fecunda y larga trayec-

toria de Guinsburg como pionero de la traducción al portugués y exégesis sobre temas judíos en la colección que dirige en la editorial Perspectiva de São Paulo (quizá la más completa que exista en América Latina).

Sin embargo, a pesar de sus credenciales académicas de editor, y de prestigioso intelectual judeo-brasileño, la unidad temática y estilística de *Aventuras* está filiada en la trashumancia de la lengua errante y en la capacidad de Guinsburg al contarnos su viaje: gran traductor de la estirpe de los trujamanes del Targum, imagina en portugués todas las voces que sintió en ídish en el viejo y nuevo hogar de los creadores judíos.

Vida y obra de famosos escritores –Sholem Aleijem, I. L. Peretz, Raisen, Pinski, Nomberg, Shalom Ash, Peretz Hirshbein, H. Leivik, Bashevis Singer– son contextualizados en las grandes corrientes de la literatura ídish, pero especialmente refulgen en los hallazgos de Guinsburg al iluminar las conjugaciones colectivas literarias con los trazos individuales de esos creadores en un plano sincrónico a las que llama "elos de uma corrente". El eje cronológico inicial de este viaje arranca obviamente en la Europa donde nació la civilización de Ashquenaz. El periplo de Guinsburg en el nuevo espacio americano de la lengua errante le permite un apasionado diálogo con los poetas proletarios judíos y los renovadores del grupo **Iung(u)e**, especialmente Moishe Leib Halpern y Moishe Nadir. Pero también dialoga en ambos idiomas con los grandes poetas que escriben la poesía ídish con el lenguaje de la modernidad, como Glantz-Leyeles y Iankev Glatschtein. Son los momentos de mayor placer de lectura, cuando acompañamos a Guinsburg en los territorios americanos de la aventura de la lengua errante, porque el crítico cede la palabra al pudoroso traductor al portugués de sus poetas amados. Similar estrategia narrativa del autor permite disfrutar a la gran poesía ídish en la Unión Soviética a la sombra del stalinismo: sus agudos análisis siempre culminan con traducciones excelentes de Leib Kvitko, David Hofschtein, Peretz Markisch, Moishe Kulbak, Izik Markisch, Itzik Fefer, Aarón Kuschnirov y Shmuel Halkin. Un tono intimista de la aventura personal de Guinsburg, que no disimula a menudo la emoción soterrada por el crítico, se oye en el capítulo consagrado a la vasta creación cultural ídish en Polonia durante las dos guerras mundiales, tanto en Varsovia como en Vilna. Guinsburg deja hablar en portugués a la lengua en estado de duelo. Son los poetas que preanuncian y testimonian la Shoá, como Uri Tzvi Grinberg, Kadia Molodovski, Hirsch Glick, pero también la angustia existencial de Elkhonen Voglerm, Haim Grade y la geografía lírica de Avrom Sutzkever.

Quizá la contribución más original de esta crónica de viaje surge cuando el trujamán-viajero atraviesa los distintos escenarios del teatro ídish. Especialista en el teatro europeo (publicó *Stanislavski e o Teatro de Arte de Moscú* y *Semiologia do Teatro*), desde muy joven Guinsburg fue un apasionado del teatro judío; preparó una edición crítica a su traducción al portugués de *O Dibuk* de An-ski, y en otro libro estudió a Leone de Sommi dentro de la vida teatral del Renacimiento italiano. En *Aventuras*, analiza los orígenes del teatro popular ídish y a los clásicos dramaturgos, desde Goldfaden a Peretz, y también a los grandes actores y *regisseurs* del nuevo teatro ídish en América del Norte y Sur. Quizá el abordaje crítico y el viaje sentimental por las troupes ídish logren su más acabada expresión en los capítulos que Guinsburg consagra al teatro judío estatal en la URSS y de la Polonia de entreguerra: la Vilne Trupe, el Teatro Judío de Arte de Varsovia, el Iug Teater y el Kleinkinst.

Por último, nuestro infatigable viajero no se olvida del centro literario y el mundo teatral ídish de Argentina y Brasil: son emotivas las reproducciones de afiches de puestas en escena de Z. Turkow en Río de Janeiro y de I. Bulow en Buenos Aires, y su crónica de la performance del IFT; sin embargo, es de lamentar que Guinsburg no haya traducido al portugués a algunos de los poetas radicados en Buenos AIres, como Kehos Kliguer o I. Aschendorf, conocidos en español gracias a traducciones de Eliahu Toker.

Luminoso libro de viaje, tal como afirma en el prólogo Haroldo de Campos, su autor logra que el lector en portugués peregrine en múltiples horizontes culturales de ambos mundos a través del cayado de la lengua ídish.

Leonardo Senkman

José Pivín: De remotas tierras hablo, *Haifa, 1996; poema bilingüe.*

Hubo un autor antiguo, Longinus, que resumió los principios de la crítica literaria griega en un libro titulado *Sobre lo sublime*. Se supone que la obra fue escrita hace cosa de dos mil años, pero ella sigue siendo hoy, si no una inigualada guía de maestros, un obligado punto de referencia. Sublimidad es, para Longinus –en la síntesis de la *Encyclopaedia Britannica*– "excelencia de lenguaje, expresión de un gran espíritu, capacidad de provocar éxtasis y conmover al lector toda vez que lea el pasaje". Sus fuentes son: "grandeza de pensamiento, trato fuerte de pasiones, uso diestro de figuras del pensar y del discurrir, elección adecuada del lenguaje y de las metáforas, y composición eximia en la que se incluyen efectos rítmicos y musicales en prosa".

Apabullado por esas y otras inasequibles exigencias, alguna vez intenté convencer a un amigo de que él estaba en un error al sostener que cada autor es su obra. El autor es siempre más que su obra, alegué, y mi interloculor, en lo suyo. Sobre mi mesa tengo los tres libros de Lolo, José Pivín de Santa Fe, y aquella incapacidad mía de convencer a mi amigo me vuelve a la memoria y me desasosiega.

De tanto usar las palabras se nos oscurece su sentido. No suelo pensar a menudo qué es un poeta, ni quién lo es. Tampoco a qué debe renunciar alguien para ser poeta, ni cuánto le duele y le insume serlo. Con mi intuición vivo: poeta es quien elige ser tal.

De remotas tierras hablo, el tercero de los libros con el cual José Pivín ratifica su compromiso con la poesía, es un volumen reducido, como los anteriores, con especial cuidado de la estética. Esta aflora en las fotografías, en el armado, en la tipografía, en el papel. Un texto bilingüe, me había anticipado Lolo, que esta vez usa dos cajas de resonancia: español y hebreo. Los dos idiomas son dos amores y a la vez –naturalmente– dos dolores. El uno no pudo cultivarlo hasta la excelencia porque emigró a una edad aún temprana, y el otro no pudo adquirirlo hasta la perfección porque inmigró a una edad ya tardía. Es que no se trata sólo de estudio y de voluntad. Ni el uno ni la otra pueden suplir a la absorción pasiva, esa que se adquiere como por ósmosis a través de la piel y de todos los sentidos, por influjo del entorno que diariamente enriquece y familiariza al ser con una cultura que va impregnando su alma con su esencia.

El cambio de ambiente en la adultez es uno de los aspectos de la relación entre el autor y su obra. Pero hay otros que no son accidentales. Hacen a la esencia de la poesía:

"De tarde, cuando la brisa calma, la pupila se detiene... las colinas enmudecen... el verde es señal de alarma... tu pollera al viento... tus senos ondulantes... nosotros somos uno... la arena aún caliente...". ¿Qué hace falta para que la obra estremezca? ¿Qué hay detrás de ella? En el poema no se menciona lo que la imaginación del lector puede intentar suplir: un hombre maduro, luchando por su familia, su salud, su pan, incluso por cubrir los gastos de edición de un libro de poemas. La sensibilidad es desbordante grandeza y el verso tiránica limitación. Pero eso no es todo. "Todas las fiestas cuando despunta el día / todos los soles cuando la noche llega / todos los vientos cuando guitarra calla... Sólo cuando la tarde cae, cuando la tarde muere / te recupero en mi memoria adolescente / allí en el llano del litoral santafesino / cuando todo era sencillo, perdurable".

La creación literaria, más que cualquier otra, es toda ella subjetividad. Como decía aquel amigo mío, es narcisista. Fred Hoyle, al resumir hace un cuarto de siglo *La nueva faz de la ciencia*, aplicando la teoría de Darwin sostuvo que la corteza cerebral es instrumentada por las partes más primitivas del cerebro, en donde halla su asiento, también, la sensibilidad. Anticipándose a Hoyle y coincidiendo con él, Longinus habla de los requisitos de forma de lo sublime como expresión de un gran espíritu sin mencionar a la sensibilidad. Y sin embargo, somos humanos por nuestras imperfecciones y motivaciones, por ser una opción a definir no sólo con la inteligencia, sino con una sensibilidad a realizar. Es en ese campo de la imperfección heroica que transcurre la vida del poeta, en pos de la ultimidad inasequible de la palabra y del ritmo para expresar su subjetividad.

Por eso me conmueve José Pivín con ese tercer fruto tierno de su sensibilidad.

Iehoshúa Faigón

Mauricio Rosencof, Die Briefe Di Nie Angelkomen, *Residenz Verlag, Salzburg, 1997.*

La editorial austríaca Residenz Verlag, conocida por sus publicaciones de autores menos conocidos por el público de habla alemana, acaba de editar *Las cartas que nunca llegaron* de Mauricio Rosencof, todavía no publicado en castellano. El relato de Rosencof –traducido por el autor austríaco Erich Hackl– ofrece una perspectiva uruguaya sobre un tema de especial relevancia para los lectores de habla alemana. Se trata del destino de judíos polacos que lograron refugiarse a tiempo en el Uruguay ante la inminente masacre organizada de los judíos europeos por los nazis, de su sufrimiento ante la pérdida de sus familiares y ante su propia supervivencia.

"No recuerdo más el día en que realmente conocí a mis padres, ni si me di cuenta en aquel entonces qué significado iría a adqurir ese acontecimiente en mi vida" (p. 5). Así comienza el relato de Rosencof, un trabajo de la memoria sobre una infancia vivida en Montevideo poco antes y durante la Segunda Guerra Mundial, guiado por asociaciones de imagen a imagen como en voz baja, mas muy conscientemente trazado. Rosencof nos hace partícipes de los sentimientos y pensamientos de Móishele, pequeño niño judío que fue él, completamente permeado de una mirada ingenua, casi sobria y a la vez poética, sobre el mundo que lo rodea. No asombra que lo primero que disciernen sus ojos sea la madre cocinando en el patio, el padre con "los mejores ojos del mundo" y el hermano mayor León "que me protegía ante fantasmas y bandidos" (p. 5). Y el cartero, en relación con el cual la memoria de pronto queda suspendida. Porque el cartero es aquel al que el padre espera diariamente desde el balcón de la vivienda, ansioso por obtener noticias de sus parientes en Po-

lonia. Pero la botella siempre a mano para convidar al cartero con "cuantiosos vasitos para que este le traiga muchas cartas" (p. 11) se vacía inútilmente, y en vano el padre se queda en vela por las noches para escribir cartas mientras el té se va enfriando (pp. 15-6) después de un largo día de trabajo sobre la máquina de coser: "las cartas que papá esperaba nunca llegaron" (p. 7); el padre queda así condenado a leer las cartas viejas todos los domingos, con ojos que ya han perdido su claridad y han dejado de reír (p. 6).

Sin sentimentalidad alguna, Rosencof nos deja entrever el profundo desamparo de un niño para quien el mundo se resiste a mostrarse como un todo intacto o por lo menos comprensible, a pesar de una vida familiar entrañable y objetivamente amparada. Y es que el padre se ve incapaz de transmitirle a su hijo menor algo del mundo que abandonó al emigrar y que ya ha dejado de existir, algo que pudiera ser más convincente que su propio desamparo ante un prolongado silencio que primero suscita y luego confirma la sospecha de destrucción.

"Qué color (...) tiene Polonia" (p. 15), esto Móishele no llega a saberlo aun tras los relatos del padre. También las caras de los parientes que quedaron en Polonia lo miran como extraños anónimos desde las viejas fotografías que su madre mantiene cuidadosamente guardadas en una caja de zapatos. Don José, el vendedor de carbón; Don Evelio, que de vez en cuando permite a los niños del barrio ver gratis una película de Charlie Chaplin, dejando así patente sus propias ideas socialistas como las del padre; Don Tomás y Doña Catalina, los padres italianos de Fito, el mejor amigo de Móishele, dueños de un bar con un misterioso sótano; el organillero que sólo penosamente logra juntar un poco de plata en una vecindad más bien pobre; y también Vasily Mijailchuk, un "hermano de barco de mi papá", el único que no paga el alquiler "porque en realidad debería construir casas (...), y porque ha tomado mucho alcohol" (p. 23) – todas estas figuras que le dan color a la vida cotidiana de Móishele en Palermo, el barrio de inmigrantes, tienen un nombre. Sin nombre, al contrario, lo miran a menudo las hermanas y primas de la madre desde las fotografías, "porque son tantas", y porque "nunca vienen de visita" (p. 14).

En esta experiencia de no compartir el pasado europeo y la identidad judía de los padres y del hermano mayor, Móishele se queda solo, a pesar de la proximidad de su amado hermano León, al que "papá y mamá trajeron desde Polonia hace mucho tiempo", el que "siempre estaba al corriente" y "me protegió durante toda su vida" (pp. 5, 8). Sólo por medio de León logra Moishele a veces descifrar el mundo que para él es "algo que no conozco muy bien" (p. 13). Sólo León sabe que "los pequeños palitos" que el padre "dibuja allí arriba" sobre el papel significan "Mámele".

La incapacidad –la imposibilidad– de Moishele de comprender lo que es él mismo: "judío", se revela aun en las escenas en las que ello se vuelve herida o pena, como cuando el verdulero es insultado con la palabra "judío"; o cuando Móishele ve llorar a su madre y a su hermano ante lo certeza definitiva de la catástrofe. "Véte, no entendés", lo aparta León, y cuando Móishele intenta demostrarles que sí entiende "lo que se acabó (...) la Mámele de papá y la Búbele y todo", esta pena queda sellada involuntariamente por el padre al mandar a su hijo a la calle para jugar (p. 29).

"Tranvías son algo terrible, porque se llevan a la gente y uno no sabe adónde, no la vuelves a ver nunca más, sólo al revisor, a ese lo vuelves a ver, a ese sí. Y por eso les tiramos piedras, Fito y yo" (p. 10). El desamparo del padre –impotencia ante el asesinato de su familia y la de su esposa, impotencia ante su propia supervivencia y

ante la incapacidad de comunicarse con su hijo menor como quien es– queda sutilmente correspondida por la rebelión del niño contra una potencia que denuncia una pérdida sin sentido y que nombra el origen de la impotencia del padre sin jamás citar uno de los nombres que nos permiten medirnos con lo inimaginable: el Holocausto, la *Shoah*.

"Estas cartas nunca te llegarán, Isaac. O llegarán cuando no estaremos más, y entonces serían para nosotros una forma de estar. Quizás estas cartas serán escritas por otros. Decíle a Moishe que también son nuestras cartas, para que sepa que ha sido de sus tíos y tías, de sus primos, de sus abuelos y abuelas. Queremos ser parte de su memoria, Isaac. Cada uno de nosotros es cada uno y todos. También Moishe. Moishe es él y todos los demás. Moishe es su gato y sus padres. Es su hermano que morirá, y su amigo Fito. Moishe también es todos nosotros. Así es" (p. 25).

El niño Moishe no pudo comprender – entonces no pudo realmente tomar conciencia de la pena sufrida a causa del destino individual de su familia que fue parte del destino colectivo de los judíos de la Europa del Este. Es Mauricio Rosencof quien ahora hace el intento de mitigar la pena del niño que fue, de acercarse a las víctimas dándoles su propia voz a las sofocadas en las cámaras de gas, y sacar del anonimato aquellas voces que para Moishe nunca pudo oír. De este modo también se hace cargo de aquel deber y aquella responsibilidad que el padre no pudo cumplir frente a su hijo: transmitirle el profundo significado de su identidad en un plano colectivo, asignarle su lugar en la cadena genealógica rota. Al situarse a sí mismo en una tradición judía, Rosencof intenta con este relato rescatar la imagen humana del padre judío, que parecía a sus ojos un dios sabio y bondadoso antes de que empezara su larga y desolada espera.

Mauricio Rosencof escribe las cartas que el padre siempre había esperado, que el hijo siempre había esperado, y que nunca llegaron. Trece cartas que se interponen entre las imágenes de la vida cotidiana y familiar de Moishe en intervalos irregulares, primero silenciosamente o como por casualidad. La noticias que recibe Isaac ahora, articuladas por una voz siempre sin nombre, pero alternativamente identificable como femenina o masculina, trazan el itinerario de los familiares en Polonia desde su tránsito de Varsovia al ghetto y a Theresienstadt hasta las selecciones y los asesinatos en Treblinka. Esta voz que repite y acrecenta el sentimiento del desprevenido Moishe, su infantil incomprensión, desenmascara al mismo tiempo la "banalidad del mal" de la que hablaba Hannah Arendt, una banalidad que tuvo su propósito y fin en sí misma. Porque también el/la desconocido/a que escribe se da cuenta al principio de las humillaciones que sufren los judíos por parte de los nazis en plena calle; sin embargo está dispuesto/a a creer en la película propagandística "El Führer les regala una ciudad a los judíos" que parece prometer el fin de la discriminación y de la persecución (p. 7). "¿Sabes dónde queda Theresienstadt?" – con esta pregunta ingenua que transunta lo inimaginable del futuro termina esta primera carta. También en las siguientes mantienen aún mucho tiempo el tono de quien apenas se atreve a interrogarse sobre sus condiciones de vida drásticamente alteradas, y parece aceptarlas no obstante su carácter absolutamente inexplicable y absurdo; sólo entre líneas se comunica el miedo ante lo que todavía no tiene nombre: observaciones sobre el hambre y el peligro de epidemias en el ghetto; el reconocimiento entre asombrado y angustiado que "no hay nadie que nos quiera ayudar o esconder, y ya empiezan a llevarse a la gente" se alternan con detalles sobre el inminente transporte a los campos de concentración, que

todavía no suscita sospechas, puesto que "parejas con o sin hijos pueden quedarse juntas" y "existe la posibilidad de una reservación de trabajo común" (p. 9). Aun tras la llegada a Treblinka, cuyos signos brutales proyectan inequívocamente la tragedia, se expresa todavía la esperanza de volver a ver a parientes ya perdidos y de obtener pronto las valijas cuidadosamente rotuladas (p. 12s).

Sólo a partir de las primeras selecciones, cuando la pariente que escribe la carta es forzada a participar en el asesinato de otras prisioneras, el "yo" se identifica como "nosotros", como parte de las condenadas a muerte – y así también comprende que su individualidad ahora no reside sino en el incierto saber de no estar aún entre las que ya han sido seleccionadas (p. 16s).

Sin embargo, Rosencof no muestra sólo la completa disolución de la identidad personal en el campo de concentración, sino también formas de resistencia, aquellos caminos que algunos judíos buscaron, movilizando energías sobrehumanas, para sobrevivir a la barbarie, permanecer humanos, individuos; el reconocimiento de una solidaridad inalienable a raíz de una tradición religiosa común (en la imagen más macabra del relato, el Kaddish sobre un jabón que la *Blockführerin* les ha "regalado" a las mujeres de su bloque, p. 21s); y la desesperada insistencia en el poder de la imaginación, de la "única cualidad del ser humano que no sucumbe a la miseria de la realidad" (p. 25) cuando las obsesiones sobre el té, azúcar, el calor se vuelven tortura insoportable.

Por sobre todo, son los gritos de los asesinados los que articulan esta resistencia en su forma más extrema, como invocación a un dios que no se comunica, y por ello como su acusación. Son estos gritos, expresados desesperadamente en una de las últimas cartas, que al mismo tiempo formulan la resistencia del narrador contra el olvido, contra el silencio que es "el verdadero crimen contra la humanidad" (p. 18), y contra la negación del sentido de la existencia humana por mano del proprio ser humano:

> ¿Y los gritos? Hoy me pregunto qué será de los gritos. No pueden, no deben perderse. Es imposible que se pierdan, no pueden volverse una nada, no pueden terminarse en la nada, morir para nada, para algo fueron creados, para algo fueron gritados, Isaac, el grito no muere, no puede morir. No muere. Nosotros, nosotros sí morimos, en cada amanecer, en cada selección efectuada por Grete, con cada transporte que llega. Pero nuestros gritos no, el grito no.
> Ojalá Dios haga que nuestros gritos se aniden bajo las almohadas de aquellos que no saben, o que saben y callan, o que no quieren saber (p. 18).

El mismo Rosencof ha vivido persecución y cautividad durante doce años, cuando, en 1973, fue secuestrado como miembro de los Tupamaros. En prisión fue, como comenta Hackl en un breve epílogo, "sometido a torturas inimaginables, entre ellas a la más grave: la de no oír ninguna voz ni ver ningún rostro" (p. 31).

A ambas experiencias –haber sobrevivido el asesinato de los judíos europeos, haber sobrevivido luchando en la resistencia contra la dictadura uruguaya–, Rosencof les da expresión en la unión de su grito con los gritos de los asesinados, con la nuda materialidad de los torturados que testimonia la destrucción revelada como obra humana en Treblinka – y que sigue siéndolo:

> Gritar, simplemente gritar, gritar en diferentes tonalidades, gritar gritos, Isaac, sólo gritos que entrecortan el aire, gritos que estallan en nuestras gargantas; primero, por sobre todo, por sobre todos, liberamos el grito prohibido, el suprimido, el calcinado. El grito puro, el grito sin consonantes, el inmemorial. El grito eterno.
> Eterno como el silencio de los dioses, Isaac, es el grito de los seres humanos (p. 299).

La última palabra, empero, le pertenece a Moishe, quien al fin sí ha comprendido, sin desesperación, sin lágrimas, sin gritos, desolado, pero con aquella pensatividad medio obstinada, medio triste que les es propia a niños que todavía no saben pero intuyen:

> Su madre lo lleva a Fito a la iglesia, pero él no quiere. Dice que allí el padre lo mete en un ropero y le pregunta por todo lo malo que ha hecho. El padre le ha dicho que no se deben tirar piedras a los tranvías, porque los tranvías sirven para llevarse a la gente. Yo le he preguntado a Fito cómo el padre sabe eso. Y Fito me ha dicho que el padre le ha dicho que Dios lo ve todo. "Dios lo ve todo", ha dicho. "¡Bah!", hemos dicho nosotros. Luego, Fito y yo nos hemos quedados sentados un poco tristes, pero sin lágrimas (p. 30).

(Todos los fragmentos reproducidos son traducciones mías.)

***Anastasia Telaak** (Köln)*

Nelson H. Vieira:* Jewish Voices in Brazilian Literature, A Prophetic Discourse of Alterity. *Gainesville: University Presses of Florida, 1995. i-xiv + 256 pp.

Os textos ficcionais de Samuel Rawet, Clarice Lispector e Moacyr Scliar são objeto de estudo de Nelson Vieira, a partir de múltiplas perspectivas, respaldadas em estudos culturais e interdisciplinários. A interpretação crítica das "atitudes brasileiras em relação a diferenças, etnicidade, pluralismo, eqüidade e alteridade"[1] (p. X) imbrica-se ao estudo da condição diaspórica do judeu brasileiro, nas exclusivas dimensões dos textos ficcionais de Rawet, Lispector e Scliar. Vieira sintetiza seu pensamento sobre o relacionamento entre brasileiros não-judeus e judeus a partir da sua observação do modelo de comportamento nacional em relação "aos negros, às mulheres, aos índios e outros indivíduos marginalizados" (p. XI).

Fazendo incidir esta atitude generalizada também em relação aos judeus, Vieira estuda o inter-relacionamento do comportamento brasileiro face às vozes subalternas literárias e artísticas e a resposta destas ao ambiente circunstancial. A abordagem crítica é ampliada para o conceito de profecia, inaugurado no subtítulo da obra, "A Prophetic Discourse of Alterity" que, no ensaio, ganha uma conotoção específica. Inspirando-se numa palestra de Moacyr Scliar, Vieira refere-se aos "profetas dos trópicos", no caso, os três escritores em pauta, destacando que os mesmos estariam imbuídos de uma capacidade de "anunciar e manifestar mudanças sociais e ideologias que somente agora começam a tomar forma no Brasil" (p. XIII). O tempo atual, que presencia a realização de tais previsões sociais e ideológicas, ocorre muitos anos depois que estes escritores deram início a suas carreiras literárias, o que lhes empresta um nimbo de visionários ou profetas.

Como ponto de partida para sua análise do fenômeno da alteridade no relacionamento entre os diaspóricos judeus e os demais brasileiros, Vieira estabelece, alegoricamente, a imagem da rainha Ester e suas tribulações como judia inserida num meio inóspito, estranho e adverso à sua identidade congênita e cultural.Vieira relaciona este episódio com a vivência do judeu que se vê obrigado a amenizar ou a camuflar sua identidade para poder conviver com os não-judeus sem antagonizá-los, estabelecendo paralelos entre esta realidade e o conceito de alteridade que aí se germina. Este último se faz perceptível, de um lado, pela intolerância do elemento dominante em relação à parcela minoritária em determinado grupo social

e, de outro, pelo conseqüente separatismo experimentado por suas vítimas. Embora reconheça que o Brasil não imponha os mesmos horrores anti-semitas como sofridos em outras partes da América do Sul (com exceções pertinentes ao período getulista e à ditadura militar dos anos 60-80), o crítico enfatiza a história da rainha Ester como emblemática de uma parcela da comunidade judaica brasileira – que se assimilaria para não sofrer os efeitos do distanciamento, que começa por designar o judeu, ainda que em silêncio, como "o outro". Entretanto, o propósito maior do ensaio, nas palavras do próprio crítico, "não éprovar a existência ou não-existência de anti-semitismo no Brasil mas sim conhecer textos do discurso brasileiro-judaico e examinar o que a alteridade judaica revela sobre a sociedade brasileira em suas relações com os judeus e outras minorias" (p. 13). Ester representa a percepção de "algo estranho", que o olhar nativo pespega no corpo judaico inserido no país predominantemente cristão, uma estranheza que acaba por ser incorporada pelo judeu, assim como a plebéia judia se fez de não-judia para poder ser confundida com os não-judeus da corte.

O crítico também reflete que as conseqüências sofridas pelos judeus que se inclinam a trocar sua condição diaspórica pelo conforto de se igualar aos demais resulta numa coesão cultural artificial, plasmada em harmonia estéril. Tal entrosamento afasta-os da possibilidade de discordar, reclamar, provocar um distúrbio genuíno na sociedade dominante, enfim, revelar-se como um corpo vivo e participante, em vez de ser objeto dúctil e passivo. Inferindo que o distanciamento brasileiro é sutil e difícil de ser percebido, dada a significativa ausência de expressão de rancores anti-semitas, ele denuncia a presença e irradiação de um mito democrático racial, aceito pelas próprias vítimas da falácia, sejam eles negros ou judeus.

Samuel Rawet é profundamente analisado em seus recursos ficcionais que salientam o sentido de isolamento, desigualdade, parcialidades e favoritismos nacionais. Como escritor que abrange o mundo dos imigrantes, Rawet também se refere, em muitas de suas histórias, ao expatriado não-judeu, na espacialidade de seus problemas como um ser encarcerado mentalmente no seu passado e desarvorado do seu próprio destino, uma vez aportado no Brasil: "Como judeu, escritor e brasileiro, Rawet esteve constantemente lutando com questões ontológicas acerca do ser e do existir" (p. 57). Esta preocupação indica uma aguda conscientização a respeito de sua condição de viver na diáspora judaica e o impacto da mesma sobre sua escrita e pesquisas filosóficas. Rawet enfatiza a imagem do judeu errante, símbolo de uma construção intolerante à sua presença, o que leva Vieira a refletir sobre a qualidade profética da sua escrita, uma vez que, do seu ponto de vista, o escritor "desmascara a cegueira cultural do Brasil, sua intransigência e autoritarismo, resultando em orientar nossa sensibilidade para a necessidade de uma mudança e um entendimento verdadeiro da diferença" (p. 99).

A ausência de uma explícita judeicidade textual em Clarice Lispector é ressarcida, segundo o crítico, por uma pulsação judaica pontilhando invisivelmente sua ficção, que se pode manifestar por uma variedade de efeitos, como pelo uso que escritora fez da linguagem, por uma escolha de um determinado estilo ou de uma forma literária, por sua visão do mundo e pelo conjunto de imagens que ela amealhou por sua obra. Assim, Lispector é incluída entre os escritores de origem judaica que terão oferecido, na sua escrita, um espelho da sua condição de diaspóricos numa sociedade que os terá reconstruído como os "outros", diferentes e estranhos, do mesmo

modo como os persas terão visto ou construído, para o conforto do distanciamento, os correligionários de Ester.

A hermenêutica derrideana é procurada por Vieira como apoio à sua percepção da condição diaspórica de Clarice. Jacques Derrida, ao analisar a obra do egípcio-judeu Edmond Jabès, que se tornou francês depois de ser forçado a abandonar sua terra natal, observa como o exílio lhe descobriu vivamente suas condições inapeláveis de judeu e escritor, ao mesmo tempo que o levou a conhecer-se como o poeta não-pertencente à sociedade circundante, que se desfez da imposição de um destino com ponto de chegada. Vieira transporta tais reflexões para a escrita de Lispector, revelando a liberdade natural da escritora, sua insistência na valorização da palavra e seu estilo inquiridor e insistente na questão de alteridade. O crítico prossegue por um interessante paralelo entre o estudo de Jabès, efetuado por Derrida e sua própria análise da obra de Clarice, revelando os pontos de contato entre os dois exilados, um na França e outro no Brasil. Ele conclui que, "se Lispector conhecia ou não os trabalhos de Derrida, de Jabès ou dos pós-estruturalistas, suas narrativas expressam a essência das preocupações daqueles" (p. 134). Seu estudo inovador sobre Clarice se completa com uma análise dos motivos judaicos não-aparentes, mas presentes, em *A hora da estrela* que, segundo o crítico, entre outras características, faz referências insistentes a uma pletora de diferenças sociais no Brasil, através de uma paródia erguida com base na história dos macabeus. No romance, Lispector segue a tradição talmúdica de induzir a um autoquestionamento sobre temas como identidade, alteridade, subjetividade, fé, transformação e verdade.

O terceiro escritor analisado em *Jewish Voices in Brazilian Literature* é Moacyr Scliar. Examinando-o através dos jogos de humor e fantasia que o escritor expõe sem economia por toda sua obra, o crítico salienta o caráter de transgressão cultural da obra de Scliar e sua descoberta de um exílio interior, como judeu e como escritor. Duas vezes estranho ao meio-ambiente da vida corriqueira, Scliar conduz seus personagens e suas fábulas por caminhos que subvertem todas as formas de opressão e tirania, sejas elas ditadas por um poder estabelecido politicamente ou pela imposição de restrições impostas na sociedade dominante, amedrontada pelas diferenças de ordem social, política, étnica e mesmo anatômica (como no caso do protagonista de *O Centauro no Jardim*). A grande alegoria de Scliar orienta seus leitores a uma percepção de seu poder intuitivo em profetizar mudança sociais no Brasil, passíveis de serem interpretadas como utópicas, pelas quais diferenças de classes e o reconhecimento da alteridade sofreriam radical transformação.

O trabalho crítico de Vieira completa-se com um exame do dialogismo e da metamorfose como elementos intrínsecos à expressão da alteridade. Nesta parte ele revê os temas expostos na sua obra, examina conceitos como "alienação" (*alienation*) em contraste com "separação" (*estrangement*) e enfatiza o propósito do seu livro: "Minha intenção ... não é sublinhar a etnicidade judaica na literatura brasileira mas avaliar como as experiências étnicas, as perspectivas biculturais e o reconhecimento da alteridade podem servir de caminhos para a articulação das diferenças" (p. 200). A obra atingiu seu propósito em coerência com uma documentação textual ilustrativa das teorias selecionadas pelo crítico, baseadas em estudos avançados nos campos da crítica literária, sociologia e antropologia cultural.

Regina Igel

1 Todas as citações são traduções minhas do original em inglés.

Epílogo:

***Judaica**, una lectura desde Jerusalem*

DESDE su fundación, NOAJ consagra una sección especial de rescate de los aportes más significativos para la cultura judía en América Latina. A medio siglo de la desaparición de Salomón Resnick, quisimos ofrecer un número completo de homenaje a este talentoso pionero de la transculturación judeo-iberoamericana. El presente número doble de NOAJ es la única publicación dedicada a su memoria. Lo precedieron dos actos culturales significativos. El primero tuvo lugar en agosto de 1996 en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, donde recordaron a Resnick y Judaica su hija Rosa Perla, los escritores Eliahu Toker, Héctor Yanover y Daniel Muchnik, el psicoanalista y profesor Salomón Resnick y la actriz Cipe Lincovsky. El segundo acto se realizó en "Interamérica – Casa Argentina en Jerusalem", en marzo de 1997, con la participación de Natán Lerner, Leonardo Senkman, Florinda F. Goldberg, Rosa Perla Raicher y Rosa P. Resnick.

*La revista de la Asociación Internacional de Escritores Judíos en Lengua Española y Portuguesa intentó hacer desde Jerusalem una relectura de la obra del fundador de **Judaica** en las múltiples rutas transoceánicas por donde surcó la cultura y la literatura de su pueblo, siempre con el rumbo puesto en el Nuevo Mundo. Cincuenta años después, NOAJ quiso explorar, con su propio navío israelí-iberoamericano, sus procedimientos de navegación, así como transitar el arco de amplitud de cruces culturales que recorrió este intrépido navegante. En la travesía que hicimos no podían dejar de aparecer testimonios de aquellos que fueron compañeros de Salomón Resnick en sus rutas de oriente y occidente, pero tampoco pudimos abstenernos de una nueva lectura de su cartografía americana, para la cual colaboradores de NOAJ escribieron especialmente algunos ensayos.*

***Judaica** hizo navegable en los años '30 y '40 un periplo que parecía un viaje imposible: surcar en castellano todos los mares de la cultura judía. Al filo del fin de siglo, **Judaica** avitualla a NOAJ en las aguas del Mediterráneo oriental, en su idéntica voluntad de navegar en las rutas de la cultura judeo-iberoamericana, pero soltando amarras desde Jerusalem, nuestra Venecia de Dios, como la bautizó el gran poeta israelí Yehuda Amijai.*

SUMARIO

Leonardo Senkman, *La construcción de un espacio de transculturación judeo-iberoamericano* (1), **Rosa Perla Resnick**, *Salomón Resnick, pionero de la cultura judía en lengua castellana en Latinoamérica* (4)

SALOMON RESNICK, TRADUCTOR Y ENSAYISTA LITERARIO
José Opatoschu, *En el destierro* (13); **Salomón Resnick**, *Las letras judías después de la gran guerra* (15)

***JUDAICA* Y LA CULTURA JUDIA**
Salomón Resnick, *La literatura ídish en el Congreso de los Pen Clubs* (22), **H. Leivick**, *Por la dignidad de la literatura* (25); **Salomón Resnick**, *La polémica en torno a Scholem Asch* (28), **Scholem Asch**, *Carta abierta* (29) *y Mi Ruta hacia Dios* (30); **Samuel Niguer**, *Valor artístico de* ***El Nazareno*** (31); **Enrique Espinoza**, ***El Nazareno*** *de Scholem Asch* (34); **Mariano Antonio Barrenechea**, *Carácter realista de* ***El Nazareno*** (35); **Rafael Cansinos Assens**, *Posición de sefardíes y asquenazíes en la cultura judía* (37), **Naomi Lindstrom**, *Las polémicas culturales en las páginas literarias de* ***Judaica*** (42), **Eduardo Weinfeld**, *La figura del judío en la literatura mexicana* (51)

EN LOS AÑOS DEL NAZISMO
Edioriales: *El deber del momento* (60), *El deber de los judíos argentinos* (61), **Aarón Spivak**, *Judeoamérica* (62), **Miguel A. Rivera**, *Mi convivencia con Djaen en Bucarest* (76), **Ismael Viñas**, *El ascenso del fascismo: recuerdos de mis años mozos* (80), *S.R.: Adopción de niños europeos* (88)

¿INDIOS JUDIOS?
Boleslao Lewin y **Enrique de Gandía**, *¿Indios o judíos?* (89); **Ariel Segall**, *Indios y judíos: Inversiones e invenciones del imaginario y la literatura contemporánea* (96); **José Luis Najenson**, *¿Dónde queda Ofir?* (102)

***JUDAICA* Y BRASIL**
Braulio Sánchez Sáez, *Salomón Resnick en Brasil* (105); *Correspondencia Resnick-E. Lipiner* (108); *Homenaje de* ***Judaica*** *al pintor Lasar Segall* (110); **Lasar Segall**, *El mundo y los colores* (111); **Mario de Andrade**, *Vidas silenciosas* (112); **Oswald de Andrade**, *Diálogo de las voces segallianas* (113); **Jorge Amado**, *La trinchera Segall* (114); **Berta Waldman**, *Samuel Rawet: Uma visão do judaísmo e marginalidade no Brasil* (116)

EL NACIMIENTO DE ISRAEL: EDITORIALES DE *JUDAICA*
Judea (124), *Renacimiento de Eretz Israel* (125), *Nadie puede lavarse las manos* (126), *Nacer con sangre* (127), **Alvaro Yunke**, *La sangre de Israel* (127)

EPISTOLARIO DE SALOMON RESNICK
Cartas de Alfredo Palacios, Ricardo Rojas, Samuel Glusberg, Rafael Cansinos Assens, Hugo Bergman, Aharon Leyeles, Simón Dubnow, Ramón Gómez de la Serna (128); *Dos cartas de Manuel Gálvez* (132)

HOMENAJE A S. RESNICK
Carlos M. Grünberg, *Resnick* (133), **A. Gerchunoff**, *Salomón Resnick* (135), **Pini Katz**, *Salomón Resnick, el enamorado del ídish* (138), **Elias Lipiner**, *Vino añejo en odres nuevos* (140), **Lea Sestieri de Scazzocchio**, *Recuerdos y semblanza de Salomón Resnick* (141), **Cecil Roth**, *Valoración de C. Roth* (143); **Fernando G. Campoamor**, *Carta de saldo a Salomón Resnick* (144), **Robert Levy**, *El pensamiento de Resnick* (145), **José Santos González Vera**, *La obra de Salomón Resnick* (150), **A. S. Juris**, *Un intermedio espiritual* (151), **César Tiempo**, *Hijo del pueblo del libro, hombre de libros y de letras* (155)

RESEÑAS (158)
EPILOGO: ***Judaica***, *una lectura desde Jerusalem*